

LA BIBLIOTECA DE VACCARO

GONZALO DE PAZ



Table of Contents

38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48


Círculo Rojo

La biblioteca de Vaccaro

Gonzalo de Paz Sardón



Primera edición: octubre 2022

ISBN: 978-84-1155-602-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

A Alicia, Alonso y Elsa.
Habéis cambiado
mi forma de ver el mundo.

Prólogo

Diciembre de 1986

De un gran Mercedes oscuro, tanto como la noche de ese día, y entre un mar de niebla, emerge la silueta esbelta y delgada de un hombre ceñido en un traje de Armani bajo un abrigo negro. De la comisura de sus labios pende un cigarrillo del que efluye un hilo de humo azul con aroma a tabaco negro que le recorre la cara hasta despegarse de ella para luego confundirse con la niebla. Se abrocha los botones del abrigo, sobre el que se condensan diminutas gotas precipitadas del ambiente. Atrapado por la nube caída del cielo, es incapaz de ver el edificio al que se dirige, pero sabe que está allí, donde siempre y desde hace siglos, en el otro extremo de la plaza. Camina con las manos en los bolsillos, cortando la niebla con cada paso. El sonido de los zapatos sobre las baldosas retumba por los rincones de los soportales devolviéndolo en forma de eco amplificado, quebrando el silencio de la vacía y gélida noche.

Ante él surge un arco románico lombardo, típico de la región, el dintel de la puerta del convento, de áspera, gris y fría piedra, decorado con figuras cinceladas salidas de ultratumba, entre las que se pueden ver: imágenes de bustos con risas burlonas, con ojos hinchados o con muecas imposibles; representaciones de animales como serpientes, sapos…; y otras mezcla de humanos y animales como extraños seres con cuernos de cabra, o brazos de medusas saliéndole de la cabeza… Imágenes que de niño era incapaz de mirar, ni siquiera de reojo, sin que se le aparecieran en sueños turbios e inquietos. Agarra la pesada aldaba de hierro con forma de gran anillo y la deja caer contra el portón de madera que el tiempo había ennegrecido. Al otro lado de la puerta, el golpe seco y contundente sobresalta a una anciana que descansa adormilada en un poyo. Una biblia abierta cae desde sus rodillas sobre las losas del suelo cuando la mujer, aún transpuesta, se reincorpora. La anciana recoge el libro sagrado y estira la página que se ha doblado en la desafortunada caída, la primera página del Libro de las Revelaciones, el Apocalipsis de San Juan, y lo

deja cerrado en el poyo.

El hombre da una chupada al cigarrillo mientras escucha el ruido metálico de la llave entrando en la cerradura oxidada y el chirrido de los herrajes que, golpe a golpe, se mueven para liberar la puerta.

Una mujer pequeña, arrugada, pálida y vestida de riguroso hábito añil abre la puerta, dejando escapar de un quinqué con olor a aceite que cuelga de una alcayata oxidada incrustada en la pared una tímida luz bronce que parece concentrarse en un broche dorado, con forma similar a una estrella de seis puntas, que el hombre lleva en la pechera, emitiendo un reflejo que deslumbra a la mujer forzándola a ladear la cabeza para poder ver la cara del visitante. Reconoce el rostro enjuto y descolorido del hombre. Esa cara alargada, entradas prominentes, nariz aguileña y ojos intensos solo podían pertenecerle a él. Unos rasgos recios que imponen respeto y supremacía, o miedo y sumisión, depende de quien los mire.

—Le estaba esperando. —El hombre da un paso al frente, pero la mujer lo retiene—. En el orfanato no se puede fumar. —Sonríe.

El hombre se quita el cigarrillo de la boca y lo deja caer al suelo. Con un sutil giro de pie lo aplasta sobre una de las inmensas losas de granito que forman el suelo.

La monja, con un mohín de complacencia, lo deja pasar.

—Sígame —dice agarrando el quinqué con la mano que no sujeta el pesado llavero rebosante de llaves de distintos tamaños y épocas que tintinea, como cascabel en cuello de gato, al compás de los movimientos de la mujer. La anciana camina ligera y con pasos cortos a través de una de las galerías de un claustro con arquerías soportadas por columnas románicas con capiteles erosionados y suelo enlosado con lápidas desgastadas en las que malamente se puede leer el nombre de quien tuvieron debajo. A mitad del camino se detiene, se gira hacia la pared para hacer una breve reverencia, santiguarse ante una talla caoba de un gran cristo crucificado y mover los labios sutilmente para pronunciar alguna oración corta e imperceptible para su acompañante. Después continúa hasta alcanzar una puerta cerrada.

—No recibimos visitas a estas horas y los muchachos duermen —comenta mientras busca la llave, justificando que todas las puertas se encuentren cerradas—, pero, tratándose de usted, hemos hecho una excepción.

La puerta da paso a un largo corredor del que aún perdura el silencioso eco de otras épocas entre las puertas de las antiguas celdas ahora ocupadas por niños, muchachos y adolescentes entre espectros

invisibles y silenciosos de novicias, las antiguas habitantes de esas celdas en los tiempos en que aún existía vocación, fuera real o fuera fingida. Tras pasar el umbral, la mujer cierra la puerta, mientras el hombre espera a que ella vuelva a indicarle el camino.

—Sus donativos a la comunidad son muy generosos. Ojalá hubiera más almas tan nobles como la suya —clama alzando los ojos al cielo —. La caridad escasea y cada vez más. La avaricia es el peor de todos los pecados.

—Le pido discreción en cuanto a mis aportaciones —dice el hombre con voz cascada y áspera—. Quiero mantener el anonimato.

—Solo se oculta quien tiene algo que ocultar… No entiendo qué tiene de malo dar un donativo.

—No le pido que me entienda, le pido que respete mi decisión y que calle el pico.

—Guardaré su secreto, mi boca estará cerrada, pero abra su corazón ante Dios, él lo sabe todo.

—¿No nos acompaña la madre superiora? —dice el hombre para evitar recibir un sermón.

—Dios requirió su presencia… y fue demasiado pronto. —Suspira.

—Usted que habla con Dios, pídale de mi parte que le dé las gracias y que siento no haber podido despedirme de ella.

—Se lo puede pedir usted mismo.

—No me haría caso… Él lo sabe todo y yo soy un avaricioso.

—La caridad no es propia de un avaro.

—Hay muchos tipos de avaricia.

—¿Ha probado a hablar con él? Dios escucha a quien le habla —dice la mujer, pero solo recibe el silencio como respuesta—. Así lo haré.

El hombre sigue a la mujer, que tuerce por un pasillo de paredes que en algún momento fueron blancas, a lo largo de las que discurren líneas y trazos irregulares de roces y pintadas de niños traviesos. Las lámparas de forja suspendidas del techo a duras penas espantan las tinieblas. A ambos lados las puertas marrones de las habitaciones van desfilando.

—Quedamos perplejas al enterarnos de la desaparición del chico. Era un santo. ¿Estará muerto?

—Para mí, sí.

—Las hermanas y yo rezaremos por él y por su alma.

El hombre respira un olor a lejía, a alcanfor y a tristeza; no puede evitar que lleven a su mente recuerdos de cuando él también fue

huésped de ese orfanato: el frío tocándole los huesos; el aroma a ragú y a polenta que se escapaba desde el comedor; los ruidos de la noche compartidos entre los sollozos de los más pequeños y los muelles de los colchones de los adolescentes; los abrazos largos y sinceros de la madre superiora, reservados para los huérfanos más necesitados; y los días y las noches encerrado en su celda leyendo y releyendo un libro de Houdini, el culpable de su interés por la magia. Recuerda el día en que se subió al escenario, unas cuantas mesas del comedor puestas juntas, que las hermanas habían preparado por Navidad. Ese día, ante la sorpresa de los compañeros, las monjas y el cura del pueblo, que en ciertas ocasiones se dejaba caer por allí, que por extraña casualidad la mayoría de ellas siempre coincidían con alguna celebración…, fue capaz de salir de su tímida soledad y deleitarlos con unos simples trucos de magia. Se le pone la piel de gallina al recordar el sonido de los aplausos y cree ver de nuevo a sus compañeros de pie chocando las palmas y vitoreándolo. La misma superiora lo animó a profundizar en el mundo del ilusionismo, no podía creer que alguien tan retraído y encerrado en sí mismo pudiera mostrarse tan desenvuelto ante la mirada de cientos de ojos fijando la atención en él, y le compraba libros y revistas que él estudiaba alimentando la curiosidad de la que nació una vocación. Fueron años duros, en los que la magia era la única forma de evadirse del rechazo continuo de los compañeros y de los matrimonios que acudían al orfanato a adoptar chicos más jóvenes y sonrientes que él.

La mujer se detiene delante de una de las puertas. La golpea con los nudillos y, sin esperar contestación, abre y pulsa el interruptor. El fluorescente centellea, alarmando a un par de cucarachas que buscan refugio en las sombras, hasta que la luz blanca y fría se fija dejando ver una habitación azul clara, pequeña y espartana, con el espacio justo para albergar una mesa, dos sillas, un armario y una cama con litera. Al fondo, encima de la ventana, un crucifijo con mirada de madera vela desde las alturas lo que allí sucede.

En la cama superior descansa un colchón de lana, en la inferior algo se mueve. Bajo el bulto de una manta pesada a la vista comienza a aflorar la cabeza de un muchacho que se deja ver hasta la altura de los ojos.

—Es él. Fue compañero del desaparecido. Que Dios se apiade de él, esté donde esté. —Se santigua con mano voladora—. Eran como hermanos, aunque, claro está, tienen sus pequeñas diferencias. Levántate, hijo, este hombre quiere verte.

El chico, al que le sobran dedos de las manos para contar la edad, se alza y, con los pies descalzos, pisa el terrazo rojo y frío, se cruza de brazos y baja la mirada. Su cuerpo escuálido y lleno de cardenales, solo cubierto por unos blancos calzoncillos de tela, comienza a tiritar. El hombre se acerca y le observa de abajo a arriba. Coloca la mano bajo la suave barbilla del crío y le obliga a que le mire a la cara, después le gira la cabeza, primero a un lado y luego al otro, fijándose en los detalles del rostro.

—¿Te gusta viajar?

—¡Oh, sí! —se abalanza a contestar la monja—. Ya le he explicado que usted…

El hombre clava la mirada sobre las pupilas de la monja dejándola inerte.

—He preguntado al chico.

Tras un segundo en el que la mujer no puede articular palabra, el hombre vuelve a prestar atención al muchachito.

—¿Qué me dices, *piccoletto* ?

El chico, con ojos caídos, mira al hombre y asiente con la cabeza.

—Vístete. Te vienes conmigo.

1

22 de diciembre del 2021

En el reloj de la torre del palacio de Cibeles, faltan quince minutos para las seis de la tarde. El escalofrío de la noche casi perenne y oscura, como son en esa época del año, ha llegado a Madrid y viene acompañada de mantas de nubes asalmonadas que se pasean, gordas y sin prisa, por el cielo con la amenaza de vaciarse.

Un coche elegante puede llamar la atención si circula por ciertos barrios, pero si el coche es un Rolls Royce del sesenta y uno, tan impoluto y brillante como unos zapatos de charol recién estrenados, y, además, está conducido por un chófer uniformado, lo hace en cualquier lugar. Desde los asientos de cuero marrón, tras los cristales tintados de negro, entre violines de Vivaldi y aroma a flores, una joven contempla la estampa de una ciudad poseída por el espíritu navideño. Las luces multicolores y parpadeantes que decoran las avenidas y los árboles; los puestos de castañas y de churros desprenden un humo azulado y un aroma que hace salivar; las alfombras rojas tapizan las aceras; el espumillón, los árboles de Navidad y los belenes adornan los escaparates capturando la atención de gente que viene y que va con bolsas hinchadas de regalos. Todo es color y movimiento, todo es fiesta y consumo.

—¿Estás seguro de que ese hombre nos ayudará? —pregunta la joven con voz dulce y angelical.

—Sin duda. Es noble, tiene un gran corazón y es inteligente. Seguro que sí.

Se alegrará cuando se lo pidas. Ya lo verás —responde el chófer.

—¿Y si no?

—Si no… ya lo hemos hablado.

—No sé mentir, se me nota en la cara —dice la joven.

—No mientas. Solo reserva parte de la verdad para el momento adecuado y atrápale con las palabras justas.

—¿Queda mucho?

—Estamos llegando. La próxima calle a la izquierda y la siguiente

a la derecha —dice el chófer.

—Es mejor que pares aquí. No quiero que me vean saliendo de este coche.

El chófer se queda con la boca abierta.

—No veo el problema. La dejaré en la entrada. Hace mucho frío, señorita.

—Para aquí.

El conductor, un hombre anciano y no solo de edad, alza la vista hacia el retrovisor y busca el ángulo desde el que apreciar el reflejo de los ojos de la joven, unos ojos grandes, negros, muy enérgicos y maquillados con finura. Las dos miradas chocan rebotadas en el espejo.

—Anna, el frío no es el motivo..., es otro. Ya sabes de qué hablo…, me cuesta hasta decirlo…, es por esa figura que se te aparece. No puedo dejarte sola. Si te sucediera algo, no me lo perdonaría.

—Dionisio, no soy una niña, sé cuidar de mí. Además, ya me habéis dejado claro por qué está ahí y que no corro ningún peligro —dice colocándose una bufanda crema alrededor del cuello.

A regañadientes el chófer detiene el coche y desciende para abrir la puerta a la muchacha. Ella baja antes de que el anciano agarre el tirador. El hombre sin pestañear la mira a la cara de muñeca de porcelana, luego le anuda la mullida y suave bufanda con un lazo perfecto y le saca el pelo largo, liso, negro y tan limpio como su espíritu y su corazón por encima del atuendo.

—Al menos déjame recogerte a la salida —dice el anciano acariciándole la cara con la yema de los dedos.

—Vuelve a casa. Cogeré un taxi.

—Pero, Anna, su padre no…

—Dionisio, no sé cuánto tiempo me entretendré. Y no insistas —dice Anna sosteniendo la mirada.

El anciano se pierde en el reflejo encantador de los ojos de la muchacha y, aunque sigue sin entender, se toca la gorra, un mohín que en su lenguaje quiere decir: «Sí, lo que mandes».

La chica camina hacia la entrada de la calle indicada, desde el coche, Dionisio dispone de absoluta intimidad para contestar al teléfono que no ha parado de vibrar desde hace unos minutos.

—Creí que te había pasado algo —dice una voz temblorosa al otro lado del auricular.

—No he podido responder —dice mientras da la vuelta a la manzana.

—¿Ya le has dicho lo del libro?

—Todavía no. No sé cómo hacerlo, es tan niña —dice Dionisio.

—No lo hagas. El Tuerto ha vuelto. Los suyos me siguen.

—Debes explicarme todo sobre ese libro.

—No sé si debo hacerlo, es lo único por lo que me mantienen con vida…

Al torcer la esquina, Anna se frena y traga saliva, busca con la mirada al Rolls, pero Dionisio ya se ha ido; la calle se presenta como un pasadizo que conecta la amplia avenida en la que se encuentra con el reino de las sombras, un camino que discurre entre penumbras y converge en la oscuridad. Los muros de ladrillos exfoliados están maltratados con grafitis de nombres y símbolos fálicos similares a los que los prehistóricos realizaban en cuevas, estos últimos quizá hasta con más arte. Entorno a las papeleras y contenedores rebosantes de basura se acumulan latas, litronas, bolsas de *snacks* y envoltorios de comida rápida, pues el servicio de limpiezas no acostumbra a pasar por allí con asiduidad. El aire suave que recorre la calle de punta a punta lleva un hedor a orín y excremento. Anna se resguarda dentro de la bufanda, buscando calor y protección, y camina con paso lento que se va acelerando a medida que avanza en la oscuridad. Al eco de sus pasos se unen otros que surgen de un portal. Un par de sombras amenazantes caminan hacia ella, y una lleva un palo largo. Anna siente el impulso de cambiarse de acera o de echar a correr, pero el cuerpo no colabora y responde quedándose inmóvil y sumiso. Las sombras se transfiguran en una pareja de ancianos, uno de los cuales usa un bastón de ciego. Anna vuelve a respirar.

Al final de la calle, la muchacha presta atención fugaz al edificio que hace esquina, un restaurante japonés, con pinta de prostíbulo de carretera, del que tan solo una luz roja que se cuela por el vano entre la puerta y el suelo da indicios de que allí hay vida. Mira a la izquierda, los ojos chocan con un muro detrás de unos contenedores de basura, un callejón apagado y sin salida. Tuerce a la derecha y relaja la respiración, como faro salvador de naves en la tormenta aparece un potente foco que indica la entrada a un teatro, un edificio de inicios del posfranquismo, muy falto de cariño y dedicación en su cuidado, del que era imposible saber su nombre, ya que el tiempo se había ocupado de ocultarlo y nadie se había preocupado en descubrirlo. Una vitrina más opaca que translúcida, no solo por el paso del tiempo, y que sirve de refugio y tumba de insectos, contiene un cartel en el que lee: «El mago Taffi, no se pierdan un espectáculo

nunca visto que jamás olvidará». «Será un gran mago, pero poco original», piensa la muchacha.

Anna, regida por su subconsciente y nada de acuerdo con la parte consciente, vigila a un lado, luego al otro, asegurándose de que nadie ni nada la ha seguido y espera delante de la taquilla a ser atendida. No hay cola, pero la mujer al otro lado parece estar ocupada. Anna está relajada, sin embargo, no lo estaría si hubiera reparado en que, desde que puso un pie en el suelo, la acecha una silueta esbelta y delgada, vestida con un traje de Armani bajo un abrigo negro. Y que ahora esa figura oscura la observa tras los contenedores de basura del japonés envuelto en la negrura del callejón, entre olor a pescado crudo, y rodeado de gatos que buscan restos de comida entre plásticos y papeles. La silueta oscura deja entrever una complaciente y diabólica sonrisa de color nicotina y alquitrán; expresión del reflejo de una excitación reprimida que está a punto de explotar.

—Está cerrado —dice la cajera con voz hermética y distorsionada.

—Si todavía no son las seis.

—La función ha comenzado.

—Es un asunto importante. Le ruego que me deje pasar —dice Anna.

La taquillera, una cincuentona gruesa, con gesto hosco y voz amarga, se reclina sobre el taburete en el que reposan sus inmensas posaderas y la escanea de abajo a arriba. Primero se fija en los zapatos de tacón de color gris claro; luego alza la vista pasando por unas piernas delgadas protegidas por medias de seda negra, deteniéndose en el lazo de la cintura que la ajusta al cuerpo del abrigo color crema que la tapa hasta las rodillas; después desvía la mirada a los guantes de cuero con los que sujeta un bolso del mismo color que el abrigo; y acaba examinando la gorra de estilo escocés, colocada de medio lado. Tras el análisis concluye que tiene delante a una pija con pasta, como decían cuando era joven, se ponía hombreras, gomina en el pelo y su trasero era unas cuantas veces más pequeño y cabía dentro de unos Lois, y se pregunta qué narices se le puede haber perdido en ese teatro de tercera división.

—¿Qué puedes ofrecerme?

Anna frunce el ceño y ladea la cabeza.

—No seas tonta —dice la cajera—. Que se ve que estás forrada. Hazme ver si ese asunto es tan importante o no.

Anna deja un billete de cincuenta euros en el agujero de la taquilla. La mujer se queda contemplándola sin pestañear. La joven

mete otros dos billetes.

—Ves como no eres tonta. Ahora consigo captar la importancia del asunto, te has expresado muy bien. —La mujer recoge el dinero y pulsa un botón con el que abre el pestillo de la entrada, una puerta metálica pintada de negro—. Pasa. El patio de butacas está al fondo del pasillo. Los baños están según entras a la derecha. Aunque, con lo fina que eres, te aconsejo que no los uses.

Desde los contenedores, la silueta oscura no les quita ojo, solo deja de atender al centrar la vista en la punta del cigarrillo de tabaco negro cuando entra en contacto con la llama de un Zippo que ha sacado del bolsillo del abrigo, de al lado de un cuchillo curvo con empuñadura de marfil finamente tallado en forma de cabeza de serpiente, enfundado en una vaina de cuerno de toro con imágenes grabadas de un escorpión, un perro, un cuervo y un león. Da una calada fuerte y profunda que exhala por la boca junto con el aliento de la respiración.

La mujer dobla los billetes y los oculta en la manga del abrigo. Anna tiene que usar ambas manos para abrir la pesada puerta, que le recuerda a la entrada del túnel del terror de alguna película que le ha robado el sueño, de esas que Dionisio le prohibía ver en casa, pero que estaban tan de moda en el internado y que andan sobradas de vísceras, entrañas, sangre y jóvenes asesinados mientras hacen el amor. Como aliento de dragón, por el vano se fuga una bocanada de aire caliente que la abofetea.

Anna camina sobre una alfombra roja con manchas perennes de pisadas, lo hace sin mantener la línea recta y con la vista revoloteando por el pasillo, entre lámparas de pared con forma de candelabro y amarillentos carteles de espectáculos con fechas muy lejanas en el tiempo. La muchacha fija la atención en el más grande y antiguo, en el que se puede leer con letra gótica *Nosferatu a simphony of horror* bajo la imagen del mítico vampiro cinematográfico con cabeza rapada, cejas protuberantes, ojos salidos, orejas puntiagudas, colmillos afilados y manos con dedos como garras iluminado por una luna llena que aparece entre las nubes, un personaje cinematográfico protagonizado por un ser envuelto en el misterio y la leyenda. El aire acondicionado ulula al pasar por los conductos de ventilación, removiendo grandes motas de polvo que quedan aprisionadas en las rendijas. Por la puerta entreabierta de los baños, ya que es imposible cerrarla, escapa un hedor a letrina cuartelera que se mezcla con el aroma a ambientador de tienda de chinos. Al llegar al final del pasillo, la muchacha aparta una cortina negra y pesada; tras ella se oculta la

entrada a la platea.

Anna se empequeñece y se queda con cara de idiota, la mujer la ha engañado, el espectáculo no ha comenzado. La oscuridad casi absoluta, salvo por las luces de emergencia, la dejan miope. Al respirar percibe un olor a madera húmeda, a ácaros y a cerrado. Anna despliega uno de los asientos de la primera fila, sin embargo, solo se queda en un amago, algo en su cabeza la impulsa a levantarse y buscar un sitio en la última fila, allí tiene las espaldas cubiertas.

2

Un gran foco dispara un potentísimo haz de luz blanca, que impacta con el telón rojo borgoña a la vez que este comienza a elevarse mostrando un escenario vacío. A ras del suelo una niebla densa, espesa y con olor a fresa no deja ver las tablas. El silencio se aparta ante las notas de *Carmina Burana* . El coro de voces suaves en latín impregna el ambiente con un tono de misterio y magnificencia. El foco se apaga. El volumen de las voces se eleva y estalla la fiesta de percusión, entonces las luces se encienden mostrando la figura del mago en el centro del escenario. Luego se apagan y, al instante, vuelven a encenderse descubriendo que el mago ya no está allí, sino que se encuentra a un lado del escenario. Otro apagón y aparece al otro lado. Otro y ya no hay nadie. En el clímax final de la música, la figura del mago emerge del suelo con los brazos abiertos y de espaldas, dejando solo ver una capa larga y negra que le cuelga desde el cuello hasta los pies. Está estático y permanece así hasta que la melodía llega a su fin. De nuevo el silencio, mientras las luces se van atenuando y adquiriendo una tonalidad azulada.

Anna observa el espectáculo con los ojos abiertos de par en par y la boca semiabierta. Por los altavoces se escucha la inquietante música de *Tubular Bells* , el mago gira la cabeza, dejando ver su rostro de perfil. Se gira por completo mostrándose de frente y recoge los brazos cruzándolos sobre el pecho. Al hacerlo, el mago se desvanece en la nada a excepción de la capa que cae ocultándose entre el humo blanco.

—¡Guau! —se le escapa a Anna. «Un comienzo impactante», piensa.

Otra pausa musical y después sonido de viento. El mago desciende suavemente desde lo alto sin ningún tipo de sujeción, lleva la cabeza agachada mientras una ráfaga de viento mueve su traje negro. Cuando los pies tocan el suelo, levanta la cabeza. Permanece en esa postura un segundo, dos, tres y luego gira el cuello a toda velocidad a la derecha, extiende el brazo y su ayudante entra en escena. Una mujer de unos treinta años, rubia, con ojos verdes y sonrisa grande, vestida con un

traje de noche, largo, de color pasión y con un escote que parece no acabar, y unos zapatos con tacones de vértigo. La mujer extiende el brazo, agarra la mano del mago y saluda al público. Después con movimientos sensibles y armónicos vuelve a salir del escenario y entra empujando una mesa liviana que rueda por el escenario transportando un cofre dorado.

Taffi se mueve en el escenario con soltura y naturalidad, y su ayudante lo hace con gracia y encanto, sin descuidar nunca una sonrisa blanca, mezcla de alegría y sensualidad inocente. Anna es consciente de que, a pesar de la espontaneidad aparente, no hay nada de improvisación, hasta los pestañeos están estudiados y ensayados con conciencia, pero el efecto es magnífico, la compenetración entre los dos artistas es total, casi mágica. «La ejecución es buena, pero son trucos ya muy vistos», piensa Anna según avanza la función.

En tanto, en la calle, la silueta sale de la negrura bajo las miradas brillantes de los gatos que esperan a una distancia prudente que ese ser se aleje de su cena. El viento, preludio de la gran tormenta que se avecina, remueve los papeles y envoltorios de entre la basura y los hace rotar por la calle. Algunos se detienen en las perneras del pantalón de la silueta que camina hacia el teatro apurando un cigarrillo.

Bajo el foco de la entrada, la silueta se convierte en una figura con sombra alargada y torcida. Una figura que enseña una sonrisa atravesada y tensión en la mandíbula al observar en el cartel de la vitrina el nombre de Taffi. La tensión se le extiende por el cuerpo y llega a los dedos que sujetan el cigarro, estrangulándolo y partiéndolo en dos.

—Deme una entrada. —Oye la taquillera. Una voz cascada que le interrumpe la lectura de un artículo de una revista del corazón sobre un torero, sus divorcios y amoríos titulado: «Que le den las dos orejas en esta corrida, los cuernos y el rabo ya los pone él», una noticia con un titular tan potente que la tiene entre hipnotizada e idiotizada. La mujer alza la vista y examina la figura alta y enjuta que ha hablado. Un tipo que parece llegado desde el pasado en una máquina del tiempo y en cuyo pecho luce un broche dorado que deslumbra más que la estrella del portal de belén. «Día extraño», piensa la taquillera, «primero una pijina y ahora un chiflado que le ha quitado el abrigo a su bisabuelo. Luego quién será, ¿Papá Noel con los renos que viene a traer un regalo?».

—No puede pasar, el espectáculo ha comenzado. Venga mañana y

no llegue con retraso o ya no podrá verlo. Mañana es la clausura.

—No puedo esperar. Déjeme entrar. Ahora.

—No.

La figura se aproxima al cristal y clava la mirada en las pupilas de la taquillera. La mujer traga saliva, no puede apartar la vista de esos ojos oscuros e hinchados que le perforan el cerebro.

—Será mejor que me dé una entrada. Insisto.

La mujer se queda helada y no de frío.

El hombre comienza a respirar fuerte, acerca la cara a la taquilla, casi la pega, tanto que el aliento forma un círculo de vaho en el cristal. Con un movimiento repentino apoya las palmas de las manos sobre el cristal a la altura de la cabeza. Jadeando, la mujer se baja del taburete y pulsa el botón que cierra la verja. El hombre aguanta en esa posición, acechándola, hasta que el enrejado le toca la cabeza, entonces se retira y da un puñetazo estruendoso sobre las rejas. El miedo posee a la taquillera y sale por la puerta de detrás despavorida y envuelta en lágrimas.

La figura da unos pasos atrás y escupe sobre la vitrina del cartel, se limpia la boca con la manga del abrigo, saca un cigarrillo y lo enciende con el Zippo.

Sin prisa y en silencio vuelve al reino de la oscuridad, dejando tras de sí un rastro de humo efímero y otro de rabia perenne. Los gatos que zascandilean entre la basura, no se apartan al ver la silueta aproximarse, parecen haberse acostumbrado a su presencia. La figura oscura introduce un pie debajo del lomo de uno de los gatos y lo lanza unos centímetros por el aire, el gato se retuerce, como solo los felinos saben hacerlo, y cae sobre sus patas con la piel erizada y enseña los afilados colmillos mientras lanza un gruñido. La silueta hecha un pie por delante amagando salir disparado a por él. El felino salta hacia atrás y huye seguido del resto de los gatos que desaparecen por la esquina.

El viento cesa y da paso a una disimulada lluvia que no tarda en hacerse aguacero. Grandes gotas de lluvia bombardean la ciudad. El agua limpia las calles y los tejados, arrastrando la suciedad por canalones y alcantarillas. Buscando falso cobijo, la figura oscura se reclina sobre la pared y se sube el cuello del abrigo. Fuma sin desatender la entrada del teatro, esperando el momento que finalice la actuación y dé comienzo la suya. Él sí que dará un espectáculo que Anna no podrá olvidar.

Dentro de las paredes del teatro, el espectáculo se aproxima al

final. «Espero que el colofón sea mejor que el resto de los trucos, solo ha merecido la pena la puesta en escena», piensa Anna mientras se recoloca en la butaca, no se quiere perder ni un detalle.

La música se desvanece en un intrigante y absoluto silencio, la luz de los focos se atenúa, una ambientación que sugiere un nivel alto de peligrosidad y que requiere la completa concentración del mago. La ayudante anuda una capa larga alrededor del cuello de Taffi, luego le coloca unos guantes. En medio del escenario se encuentra una plataforma, sobre la que reposa una jaula cilíndrica, alta y muy estrecha, solo mal cabe una persona. A su lado, Taffi espera con los brazos cruzados, los ojos cerrados y la respiración tranquila. Su pecho se hincha y se deshincha con controlada parsimonia. Parece ido, ausente del mundo, lejano a los ojos que le observan con expectación retenida. La ayudante pasea por el escenario y se detiene en un extremo con los brazos en jarras, luego los levanta despacio. Al hacerlo, la plataforma gira sobre sí misma mientras los barrotes escupen fuego hacia el interior de la jaula, y según los va subiendo aumentan de intensidad. El calor de las llamaradas llega a las primeras filas abanicando a los presentes con intenso olor a gas. Después, cuando la joven baja los brazos, el fuego cesa. El mago, como un zombi, se introduce en la jaula y mira al frente, no puede advertir las reacciones del público, las luces cegadoras de los focos no se lo permiten. La ayudante cierra la jaula con un candado y se introduce la llave en el escote a la vez que guiña un ojo al público, luego muestra en alto un periódico abierto que coloca en las manos del mago. Taffi hincha los pulmones de aire, como si quisiera apoderarse de todo el que cabe en esa sala, y luego expira con tranquilidad, mira a la ayudante y apenas asiente con un sutil movimiento de cabeza. La mujer regresa al extremo del escenario y, cara al público y sin ver al mago, levanta los brazos. Las llamas salen disparadas, inundando la jaula de luz y calor, el periódico comienza a arder entre las manos del mago, mientras este no parece quemarse. Mientras Taffi está envuelto en una ducha de fuego, la plataforma gira y al completar la vuelta se para, pero no el fuego que sigue alcanzando al mago.

Taffi hace un gesto extraño. Algo ha salido mal e intenta llamar la atención de la ayudante que, de espaldas, es incapaz de percatarse de lo que está sucediendo. El mago mueve los brazos, golpea los barrotes con fuerza y gesticula pidiendo ayuda, los guantes y la capa comienzan a arder. La ayudante se da la vuelta y descubre los gestos

de retorcimiento y de dolor del mago. Baja los brazos, pero el fuego no cesa. Grita y corre hacia la jaula. El mago se agarra a los barrotes, estira los brazos suplicando piedad. Un foco ilumina a la ayudante, por las mejillas le resbalan dos ríos de lágrimas. Se echa las manos a la cara, tapándosela, y gime, el llanto es real. Las luces se apagan, en la oscuridad solo se ven los guantes flameantes que se mueven sin control y la capa convertida en una lengua de fuego. Una cegadora gran llamarada final y el fuego que emana de los barrotes por fin desaparece. Siendo diana de uno de los potentes focos, la mujer se da la vuelta, con la luz no puede reparar en lo que ha sucedido dentro de la jaula. Del mago solo quedan la capa y los guantes consumiéndose sobre el suelo de la jaula.

Una pequeña pausa en la que los llantos de la ayudante son los protagonistas, hasta que, de entre la oscuridad, emerge el mago y se interna en el foco, detrás de la mujer. Se coloca el dedo índice delante de la boca, pidiendo silencio al público. La joven no deja de llorar. El mago le apoya la mano sobre el hombro. La ayudante se da la vuelta, ve a Taffi y se funden en un abrazo y un beso. Las luces se apagan, el espectáculo ha acabado. «La actuación de la chica es sublime, es una actriz de óscar», piensa Anna.

Vuelve a sonar el *Carmina Burana* y Taffi aparece por un lado del escenario cogiendo la mano de la ayudante. Juntos hacen alabanzas y saludos el uno al otro y el otro al uno y luego al público. Se encienden las luces del teatro. Lo que Taffi contempla es lo mismo que desde el día del estreno, butacas vacías, un teatro desierto salvo por unos oasis de amantes de la magia y de los directos. Taffi expulsa el aire retenido en los pulmones, todavía no se ha acostumbrado a ver el teatro solo lleno de su propia esperanza. La ilusión de que su trabajo sea reconocido se esfuma al encenderse las luces. Ese es el momento que se lleva a la cama después de cada día de espectáculo, el triste momento de la decepción. Con el que noche tras noche tiene que luchar para poder levantarse.

Desde la última fila, Anna contempla al resto de los espectadores, que con ella hacen un puñado, se levanta y comienza a aplaudir, cada vez con más energía, con tanta fuerza que siente calor en las manos, pero el clap, clap se evapora en el vacío, nadie quiere acompañarla. Ese sonido de palmas, melodía divina para los artistas y alimento de su espíritu, no recibe ningún apoyo. Anna mira alrededor y luego al mago. Es capaz de leer entrelíneas, y en la cara de póker de Taffi lee una profunda desesperación.

El mago y la ayudante dan un paso atrás, extienden el brazo y cada uno se va a trote por su lado. El telón se cierra.

Anna se vuelve a sentar, mientras los desagradecidos cuatro gatos restantes que han asistido a la función se escapan con los abrigos bajo el brazo y lanzándole una mirada inquisitiva en compañía de un silencio masacrante.

3

Taffi vuelve al escenario con los hombros caídos y arrastrando los pies y la vista, lleva la camisa mal remangada hasta la altura de los codos, la corbata desajustada y en la mano una botella de vino de marca blanca de supermercado de la que bebe a morro un gran trago. En procesión le siguen la ayudante, empujando un cajón con ruedas que armoniza el ambiente con chirridos que dan dentera, y la taquillera con un carrito de limpieza lleno de agua turbia y un chorrito de lejía, no vaya a ser que más cantidad la arruine...

Taffi y la ayudante recogen el atrezo y lo introducen con cuidado en el cajón. Es el mago quien se da cuenta de que tienen compañía al distinguir a la joven por el rabillo del ojo.

—El espectáculo ha acabado. Ya no hay más que ver. Abandone la sala, por favor —dice sin ni siquiera girarse.

La joven hace caso omiso, se acerca a las tablas y sube por las escaleras del escenario.

—Ha sido un espectáculo bastante bueno.

La ayudante se adelanta, le agarra el brazo y le pregunta:

—¿Qué es lo que más te ha molado?

Anna observa la delicada mano que la sujeta con dedos de pianista, con uñas largas, cuidadas y de color carmín; después la mira a la cara, es redonda, con cutis fino y luce rasgos suaves y delicados; luego es el turno de las cejas, rubias como su pelo y recortadas con mimo; y baja hasta los ojos esmeralda con mirada cautivadora y sólida; la nariz, finamente esculpida; y los labios bien definidos y pintados a juego con las uñas. Su tez pálida queda escondida bajo una fina capa de maquillaje. Anna no puede evitar acabar el reconocimiento con un vistazo fisgón a los pechos abultados de esa mujer, a punto de salir lanzados del escote. La joven ayudante era una reina en el escenario, pero de cerca es una diosa.

—Me quedo con el juego de apariciones del inicio y el truco del fuego. Y con tu actuación —puntualiza.

La ayudante se gira y saca la lengua a Taffi.

—Jovencita —interviene el mago—, tus comentarios sobre el

espectáculo nos alagan y te lo agradecemos. Los creadores de ilusiones, al contrario que los cantantes y actores, no estamos acostumbrados a tratar con admiradores. Solo conozco uno capaz de generar tales emociones como para tener fieles seguidores, pero es tan perro que estoy seguro de que no los atiende. Como excepción, y solo por esos aplausos tan efusivos, te firmaré un autógrafo y te irás.

—No he venido a que me regales tu firma y no soy una fan. Tus trucos son buenos y bien ejecutados, pero no cumples lo que prometes. No es el espectáculo que jamás olvidarás, no estás a la altura, por eso nadie acude a verte. —La lengua se ha movido con soltura y sin medida. Ahora llega el arrepentimiento por el arrebato de sinceridad, pero es demasiado tarde. La sinceridad de la juventud la ha traicionado.

—Lo que me faltaba por oír. Recibir lecciones de una mocosa. —Ahora es Taffi quien la agarra del brazo y la arrastra hasta la cortina mostrándole la salida—. He intentado ser amable contigo, pero no estoy de humor.

Taffi la suelta y se dirige de vuelta al escenario.

—¡Quería ver el espectáculo y luego…! —dice elevando la voz.

—Ya lo has visto. Ahora lárgate —interrumpe.

Anna corre la cortina, pero sin llegar a salir, abre la mente y entra la voz de Dionisio: «No hace falta que mientas, resérvate para el momento adecuado y atrápale con las palabras justas», y dice:

—Adiós, *piccoletto* .

Taffi se queda paralizado.

—Un momento —dice y la señala con el índice—. Solo dos personas me llamaban así… ¿Quién eres?

—Anna Vaccaro —dice levantando la barbilla—. De pequeña mi padre me llamaba *piccoletta* .

La ayudante se acerca a Taffi.

—La que se ha liado… Trátala bien, ¿vale? —Le susurra al oído y llevándose a la taquillera del brazo se aleja desapareciendo entre bastidores. El mago sorbe de la botella.

—Vaya, vaya. Este espectáculo ha sido el más glorioso que jamás he realizado: se me ha aparecido la versión pequeña y femenina del mago Vaccaro. El todo sapiente mago Vaccaro, el único, el inimaginable, el frío, el calculador, el arrogante…

Anna traga saliva y balbucea:

—Qué derroche de calificativos. Y ya sean para ensalzarlo o para despreciarlo, eso quiere decir que mi padre te ha marcado.

A Taffi se le escapa una sonrisa de medio lado acompañada de un leve resoplido.

—Te puedo asegurar que tu padre tiene facilidad para dejar huella, pero no para hacer amigos. —Se frota las manos—. ¿Y qué es del viejo?

Anna aparta la vista y respira hondo.

—Murió. Hace un par de semanas.

—No te preocupes por él. En el infierno no tendrá problemas, era el mismísimo diablo. Allí se encontrará como en casa.

—¡Oye! —salta—, me has tratado como a una mocosa y te lo he dejado pasar, pero si crees que por mi edad puedes desahogar tu rabia conmigo estás apañado. Mi padre tenía sus rarezas, pero era mi padre.

—Tienes razón. Y ya estoy perdiendo la paciencia. Venga. Dime. ¿Por qué has venido? Me has dejado claro que no por el espectáculo. Ya has visto el éxito que tiene.

—Eso es lo que estaba intentando explicar antes de que me interrumpieras. Me vas a dejar hablar. —Taffi muestra los brazos abiertos—. Desde hace un tiempo, mi padre vivía alejado de los escenarios —dice con voz calmada—, presentía el fin de la función de su existencia y se retiró de la vida pública. Su última aparición fue para anunciar que se apartaba por un tiempo para perfeccionar un nuevo truco. Mentira. Pasaba el tiempo en casa, sin compañía, sentado en el sillón de su despacho con la vista ida, borracho de pensamientos y recuerdos. Solo la lectura de un libro muy antiguo y extraño parecía servirle de catarsis. —Anna suspira—. Dicen que antes de morir ves pasar en segundos la película de tu vida, pero para la gente que sabe con mucha antelación que va a morir, esa película dura días, pasa al ralentí y para algunos es un tormento, porque en ella se ve no solo lo bueno, sino también todo aquello que no hiciste, todo aquello en lo que te equivocaste. Esa película es un drama, y si tuviera un título podría ser *El arrepentimiento* . Eso le sucedió a mi padre, la última función, la de la muerte, fue demasiado larga y no pudo evitar ahogarse en un océano de remordimientos. —El blanco de los ojos de la muchacha se transforman en un rosado acuoso—. Un día me llamó. Era un día gris, nada agradable, lloviznaba y hacía frío, pero cogimos un paraguas, me tomó del brazo y salimos a pasear entre los árboles del jardín de casa hasta que, cansados, nos sentamos en uno de los bancos de piedra. «Mañana te voy a hablar de recónditos secretos», me dijo. «¿Tienen que ver con ese libro raro que no paras de leer?», le pregunté. Y me respondió: «Algunos sí y otros no. Pero hoy quiero

dedicarte todo el día». Nos pasamos horas hablando, fue el día más feliz que he vivido, porque me dio lo que nunca me había dado, su tiempo, su atención, su escucha. —Una lágrima se desliza por la mejilla de Anna, pero mantiene la compostura y el tono de voz—. Recién estrenada la noche, una lechuza parda se posó en el banco de enfrente, con el pico apretaba el cuello de un ratón que lanzaba patadas al aire y hacía esfuerzos por respirar. El pájaro levantó la cabeza y comenzó a contornearla, estrangulando en cada movimiento al animalito, hasta que murió. Recuerdo aquellos ojos, negros, profundos, analizándonos. «Sabías que, para muchas culturas, la lechuza es un presagio de mal agüero», dijo mi padre. «Para los egipcios es símbolo de muerte, noche y frío, pero son supersticiones», le contesté. «La magia, la superstición, las creencias, los rituales…, todas son la misma expresión, la búsqueda del conocimiento en lo desconocido», me dijo. Luego, el pájaro dejó el ratón muerto en el banco, desplegó las alas y emprendió el vuelo. Ya estaba en la cama cuando mi padre se pasó por mi habitación. —Las lágrimas le dejan un rastro de humedad que se pierde después de acariciarle el cuello—. Nada más me dijo: «Perdóname por no haber pasado más tiempo contigo. He dedicado toda la vida a mis aficiones y a la magia, haciendo trucos e ilusiones. He sido un gran mago, el mejor, pero un pésimo padre. Ojalá fuera un mago de esos que aparecen en la literatura y las leyendas con dones increíbles y conocedores de sortilegios y pudiera ganar más tiempo o volver atrás». Rompió a llorar y me envolvió en sus brazos. Fue la única vez que le vi llorar. Al día siguiente ya no despertó. —Anna se pasa la mano por la cara recogiendo las lágrimas.

—Y qué quieres de mí, ¿que llore contigo su muerte? No se merecía ni una lágrima, créeme.

—Él no las necesita, y, tras tus comentarios, no las aceptaría. No es eso por lo que he venido. Mi padre dejó un testamento. En él se menciona una grandiosa biblioteca y, según especifica, en ella ha reunido cientos y cientos de ejemplares con un valor incalculable en manuscritos originales, incunables y copias raras. Pero hay un problema.

—Un padre forrado que deja a su única hija todo su legado. ¿Cuál es el problema? Mucha gente mataría por una pequeña parte de esa herencia.

—La biblioteca no existe.

—No te entiendo.

—La biblioteca de mi casa no es grandiosa y los tomos que hay no tienen nada de particular. Y lo más raro, ese misterioso libro que leía y sobre el que iba a hablarme no se encuentra allí. Lo busqué por toda la casa, pero no está. Ha desaparecido.

—¿Qué puede tener de misterioso un libro?

—No sé qué puede contener, pero sí del interés que suscita. Poco después de morir mi padre, recibí un burofax. Era un mensaje escueto en el que Giuseppe Palmieri, amigo de mi padre y un conocido coleccionista de libros, me citaba para hablarme de un libro que debía conocer. Interpreté que se trataba de ese libro misterioso, así que acudí a la cita, pero Giuseppe nunca se presentó. Desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

—Me has explicado el problema, hay una biblioteca y un libro desaparecidos, pero sigues sin decirme por qué estás aquí.

—Ayúdame a encontrar la biblioteca del testamento.

—Ni hablar.

—Te pagaré. ¿Cuál es tu precio?

—Acabas de heredar y ya hablas como los ricos: «Todo tiene un precio y todo se compra con dinero».

—Ya sé que todo tiene un precio, pero no todo se compra con dinero.

—Mi tiempo sí lo tiene y para ti no está en venta. No quiero saber nada del viejo ni de lo que le rodea.

—El viejo, como dices, te apreciaba y te respetaba. Cuando la enfermedad le daba tregua y el cuerpo se lo permitía, ese viejo solo salía de casa para ver este espectáculo, para verte a ti.

—Mentira. Le hubiera reconocido entre el público. Ya has visto lo concurrido que está este teatro.

—Se iba antes de que las luces se encendiesen.

—El viejo nunca hubiera hecho eso.

—Lo hubiera hecho si no fuera por el espacio que os separaba, y no me refiero a la distancia. El tiempo no solo es el refugio del olvido, también es la celda de la reconciliación.

—Las ganas de reconciliar y el orgullo son incompatibles, y tu padre tenía mucho de lo segundo, y nada de lo primero. No pierdas más el tiempo, jovencita. Yo ya no voy a perderlo contigo.

La ayudante, vestida y abrigada para salir a la calle, interrumpe en el escenario, sobre el brazo lleva una chaqueta, un abrigo y una corbata amarilla para Taffi.

—¡¡¡Eh!!! —grita la taquillera desde el escenario—. ¡No se crean

que me pagan lo suficiente como para hacer su trabajo! El trato es que os echo una mano, no que soy vuestra sirvienta.

—No seas plasta, recogeré mañana —responde Virginia. Taffi estira las mangas de la camisa, se cambia la corbata y se pone la chaqueta y el abrigo.

—Pues, entonces, hasta mañana —dice la mujer llevándose el carrito—. Y esperemos que esta vez sea verdad, estoy harta de que se os olviden las llaves de casa. Cualquier día me voy y dormís en la calle.

Taffi pone la mano en la espalda de Anna, y la empuja por el pasillo hacia la entrada. Delante de la puerta, la joven se echa a un lado y se da la vuelta.

—Hay algo más. —Anna traga saliva—. Desde que murió, una figura atormentada se me aparece en casa.

—Ja, ja, ja. —Taffi no puede contener la risa—. ¿No me vendrás ahora a decir que es tu padre que ha vuelto desde ultratumba?

Anna asiente.

—Su ropa, sus movimientos, su olor.

—¿Y te ha dicho que vengas a buscarme?

—No, pero me atosiga y rebusca por los rincones. Creo que está buscando ese libro misterioso. Estoy asustada —dice evitando la mirada.

—No digas tonterías —dice cortante.

La tromba de agua que hostiga Madrid hace que los canalones se desborden formando finas cataratas que rebotan en la acera. El agua que ya no pueden tragar las alcantarillas se acumula en los bordillos y cualquier oquedad es un lugar propicio para que se formen charcos traicioneros. Taffi tira de la puerta. Al abrirse, la figura embebida en las sombras da una fuerte calada al cigarro que apura hasta la boquilla, luego aplasta la colilla contra la pared. El agua que le chorrea por la cara le baña los labios que entreabre mostrando una sonrisa de lobo. El potente foco, que ilumina la entrada y rebota en los charcos, le muestra a Anna, Taffi y la ayudante.

—No vas a ayudarme —dice Anna escudriñando en el interior de las pupilas de Taffi buscando un lugar, aunque fuera profundo, en el que encontrar un poco de piedad, sin embargo, solo encuentra la imagen de su propio reflejo desamparado.

—No. Tu padre me destrozó la vida.

—Quizá me haya hablado de ti porque quiera arreglártela…

El mago desvía la mirada al infinito tan solo un segundo,

encendiendo una llama de esperanza en Anna, luego levanta la barbilla señalando la esquina opuesta a la que la joven había llegado.

—Torciendo la esquina, en la calle principal, hay una parada de taxis, no tiene pérdida. Adiós.

Taffi y Virginia se alejan unos metros hasta alcanzar el coche de Taffi, un viejo Ford Escort color azul del noventa y cuatro. Un cacharro atestado de bollos y arañazos, que no salía de la ITV sin faltas y pasaba más tiempo en el taller que aparcado en la calle. Una antigualla de la que Taffi no se quiere desprender, aunque las averías le habían dejado en más de una ocasión tirado en la carretera. Ese viejo Ford de dieciséis válvulas e inyección directa era su primer y único coche, era algo más que unos hierros con chapas montados sobre cuatro ruedas y un motor. Fue un compañero infatigable en aquellos años en que recorría España peregrinando con su espectáculo de magia, tirando del remolque cargado de atrezo y botellas de vinazo. Miles de kilómetros juntos, bajo el sol y la luna, con lluvia o viento, en verano y en invierno, entre polvo o entre nieve... Demasiadas veces había comido y dormido dentro de él, y otras pocas, muchas menos de las que le hubieran gustado, había compartido calor, arrumacos, saliva y mucho más con jóvenes dispuestas a ofrecerle su intimidad. En aquella época acababa de rebasar los veintiún años. Era un joven apuesto, de estatura y constitución normal, con espalda recta, y hombros y brazos desarrollados que, junto con un caminar erguido, parecían decir «aquí estoy yo». La cara, más rectilínea que curva, marcaba facciones duras que contrastaban con los ojos, oscuros y alegres. La mata de pelo negro, brillante y rizado, un cabello muy puñetero para dejarse dominar, le obligaba a ir engominado. El rostro bien rasurado y eso a pesar de que su barba fuerte y poblada como el césped de un campo de fútbol necesitaba de poda todos los días. La nariz algo grande, pero no mucho, no tenía nada particular. Todo lo contrario que la boca que con labios pronunciados, carnosos y apetecibles formaba una sonrisa sincera y amigable. La voz imponente, pero no alta, era agradable y llamativa. Ahora, algo más de veinte años después, estaba casi igual: había engordado unos kilos que era capaz de ocultar bajo la camisa, algunas canas sueltas le asomaban por la cabellera, las patas de gallo se le marcaban al sonreír, las pocas veces que lo hacía, y unas ojeras eternas, instaladas bajo sus ojos oscuros y menos alegres que en su juventud, manifestaban cansancio.

El foco se apaga y la luz se desvanece hasta desaparecer, la entrada

ya no se diferencia del resto de la calle, la figura de Anna se envuelve con la oscuridad fría y húmeda. La joven no se mueve, solo lo hacen sus ojos que no se despegan de la espalda de Taffi hasta que la resistencia a creer que ese hombre la ayudaría es vencida por la realidad. Su padre y Dionisio estaban equivocados, ese hombre no era quien creían, el mago Taffi no iba a ayudarla. Y no hay nadie más a quien poder acudir. Está sola. Se coloca la bufanda, se abrocha fuerte el abrigo, se ciñe la gorra y se adentra en la lluvia, la bufanda se vuelve áspera al contacto del agua. «Nunca encontraré la biblioteca», piensa, «lo siento Dionisio, lo siento papá».

—Estaba mogollón de asustada —dice Virginia tras sentarse—. He flipado con la historia de ese fantasma. Qué mal rollo.

—Pensaba que no creías en espíritus.

—Anda, claro que no. Pero esa chica estaba acojonada.

—Si se le aparece un fantasma, tiene tres opciones: hablar con un loquero, hablar con un cura o llamar a los cazafantasmas.

—Además de ser imbécil, tienes la gracia en el culo. No te vacilo. Enróllate y ayúdala, o por lo menos llévala a casa.

—Sabes que siempre he hecho lo que me has pedido, pero no voy a mover un dedo por Vaccaro.

—Mira, tío, en tu vida has hecho lo que te he pedido porque nunca te he pedido nada. Esta es la primera vez.

—Y será la primera vez que te diga «no». ¿Pero por qué estamos discutiendo por esto?

—Porque presumes de lo gentil que eres y de que ayudas a la peña, y ahora que te la piden dices que no, no creía que fueras tan mierda…

No hay respuesta, Virginia solo escucha las gotas de lluvia ametrallando el coche.

Taffi gira la llave de contacto, el coche comienza a vibrar arrítmicamente. Las luces del vehículo apuntan a Anna. Los limpiaparabrisas, al máximo, parecen querer salir disparados de su sitio. El coche rueda por el pantano que se ha formado en la calzada haciendo saltar el agua a los bordillos.

Anna gira la cabeza al cruzarse con el coche, pero Taffi la ignora y sigue adelante. Con el agua salpicándole en la cara, con el frío tocándole los huesos y con la derrota sentenciada, la chica sigue el camino, encogida, con las manos en los bolsillos y la vista puesta en ningún sitio.

Al girar el volante para enfilar la calle que hace esquina con el japonés, los faros del Escort arrastran los haces de luz amarillenta por

los contenedores de basura. Virginia cree distinguir una sombra detrás de uno de ellos.

—¡Para!

Taffi frena en seco.

—¿Ahí hay alguien? —dice Virginia llevándose la mano a la boca.

El mago frunce el ceño agudizando la vista. Aprecia unos zapatos y unos bajos de pantalones.

—Sí, detrás de los contenedores.

Taffi reemprende la marcha y tuerce la esquina, como si no hubieran visto nada. De repente, aprieta con fuerza los labios y detiene el coche.

—¡Agárrate!

Virginia se ciñe el cinturón de seguridad.

—¿Qué vas a hacer? —dice con ojos de búho y cara de pez.

Taffi baja las ventanillas, las gotas de lluvia se cuelan dentro del habitáculo salpicando sobre la puerta, y mete marcha atrás. El zumbido agudo de la desgastada transmisión del Ford revolucionado rebota por las paredes entremezclándose con los gritos de Virginia. Derrapando en la esquina, vuelve a la calle del teatro. Mete primera y sale quemando rueda hacia la chica.

Anna, sobresaltada por las luces y el ruido, se gira.

—¡¡¡Sube!!! —grita Taffi parando al lado de la joven.

Anna abre los ojos como dos lunas llenas al advertir que la luz roja de los frenos del coche choca sobre una silueta que corre hacia ella como un rayo. Se queda paralizada.

—¿¡A qué esperas!? ¡Estás en peligro!

Las palabras de Taffi le hacen volver en sí. Anna abre el coche y se lanza dentro. Sin tiempo a cerrar la puerta, la silueta le agarra el brazo con una fuerza sobrenatural, clavándole las uñas a través de los guantes de cuero. Anna grita.

El reflejo de la imagen de la figura en el espejo retrovisor alcanza los ojos de Taffi, que observa el brazo tenso que agarrota a Anna. Taffi da un pisotón al acelerador en vacío; los caballos bajo el capó relinchan y el coche cabecea, avisando a la figura que puede arrancar en cualquier momento. Pero la sombra aferra más fuerte a la chica, sabe que es un farol, si arranca arrastrará a la muchacha fuera del coche. El cerebro de Taffi trabaja a contrarreloj. Piensa en bajarse y enfrentarse cuerpo a cuerpo. Opción descartada, le sobra valor para hacerlo, pero le falta tiempo para alzarse del asiento antes de que la figura le deje fuera de combate. Las neuronas se cortocircuitan, la

posición de Taffi es desfavorable y no puede dar la vuelta a la situación, está en manos de esa figura.

Anna se retuerce, y con el brazo libre tira del mango de la puerta y la cierra con todas sus fuerzas, aplastando el brazo de la figura una y otra vez. La sombra no gime ni sufre, el dolor no le afecta y no deja escapar a la chica. Anna deja el mango, no sirve de nada. Sin soltar a la muchacha, la figura agarra la puerta y comienza a abrirla. Sin esperar, Anna da un patadón a la puerta que rebota en la cara de la figura. La sombra no se queja ni padece, se limita a soltar a la chica y dar un paso atrás.

Anna cierra de un portazo y Taffi hunde el pie en el acelerador. El coche sale quemando rueda y desaparece por la esquina bañando las aceras con el agua de los charcos.

El mundo gira y se tambalea alrededor de la sombra. Se palpa la cara. Por la mano se desliza un reguero caliente color púrpura que le mana desde la nariz y cae sobre el agua de lluvia. En unos segundos recupera la lucidez, sacude la cabeza, enciende un cigarrillo y camina hacia la calle principal en busca de su coche, un Audi gris.

Lejos, Taffi disminuye la velocidad, no hay indicios de que nadie los siga. Quien no disminuye la velocidad es el corazón de Anna, late tan fuerte que parece romperle la capa torácica.

—Intenta tranquilizarte —dice Taffi—, a ese hombre le has dejado marca y no creas que es porque le has destrozado el corazón.

—Lo has visto —dice Anna buscando con mano temblorosa un bote de píldoras verdes dentro del bolso—. Es la sombra de mi padre.

—Esa sombra no es un espectro. Es muy humano.

—Es él. Estoy convencida. Su estatura, sus vestimentas, hasta huele como él y debe de estar muy enfadado conmigo. —Se traga dos píldoras a palo seco.

—Me alegro en tener que decepcionarte, es humano y no es tu padre. Sea quien sea, o quiere hacerte daño, o tiene algún propósito y para conseguirlo no tiene reparos en hacerlo. ¿Hay alguien que quiera hacerte pagar algo?

—No.

—Quizá sea alguien que quiera vengarse de Vaccaro. Conociéndolo, enemigos seguro que no le faltaban.

Anna da un puñetazo en el respaldo del asiento de Taffi, que le llega a la espalda en forma de cosquilleo.

—Mira. Estoy harta de que te metas con mi padre. Nos conocemos desde hace unos escasos minutos y no has dejado de criticarlo. Para el

coche. No quiero compartir ni un segundo más contigo.

—Ni hablar. Te llevamos a tu casa. Y aquí mando yo. —Virginia se adelanta a contestar, tenía esa manía, que Taffi odiaba, de responder lo que se le pasaba por la cabeza sin valorar las palabras ni las consecuencias. Como el día en que el casero se negó a comprarles una lavadora nueva y ella lo amenazó diciéndole que si no lo hacía le contaría a su mujer que era una cornuda, o, mejor aún, la haría entrar en su piso cuando él se revolcaba con prostitutas escandalosas en el piso de al lado. El casero con un argumento tan convincente cerró la boca, pero el día después ya les había dado puerta. O como el día que, paseando con Taffi por la Puerta del Sol, un hombre en un descuido al pasar a su lado la golpeó en el brazo y ella, a pesar de que el hombre se disculpó, se giró llamándole loco y soltándole pestes, resultando ser un policía de la secreta que los llevó a comisaría. Y qué casualidad, ni Virginia ni él llevaban el carné encima. Fue una entretenida tarde y noche entre rejas.

Taffi disminuye la velocidad y para el coche. Virginia lo contempla con una cara capaz de estrangular a distancia.

—¿Qué haces? —dice Virginia.

—Lo que ha pedido, ¿no? Que se baje. Ya la hemos ayudado demasiado liberándola de las garras de ese hombre —dice Taffi.

—Tú flipas. Han estado a punto de pegarle, robarle o, peor aún, violarla, y quieres que se baje.

—Sí. Su padre me destrozó la vida y ahora me la quiere arruinar también después de muerto. —Se cruza de brazos—. ¿Ves?, con esta discusión ya lo está haciendo. Me da igual en qué lío esté metida, o los problemas que tenga. ¡Que se largue! Yo también tengo los míos.

Anna tira de la maneta, sin embargo, la puerta no se abre. El seguro está echado. Tira de nuevo, con más fuerza y repetidas veces, como si por repetir la operación fuera a saltar el seguro.

—¿Me dejas salir? —dice Anna.

—Como abras esa puerta —dice Virginia apuntando con el dedo a Taffi—. No solo se pira la chica, me piro yo también y para siempre.

—No tienes narices —dice Taffi.

—¿Crees que no? Prueba.

—No me tientes, Virginia, no me tientes.

—¿Y mi opinión no importa? —dice Anna.

Los dos se callan. Taffi mira a Anna a través del espejo. Virginia gira la cabeza.

—Os agradezco lo que habéis hecho. Pero no quiero nada más.

Venir ha sido un error.

—Vamos —dice Virginia—. No te achines. Estás metida en una movida chunga. Te dejamos en casa y nos piramos. Además, mírate, estás más calada que Bob Esponja.

Anna apoya el brazo en la ventanilla y sobre la mano reclina la cabeza, contempla el infinito y frunce el ceño. Taffi advierte la expresión seria de la cara de la chica, es la misma que tenía Vaccaro concentrado, el parecido con su padre, hasta ahora latente, sale a la luz en forma de gestos.

—No tendría que haber hecho caso al mayordomo. No sé por qué mi padre y Dionisio te ponían por las nubes. Qué confundidos estaban. —Abre la puerta y pone un pie en la calle.

—¿Dionisio sigue sirviendo a tu padre?

—Ahora me sirve a mí. Te recuerdo que mi padre ha muerto.

—Claro, claro, perdona el lapsus. ¿Qué años tiene?

—Lleva años respondiendo que demasiados.

—¿Y dices que se acuerda de mí?

—Yo diría que no muy bien. O tiene un concepto muy equivocado de ti.

Taffi se acaricia la barbilla y piensa: «Quizá no sea tan mala idea llevar la chica a casa». Muestra una sonrisa de medio lado, que solo él es capaz de interpretar.

—Te voy a ser sincero —dice con voz de cura en la homilía—. Tu padre no me causa empatía. Pero Virginia me ha convencido. Dejaré de lado mis diferencias y te acercamos a casa.

La respuesta de Anna no parece llegar. No es para menos, las últimas palabras de Taffi eran las que le hubiera gustado escuchar antes que la despachara del teatro, y después de autoconvencerse de que nunca las oiría le costaba asimilarlas, pero no podía hacer otra cosa que aceptar.

—Vivo en una casa en la sierra de Madrid, entre Navacerrada y Cercedilla.

Virginia sonríe.

Las calles y los edificios desfilan al otro lado de la ventanilla hasta sumergirse en el túnel de la M-30 dirección A-6. La circulación es tan densa como de costumbre, ni la lluvia que cae a mansalva ni el pronóstico del hombre del tiempo que da nieve en cotas bajas disuaden a los conductores. La congestión empieza a abrirse pasado Las Rozas, donde la carretera deja de estar flanqueada de farolas y es tragada por la oscuridad. A la altura de Torrelodones hace su

aparición una niebla espesa, y a la de Collado Villalba la cuarta e inseparable compañera de viaje desde que salieron del teatro, la lluvia, se convierte en copos de nieve grandes y hermosos que desaparecen al aterrizar. Fuera del coche los termómetros tiritan y dentro el vaho se extiende por los cristales. Taffi aumenta la intensidad de la calefacción haciendo que la capa de vapor desaparezca del parabrisas, pero no de las ventanillas laterales. Con la palma, Anna limpia la de su lado y observa cómo cae la nieve.

—Hacía tiempo que no veía unos copos tan grandes —dice Taffi y muestra una sonrisita pillina al recordar el día que, en uno de sus viajes por Castilla y León, una de las comunidades que más recorrió, y más concretamente por el Páramo de la Lora, le sorprendió una nevada que dejó el municipio aislado justo antes que acabara la función. Menos mal que una vecina, recientemente enviudada y ya entrada en los años en que la gravedad se hace notar sobre los cuerpos, le dejó dormir en su casa. Él, ante el ofrecimiento de la mano, se cogió el brazo y el resto del cuerpo entero, y, en medio de la fría noche, se metió en su cama y se lo agradeció, llenándole el vacío causado por la soledad con gran derroche de cariño y amor, dejándola muy complacida pero poco satisfecha, así que tuvo que agradecérselo otra vez más.

—Pues si te gustan los paisajes blancos y fríos vente a vivir a la sierra. A mí ya me cansa.

Taffi levanta un poco el pie del acelerador.

—¿Con este temporal, podremos llegar a tu casa?

—Si no se ha estropeado la quitanieves, sí. Solo hay que esperar a que pase y circular detrás de ella.

Taffi abandona la autovía y coge la carretera que los llevará a la sierra.

El termómetro sigue en caída libre y la nieve comienza a cuajar en forma de tapiz blanco. La estampa que observa Anna le activa el interruptor que enciende los recuerdos, y estos tratan de unas navidades, en las que no debía medir mucho más de un metro y el mundo era inocente y grande para ella, quizá las únicas navidades completas que pasó al lado de su padre, pero no con él. Las giras internacionales no paraban tampoco en navidad y, aunque ese año fue la excepción, el mago aprovechó el tiempo para mejorar su espectáculo con nuevas ideas. Después de una copiosa nevada, como la que observa al otro lado de la ventanilla, ella y Dionisio, el mayordomo, habían construido un muñeco de nieve con dos bolas que

habían rodado por el jardín de la mansión hasta convertirlas en el tronco y la cabeza del hombre de nieve, a las que habían añadido unas ramas como brazos, unas piedras grises como ojos y una zanahoria como nariz.

—¿Cómo lo vas a llamar? —preguntó Dionisio.

Anna se giró hacia la mansión y vio a su padre, detrás de la ventana, dando vueltas de un lado a otro, sin deriva, fumando a la vez que se estrujaba el cerebro por crear ilusiones, abstraído en su mundo y pasivo a cuanto sucediera fuera de él.

—Papá. Lo llamaré papá. —Y trazó con un dedo en la cabeza un surco con forma cóncava debajo de la zanahoria.

—Acércate, Anna. —Dionisio hincó una rodilla en la nieve y se puso a la altura de la niña—. Que tu padre no pueda dedicarte tiempo, no quiere decir que no te quiera. Él es muy trabajador y la magia requiere mucho tiempo, concentración y ejercitación.

—Entonces, si tú pasas mucho tiempo conmigo, ¿quiere decir que eres un vago?

—No soy un vago. Lo hago porque tu padre me lo ha pedido.

—¿Tu trabajo es cuidarme?

—A veces estoy contigo porque es mi trabajo y otras porque me apetece, pero, en ambos casos, me gusta hacerlo porque te quiero.

—Entonces, si mi padre me quisiera, le gustaría estar conmigo.

—Tu padre te quiere, lo sé, y se preocupa por ti. Pero no tiene tanto tiempo como yo para estar contigo —dijo tocándose la nariz.

La respuesta de Dionisio no convenció a Anna, y esas navidades, que había recibido con ilusión por ser distintas a las demás, se fueron con la misma amargura que llegaron después el resto, solo endulzadas por la presencia y comprensión de Dionisio.

El coche repta a duras penas por la carretera sinuosa. Las ruedas se deslizan sobre la alfombra de nieve y hielo avanzando mucho menos de lo que giran. Taffi aparta el coche en la estrecha cuneta.

—Menudo momentazo para tener una avería —salta Virginia.

—Deja de gruñir. Aprovechas cualquier oportunidad para decirme que cambie de coche. He parado para que pase la máquina quitanieves.

—Pues ahora que lo dices…

—Nunca me desprendería de mi coche ni aunque me regalaran otro.

—No digas chorradas. Este coche es una mierda y no lo cambias porque no tenemos un duro.

Como un encuentro en la primera fase, la quitanieves se materializa con luces cegadoras y envuelta entre vapores. La máquina, apartando la nieve y sembrando un rastro de sal sobre el asfalto, asciende imparable por las rampas seguida de una larga fila de coches a la que se une el Ford azul.

4

En el asiento del Audi gris, con la ropa bañada y manchada por regueros carmesíes, la silueta fantasmagórica da una calada al cigarrillo. Esperando a que cese la hemorragia, mata el tiempo contemplando cómo las gotas caen y forman torrentes caprichosos sobre el parabrisas. Cuando el flujo de sangre cesa, aplasta el cigarrillo sobre el monte de colillas que sobresale del cenicero, se baja del coche y del maletero saca una barra abollada de acero macizo de dimensiones semejantes a las de un bate de béisbol.

Camina arrastrando el acero por el suelo hasta la puerta del teatro dejando una marca zigzagueante en la acera, mientras los deseos de venganza le rasgan las vísceras. Dando golpes con la barra, llama a la puerta, el sonido llega hasta los oídos de la taquillera.

—¡Virginia, ya voy! —grita la taquillera, y piensa: «No sé para qué hablo, no me escuchan, si antes les digo que no se olviden nada… Un día tengo que ser mala, pero mala de verdad, y no abrir. Seguro que así aprenden y no vuelve a pasar».

—¡Qué ha sido esta vez!, ¿las llaves?, ¿el teléfono? —Oye la figura oscura desde el otro lado de la puerta, mientras salta el pestillo y se abre.

La taquillera se topa con el rostro del loco salido de otro mundo que aporreó la verja. Se le paralizan los músculos. Fuera de la taquilla es mucho más alto de lo que le había parecido, debe alzar la cabeza para mirarle a la cara. El loco enseña los dientes amarillos y apretados tras una sonrisa de perro rabioso. Los ojos inertes, las manchas de sangre y el acero en la mano le dan un aspecto vandálico capaz de helar el corazón y frenar la circulación de la mujer, un aspecto que parece salido de alguna película de Tarantino. La mujer solo puede retroceder sin dar la espalda a ese diablo salido del infierno.

La figura entra y, con una sonora patada, cierra la puerta a sus espaldas. Avanza despacio hacia la mujer, con pasos que parecen eternos. Al pasar al lado de una de las lámparas, la golpea con la barra, las bombillas estallan entre chispas. Tira el acero a un lado rebotando en el suelo. La espalda de la mujer choca con la pared del

pasillo, ya no puede retroceder más. La figura se quita los guantes y saca el cuchillo curvo, lo desenvaina. El hombre llega a la altura de la mujer, la aprisiona contra la pared y le manosea la cara a la vez que le muestra la hoja de acero reluciente de unos veinte centímetros de largo.

—¿Ves? Mira que he tenido que hacer por no haberme dejado pasar. Ahora estamos solos. Tú, yo y mi cuchillo. ¿Te gusta? —dice acercándoselo a los ojos.

Casi a punto de saltarle el llanto, la taquillera asiente con la cabeza.

—A él sí le gustas —dice mirando el cuchillo—. Cógelo. —Le ofrece el mango—. Vamos, no le tengas miedo. Estamos aquí para divertirnos. ¿Quieres divertirte con nosotros?

A la mujer le tiembla la mandíbula.

—Interpreto que no tienes ganas de pasar un buen rato. Es una pena, ibas a morirte de risa. Conozco muchos chistes. ¿Cuáles te gustan?, ¿verdes?, ¿negros?, ¿de fantasmas?, ¿de zorras? Me los sé todos. También de loros chivatos, pero esos no me hacen ni pizca de gracia. ¿A ti te gustan los de loros chivatos?

La taquillera niega moviendo la cabeza. La figura oscura restriega la punta del cuchillo por la cara de la mujer y le clava los ojos penetrantes en la mirada temerosa y tensa. Se separa de ella y con una reverencia de caballero, inclinando el tronco, apoyando la mano izquierda en el vientre y haciendo un arco en el aire con la mano derecha, la invita a salir.

—La función ha acabado, *mademoiselle* . Lárgate. No llames a la Policía o al mago. No me obligues a explicarte por qué no me gustan los chistes con loros chivatos.

La mujer no reacciona, como si un hechizo la hubiera dejado petrificada.

—¡Vamos, a qué esperas! —La taquillera cierra los ojos—. ¡Mueve ese culo y lárgate antes que cambie de idea! Y recuerda mi nombre, Vaccaro.

La mujer se aleja sin dejar de mirar atrás, asegurándose de que no la sigue. Al poner el pie en la calle, echa a correr.

La sombra recoge el acero, pasa a la platea y sube al escenario. Con la barra golpea los focos que caen rompiéndose al encontrar el suelo. Luego se ceba con el equipo musical, soltando patadas a los bafles. Se interna detrás de bastidores y con los ojos fuera de las órbitas busca más objetos con los que descargar su ira, pero no su

venganza. Llega a la sala donde guardan los utensilios, herramientas y aparatos que Taffi usa en el espectáculo. Con la barra golpea la jaula repetidas veces hasta que dobla los barrotes. Arremete contra la mesa, un baúl y un cajón. Gotas de sudor le caen desde la punta de la nariz, pero no se para. Entra en el único camerino y lanza la barra contra un espejo que refleja su figura con la cara y la mandíbula dura y tensa haciéndolo estallar en mil pedazos. Saca el cuchillo curvo del bolsillo y rasga los vestidos de Virginia, luego, entre sonidos guturales, clava el filo varias veces en un maniquí vestido con un traje de Taffi. Para por un momento, tiene la respiración entrecortada, se quita el sudor de la frente con la manga. Con la vista encuentra una repisa llena de libros, que tira al suelo de un manotazo, se baja la bragueta y orina encima de ellos.

Tras soltar la rabia, se tumba boca arriba en un tresillo, el único mueble que se ha salvado de la furia, y enciende un cigarrillo que fuma tranquilo, sintiendo el humo resbalar por la garganta antes de salirle por la boca haciendo anillos perfectos que engrandecen con pereza según se alejan hasta desvanecerse en el aire, como lo hacía el humo que emanaba de la antorcha que llevaba aquella Noche de San Juan del verano de hace un par de años en Almería, en una playa del cabo de Gata. Había pasado de largo la medianoche y caminaba bajo un techo de estrellas parpadeantes, una de esas noches raras y asombrosas con luna nueva en que el firmamento aparece tan despejado que permite distinguir con claridad la Vía Láctea; caminaba en fila india, siguiendo a los demás, sus pies descalzos se hundían en la fina arena de la playa que aún mantenía el calor del sol y contrastaba con la fría agua del mar cuando le alcanzaba los pies, una sensación que le causaba cierto placer. El primero de la fila, un cuarentón rubio con pelo largo y rizado, lo mismo que la barba, con ojos verdes y mirada de sabiduría al que todos llamaban, porque así se había presentado y nadie se atrevió a preguntar su nombre, el Guía, los llevó hasta una cala escondida de la luz y de los fisgones. Cada uno de ellos portaba una antorcha y una mochila con lo necesario para pasar una noche al raso, entre las que no faltaban alcohol y porros.

El Guía se detuvo y dejó caer la antorcha sobre la arena seca de la playa, se quitó la mochila, se desnudó y se sentó de cuclillas. El séquito, según iba llegando, hacía lo mismo de uno en uno, bajo la mirada aprobadora del Guía. Las antorchas, ardiendo juntas, se habían convertido en una gran hoguera y todos formaban un corro alrededor.

—Agarraos las manos —dijo el Guía.

La sombra suelta otra bocanada de humo y deja escapar una sutil sonrisa al recordar cómo notó chispas cuando la chica rubia que estaba sentada a su derecha le rozó la mano y luego se la agarró con fuerza; y cómo sintió una complicidad y unión más que física cuando sus miradas se acariciaron y brillaron.

—Algunos de vosotros —continuó el Guía con voz plácida y atractiva— creéis que estáis aquí por voluntad propia. Creéis que habéis decidido venir esta noche porque sois libres. Pero no lo sois, os manejan desde el día que nacisteis, os poseen y hacen de vosotros lo que quieren. ¿Os habéis parado a pensar por un momento por qué sois lo que sois?, ¿por qué pensáis como pensáis? Yo os lo diré: porque ellos os han secuestrado. Sí, así es. Y ellos tienen nombre, son vuestros padres, vuestros profesores, vuestros jefes, vuestros amigos, la televisión, la radio, la sociedad, la falsa religión… os están diciendo una y otra vez, a través de mensajes directos e indirectos, cómo os tenéis que comportar. Os manipulan para que seáis como ellos os dicen que tenéis que ser, os comen el cerebro para que penséis lo que ellos os dicen que tenéis que pensar. Todos, absolutamente todos, sois esclavos, aunque os digan y os repitan que sois libres, que vivís en una sociedad libre, sois esclavos. —El Guía dejó de hablar y se limitó a observar el rostro de los oyentes que respondieron con gestos de aprobación insuflando al orador más garra y carisma—. Otros estáis aquí porque tenéis preguntas e inquietudes y nadie os responde. Y, también, mediante su engaño, os han convencido de que si no os responden es porque nadie tiene las respuestas, pero os mienten. La realidad es que no os las quieren dar, porque, si os las dieran, dejaríais de ser sus esclavos. Otros estáis aquí porque os sentís abandonados, porque no se os ha tratado como queréis que os traten, porque necesitasteis ayuda y nadie os la quiso ofrecer. Y otros solo estáis aquí porque queréis conocer la verdad. Hoy, todos vosotros, no importa el motivo que os ha traído aquí, seréis complacidos y todos vosotros conoceréis la verdad ancestral, la verdad prohibida desde los tiempos más remotos por aquellos que quieren manipularos. Hoy, solsticio de verano, en la noche más corta, cuando el rayo verde bañe vuestros cuerpos desnudos, sentiréis como la magia de la sabiduría romperá el hechizo de vuestras creencias, entonces ya formaréis parte de nuestra hermandad y será para siempre. Alzad los brazos conmigo. Sois los elegidos para renacer, estad orgullosos de ello. Y, ahora, disfrutemos de esta noche con los placeres de la vida.

El Guía saca de su mochila una botella de wiski y una bolsa con

polvos blancos que fueron pasándose uno a uno y consumiendo por la nariz antes de lanzarse al mar.

Él y la chica rubia se unieron al éxtasis de alegría, cánticos, sonrisas y excesos. Él iba repleto de polvos blancos y testosterona, ella dejó de cantar y se limitó a mirarle a los labios embrujándole, él se paró y la observó, ella le llevó agarrado de la mano hasta el agua del mar y, con medio cuerpo en el agua, salpicados por las olas, ella le ofreció los labios que él aceptó con pasión y desmesura. Ese beso le hizo olvidar a todos los demás y no poder saborear los que no vinieran de esa boca. Mientras besaba a esa chica, y bebía del néctar de aquella rosa, el mundo empezó a tambalearse y creyó flotar y desvanecerse en el aire, el tiempo parecía doblarse y se paraba, o corría a su antojo, cuando quiso darse cuenta estaba tumbado en la playa encima de la chica, fundidos en un solo ser, entre arena y sudor. Al alba su vida cambió, ese alba se despertó de un sueño sin ni siquiera haberse dormido, aquel alba supo que ya tenía algo por lo que vivir y luchar: el amor, la verdad y la hermandad.

5

Siguiendo las indicaciones de Anna, Taffi se descuelga del dragón de luces con cabeza de quitanieves para entrar en una urbanización protegida por una barrera de seguridad custodiada por un vigilante acomodado dentro de una garita. Anna baja la ventanilla mostrando la cara al guarda que, con cabeza rechoncha, carrillos repletos de hamburguesa y la cara manchada de mostaza, pulsa el botón de apertura abriendo la barrera.

—¿Un hombre así puede ser guarda jurado? —dice Taffi—. Lo único que puede vigilar es que no le quede ninguna patata en la bolsa del Burger King sin estar bañada de kétchup o de mostaza.

—Ya ha evitado algún robo. No lo infravalores.

—Me quedo más tranquilo, sabiendo que nos protegerá si aparece el loco de la puerta del teatro —dice con una sonrisa de medio lado.

Tras la barrera se suceden y entrelazan avenidas flanqueadas por hileras de aligustres podados como esferas y decorados con multicolores luces navideñas. De las farolas cuelgan altavoces que amenizan la calle con cánticos navideños. Cuesta distinguir el principio y el fin de las fincas ocultas tras muros de espesa arizónica, ahora glaseada con nieve, sobre las que se alzan terrazas y chimeneas por las que se escapa humo con aroma a encina.

Atraviesan por completo la urbanización y toman un camino angosto que se aleja de la humanidad y de las farolas, un camino absorbido por la negra oscuridad y la niebla gris y espesa, un camino que parece no llevar a ningún sitio. El ramaje desnudo de los árboles colindantes se extiende como brazos y forma un túnel natural sobre el camino, que metro a metro parece hacerse más y más estrecho.

—Ya casi hemos llegado. Enseguida encontrarás un muro y la cancela —dice Anna.

Taffi conduce hasta que, a un lado del camino, divisa bajo un tejadillo una puerta de hierro labrado con florituras estrambóticas y para delante. A Virginia se le abre la boca al contemplar la gran puerta de entrada. Anna telefonea a Dionisio, que pulsa el mando que activa la apertura automática de la puerta.

Taffi se siente polizón, embarcando en un barco sin que se entere el capitán. Superar esa puerta es colarse en el mundo del mago Vaccaro. Internándose en el universo que el mago ha creado, Taffi nota una sensación difícil de describir, la euforia de conocer algo que deseaba y la angustia de recuerdos dolorosos que vienen acompañados de odio.

Rompiendo la niebla, el coche se abre paso por el camino blanco, desfilando por un corredor de pinos, cubiertos con baños de espuma que el viento azota, y estatuas de piedra con formas de criaturas inimaginables provenientes de la mitología clásica y de distintas culturas que aparecen y desaparecen con los faros del coche. Taffi es capaz de reconocer dragones, grifos, una esfinge, un centauro, un minotauro, un sátiro, una sirena, el caballo Pegaso… y viaja en el tiempo: recuerda el día que el mago Vaccaro apartó por un momento la magia para enseñarle un libro ilustrado con figuras extrañas, como las que ahora veía, mientras le explicaba el porqué de su aspecto y lo que representaban.

—Esa es el ave fénix —dice Anna señalando una escultura—, es la imagen que más le gustaba a mi padre.

—El pájaro mítico que resurgía de sus propias cenizas —dice Taffi —. Un ave de la mitología oriental, adoptada por los griegos. Símbolo de fuerza, inmortalidad y renacimiento físico y espiritual.

—¿Cómo sabes eso? —dice Virginia asombrada.

—Vaccaro me lo explicó.

Tras cerca de un kilómetro recorrido, entre la tempestad de nieve y las nubes bajadas del cielo, asoma una fachada. La carretera se ensancha y bordea una fuente de base octogonal de mármol travertino decorada con ocho diablillos con ojos salidos y caras lujuriosas y canallas repartidos en cada esquina y una gran concha central de la que cuelgan estalactitas de carámbanos. Taffi aparca delante de la puerta principal.

Virginia se reclina todo lo que puede para apreciar la fachada del edificio golpeado por la nieve que el viento remueve en todas direcciones.

—Flipas. ¡Menuda chabola! ¡Es un palacio! —dice Virginia.

El edificio construido a base de sillería de granito tiene forma prismática y planta de tres alturas. En cada esquina de la planta, cuatro torres cilíndricas y oscuras se alzan, imponentes y desafiantes, sobre el resto del edificio, retando con su altura al enfurecido cielo. Para llegar hasta la puerta hay que pasar bajo un pórtico con

columnas de granito y arco románico lombardo decorado con figuras infernales. Sobre la cúpula del pórtico descansa una amplia terraza a la que se puede acceder por tres ajimeces. Por encima del tejado se pueden contar hasta seis chimeneas de gran tamaño.

—O un castillo medieval —añade Taffi—. Solo le falta el rastrillo y el foso.

Luchando contra la ventisca, suben los nueve escalones que les separa del pórtico de entrada, mientras Taffi pasea con dificultades la vista alrededor: a la izquierda se extiende un jardín muy cuidado con bancos de piedra, a la derecha una caseta que tiene toda la pinta de tratarse del almacén de utensilios del jardinero o del cuarto de la leña.

A Taffi se le dilatan las pupilas cuando observa el arco de entrada. No puede equivocarse, es una fiel reproducción de la fachada de entrada al orfanato, el refugio y prisión de su niñez y el lugar en el que conoció al mago.

La gran y pesada puerta de madera de castaño se abre. Tras ella aparece Dionisio que ha cambiado el traje de chófer por uno de elegante mayordomo, un traje sin arrugas y una corbata con nudo *windsor* completamente simétrico, ambos de color negro, y camisa blanca. Anna se lanza a darle un abrazo que Dionisio acepta y corresponde con una gran sonrisa. Luego, con una pose de perfecto mayordomo, marcial a la vez que servicial, recibe a Virginia, que entra sin prestarle atención, pues no deja de mover la vista de un lado a otro asombrada de tanta riqueza. Al llegar el turno de Taffi abre los brazos, pero Taffi solo le ofrece la mano fría. Dionisio extiende el brazo y se saludan como lo hacen dos desconocidos.

Cuando Dionisio cierra la puerta, como si cerrase la caja de Pandora, el viento deja de ulular.

—¿Has firmado un pacto con el diablo?, estás igual que la última vez que te vi —dice Taffi.

—Ese es un mal contrato, no ofrece garantías ni posibilidad de devolución. Sin embargo, usted ha cambiado mucho… El tiempo pasa.

—No solo el tiempo tiene el poder de cambiarlo todo.

—Entiendo. Antes eras *piccoletto* y ahora eres Taffi —dice Dionisio con sonrisa triste.

Anna no se pierde ni una palabra de la conversación. Todo lo contrario de Virginia, que, envuelta en aroma a jazmín, permanece embobada deleitándose con los cuadros, óleos con paisajes firmados por Aureliano de Beruete y otros impresionistas por Adolfo Guiard; las lámparas de araña de cristal de Bohemia que parecen interminables,

los espejos con marcos de madera con filigranas que hacen de la sala aún más amplia y clara; un mueble perchero a la vez que paragüero de madera de cerezo y un bargueño restaurado adquirido en la tienda de antigüedades John Koch Antiques en Nueva York. Muebles solo aptos para una casa con mucho espacio que rellenar y un dueño con muchos ceros en la cuenta del banco. Anna pertenecía a un mundo de lujo que ella ni siquiera podía imaginar.

Anna interfiere en la conversación.

—Dionisio, el fantasma ha vuelto a hacerse ver a la salida del teatro.

—¡¡¡Dios mío!!! No quería dejarte sola. Por qué te habré hecho caso. Debería haberte esperado en la puerta. —Se acerca y le da un beso en la frente, le acaricia la espalda y se dirige a Taffi—. Gracias por haberla traído.

—Tampoco te pases con las gracias. Dale las justas. Me ha traído a casa solo porque quiere verte. No va a ayudarnos a encontrar la biblioteca.

—Acompañadme a la sala de visitas —dice Dionisio—. Anna, aunque no quiera ayudarnos hay que ser educados, les ofreceremos una bebida caliente y se irán si es lo que desean.

Dionisio va delante indicando el camino sobre alfombras persas con azules, rojos y ocres entrelazados, al llegar a la sala les pide los abrigos, los guarda en el ropero, un armario de madera maciza con acabados barrocos y espejos por puertas, y les pide que se acomoden en los sillones y butacas de piel suave a la vista y al tacto, alrededor de una mesa de vidrio que como base tiene un tronco de árbol.

—Iré a prepararles algo. ¿Qué toman?

—Un té verde —dice Virginia.

—Un café —dice Anna.

—Algo con alcohol —dice Taffi.

—¿Rhum Clément, Cardenal Mendoza, Chivas Reserva, Ribera…?

—Lo más caro que haya. —A Dionisio le cuesta mantener la cara inmutable que por su oficio está obligado a llevar—. Pero espera. Te acompaño. —Los dos se alejan.

—Esta casa es total… —dice Virginia.

—Demasiado grande. No se necesita tanto espacio para poder vivir.

—Si quieres te lo cambio por mi cuchitril de cuarenta y cinco metros cuadrados, con vistas a las ventanas del edificio del patio interior, un bonito espectáculo de vivos colores cuando los vecinos

tienden la ropa, porque sino solo verás el gris de las salidas de las campanas de humos, el polvo de las escobas que sacuden los de arriba, pinzas caídas y las cagadas de gato de la vecina del primero, no te joroba. De regalo, que no falte, tienes una vecina cotilla, que no la vea el de *Sálvame* que la contrata, imaginativa y con lengua venenosa, una de esas pedorras que está todo el día al lado de la ventana y la abre un pelín con disimulo al ver gente llegar. No te puedes hacer ni idea de las chorradas que la pava se puede inventar solo para sentir ser la protagonista entre el corrillo de cotorras. Es lo que tiene no trabajar y aburrirse en casa.

—¡Ja, ja, ja! Pues aquí sucede todo lo contrario, a los vecinos les trae sin cuidado lo que sucede a su alrededor. Muchas gracias por haberte puesto de mi lado.

—No te pongas rollo cursi, flor. A veces Taffi parece desagradable, pero es guapo por dentro y por fuera, tiene un gran corazón.

—…Pues lo tendrá solo para ti...

Virginia mira alrededor.

—Empiezo a captar el problemón que es tener una casa así… —dice moviendo las piernas—. ¿Dónde está el baño?

6

En el teatro, la figura oscura, en estado de duermevela, descansa y espera indicaciones. Tiene los músculos relajados, esa mujer, la taquillera, no va a delatarle, se fue perdiendo el culo y más asustada que Caperucita al descubrir quién vestía el camisón de la abuela. El móvil vibra en el interior del bolsillo del abrigo. Son las indicaciones que esperaba, un mensaje escueto, pero clarificador: «Están en la mansión de Vaccaro, prepárate». El hombre se frota las manos, la diversión continúa. El Zippo le ilumina el rostro y enciende el cigarrillo que sujeta en la boca. Antes de dejar el teatro se sube el cuello, no llueve, pero mejor evitar ser visto. Cuando pone los pies en la calle, por el rabillo del ojo cree advertir la silueta de un hombre a lo lejos, al girar la cabeza para mirar con detenimiento ya no está.

Abre el maletero del Audi y, de una maleta, saca un traje de Armani limpio y planchado, idéntico al que lleva puesto. En los asientos traseros se quita la ropa sucia y húmeda. El coche se tambalea atrayendo la curiosidad de una anciana que pasa por allí. La mujer se para y, con una mano de visera, acerca la cabeza al cristal fisgando qué sucede dentro. Ve un torso definido, musculado, depilado y blanco. El hombre se da cuenta de que tiene una espectadora. Agacha la cabeza y baja la ventanilla.

—Si quiere le enseño lo de abajo —dice con voz ronca y alzando las cejas. La mujer se santigua y se aleja, hablando para el cuello de la camisa. El hombre saca la cabeza por la ventana—. ¡No se vaya, amorcito!, ¡si le va a encantar!

La anciana camina más rápido y escucha tras de sí una risotada maléfica que de repente se corta. Desde el coche, la figura oscura vuelve a ver la silueta, totalmente definida, de un hombre, al hacerlo, la expresión bufona de la cara se esfuma, y si hubiera tenido color habría desaparecido, ahora lo contempla y lo reconoce, es el Tuerto envuelto en un abrigo marrón oscuro. El hombre que se le apareció hace unos años en medio de la madrugada mientras salía detrás de una puta, con cincuenta euros menos en la cartera y la líbido satisfecha, de un sucio soportal de la calle Montera dejándole la cara

descolocada y el estómago encogido. «No tengas miedo, no vengo a robarte. Solo quiero que me escuches. Hay algo que te aflige. Lo sé. ¿Quieres que ya no lo haga?», le dijo. Las gotas de lluvia reaparecen y su ruido golpeando la carrocería hace volver al hombre a la realidad. Se apresura en vestirse. Si el Tuerto está allí, no hay duda, le siguen, no se fían de él y eso es un grave problema.

—Tu padre era el gran Vaccaro —dice Virginia—. ¡Qué vida tan interesante!

—Quizá para él. Siempre estaba ideando espectáculos y viajando de un lado a otro.

—Conozco ese rollo, lo mismo que Taffi, siempre con la cabeza en el otro lado del planeta, con la diferencia de que nosotros no salimos del teatro. Con lo que me molaría viajar al extranjero y conocer Miami. Habrás recorrido medio mundo con tu padre. Alguna vez lo habrás acompañado.

—¡Qué va! Mi padre siempre me mantuvo al margen de su trabajo, y, si te soy sincera, al margen de todo. Cuando era pequeña me dejaba al cuidado de Dionisio y cuando fui una adolescente me llevó a un internado, por no decir una prisión en la que nos controlaban todo lo que hacíamos.

—¿Todo? ¿Como en el ejército?

—Ojalá hubiera sido como en el ejército. Allí también hay chicos. —Ríen.

—¿Por qué no le dijiste que no te molaba y que te sacara de allí?

—A mi padre no se le podía llevar la contraria. Una vez se lo insinué y no veas la que se lio. Me dio un discurso sobre que tenía que sentirme afortunada, que él no había tenido oportunidad de estudiar y yo quería desaprovecharla, que ya tendría tiempo de viajar…

—Ya te digo, es el mismo rollo que mi viejo. Bueno, algo diferente, él pasaba de mi culo, le daba igual si estudiaba, bebía litronas, fumaba porros o me dejaba tocar las tetas por los amigos para sacarles las perras. Por lo menos mira, tu casa mola, es como la de las películas de ricachones. Y no te digo nada de tu vestido.

—¿Te gusta? Ven —dice Anna levantándose—, te enseñaré más.

Cuando Anna abre el vestidor y los armarios, a Virginia se le dilatan las pupilas y, como si se le hubiera desencajado la mandíbula, es incapaz de cerrar la boca. El abrir esas puertas es semejante a abrir las de una tienda de ropa. Virginia tiene la sensación de ir de compras sin salir de casa, y, además, no ir a una tienda cualquiera, sino a una

de la calle Serrano de Madrid, el Passeig de Gràcia de Barcelona o el Corso Vittorio Emanuele II de Milán. La muchacha tenía tantos modelos que podría vestirse durante meses sin repetir prendas. «Una vida injusta, unos poseen tanto y otros tan poco», piensa Virginia. Taffi y Vaccaro compartían oficio, pero no éxito. Esa era la diferencia entre tener un armario con ropa comprada en el chino y en rebajas, o uno como el de Anna. Suspira. La esperanza de que el trabajo de Taffi fuera algún día reconocido y de llenar los escenarios como lo hacía el gran mago Vaccaro solo era eso, esperanza. El ganar mucho dinero a base de trabajar duro era un sueño ambicioso que se le hacía demasiado largo.

Uno a uno, Anna pasa los vestidos colgados de las perchas y, según la expresión de aceptación de Virginia, los descuelga y se los va dejando en el brazo hasta tener amontonados unos cuantos.

—Pruébatelos. Vamos. A ver cómo te quedan.

—No, por favor, no quiero ensuciártelos —dice con la sonrisa torcida.

—Insisto.

La mujer asiente con una mueca de complacencia, no pierde un segundo en desnudarse y solo necesita de alguno más para ponerse el primer vestido delante de un espejo, sintiendo la caricia delicada de la tela sedosa y liviana, y no para de mirarse y de girarse comprobando cómo le resalta una parte de su cuerpo o le hace más estrecha otra. Y repite la operación con otro y con otro…

—Este te queda bien. Si te gusta, te lo regalo. Creo que no lo he usado nunca.

—¿En serio? —dice Virginia luciendo ante su reflejo un vestido de fiesta, corto, color violeta y bastante escotado.

—Claro. Si quieres llévatelo puesto —dice Anna mientras se ajusta un pantalón vaquero a la cintura sobre una blusa blanca.

—Qué envidia me das —dice Virginia examinándola—, ¡todo te queda bien!, estando tan delgada, así ya se puede.

—Anda, tonta. Si te valen mis vestidos —dice la muchacha a la vez que con gran maestría recoge su pelo en un moño que sujeta con horquillas.

—Bueno, no será por mucho tiempo —dice acariciándose el vientre.

—¿Estás embarazada?

Virginia asiente y sonríe.

—Pero no se lo digas a Taffi, no sé qué rollo le pasa que *se achina* si lo

cuento.

Mientras, en la cocina, Dionisio prepara las bebidas.

—Ahora nadie nos escucha. ¿Qué quieres? —dice el viejo y pone la cafetera sobre el fuego al lado de la tetera.

Taffi curiosea por la cocina en la que domina el blanco, tanto en las paredes como en los muebles y electrodomésticos. Es grande, más que todo su pisito en puente de Vallecas, y, por supuesto, mucho más limpia. La visión de botellas y vasos tras un mueble acristalado le seduce olvidándose del resto.

—Charlar. Hace tiempo que no nos vemos. —Se acerca al mueble y coge una botella artesanal serigrafiada. Abre el tapón de vidrio y aspira el olor a vino dulce.

—Sírvete tú mismo, aunque no estés en tu casa. —Frunce el ceño.

Taffi derrama el líquido color paja con aroma a cedro y vainilla en un vaso de cristal ancho.

—Nunca imaginé que al viejo le atrajera el lujo y la comodidad. Siempre lo vi muy espartano y no solo en las formas.

—Y así era. El señor tenía extraños caprichos y aficiones que fueron en aumento con los años excluyendo de su vida todo lo que quedara fuera de sus intereses. Coleccionaba de todo: títeres, autómatas, objetos esotéricos, ocultismo…, piezas nada agradables a la vista, casi un museo del terror que suscitaba miedo a la señora, así que los mandó quitar. El señor cedió ante los deseos de su mujer, que en paz descanse, y se deshizo de todas ellas, solo mantuvo una colección de relojes. Luego, ella misma se ocupó de decorar las habitaciones principales con algo más de colorido y de buen gusto.

—Mujeres caprichosas… Da igual lo que les des. Siempre desean más y son incapaces de esperar.

—No era el caso de la señora, le gustaba el lujo, pero como todos, ricos o pobres, tuvo que pasar penurias. Ya me entiendes, no solo del dinero se vive, y ella siempre supo estar a la altura de las circunstancias.

—Has hablado de extraños caprichos y aficiones de Vaccaro, dime más.

—Quizá estás siendo demasiado curioso. No sé si debo hacerlo.

—Quizá. Yo tampoco sé si debo ayudaros… —El viejo suspira.

—Era un fanático de la historia de la magia y del esoterismo. Si no estaba trabajando, estaba leyendo libros sobre magia, códices, tratados, hechizos e inventores con extrañas ideas.

—Interesante. Leyendo libros sobre magia antigua podría

iluminarle la mente sobre trucos a realizar, y los inventos también forman parte de la magia, hay muchos trucos que requieren de mecanismos ingeniosos. Esas lecturas son solo un complemento del trabajo. Me cuesta creer que ocupara la vida con algo más que trabajo.

El silbido de la cafetera centra la atención del mayordomo. Levanta la tapa y espera a que el líquido negro salga por los orificios sin atascarse. La cocina se impregna de un espeso aroma agrio que despeja la nariz y las ideas solo con olerlo. Ese aroma lleva a Taffi recuerdos del mago Vaccaro, tan cafetero como fumador, de aquellas jornadas interminables sin ver el sol encerrados en un cuartucho bajo el ojo zigzagueante de una bombilla desnuda; de instrumentos difíciles de catalogar y describir, y de otros imposibles de imaginar; del escritorio desgastado en el que Vaccaro se sentaba y escribía los trucos y sus ejecuciones en cuadernos manoseados; de la niebla azul con olor a tabaco negro y la taza humeante de café.

—¿Qué decía el mago sobre mí?

—Nada. —Taffi baja la mirada—. Desde que te fuiste, el señor jamás me habló de ti. Te abandonó en un rincón aislado de la memoria y allí permaneciste desechado de sus pensamientos hasta que cayó enfermo y se retiró de la vida pública. Ese fue el momento en que te resucitó. Un día me dijo: «¿Te acuerdas de *piccoletto* ?». «Claro», respondí. «¿Y por qué nunca me has hablado de él?», me preguntó. «Porque creía que el señor no quería hacerlo», dije. Así acabó la conversación, sin más. Pasaron semanas, unas semanas en las que llegué a convencerme que el maestro había distraído a la muerte con algún truco imposible, de esos que él era capaz de crear, y esta le había recompensado olvidándose de él. Su aspecto había mejorado y se mostraba más vital, más centrado, como si algo le estuviera dando vida. Según decía, ocupaba el tiempo pensando en un gran truco. «Dionisio, encuentra a piccoletto», me dijo. «¿Cómo, no sé por dónde empezar?», dije. «Él será un buen mago». Me costó dar contigo, parecía que la tierra te hubiera tragado. Incluso llegué a pensar que ya no estabas en este mundo, pero te encontré.

—Durante mucho tiempo me moví por las cloacas y me hice amigo de las ratas más repugnantes.

—Las ratas, como los gusanos, hacen lo que hacen para sobrevivir…, lo malo es cogerle el gusto, ¿tú se lo has cogido?

Taffi se limita a beber un trago con el que cerrar la boca y también su pasado. Un pasado turbio, en el que, gracias a las escuetas enseñanzas de Vaccaro y a la habilidad de sus manos, el dinero

llegaba sin esfuerzo. Mientras el alcohol se desliza por la garganta, su mente se detiene en los primeros meses en que se enfrentó a la calle, durmiendo primero en soportales descuidados o bancos en jardines, con cartones por colchón y abrigos viejos por manta, y luego entre las paredes de tosco hormigón de un hospital a medio construir que nunca llegó a serlo, un refugio de okupas, yonquis, putas y rateros. Él ocupaba una sala fría y húmeda en los sótanos que mantenía cerrada con un candado, un lugar tan oscuro y maloliente que ni siquiera sus compañeros de edificio osaban entrar. En ese tiempo, ganaba unas monedas de trilero, las justas para comer un bocadillo de calamares o una palmera de chocolate. En este mundo sobran incautos que, llamados por la codicia y las ganas de apostar, no vean en un muchacho, aparentemente inocente, una forma fácil de sacar los cuartos. Fue en uno de los juegos cuando un hombre no más alto que él, con cara de luna llena, calvo, ojos de pitiminí, vestido de traje y envuelto en desodorante con el que intentaba disimular los olores de su excesiva sudoración, pues sufría de hiperhidrosis, se quedó observando cómo manejaba los vasos sin llegar nunca a apostar. Pasado un rato, Taffi recogió los instrumentos y se marchó, esos ojos le intimidaban. «Un momento, por favor», escuchó Taffi a sus espaldas, la voz suavemente modulada le pareció la de un hombre educado y no la de un policía de barrio, más acostumbrado a mandar que a suplicar. «Eres bueno con los vasos, ¿también lo eres con las cartas?». Y así es cómo cambió la sala del hospital por la *suite* de un hotel; los vasos de flan por las cartas de póker; la ropa de la caridad por trajes de sastre. El Graso, así llamaban a ese hombre en las timbas, y él se hicieron compinches. Simulaban no conocerse, pero entre las habilidades de ambos, haciendo aparecer y desaparecer naipes, y las señas acordadas, eran capaces de despeluchar a la familia Pelayo toda junta. Todo iba bien, hasta el desafortunado día en que el aire acondicionado del tugurio se estropeó y, en medio de una partida, un comodín apareció bañado en sudor. El crupier, creyendo que podía ser líquido derramado de los vasos cargados de hielo y alcohol de los jugadores, cambió el mazo de cartas. En la siguiente mano, apareció otro comodín acartonado y con el reverso de otro color. Uno de los jugadores, apodado el Cura, por las hostias que repartía, estampó un puñetazo en la mesa. Los vigilantes de aquel garito se acercaron y, ante los gritos del Cura y la afirmación contundente del crupier sobre lo ocurrido cuando fue consultado, obligaron al Graso a quitarse la chaqueta y la camisa cayendo las cartas que llevaba ocultas en las

mangas. Taffi traga saliva al recordar la cara de luna con la boquita abierta, el horror en los ojos y el cuerpo bañado en sudor de aquel hombre rechoncho siendo arrastrado fuera del local. Esa fue la última vez que vio al Graso y también la última que jugó a las cartas.

—Creeré que no… —se responde Dionisio ante la indiferencia—. Al decirle que tenías un espectáculo en Madrid no quiso perder un momento. Esa misma tarde quiso verte.

—Esa parte ya la conozco…, pero no comprendo por qué fue incapaz de hablarme. Vaccaro no tenía miedo de nadie ni de nada.

—Así se mostraba él, resistente y lanzado, a la vez que frío y distante, y así es como el mundo le recordará, pero dista mucho de cómo era en la intimidad: tímido y débil… No sabía cómo establecer comunicación contigo, ni cómo reaccionarías. Todos los días salía del teatro con los ojos húmedos, pero repleto de felicidad.

—¿Todos los días? —Taffi escucha con anonadada atención lo que cuenta Dionisio.

—Sí. Solo faltó los días en que la enfermedad le dejó inútil. Todos los días le traía en el Rolls, todos los días me decía: «De hoy no pasa, hoy le hablaré», y todos los días al volver lloraba y con una sonrisa amplia decía: «Piccoletto es un auténtico mago y yo he sido su maestro».

Taffi se acaricia la oreja y después se rasca la cabeza. El mago Vaccaro, al que tiene como un ser vil y despreciable, con quien nunca había llegado a cuajar, resulta que, en el último periodo de la vida, quiso acercarse a él. «¿Sería otro ataque más de una conciencia alterada por la inevitable proximidad del fin?», piensa Taffi. El maestro sintiendo cómo la muerte le miraba desde la ventana querría reconciliarse antes que el réquiem sonara en su tocadiscos, pero no podía creerlo, el mago Vaccaro siempre había vivido en su mundo impermeable, aislado en trucos y en ilusiones. Y en la vida, como en su oficio, no tomaba una decisión ni daba un paso que no le llevara a donde quería ir. «Si no me habló, es porque no le convenía y delegó esa tarea a su hija», piensa Taffi.

—¿Y Anna?

—El señor la sobreprotegía. Esperó a los últimos días para decirle que se consumía. No quería que su niña sufriera, sin embargo, consiguió lo contrario. Quizá, debido a que Anna creció más conmigo que con él, no se dio cuenta de que Anna ya no era una niña.

—¿Y su madre?

—La señora murió siendo Anna tan solo un bebé. Se podría decir

que Anna ni la conoció, pero la ausencia de una madre la ha dejado muy marcada, que te voy a decir a ti… y ahora está superando la pérdida de su padre…, ella siempre lo quiso y lo necesitaba, pero él solo supo darse cuenta al final…

—Me da la impresión de que está muy unida a ti.

—Era yo quien le daba un beso de buenas noches cuando se iba a dormir. No tiene secretos para mí.

—Hay algo más que me quieras contar —dice Taffi acabando el vaso de vino y sirviéndose otro.

—No.

—Anna me ha hablado de un libro que ha calificado de extraño y misterioso.

—No sé de qué me hablas —dice rascándose la nariz.

«¿Es posible que Anna no le haya contado nada sobre la cita de Giuseppe?», piensa Taffi. Sorprendido no deja de mirar a Dionisio con cara de póker. Una cara que fuerza a Dionisio a soltar más de lo que quisiera.

—Como te he dicho, el mago era aficionado a la lectura —dice el anciano—, y alguien con sus inquietudes no paraba de leer libros…, llamémosles no muy normales. Me refiero a temas esotéricos y mágicos, eran sus favoritos junto con historias de inventores. Le atraía la magia en todos los sentidos, también la magia antigua, la que procesaban nuestros ancestros mucho antes de las religiones y, si me apuras, de las civilizaciones, cuando la magia era ciencia, sabiduría y medicina. Algunas corrientes de pensamientos consideran la magia como la primitiva religión, mientras que para otras es una degradación de la misma.

—¿Corrientes de pensamientos? ¿Te refieres a sectas? —dice Taffi impresionado por el conocimiento que demuestra Dionisio en la materia, algo que le hace ver gato encerrado y que, lógicamente, Dionisio no quiere liberar.

—Sí, se les podrían llamar así —dice rascándose detrás de la oreja —. Ya he hablado demasiado. Es tu turno.

—Dionisio, no creerás que este derroche de buenos sentimientos que atribuyes a Vaccaro ha cambiado lo que vengo a decirte. Puedes también intentarlo diciéndome que el mago era huérfano, un niño abandonado como yo, pero ni con esas cambiarás mis intenciones.

—¿Cómo lo has sabido?

—El pórtico de la entrada es una réplica del que hay en el orfanato en el que él me recogió. Esa fachada no destaca por su belleza, al

contrario, causa terror. Solo un lazo sentimental puede explicar que el mago haya decidido copiarlo para la entrada de la mansión.

—Sigues siendo igual de despierto y atento que cuando eras niño, qué pena que tu corazón se haya podrido… Hasta aquellos que se autodefinen vagabundos de este mundo sienten alguna vez necesidad de volver a los lugares de la niñez. El señor no quería hablar de su pasado, nunca conoció a sus padres. Se podría decir que la vida y el apellido es lo único que recibió de ellos. En el orfanato le dijeron que murieron en un desafortunado accidente de tráfico siendo muy jóvenes, él era un crío cuando sucedió y no tenía hermanos. La única familia que le quedaba era una tía paterna que emigró a Suiza, que no se le volvió a ver el pelo una vez se hizo cargo de las pocas pertenencias y dinero del muchachito. El señor quiso mantener su niñez en secreto, se avergonzaba de no tener unos padres que le quisiesen, pero no se olvidó de que el orfanato fue su casa, ni tampoco lo hizo de las hermanas ni de los que vivían en él, nunca dejó de ser caritativo.

Taffi viaja al pasado y se contempla sentado en uno de los bancos de madera marrón oscuro de la iglesia del convento, rodeado de penumbras, de gris pétreo y cirios de humo espeso, y escucha la voz pausada y nasal del cura pidiendo una plegaria por el ángel bondadoso, así lo llamaban, que tanto había ayudado al orfanato con donaciones y que mandó restaurar ese pórtico. «Ahora puedo ponerle cara a ese ángel», piensa, «y nunca hubiera imaginado que era esa».

—Ya no te queda nada más por saber —dice Dionisio—, lo que querías decirme ya no puede esperar.

—No voy a ayudar a Anna a encontrar la biblioteca perdida… No voy a hacerlo gratis. Por lo que dices, el mago y su hija no tienen secretos para ti, así que sabrás por qué me escapé. Quiero los cuadernos con sus trucos. —Acaba otro vaso de vino—. Y los quiero ahora.

El anciano se da la vuelta para proteger la expresión de disgusto que se le ha materializado en la cara y se dirige al horno, de donde saca unas magdalenas con olor a naranja y aspecto esponjoso.

—Debería haberlo imaginado. El tiempo te ha cambiado y se ha llevado tu generosidad.

—Mi generosidad no se la ha llevado el tiempo. Me la arrebató Vaccaro.

—No te confundas, Vaccaro no te arrebató nada. Solo no te dio lo que todavía no te merecías y, aunque yo quisiera dártelos, no son

míos. Pertenecen a Anna.

—Tendrás que convencerla para que me los dé.

—No hay trato. Márchate por donde has venido.

—No puedes negarte. Me necesitas. —El anciano se muerde los dientes—. Vaccaro me buscaba porque pensó en mí para descubrir la biblioteca… O prefieres que lo haga ese fantasma…

—Me arrepiento de haberte dejado entrar —salta—. Que hables mal del señor enturbiando su nombre te lo puedo pasar, pero solo un ser despreciable puede hacer creer a una joven enferma que el fantasma existe de verdad.

Taffi mira desconcertado.

—No pongas caritas. Has oído bien. Enferma. —Cierra los puños de las manos—. Anna toma ansiolíticos desde la muerte de su padre y lo hace en exceso. El abuso de esos medicamentos puede provocar visiones. Cree ver al señor. Ya se lo hemos explicado, el médico y yo, pero no es fácil de asimilar.

—Te equivocas. No son alucinaciones.

—¿Me estás diciendo que tú también ves ese fantasma?

—Quiero decir que es una persona de carne y hueso. Una persona que está haciéndose pasar por Vaccaro.

—Entonces Anna está en peligro. —Taffi asiente moviendo la cabeza—. ¡Oh, Dios mío! Debo llamar a la Policía.

—No te servirá de nada. Te dirán que la lleves a desintoxicar y no os librarán de ese hombre y conseguirá lo que quiere. Este es de los típicos sucesos en los que la Policía no se va a mover hasta que no haya sangre de por medio.

—No si vosotros decís que también lo habéis visto.

—¿Y por qué íbamos a hacerlo? —Taffi mira desde la distancia al anciano, una distancia que, para Dionisio, se extiende hasta el infinito —. No le des más vueltas. Acepta el trato. Vosotros me dais los cuadernos de Vaccaro y yo ayudaré a la chica a encontrar la biblioteca.

El viejo está tenso, respira rápidamente hasta que deja escapar un suspiro y alza la vista mostrando unos ojos acuosos. Taffi se ve reflejado en esas pupilas por primera vez desde hace mucho tiempo, y dentro de ellas tan solo ve un chico enrabietado.

—Convenceré a Anna para que te dé los libros una vez encuentres la biblioteca. No antes.

—Acepto, seguro que es tan testaruda como su padre. Lo lleva en la sangre.

—El único testarudo, gélido y egoísta de esta casa eres tú. Anna poco se parece al señor, todo lo contrario que tú, que te has quedado con solo lo malo de él.

Taffi frunce el ceño, se cruza de brazos mientras su pensamiento se centra en las palabras de Dionisio, unas palabras que no le hubieran causado el más mínimo rozón hace unos días, pero ahora le escocían como alcohol en una herida abierta. En unos meses sería el padre de una criatura, Virginia se lo había anunciado mientras yacían en la cama exhaustos después de haber hecho el amor:

—Taffi, no puedo aguantarlo más, tengo que soltarlo ya o exploto —dijo Virginia.

Taffi observaba las manchas de moho del techo de la habitación, intuía que Virginia ocultaba algo, pero no imaginaba que las palabras que iba a oír no eran las del fin de la relación, sino las de un cambio de escena en sus vidas en las que habría un bebé como protagonista.

—Estoy embarazada.

Por unos segundos, Taffi no respiró, su capacidad de observación le había alertado sobre un cambio en Virginia y en su comportamiento, sin embargo, estaba convencido de que era causado por una tercera persona que quería ocupar su lugar. Es más, en su mente, calma y templada, se cuajaba la posibilidad de ser él quien acabara la relación. Una relación que comenzó sin darse cuenta y que iba camino de acabar de la misma forma. No tenía ninguna queja de ella, pero percibía que Virginia necesitaba de algo más que de ilusiones para vivir. El dinero invertido en el espectáculo no había dado beneficios, y, ahora, además de con ilusiones tendrían que vi vir con una deuda. No podría pedir otro crédito, la última vez que lo intentó solo recibió una risotada en la cara del director del banco, no veía otra solución que quedarse con lo mínimo para salir adelante y volver a lanzarse a los espectáculos itinerantes por pueblos míseros y pobres. Vuelta a dormir en el coche si hiciera falta, vuelta a chupar kilómetros y quemar el viejo Ford. A pesar del apoyo de Virginia, Taffi era consciente de que la vida de nómada errante no era un estilo de vida que ella estaba dispuesta a aceptar y menos si le había salido un pretendiente.

—¿No dices *na* ’? ¿Te da mal rollo?

—No, estoy contento, tanto que no sé qué decir.

—Di lo que se te pase por la cabeza.

—Nunca he tenido un padre, no sé qué hacen los padres —dice mientras las palabras, por voluntad propia, invocan a los espíritus de

los recuerdos que se presentan a Taffi en forma de angustiosos momentos. Cuando era un bebé, antes que su pequeña persona pudiera tener memoria, el compañero de su madre les abandonó, con la promesa de volver a buscarlos se fue a México en busca de una mejor vida, y él sí la debió encontrar, pues nunca volvió a dar señales de vida. Algunas vecinas, las más polémicas, decían que solo se fue unos pueblos más allá para acomodarse con una mujerona viuda y adinerada, otras, las que decían estar siempre informadas porque escuchaban la radio a todas horas, aseguraban que México era un país complicado y que seguro que lo habían matado para quitarle los cuartos, y otras, las que en la sobremesa veían telenovelas, que estaría con una pendeja, que allí son muy pendonas y ligeras de faldas y que cambian de hombres más que de ropa interior, pues de esta no llevan. Quizá por miedo a descubrir la verdad, su madre nunca quiso averiguar quién tenía razón, así que sacó al pequeño Taffi adelante con un sueldo de limpiadora de hogares que con desmesuradas horas extras daba para que no faltara un plato de pasta a la hora de la comida y ración de carne una vez a la semana, normalmente reservada a los domingos. Tenía Taffi siete años cuando la desgracia les quiso sorprender y su madre fue arrollada por un conductor borracho que se dio a la fuga. Las autoridades, siguiendo el protocolo habitual y sin ningún familiar que respondiera por él, mientras buscaban al padre, dejaron a Taffi en manos de las hermanas del orfanato, si bien, en realidad, nadie se preocupó nunca de intentarlo.

Dionisio prepara una bandeja en la que coloca unas cuantas magdalenas, la cafetera, la tetera, leche y azúcar. La levanta con tembleque.

—Yo la llevaré —dice Taffi.

—No te lo permito. Es mi trabajo. Y, a partir de ahora, recuerda cuál es el tuyo. Respeta a Anna, protégela y encuentra la biblioteca.

7

Fuera de allí, en medio del temporal, un Audi gris se detiene en la barrera de entrada a la urbanización. El vigilante se pone de pie perdiendo el culo, no reconoce el coche ni consigue identificar al conductor, se coloca la gorra y la parka, y armado con una linterna se aproxima a la ventanilla del coche con pose de militar cabreado al que no se le rechista.

La ventanilla se baja y, como si fuera la chimenea de una locomotora a vapor, una bocanada de humo se escapa desde el interior. El vigilante se atraganta con la humareda y tose.

—Joder, si parece que tiene encendida una hoguera, cómo hostias puede ver —musita el vigilante dando manotazos al aire gris—. ¡Ah!, es usted —dice cuando el humo se ha desvanecido—, no le había reconocido.

—Mi coche se ha emperrado en no arrancar, este es de sustitución.

—¡Puñetero frío…! Pase.

—Toma —dice mientras coge un paquete apoyado en el asiento del copiloto—. Te he traído un turrón del duro y unos mazapanes. Aunque no sé si tendrás hambre después de la hamburguesa.

—Siempre tan amable. ¿Cómo sabe que he cenado hamburguesa? Es mi aliento, ¿no?

—El pantalón te delata, tiene una mancha grasienta de color mostaza.

Entre dos arbustos protectores y al lado del muro que delimita la retirada parcela de Vaccaro, la figura oscura desciende del coche sin ningún tipo de precaución, está lejos de ojos ajenos. De la mano, enfundada en el guante, le cuelga una soga enrollada. Pegado al muro rodea la parcela, su cercanía lo abriga del azote meteorológico, busca la zona más alejada de la puerta principal, que es también la más abrupta y descuidada, donde la vegetación acaricia el muro. Se detiene delante de un pino viejo y olvidado y, con la ayuda de la cuerda, trepa por el tronco hasta alcanzar una rama que crece hacia el muro. Con destreza y atrevimiento es capaz de ponerse de pie sobre ella, acercarse a la tapia, coger impulso y saltar agarrándose como un

chimpancé a la rama de un pino que nace dentro de la propiedad y desciende en el interior de la finca.

Bordeando el muro, ahora por el interior, la figura oscura camina con dificultad, el viento va barriendo el polvo blanco, que no para de caer, y lo va amontonando en pequeñas dunas blanquecinas de algo más de medio metro de altura. Con cada paso, la nieve se le cuela entre los calcetines y los zapatos. La humedad y el frío le causan hormigueo en los pies y le traen recuerdos de los gélidos meses de enero jugando en el patio con los compañeros de la infancia, chicos y chicas, lanzándose bolas de nieve los unos a los otros, en un juego sin reglas y sin perdedores, secuestrados por una risa fácil e inocente, hasta que el grito exigente de alguna de las hermanas les llamaban al orden. El recuerdo se desvanece al hundirse en una de las dunas, su cuerpo comienza a tiritar, su pensamiento se centra en apartar, paso a paso y con el cuerpo, la nieve, y poder continuar. «El dolor es solo un estado de la mente», piensa, «y yo domino a mi mente», se repite a sí mismo, como tantas otras veces lo había hecho. Sin alejarse del muro, oculto entre los recovecos de la parcela, examina los árboles que lo rodean sin poder distinguir en qué parte de la finca está y qué distancia lo separa de la mansión. Las luces que se escapan de la casa salen a su encuentro y, atravesando la ventisca, le muestran la sombra de la caseta del jardinero. Camina unos metros sin perder de vista el muro hasta que la caseta le eclipsa la visión de la mansión. Ahora es invisible, ahora puede acercarse a la caseta y resguardarse sin temor a ser descubierto, pues, vista desde la vivienda, la puerta de la caseta queda en el lado oscuro. El abrigo ondea mientras traza la línea perfecta que lo lleva a la puerta. Con fuerza, tira de ella hasta arrancar de la madera el cáncamo que fija el candado y vencer la resistencia de la nieve acumulada.

Al acercarse al único ventanuco de la caseta, un gato da un brinco y escapa por ella. Desde allí puede espiar las ventanas de la primera y segunda planta de un lateral de la mansión. La puerta principal no está en su perímetro de visión, sí lo está la montaña de nieve en que se ha convertido el coche de Taffi. Valora la situación, si alguien sale de la mansión y da un pequeño rodeo podría acercarse hasta él sin ser visto. Pero nadie tiene por qué hacerlo, allí solo hay herramienta, útiles y leña. Él ya está preparado, solo queda que el director de orquesta le señale con la batuta y marque el inicio de su intervención, será espectacular. Se quita los guantes, saca el cuchillo, lo desenvaina y lo clava en la pared de madera. Para matar el tiempo enciende un

cigarrillo, mientras atrapa con la vista las sombras que detrás de las cortinas se mueven dentro de la vivienda.

8

—El vestuario de Anna es lo más —se apresura a decir Virginia mostrando el vestido a Taffi que espera junto a Dionisio sentado en una de las cómodas butacas de la sala de invitados con el vaso de vino en la mano y la botella medio acabada muy cerca de la otra.

—Y grande, viendo el tiempo que os ha llevado examinarlo. Si no fuera por el día de perros aseguraría que os habíais escapado de casa e ido a un centro comercial —dice Taffi.

—Ha sido aposta —interviene Anna mientras coge una de las magdalenas y se sienta en el sillón de enfrente a Taffi—. Como hace mucho tiempo que no os veíais he pensado que tendríais muchas cosas que contaros.

—Prepararé otro café y otro té, estos están fríos —dice Dionisio evadiendo tener que dar más explicaciones.

—No te preocupes —dice Anna—, ya sabes que si lo tomo a estas horas me paso la noche en vela. Solo lo he pedido por ser educada. —Da un mordisco a la mullida magdalena.

—A mí me pasa igual —concluye Virginia y toma asiento al lado de Anna.

—Anna —dice Taffi—, quisiera disculparme por mis comentarios sobre tu padre. La verdad, no he tenido un buen día. —Dionisio tose—. Más bien no llevo una buena racha. He recapacitado y me gustaría echarte una mano. Te ayudaré a buscar la biblioteca.

—No creo que el haberte dado cuenta de que no estás en tus mejores momentos sea el motivo del cambio… —dice Anna mirando a Dionisio—, pero no me importa, estoy contenta de que hayas aceptado.

—Bien —dice Taffi satisfecho—. Pues ahora que ya hemos llegado a un punto de encuentro… ¿Qué te parece si comenzamos mañana?

—¿Tienes algo más que hablar con Dionisio? —dice Anna.

—Una vida no se puede resumir en tan poco tiempo, pero media hora es más que suficiente para aburrir a un amigo —responde Taffi y lanza una sonrisa de medio lado.

—Pues si no tenéis nada más que contaros, empecemos ya. ¿Para

qué esperar a mañana?

—Eres impaciente.

—Eso dicen los que me conocen —dice Anna—. También dicen que soy muy insistente.

—De acuerdo. —Rellena el vaso de la botella y se pone en pie—. Nuestro objetivo es encontrar la biblioteca. Hablemos de todo aquello que nos pueda acercar a ella. ¿Alguno de vosotros tiene idea de por dónde empezar?

—Tú flipas, esa pregunta es tontísima —salta Virginia—. Si lo supieran no te habrían pedido ayuda.

—Yo creo que sí —dice Dionisio—. El señor pasaba horas encerrado en el sótano en absoluto retiro. Esa planta es un miniapartamento con un despacho-dormitorio, aseo y una pequeña cocina. A veces se pasaba días sin subir, y antes de que se encerrara me decía que no le molestara y que si alguien preguntaba por él le dijera que estaba de viaje.

—Bien, puede ser un comienzo —responde Taffi—. ¿Alguna cosa más?, ¿algo que os sorprenda o que salga de lo habitual?

Anna y Dionisio tienen la mirada ida, intentando captar algún recuerdo que no parece llegar. Dionisio niega con la cabeza.

—Ese es uno de los sitios donde se me ha aparecido el fantasma —salta Anna. Las miradas de los presentes se dirigen a ella y luego quedan inmóviles como si un hechizo mágico los hubiera petrificado—. Fue una mala noche, una de esas en que las sábanas quedan hechas un nudo y bañadas de sudor de tantas vueltas sin conciliar el sueño. No hacía nada en la cama, así que bajé al despacho. La imagen del cadáver de mi padre en el ataúd durante el velatorio me rondaba la cabeza, cercano en cuerpo y distante en espíritu, me dejó marcada y pensé que, estando allí, entre su intimidad y sus cosas, podría sentirlo más cerca.

—¡Acojonante!, ¡qué atrevida es la pava! —no puede contenerse en decir Virginia.

—Según me acercaba al despacho —continúa Anna—, me pareció escuchar un ruido, que identifiqué como un cajón que se abre, luego lo volví a sentir una vez más y otra. «Dionisio, ¿eres tú?», pregunté desde las escaleras, y el ruido desapareció. En el despacho no había nadie. Entré y me senté en la silla del escritorio. Encendí la lámpara, entonces advertí que los cajones estaban abiertos. Alcé la vista y lo vi, delante de mí.

—¿Cómo sabes que era el fantasma de tu padre? ¿Pudiste verle la

cara? —interrumpe Taffi.

—No. No tenía rostro. Y si lo tenía no lo recuerdo, quedé cegada por el reflejo de su broche, el de seis puntas que siempre llevaba. Me quedé petrificada. «Papá», dije. Pero no me respondió. Luego, despacio, sin darme la espalda, salió por la puerta, no caminaba, se deslizaba sin mover los pies dejando tras de sí el rastro de olor a tabaco negro.

—¿Esa fue la primera vez que lo viste? —dice Taffi.

—No, la tercera. La primera fue el día después de su muerte, fue por la noche, sentí un rumor perdido, como una voz que me llamaba desde fuera de la casa, me asomé a la ventana y lo vi paseando por el jardín mientras fumaba, era una imagen nebulosa que parecía flotar en el ambiente y no tenía sombra, luego se acercó a la entrada y desapareció. La segunda fue en su habitación de la planta de arriba, la que tiene al lado de la mía, tres días después del entierro. Me desperté en mitad de la noche creyendo oír ruidos, cuando entré, él salía del vestidor. Al verme se paró, giró la cabeza prestándome atención, me apuntó con el índice y se fue.

Anna comienza a sentir un sudor frío y a nublársele la vista, se pone de pie para poder sacar el tubo de píldoras del bolsillo del pantalón. Tanto le tiemblan las manos, que el tubo cae por el suelo y rueda hasta el zapato de Taffi que se agacha a recogerlo. Antes de que pudiera leer la etiqueta, Anna se lo arrebata de las manos, lo abre y traga una de ellas. Taffi mira a Dionisio. Este también lo mira.

—No podemos continuar con la búsqueda sin antes hablar sobre el fantasma —dice Taffi—. La idea de que esa figura es tu padre es bonita y romántica, o trágica y sentimental, si hacemos caso de la explicación de que son alucinaciones producidas por esas píldoras, pero te lo repito, no es un fantasma que se aparece para turbarte la vida, y, ahora, con lo que has contado, descarto que sea alguien que quiere vengarse. Si quisiera matarte lo habría hecho. Sea quien sea, ronda esta casa buscando algo que aún no ha encontrado y que está seguro de que tienes. Algo que cree que puede estar en la habitación de tu padre o en los cajones del despacho. Algo que en la puerta del teatro le ha llevado a lanzarse, desesperadamente, tras de ti quizá por temor a que me lo dieras.

—Pero esa figura sin rostro, nebuloso, flotando…

—La sugestión es poderosa, es algo que sabemos los ilusionistas y que también usamos en nuestros trucos jugando con los sentidos y las sensaciones del público. Ambas son solo reales en la mente y hay

ciertos momentos y ambientes en que las personas están más predispuestas a dejarse influenciar.

Anna atiende con oídos abiertos y mirada abandonada, captando la explicación de Taffi y luchando con la mente para hacerla desechar la figura fantasmal y sustituirla por la de un individuo de carne y hueso.

Virginia, que ha permanecido sin palabras con las que poder interrumpir, algo que le gusta soberanamente, se pone la mano en el pecho, la respiración se le entrecorta.

—¿Ese cabrón quiere hacernos daño?

—Depende de hasta dónde quiera llegar —dice Taffi.

A Virginia se le abre la boca aspirando un suspiro.

—¿Y eso de qué depende?

—De lo que esté buscando y de la necesidad que tenga de encontrarlo… Centrándonos en el falso fantasma que ha adquirido la identidad de tu padre —continúa diciendo, queriéndole quitar importancia a la peligrosidad de ese hombre—. Viste como él, se mueve como él y huele como él. ¿Qué más puedes decirme?

—Nada más —dice Anna—. Va vestido de Armani, como siempre lo hacía mi padre, y lleva el broche que exhibía en las actuaciones.

—Eso no nos da ninguna pista. Era una persona pública y cualquiera que lo haya visto actuar puede saber cómo viste y cómo era el broche que llevaba.

—¿Y el olor?

—Es fácil de reproducir. Apestaba a tabaco. Siempre tenía un cigarrillo en la boca o entre los dedos. Podría tratarse de cualquier fetichista, fan o idólatra de Vaccaro. Sin embargo, hay un detalle que reduce el número de personas posibles. Conoce la casa y sabe moverse por ella. ¿Habéis visto a alguien rondando por aquí?, ¿algún coche sospechoso?, ¿visitas inesperadas?...

—No —dicen Anna y Dionisio al unísono.

—Puedo preguntar al vigilante —dice Dionisio—. Anota todas las matrículas de los coches que entran y que no son vecinos de la urbanización.

—Estoy seguro de que ese hombre ya habrá pensado en cómo escabullirse del vigilante.

—¿Podría ser alguno de los empleados de la casa? —dice Anna—. El jardinero, el mecánico…

—¿Alguno de ellos tiene la estatura de tu padre?, ¿se le parece físicamente?, ¿alguno de ellos fuma como un carretero?

—Ninguno —dice Dionisio.

—Lo que tenemos claro es que ese fantasma es muy humano, se está haciendo pasar por Vaccaro y yo añadiría que está interesado en encontrar lo que nosotros buscamos, la biblioteca perdida, ¿qué podría contener?

—No lo sabemos —responde Dionisio cortante—. Imaginamos que lo mismo que todas las bibliotecas. El señor era un amante de los libros, pero era un amante malo, de esos celosos que no soportan que nadie más mire a su amada y menos que la toque. En el despacho del sótano hay librerías repletas de libros, un orgasmo para los ojos de apasionados por la lectura, pero no hay tantos, ni tan especiales, como se especifica en la herencia. Donde está la biblioteca y lo que contiene es uno de los secretos que reposan con el señor a unos metros bajo tierra.

—O un secreto que prefería compartir con algunos pocos, por ejemplo, con su hija. —Taffi se da la vuelta y apunta con los ojos a Anna—. Quizá fuera esa una de las cosas de las que iba a hablarte, pero que nunca pudo hacer.

—¿Estás insinuando que fue asesinado?

—No. Quien certificó la muerte se habría dado cuenta de ello. Lo que quiero decir es que en esa biblioteca hay algo que Vaccaro protege. Un libro raro, por ejemplo —dice Taffi y mira de nuevo a Dionisio—. Un libro que algunos prefieren proteger con su silencio.

Dionisio traga saliva y Taffi desvía la mirada hacia Anna. Luego, aislándose de los razonamientos, vuelve a la sala y advierte las ojeras y la palidez de Virginia.

—Basta por hoy. Debemos irnos —dice Taffi—. Es tarde y Virginia está cansada. Mañana, a primera hora, estaré aquí y seguiremos buscando indicios que nos iluminen el camino hacia esa biblioteca.

—Ni hablar —dice Anna—. Sois nuestros huéspedes. Os quedáis.

Dionisio se precipita a acercarse a Anna y la aleja lo suficiente como para tener cierta intimidad.

—Señorita, no creo que sea conveniente que se queden —susurra al oído de la joven.

—¿No ves la que está cayendo? —Dionisio asiente—. ¿Qué problema hay?

—No sabía que tendríamos visita. No tengo preparada la habitación de invitados. No quiero que se lleven una mala impresión.

—Dionisio, si siempre la tienes perfecta.

Taffi mira a Virginia y espera una respuesta.

—A mí no me mires, *to'* esto es rollo tuyo.

Taffi se acerca a la ventana traslucida a causa del vaho. Con la mano sobre el cristal aparta una pequeña parte de la cortina de vapor, la mínima para poder asomar los ojos y comprobar que, hasta donde la luz le permite ver, todo es blanco y los copos zigzaguean siguiendo impredecibles trayectorias antes de reposar sobre la nieve.

—No quisiéramos abusar de vuestra hospitalidad, pero aceptamos. Coger el coche es un peligro y nos arriesgamos a pasar la noche atrapados en la carretera.

—¡Qué bien! Ven, Virginia. Te enseñaré vuestra habitación.

Las dos chicas se fueron juntas.

—Bueno, Taffi, esta noche te va a tocar fingir un poco más que es la mala racha la que te hace ser desagradable y que ayudarás a Anna de forma altruista. Ya ves, ni ella se lo ha creído. Me aprovecharé de la situación, ve a la caseta y trae leña. La noche será fría y hay que encender la chimenea de vuestra habitación. Encontrarás una linterna en el cajón de arriba a la izquierda del bargueño al lado de la puerta. Toma las llaves de la casa y del candado de la caseta.

—No soy el único que finge esta noche, ¿verdad? —salta Taffi mientras coge el abrigo. Pero Dionisio hace como que no ha oído evitando la pregunta.

Una araña de cuerpo estrecho y patas alargadas y finas trepa por el brazo de Taffi cuando mete la mano en el cajón para alcanzar la linterna. El hombre da un manotazo en el aire, la araña cae al suelo y cuando Taffi intenta pisarla escapa y acaba escondiéndose detrás del mueble.

Enfundado en el abrigo abandona la casa. La luz de la linterna apenas aparta la oscuridad, solo alcanza un metro de distancia. Al pasar al lado del Ford, o más bien de la forma que bajo la nieve oculta el coche, con la mano descubierta raspa el lateral hasta tocar el cristal. Unos cincuenta centímetros de nieve sepultaban el coche, y estaba seguro de que su viejo y querido compañero no iba a arrancar en condiciones tan extremas.

Desde el cobertizo la figura vigila el haz de luz de la linterna moviéndose cerca del montículo de nieve con forma de coche. «Es Taffi, no puede ser otro», piensa. Aprieta con una mano el puño de la otra, haciendo chascar los dedos reactiva la circulación de las manos. Luego, con un giro de muñeca desenclava el cuchillo y acaricia el filo congelado. «Si se acerca, este filo catará el caliente pecho de Taffi», piensa.

9

Al sobrepasar la esquina de la mansión, Taffi avanza con fatigosa dificultad, el edificio deja de hacer de parapeto y a la nieve se une el viento que sacude con ímpetu enfervorecido queriéndole robar el abrigo, y lo hubiera conseguido si no fuera porque Taffi se agarra las solapas con la mano que no sujeta la linterna. A duras penas distingue el contorno de la caseta y no ve el momento de sentir la protección de sus muros. Agacha la cabeza, camina con los ojos semicerrados y la cara a punto de convertirse en cubo de hielo.

Rodea las paredes de madera en busca de la entrada, pero se detiene. No da un paso más. Con la linterna ilumina la parte inferior de la puerta, la más cercana al terreno. Advierte que, en esa zona, la nieve es más baja que en el resto del jardín, está casi a ras del suelo. Solo puede deberse al movimiento de la puerta al abrirse que la ha barrido formando una hilera de nieve más alta, como una montañita recta, trazada con escuadra y cartabón, donde la puerta se paró. Sube el haz de luz siguiendo la puerta y se detiene en el candado, que, como un péndulo, oscila colgando de la cadena y de él lo hace el cáncamo que lo fijaba a la pared. La confusión de aquello que los ojos le muestran tan solo dura un instante, el instante que tarda la adrenalina en bombear con fuerza el corazón y dejar el cuerpo en estado de alarma con peligro inminente, pero es capaz de mantener la calma y quedarse quieto.

Al otro lado del muro de madera, a menos de un metro de Taffi, la figura oscura sostiene el cuchillo con mano firme y venas hinchadas. Contiene la respiración, no pestañea, está inmóvil como una estatua, no quiere verse delatado por los pequeños haces de luz de la linterna que se cuelan por los resquicios entre las maderas.

Taffi baja de nuevo la linterna alumbrando la nieve y sigue con la mirada las oquedades casi desaparecidas, pero aún visibles, que ha dejado la figura oscura. Apaga la linterna, camina hacia atrás y sobre sus pisadas hasta alejarse una distancia prudencial para dar la espalda a la caseta; y se lanza a la carrera hasta el coche. A manotazos sacude la nieve que cubre el maletero y saca la barra antirrobo. Con cautela

camina cerca de la mansión, quiere rodear la caseta por el otro lado. Al llegar a ella se para un momento antes de doblar la esquina del muro de la puerta y respira hondo, inhalando una bocanada de aire frío y de valor, exhalando después aliento caliente y miedo.

Con la barra en alto y la linterna encendida corre hacia la puerta. Se detiene. La puerta está abierta y unas huellas recientes se dirigen hacia los pinos más cercanos, hacia la protección de las sombras. Entra en la caseta. Dispara con la linterna a todos los rincones. El haz de luz revela unas colillas al lado del ventanuco, de una de las cuales asciende un hilo de humo azul. Como si un fuego invisible le quemara, sale de la caseta en estampida, dejando caer la barra del coche y corre, corre en dirección a la mansión lo más rápido que le deja la cabreada madre naturaleza. Entra y cierra la puerta con todos los trancos disponibles.

Taffi se encuentra a Dionisio en la cocina ataviado con un delantal blanco dando vueltas a un cucharón dentro de una gran cazuela.

—Dionisio, tenemos visita y no es de las gratas.

—¿Otra más ingrata que la tuya? —dice sin mirar.

—Más aún. Había alguien en la caseta. Estoy seguro de que es el tipo que se hace pasar por Vaccaro.

—¿Se ha atrevido a venir hasta aquí con este temporal? Debe tratarse de un perturbado —dice quitándose el delantal.

—Ve a buscar a las chicas. Cerraré las persianas de la planta baja. Nos reuniremos en la sala de visitas.

Taffi se mueve con paso firme y ágil, salta de una habitación a otra. Debe cortar la visión del falso Vaccaro, así no tendrá forma de saber dónde se encuentran ni qué están haciendo.

—¡¡¡Taffi!!! —grita Virginia con voz trémula desde la sala de invitados.

Taffi se acerca al trote.

—Todas las persianas de la primera planta están echadas. ¿Cuál es la parte más inaccesible de la casa?

—La parte de abajo —dice Dionisio—. No tiene ventanas y la puerta del despacho del señor es blindada. Solo se puede cerrar y abrir por dentro.

—Bien, vosotras aseguraos de cerrar todas las persianas y cualquier puerta que tenga cerrojo de las plantas superiores y reunámonos en el despacho del maestro —dice mirando a Anna y Virginia—. Nosotros atrancaremos la puerta principal.

Anna coge de la mano a Virginia y suben las escaleras.

—Ven, Dionisio, empujemos el bargueño delante de la puerta.

—¡Oh, no!, ¡el bargueño, no!, el señor y la señora le tenían mucho cariño.

—Más le tendré yo si consigue parar a ese tipo.

—Ni hablar. Ese mueble es de nogal y fue construido en el siglo XVIII, es una pieza de colección que vino desde el otro lado del mundo.

—No te pongas melancólico con un viejo mueble. Además, estoy convencido de que no va a entrar por la puerta.

—Y qué va a hacer, ¿atravesar la pared? Ya has dejado claro que no es un fantasma.

—El único fantasma que conozco es mi vecino de abajo y ni siquiera ese es capaz de atravesarlas. Me refiero a que conoce otra forma de entrar, o, si no, ¿cómo es que se le aparecía a Anna?

A regañadientes, Dionisio ayuda a Taffi a arrastrar el pesado mueble delante de la puerta principal.

—Bien —dice Taffi poniendo los brazos en jarras—. Y ahora llegó el momento de que dejes de ocultarme la verdad. —Dionisio mira con cara de signo de exclamación—. Vas a decirme qué sabes de ese libro raro.

—No podía ser de otra forma, un niño espabilado se convierte en adulto lúcido. —Suspira—. Ese libro es el único ejemplar de un libro que se creía destruido en la Segunda Guerra Mundial, un libro que recopila los papiros mágicos griegos hallados en el desierto de Egipto. Ese es el libro extraño, misterioso y raro que leía el señor, un libro que mantuvo en secreto y que solo su amigo Giuseppe Palmieri y él conocían su existencia. El mismo Giuseppe se puso en contacto con Anna y la citó, quería hablarle del libro y hacerle una oferta económica, tenía un comprador dispuesto a pagar lo que fuera por él, pero le dio plantón.

—¿Cómo es ese libro?

—No lo sé. Ni tampoco Anna. El señor nunca dejó que nadie lo viera. Solo Giuseppe y el señor podrían reconocerlo. Ahora solo Giuseppe.

—¿Por qué lo has ocultado?

—Porque no quiero que Anna sepa que Giuseppe está hablando conmigo.

—No te entiendo. Sé más claro.

—Anna no sabe de negocios, Giuseppe iba a aprovecharse de ella, le pagaría muy poco y ese libro puede valer una fortuna, si se da con

el comprador adecuado. Yo paré a Giuseppe en la entrada del local y le prohibí hablar con Anna, le exigí que tratara los negocios conmigo, que lo hiciera por su vieja amistad con Vaccaro. Giuseppe lo entendió.

—¿Por qué proteges a Anna?

—Porque me lo pidió el señor. Siempre lo he hecho y siempre lo haré.

—No me estarás mintiendo —dice Taffi clavando la mirada en los ojos de Dionisio.

El viejo responde sin pestañear:

—Yo nunca miento.

—¿Y qué crees que estás haciendo con Anna?, ¿eso no es mentir?

—No, solo es decir parte de la verdad.

Anna y Virginia revolotean de una habitación a otra cerrando las persianas. En realidad, Virginia se limita a esperar a la joven al lado de la puerta. Anna acepta el papel pasivo de Virginia, es consciente de que la situación la está sobrepasando y requiere un grado de protección que Anna está dispuesta a ofrecer. Sabe qué es sentirse indefensa y asustada; y sabe lo que necesitaba en esos momentos, aquello que su madre nunca tuvo oportunidad de darle y lo que su padre nunca le dio, cariño y dedicación.

Anna abre la puerta de la habitación que da acceso a la terraza, se dirige a una de las tres puertas y pulsa el interruptor que pone en funcionamiento el motor de la persiana haciéndola descender, luego lo hace con otra; y, cuando toca el turno de la última, se detiene, el dedo roza el interruptor, pero no llega a accionarlo. Siente una presencia al otro lado, en el exterior. Se acerca al cristal. Se queda inmóvil y enciende todos los sentidos.

—¿Pero, tía, qué narices haces? —dice nerviosa Virginia en voz baja. Anna se gira, pide silencio con el dedo índice delante de los labios; con la otra mano le indica que apague la luz.

El estruendo de un jarrón al precipitarse contra el suelo y estallar en pedazos hace chillar a Virginia. Anna se queda como la nieve, blanca y fría. Ya no tiene que esforzarse en permanecer inmóvil, está petrificada y en la mente solo se repite una idea, «te has equivocado haciéndote la valiente». La visión de Anna se centra en unos ojos fijos al otro lado del cristal, nublándose todo lo que sucede a su alrededor. Unos ojos con mirada penetrante, que no parpadean, capaces de intimidarla, amarillos, con grandes pupilas…, unos ojos de gato. Anna sonríe, reconoce el gato que deambula por el jardín y que usa la caseta como refugio.

—Solo es un gato negro —dice Anna.

Los gritos de Virginia se convierten en lágrimas de liberación.

Cuando las chicas bajan las escaleras del sótano, Taffi Y Dionisio esperan delante de la puerta del despacho.

—Entremos y acomodémonos —dice Dionisio—, tenemos todo cuanto necesitamos para sobrevivir al menos por una noche.

Taffi coge a Anna por el brazo.

—¿Dónde está el ropero de Vaccaro?

—En la segunda planta. La habitación de mi padre es la única que tiene una puerta doble. Al fondo está el vestidor, es una puerta blanca con filigranas doradas.

—Dionisio, ¿desde cuándo no ordenas el vestidor? —dice Taffi.

—Después del día en que el señor falleció.

—Y eso fue antes que Anna viera al fantasma en el cuarto. Encerraos en el despacho y llamad a la Policía. Voy al vestidor. Quiero ver qué se le había perdido al fantasma en el ropero.

La puerta del despacho se cierra llevándose la luz. Taffi enciende la linterna y sube las escaleras despacio, pero sin detenerse, estudiando el entorno con los sentidos atentos a cualquier señal externa. No le cuesta encontrar la habitación de Vaccaro y se impresiona al comprobar los toques femeninos en la decoración, las reminiscencias de una esposa perdida, pero, sin duda, no olvidada. Un tocador con espejo, una cama de matrimonio con cabecero de cuero blanco, dos mesillas de noche con lámparas plateadas, en una de ellas reposa un marco con la fotografía de boda. Las paredes pintadas de blanco mate, al igual que el techo del que cuelga una lámpara de araña con cristalitos Swarovski que simulan formar gotas de lluvia. Tras un reconocimiento rápido se dirige al vestidor, que parece un almacén de Armani: los trajes, las camisas y las corbatas no salen del estilo que ha caracterizado su imagen y con la que será recordado. Con cuidado remueve el ropero, revisa entre los trajes, toquetea todos los bolsillos y abre todos los cajones sin encontrar nada. Se agacha y observa los zapatos alineados contra la pared. Milímetro a milímetro examina el suelo con tal atención que hasta es capaz de encontrar un alfiler perdido. No encuentra nada, aparte del alfiler. Cuando se ha dado por vencido, al darse la vuelta hacia la puerta, el haz de la linterna alumbra un zapato del que salen reflejos dorados. Mueve despacio la linterna y comprueba que los reflejos siguen el movimiento. Coge el zapato y lo voltea dejando caer sobre la mano el objeto que contiene, el broche que el maestro llevaba en las actuaciones. Un fetiche del que

Vaccaro nunca se desprendía. Un objeto que irradia poder y que, con su forma de estrella de seis puntas, ejercía un efecto hipnotizante, capaz de cautivar a quien lo mira. Se lo mete en el bolsillo y sale del vestidor. Luego se acerca a la chimenea y recoge unos cuantos troncos que carga hasta el despacho del maestro.

—Soy Taffi —dice golpeando la puerta del despacho.

Taffi, a pesar de las circunstancias, estaba emocionado, iba a traspasar el límite de la realidad para adentrarse en un lugar mágico. El lugar en el que Vaccaro encerraba a las musas y les hacía el amor, la cuna de tantos trucos ilustres y el cementerio de malas ideas. Iba a respirar el mismo aire que respiró Vaccaro en sus orgasmos de creatividad, iba a ver lo que él veía, iba a oler lo que él olía…, en definitiva, iba a penetrar en la intimidad profunda y secreta del gran Vaccaro. Quien fue considerado uno de los mejores magos no solo por su destreza en el escenario para hacer creer las ilusiones, sino porque nadie, ni siquiera colegas de profesión, había sido capaz de descubrir ninguno de sus trucos y, por supuesto, de reproducirlo. El mago era único. Taffi suspira, solo con caerle en gracia a una de esas musas podría lanzarle a la fama.

Tras entrar, Dionisio gira el mecanismo de cierre. Clac, clac, clac, el ruido metálico de los cerrojos al atrancar la puerta es un sonido que les da seguridad, pero también es el sonido que se escucha en las cárceles, el que oyen los prisioneros al girar las llaves de las celdas. Cautivos para no ser capturados, extraña, a la vez que intranquila, paradoja en la que se encuentran.

La excitación de la primera vez puede llevar a un estado de indescriptible felicidad o a la más profunda de las decepciones, depende de las expectativas puestas y del resultado obtenido. Si hay muchas expectativas y nulo resultado es una gran decepción. Y eso es lo que le sucede a Taffi: el despacho es tan solo un despacho. Analiza el recinto. Tres de las paredes están cubiertas por estanterías de madera empotradas en las que reposan libros y relojes de todo tipo y variedad. A un lado, un gran escritorio de madera noble y, sobre él, un candelabro de plata de tres brazos junto a una lámpara de escritorio. El resto de los muebles lo constituyen: un sofá cama, cómodo a la vista; un mueble frigorífico recubierto de madera; un sillón de cuero negro al lado de una lámpara de pie con luz de lectura y en el centro de la sala una mesa hexagonal con otros dos candelabros iguales al anterior. En la pared desnuda de estanterías y gris como la piedra, se encuentra la puerta del baño y, al lado, una

chimenea cargada de leña. Taffi deja la que lleva en brazos en un cesto, con la mala suerte de que la linterna se le resbala de las manos y se rompe al impactar contra el suelo.

Virginia, sentada en el sillón, con gesto de preocupación, observa a Anna que, con el móvil pegado a la oreja, habla con la Policía.

—¿Seguro que es aquí donde trabajaba Vaccaro? —dice Taffi tras acercarse al anciano.

—Supongo, el señor pasaba aquí días y días sin salir. Siempre con la puerta cerrada y me pedía que no le disturbara.

—No puede ser aquí. No es el taller de un mago. No lo entiendo. O tenía complejo de hámster y le gustaba meterse en una jaula o era un vampiro que necesitaba la oscuridad para no morir —dice Taffi. A lo que Dionisio responde con una mirada directa de desaprobación por la desafortunada comparación que por suerte Anna no llego a oír.

—Tiene que ser —añade Dionisio—. Es más, fue en esta sala donde por última vez su cuerpo y su alma estuvieron juntos. Justo allí —dice señalando el sillón en el que reposa Virginia—. Allí es donde el señor murió.

El comentario hace saltar a Virginia. La mujer se echa la mano a la boca intentando frenar el vómito que amenaza con escapársele y corre a encerrarse en el baño.

Anna despega el móvil de la oreja y corta la llamada.

—Como en las películas, «el séptimo de caballería siempre llega tarde», esperemos que no nos encuentren muertos con las botas puestas.

—En algunas películas nunca llegan… —puntualiza Taffi.

Camuflado entre los árboles, entre la ventisca y la nieve, la figura espectral siente vibrar el móvil dentro del bolsillo del abrigo. Es un mensaje escueto y directo: «Hazlo, ya».

10

Fuera de la mansión, en pleno temporal, la figura oscura, empeñada en su misión, se mueve con absoluta tranquilidad y confianza, ya de nada le sirve esconderse. «Taffi no es tonto», piensa, «me ha descubierto, por eso ha huido como una rata y han bajado las persianas». Vuelve a la caseta, ayudado del Zippo inspecciona todos los rincones hasta dar con las herramientas del jardinero: azadas, horcas, palas, rastrillos, tijeras de podar, sierras… Los ojos se le iluminan al ver un hacha hincado en un tocho de leña, y lo desenclava con una sola mano. Con aspecto de verdugo medieval, pero sin capucha, con menos alma y todavía menos corazón, se introduce de nuevo en la tempestad para dirigirse a la parte trasera de la mansión. Si él no puede ver, ellos tampoco podrán.

Virginia reaparece por la puerta del baño, se ha lavado la cara con agua fría arrastrando el maquillaje, dejando a la vista una tez cadavérica; avanza tambaleándose, como si tripulara un barco sacudido por la tormenta y vapuleado por las olas, apoyando las manos en las paredes y los muebles para no caer. El anciano se apresura en sostenerla agarrándola del brazo con fuerza.

—Déjeme que la ayude, señorita —dice Dionisio con más naturaleza de padrazo que de mayordomo profesional—. Túmbese en el sofá. Le traeré agua fresca.

—Gracias. Solo se me ha revuelto el estómago.

Dionisio se acerca al frigorífico, saca una botella y llena un vaso.

Anna aproxima los labios a la oreja de Dionisio.

—Está embarazada —susurra. Dionisio abre los ojos y asiente.

Tras unos sorbos, Virginia recobra el aliento y parte del color.

—Ahora estoy mejor. Imagínate lo chunga que estaba que he entendido que la pasma no iba a venir.

—Has oído bien —dice Anna—. Es por la nieve. Tienen denegado salir si no es por una causa justificada.

A Virginia se le queda la cara de palo.

—¿Y esto qué *güevos* es?

—Algo parecido le he dicho yo... Y el de la centralita me ha venido a decir que no nos asustemos, que se tratará de un vagabundo buscando refugio para pasar la noche.

—¡Será imbécil, dame el teléfono que se va a enterar el pazguato!

—Es lo que hay, Virginia —dice Taffi—. No le des más vueltas y no te sulfures, que eres experta en ambas cosas. Con la tempestad y ese loco pululando fuera, no hay un sitio más seguro para nosotros que este. Ese tipo no puede entrar, nuestros móviles tienen cobertura, hay leña, agua y comida para esperar el fin del temporal. Entonces la Policía no tendrá más excusas para no venir. Aquí estamos a salvo.

Taffi pasea por la sala y sus ojos lo hacen por los lomos de los libros, va leyendo los títulos y los autores, y concluye que están ordenados por temática: cuentos populares, bellas artes, filosofía, arqueología, anatomía, arquitectura, botánica, historia… Temas muy variados, propios de un cerebro activo y con insaciable ansia de conocimiento, pero ningún rastro de libros esotéricos, los favoritos de Vaccaro según el mayordomo. Advierte unos números romanos entallados en la madera de las librerías indicando el estante, a su vez en cada estante otra entalla indica la posición dentro de la estantería. Luego curiosea la colección de relojes: los hay de madera noble, de bronce, de latón; los hay con imágenes como querubines, pájaros y mujeres vestidas con túnicas; los hay de cuco, con pesos y contrapesos; también hay antigüedades de la época victoriana y otros con grabados orientales.

—Vaccaro…, ordenado, metódico y como me enseñó «enemigo a ultranza de la improvisación, esa que guía a los atrevidos hacia el fracaso», decía, «pues es hábil en disfrazarse de espontaneidad». —Taffi acaricia los números romanos y luego la barbilla—. Si yo fuera Vaccaro —dice pensando en voz alta—, y quisiera ocultar mi biblioteca valiosa protegiéndola con celo para solo compartir sus secretos con alguien cercano, lo haría de tal forma que, esa persona, sin darse cuenta, tuviera la llave para poder acceder.

—¿Llave?, si no sabemos ni dónde está la biblioteca —interrumpe Anna.

—Es verdad, es verdad. Me refiero a «llave» en el sentido de instrumento que abre, por ejemplo, una idea en la mente para mostrar el camino que lleva a la biblioteca. Pero la puntualización me hace recapacitar… Si el mago se encerraba en este despacho durante horas, incluso días, sin que nadie lo viera o disturbara, ni aunque hubiera llegado el apocalipsis… ¿Estamos seguros de que permanecía aquí?

—La profesión te ha debido hechizar el cerebro. Mi padre era ilusionista. Ya sabes, trucos y esas cosas. No tenía el poder de la bilocación y, que yo sepa, el teletransportador y la máquina del tiempo todavía no se han inventado.

—Ja, ja, ja. Muy bien expresado, Anna. Pero Vaccaro compró este terreno y diseñó la mansión a su gusto, hasta mandó replicar el pórtico del orfanato.

—No sigas —dice Anna—. El taller y la biblioteca podrían estar en esta finca.

Taffi se gira y la apunta con el índice.

Mientras en el despacho Taffi hurga en el cajón de los recuerdos de Anna y Dionisio, la figura espectral se acerca a la caja de acometida eléctrica. Un par de hachazos certeros son suficientes para partir el candado de la portezuela y dejar a la vista los cables generales que alimentan la luz de la mansión.

—Bravo, Anna, y a la biblioteca se tiene que llegar desde esta habitación a través de una puerta oculta. Es como en los trucos de magia, que el público no vea un conejo en la chistera no quiere decir que no lo haya, sino que lo verá cuando el mago quiere que lo vea, ni antes ni después.

Las bombillas de las lámparas se apagan, las tinieblas poseen el despacho.

Desde lo más profundo de la garganta de Virginia se escapa un grito que podría alarmar a un sordo, el agudo sonido rebota por las paredes de la habitación generando un coro de sopranos que martillean los tímpanos.

Anna aparta las tinieblas con un pequeño halo de luz de la pantalla del móvil.

—Anna, acércate conmigo a la chimenea. Dame algo de luz para que pueda encender el fuego —dice Taffi.

Las danzarinas llamas proyectan deformes sombras alborotadas sobre el mosaico de libros. El olor a encina se entremezcla con el aroma a biblioteca. Virginia y Dionisio se encuentran en esa angustiosa quietud de quienes se ponen en manos de la suerte para que el paso del tiempo les sea favorable, pues no ven ninguna solución posible y solo pueden esperar. Sin embargo, Anna y Taffi, con las células grises más difíciles de domar, siguen avivando el cerebro para que las deducciones sobre la localización de la biblioteca en llama viva no acaben en ascuas.

—Qué mala suerte —dice Anna—, quedarnos a oscuras cuando parecía llegar la claridad.

—No ha sido un infortunio. Estoy seguro de que ha sido obra de quien hace pasarse por Vaccaro, tu querido fantasma. Su próximo paso será entrar en la mansión. Hay que mantener la calma, nuestros miedos son los que nos pueden poner en peligro.

—No puedo soportarlo —dice Virginia abanicándose la cara con la mano—. Estamos encerrados bajo tierra, solos y no vendrá nadie a ayudarnos.

—Tranquilízate —dice Taffi—. Esta sala es lo más parecido a un búnker. Se necesitaría una tuneladora para entrar. —Se acerca a Virginia y le da un beso en la boca. Un beso que a Anna le parece corto e insípido.

La figura oscura, el fantasma de Anna, sin más ayuda que las manos desnudas y robustas, trepa como un mono por una tubería de cobre que rememora a las construcciones de tiempos pasados.

—Anna, sigamos, nos vendrá bien tener la mente entretenida, imagina que estás en una fiesta, tienes la casa llena de invitados y quieres dejar algo a Dionisio sin que nadie se entere. ¿Cómo lo harías?

—Es difícil de imaginar, mi padre nunca celebraba nada…, pero hago el esfuerzo, lo metería en el bolsillo de la chaqueta de Dionisio o en el del abrigo.

—Demasiado obvio. Alguien entre los invitados quiere lo que le vas a dejar y uno de los lugares donde inspeccionará es allí.

—Entonces lo ocultaría donde nadie lo pudiera ver y le dejaría una pista que le indique dónde está.

—¿Como por ejemplo?

—Una nota…, o una nota encriptada… o una nota encriptada y que, además, solo él pueda entender el contenido.

—Esa idea me gusta más. ¿Y si no quisieras usar papel?

Anna se rasca la cabeza.

—En ese caso atraparía su atención con algo que supiera que usa con frecuencia… o con algo que le gustara. Por ejemplo, su disco favorito.

—Podría ser.

—¡Lo tengo! Mi padre ha dejado una pista en mi colección de zapatos o en mi colección de ranas.

—¿Tienes una charca con ranas? —interviene Virginia con cara de haber bebido vinagre.

—No. Son figuritas de ranitas. Son muy monas, tengo muchas: de peluche, de cerámica, de madera, de plástico, con ojos saltones, con ojos tristes, vestidas…, la que más me gusta es una que está sentada en una piedra y lee un libro. Cuando salgamos de aquí te las enseñaré, seguro que te gustan, tengo más ranas que zapatos. Taffi, tenemos que revisar las ranas una a una hasta que encontremos la pista.

—La idea de la pista en la rana es curiosa. Pero ahora quiero que te internes más en el mundo de tu padre, que incluso llegues a pensar como él... ¿Crees que él dejaría la pista en una de tus ranas?

—No… ¡Ya está! La pista está en el brazalete que me regaló como talismán y que siempre llevo.

Anna se remanga la camisa y muestra el brazo.

Taffi da un vistazo, es un brazalete dorado en el que, aparte de su valor por los quilates que seguro no bajan de dieciocho, aparentemente no muestra nada de especial. Niega con la cabeza.

—Uno de sus trajes.

—No.

—El broche que mi padre llevaba.

—Te refieres a este —dice Taffi sacándolo del bolsillo sin prestarle atención.

—¿Dónde estaba? Lo había dado por perdido.

—Lo encontré en uno de los zapatos del vestidor. Tómalo.

Anna coge la pieza hipnotizadora con manos de restaurador de obras de arte.

—Gracias. No sabes la ilusión que me hace tenerlo. —Mira al mago a través de unos ojos de agradecimiento sumiso que a Taffi le cuesta dejar de contemplar.

—No nos sirve para encontrar la biblioteca. Aparte de la capacidad de atracción, no creo que tenga mayor significado que el sentimental que le podemos dar, tiene casi más años que yo y es fácil de robar. Quien sí parece que le daba importancia era tu fantasma y entiendo que solo para suplantarlo, era parte del disfraz junto con el traje de Armani. Creo que ese loco ha entrado en el vestidor para fotografiar el broche, de esa forma ha mandado fabricar uno igual. Por eso la primera vez que se te apareció salía del vestidor. ¿Recuerdas si ese día llevaba broche?

—No, no me fijé en ese detalle. Tenía mi mente demasiado ocupada en intentar comprender qué estaba viendo.

—¿Alguna otra sugerencia? Creo haberos entendido que Vaccaro tenía multitud de aficiones.

El silencio que antecede a los recuerdos antes de que se hagan palabra duró tan solo un instante.

—Podría ser la colección de relojes —dice Dionisio—, o la pasión que el señor demostraba por la lectura.

—Bien. Y qué tenemos aquí, señoras y señores —dice Taffi extendiendo los brazos y abriéndolos—. Libros y relojes.

—Pues no sé qué será más difícil, si revisar todas las ranas o todos los libros —dice Anna.

—No estoy insinuando que los leamos todos. Solo hay que coger uno, el que es.

Taffi observa uno de los relojes, luego otro, y otro. Anna va un reloj por detrás de él tentada por ser la pionera en descubrir la entrada a la biblioteca.

—Dime, Dionisio —continúa Taffi—, ¿Vaccaro era tan celoso de sus relojes como lo era de sus libros?

—Peor. Ver, pero no tocar. Él mismo se ocupaba de limpiarlos y de darles cuerda.

—¿Y no os resulta extraño?

—¿El qué? —dice Anna impacientándose.

—Manteneos en silencio y escuchad —dice Taffi.

—Solo oigo la madera crepitar en la chimenea —responde la joven.

—Eso es lo desconcertante, que, estando entre relojes, ninguno se mueve, y a todos se les ha acabado la cuerda a la vez. ¿Es una coincidencia?, ¿es magia?

—Es cierto —dice Anna recorriendo uno tras otro—. Las tres horas, seis minutos, nueve segundos.

—Es la señal. Vaccaro ha dejado las manillas en esa posición y estoy seguro de que lo hizo justo antes de morir, por eso Dionisio lo encontró en esta habitación.

—¿Y qué quiere decir?

—Lo que ves: trescientos sesenta y nueve o tres, seis y nueve. Es una secuencia de números. Una contraseña. Un código.

—Todos los libros están clasificados y ordenados con números romanos —dice Anna—, el primer número es el número de la estantería, el segundo es el de la repisa y el último es el orden que ocupa en la repisa. Hay que buscar el III, VI, IX.

Anna, ayudada del móvil, va iluminando las estanterías, hasta que encuentra el libro que corresponde al número IX, de la repisa VI, de la estantería III. Taffi no ha dejado de prestar atención a Anna, reparando en cómo se desliza por la sala, corriendo de un lado a otro,

buscando con excitación e impaciencia los números.

—¡Qué coincidencia! —dice Anna con la cabeza ladeada—, el libro que se encuentra en esa posición se titula *Los números mágicos de Tesla* , el inventor favorito de mi padre.

Taffi se acerca, acaricia el lomo del libro como si acariciara a una mujer por primera vez. Del libro fluye una fuerza que le pasa por los dedos y le llega al corazón, la fuerza que el mago ha dejado impregnado en ese libro de bolsillo manoseado y usado. Lo saca y lo abre.

Los ojos de los presentes revolotean por la habitación esperando que algo mágico suceda. Luego, las miradas se cruzan entre sí intercambiando decepción, excepto la de Taffi, que lee las hojas amarillentas.

—Te has equivocado —dice Anna.

—Inspecciona en el espacio que ha quedado detrás —dice Taffi y se aleja sin dejar de ojear el pequeño libro de bolsillo.

Anna apunta con la luz del móvil hacia el vacío que ha dejado el libro en la estantería y acerca el ojo.

—Impresionante. Aquí hay algo.

La rabia meteorológica no es un impedimento para la silueta oscura, el extraño personaje vestido de Armani, tampoco lo es caminar en la oscuridad sobre tejas cubiertas de nieve en un tejado con una altura como para partirse la crisma y que no quede un pedacito junto de él, nada ni nadie le van a frenar. Se dirige a una de las chimeneas. Una tan ancha como para colarse por ella, como lo ha hecho en otras ocasiones.

11

—No hay nada sorprendente, ni extraordinario, ni mágico. Este libro es más corto que los demás. Al estar alineado con el resto de los tomos por el lomo la balda superior, la inferior y los libros de al lado no dejan ver el hueco que hay detrás.

Anna introduce la mano y extrae una estrecha cajita, del tamaño de una caja de cerillas, fabricada con madera tosca. Como si hubiera hallado una reliquia perdida en el pasar de los siglos, la lleva con extremo cuidado y la coloca encima de la mesa. Virginia y Dionisio cautivados por el descubrimiento, se apresuran en acercarse y observarla.

—Anna, ábrela sin miedo. Veamos qué escondía Vaccaro —dice Taffi.

Anna suspira. Con delicadeza destapa la cajita y descubre el secreto oculto. En su interior, sobre una tela gruesa y áspera como un trozo de saco, reluce una llavecita dorada, de latón y con la cabeza en forma de mariposa.

—¿Y esta mierda es la llave de una biblioteca?, pues será la biblioteca del ratoncito Pérez o de los diminutos —salta Virginia.

—¿Y ahora qué hacemos? —dice Anna—. Tenemos una llave, pero no tenemos una cerradura.

Taffi no reacciona, está ausente, unas anotaciones presumiblemente escritas por Vaccaro en el libro de Tesla le han secuestrado los sentidos.

—Hola, Taffi. ¿Estás ahí? —insiste Anna.

—Perdón —dice Taffi volviendo desde el remoto y vasto lugar en el que habitan los pensamientos, las ideas y los recuerdos, mientras se mete el libro en el bolsillo de la chaqueta. Es un mal momento para ver el tatuaje que el maestro, declarado enamorado de los libros, había dibujado sobre la piel de uno de sus amantes. Un sacrilegio impropio de un apasionado de las letras—. Me he perdido.

—Digo que estupendo, hemos encontrado una llave, pero no sabemos qué abre.

—Úsala en el reloj de péndulo que está justo en el centro de la

estantería enfrente de la puerta de entrada —dice con la indiferencia de quien tiene la cabeza ocupada en otros asuntos o de quien conoce la respuesta sin haber recibido aún la pregunta.

Caras de signo de interrogación en el grupo.

—No me miréis así. Es evidente. Es el único reloj que está empotrado y marca una hora distinta al resto.

Anna se acerca al reloj con números arábigos e introduce la llave en la cerradura que abre la tapa frontal de cristal, la gira y no sucede nada.

—Ahora sí te has equivocado.

—Uno de los errores más habituales del cerebro humano es el de sacar conclusiones antes de tiempo… Abre el cristal que protege el dial y el péndulo, y coloca las manecillas como el resto de los relojes.

Con el índice, la joven va girando las manecillas: primero el horario al tres, luego el minutero al seis, y al poner el segundero sobre las nueve se oye un clic y luego un clac.

La respiración de Anna se acentúa, sus ojos reflejan la cálida luminosidad de la chimenea intensificando su luz. Dionisio sonríe al percibir la expresión de euforia desmedida en Anna, aunque tenía un carácter alegre, debía remontarse a la niñez de esa muchacha para recordar ese gesto de satisfacción desbordante. La mirada de Virginia mariposea hasta que se posa en la cara del mago.

Taffi se acerca al reloj y lo empuja por la base. El reloj, junto con la librería en la que está empotrado, gira acompañada de un rugido de madera, dejando paso a una negrura cavernosa y espesa, de la que se desprende un aliento frío.

Anna solo tiene ojos para ver a Taffi, el mago desconocido y maleducado que la echó del teatro en medio de la tormenta para luego rescatarla de las garras del falso fantasma se había convertido en el descubridor del camino de la secreta biblioteca del testamento. Taffi es una caja de sorpresas sin fondo, capaz de sorprender y de desconcertar. Como por arte de magia, la frialdad y seriedad del primer encuentro se había volatilizado dejando otra naturaleza, la de un hombre meticuloso, inteligente y observador; un hombre valiente y con temple ante el fantasma, las alucinaciones o lo que fuera; y perspicaz y lúcido para seguir las trazas que otro hombre de la misma estirpe, como su padre, había dejado.

—Si no lo veo, no lo creo —dice Dionisio—. Tan lejos y, a la vez, tan cerca.

—No hay nada más lejano que lo que está oculto —dice Taffi.

—Y eso también es válido para los sentimientos —dice Anna clavando la mirada sobre Taffi sin que él sienta la punta.

—Bueno, Anna. ¿A qué esperas para lanzarte a descubrir los misterios de la biblioteca? —dice Dionisio.

—¿Lanzarme? Iremos todos juntos.

—¿En serio? —dice Virginia con voz agria—. Vosotros flipáis. No me meto a lo Scooby-Doo y su pandilla en ese agujero ni harta de vino y menos con ese tipo que merodea la casa. Taffi y yo no vamos.

Taffi siente la presión de la mirada de Anna, siempre ansiosa por llegar hasta el final. Una actitud impaciente e insistente propia de su inmadura juventud. Taffi sabe que tiene que ganarse a la joven y solo hay una forma, seguirle la corriente. El camino hacia la biblioteca es también el camino hacia su recompensa, los cuadernos de Vaccaro, el inicio de una vida de éxito. Tendrá que explicar a Virginia por qué tiene que acompañar a Anna sin que la muchacha se dé cuenta. Una tarea complicada cuando se comparte el mismo cuarto y las entendederas de Virginia son más bien pocas.

—Entonces iremos Taffi y yo —dice Anna.

Dionisio se acerca a Anna y le dice en voz baja.

—¿Estás segura de lo que dices? Soy el primero que sé que necesitamos a Taffi, pero no es quien yo recordaba que era. No para de beber, es maleducado y se muestra odioso con el señor.

—Pues dime qué otra solución tenemos. ¿Quieres que mantengamos la mansión o no?

Dionisio, acompañado de un gesto de intranquilidad, le pide que se calle.

—Yo me quedaré con la señorita Virginia —dice en voz alta—. Id vosotros.

—Virginia —dice Taffi—, ahora no puedo explicarte, no he tenido tiempo de hacerlo antes. Cuando entremos en esa biblioteca, nuestra suerte va a cambiar. Confía en mí. —Taffi recorre con la mirada los ojos de Virginia, espera recibir la aceptación de la joven que llega con un movimiento leve de cabeza.

Dionisio se acerca a Taffi y le toca el hombro.

—Poco os separa de la biblioteca —dice muy de cerca y en voz baja—, unos metros quizá, pero ese intrigante ser me preocupa, te pido que cuides de Anna. Si algo le sucede no me lo perdonaría. Yo cuidaré de Virginia y de tu hijo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Virginia se lo ha dicho a Anna, y Anna a mí.

Taffi mira dentro de las pupilas temblorosas del anciano, desde las que puede asomarse al alma. «A pesar de haber hablado con lengua putrefacta de Vaccaro y de todo lo que le rodea, y de ofrecerse como guía a cambio de sacar tajada de la situación, Dionisio confía en él o depende de él», piensa.

—¿Por qué te fías de mí?

—Porque, aunque te vendas como Taffi, sé que eres *piccoletto* .

—Te creeré, porque no sabes mentir, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, Taffi coge uno de los candelabros y lo acerca al fuego. Las llamas saltan a las mechas y encienden las velas soltando lágrimas de cera y aroma a velatorio.

—Bueno, Anna. Las mujeres primero.

—Muy gentil, pero me vas a permitir que te ceda ese honor. Enséñame el camino.

Taffi hace una reverencia. Desvía la mirada a Virginia, le lanza un beso y desaparece en las entrañas de la caverna.

El pasadizo es bajo, el espacio necesario para que el mago Vaccaro pudiera pasar sin despeinarse, y estrecho, tanto que Taffi tiene que andar de medio lado y con el candelabro delante. Ante la presencia de las velas la oscuridad se aparta, pero es terca, solo les deja ver un metro por delante, e insistente y pegadiza, les sigue un metro por detrás, proyectando a sus espaldas el contorno de sus sombras. Aun así, la luz de las llamas es suficiente como para avanzar sin tropezarse y observar que las paredes están trazadas a escuadra y cartabón, con rectitud de arquitecto de pirámide egipcia. El pasadizo avanza, y, según se adentran, las paredes y, sobre todo, el techo muestran manchas de moho y de humedad, desprendiendo hedores viciados que perturban el olfato.

—Cuánto podemos haber caminado —dice Anna.

—No estoy seguro. Pero nos debemos estar aproximando. Noto una corriente de aire. —Coloca la mano delante de las llamas protegiéndolas del suspiro de la naturaleza.

La luz se expande, deja de tocar pared, el pasadizo se ensancha y acaba en un cubículo de unos diez metros cuadrados de planta que mantiene la misma altura que la del pasadizo. Taffi, con la mano de Anna rozándole la espalda, recorre los bordes de la sala pisando hojarasca y restos vegetales secos casi fosilizados. En uno de los extremos, el techo está perforado por una cavidad de un metro de diámetro, como un estrecho pozo que llega hasta la superficie. Una chimenea para la renovación del aire, por la que han entrado las

hojas, y que ahora deja escapar el vapor que emana de las respiraciones. En el otro extremo de la sala comienza otro pasadizo.

—Visto. Sigamos.

Cada paso es como el anterior y este igual a todos los anteriores, un *déjà vu* en bucle en el que lo único que encuentran es roca rodeada de tinieblas.

—Hemos caminado mucho por esta oscuridad y me empieza a inquietar…, se me ha puesto la piel de gallina —dice Anna.

—No es causa de los nervios. A mí me pasa lo mismo, es el frío que se cuela del exterior, debemos estar llegando al final.

Solo unos pasos más allá, una puerta de chapa galvanizada bloquea el camino. Una puerta que a Taffi le recuerda a la de la habitación que había ocupado en el hospital, en su época callejera. El mago gira el frío pomo y empuja, luego tira. La puerta no tiene intención de abrirse.

—No me digas que hay que volver al despacho y encontrar otra llave.

—No va a ser necesario —dice Taffi observando la cerradura.

—Claro. Vas a hacer un truco.

—No se necesita magia para abrir una puerta. Se necesita un poco de maña. ¿Tienes algo punzante?

Anna se quita una de las horquillas del pelo. Taffi le pasa el candelabro.

—Sí, puede valer. ¿Tienes más?

Anna se quita todas, el moño se deshace dejando caer la negra melena suelta sobre la espalda.

Taffi coge dos, el resto se las guarda en el bolsillo, las estira y las introduce en la cerradura. Con delicadeza las mueve por el interior, concentrado en las sensaciones y los sonidos metálicos de los pitones y muelles del mecanismo. Cuando el bombín gira, da por acabado el trabajo.

—¿Esa es la habilidad de un amigo? ¿Usar horquillas? Yo te imaginaba echando polvos mágicos o haciendo movimientos extraños con una varita mientras pronuncias raras palabras en un idioma desconocido.

—Todo lo que se aprende puede tener un uso.

—No voy a preguntarte dónde lo aprendiste ni para qué. Prefiero no saberlo.

—Anna, ha llegado el momento que estabas esperando. Has seguido las indicaciones y has alcanzado el premio. Se acabó la

búsqueda. Entra en la biblioteca. Veamos qué esconde Vaccaro —dice Taffi cogiendo el candelabro y apartándose.

Anna apoya la mano en la puerta, hincha los pulmones de aire y deja que salga con fuerza. La búsqueda de la biblioteca ha llegado a su fin. Hasta la lectura del testamento nadie había oído hablar de ella. El fanatismo de su padre había protegido celosamente no solo la entrada, sino también su existencia. La puerta que ahora toca es la frontera entre el mundo conocido del mago y el mundo más profundo y personal. Un mundo secreto al final de un túnel. Un mundo que hubiera querido conocer de la mano de su padre. Anna gira el pomo.

En la mansión, la silueta oscura se mueve por la negrura absoluta como una pantera en la noche. El silencio lo incomoda. La cacería acaba de empezar y los ratoncitos se esconden en algún rincón. Debe ser cauteloso, en este juego del gato y el ratón él también puede ser la presa. Sabe que Taffi no es de los que se esconden y si lo ha hecho es solo para proteger a los demás. De vez en cuando se queda inmóvil, sin ni siquiera pestañear, intentando escuchar un ruido, un sonido, una respiración que delate dónde se encuentran, sin embargo, la calma del ambiente le hace pensar y confirmar lo que él habría hecho en su situación, encerrarse en el sótano. Enciende el Zippo, acelera el paso y se desliza por las escaleras. La puerta del despacho está cerrada. Toca la lama de la puerta. El movimiento de sus presas ha sido inteligente. No puede entrar en el despacho. Se aleja de la puerta, saca el móvil y marca el número del Tuerto, debe alertarle, se le han adelantado y no hay forma de acceder, necesita ayuda para continuar la misión, pero cuelga antes de que comenzaran los tonos de llamada. Las dudas le tienen contrariado. Recapacita, el avisar es declararse incapaz y eso tendría graves consecuencias, es mejor hacerse el harakiri. Guarda el teléfono y lo cambia por un cigarrillo, lo único que puede hacer es esperar.

12

Cuando Anna tira del mango, la puerta se lamenta con un chirrido que perfora los tímpanos, hace aguantar la respiración y apretar los dientes. Anna se adentra en la biblioteca y en el misterio unos pocos pasos que resuenan en el suelo y rebotan contra las paredes. Se detiene, pero no el eco que tarda en desaparecer, y cuando lo hace puede escuchar un goteo intermitente y un silbido que su imaginación reconoce como el que produce el viento al colarse por las rendijas de las puertas. Sin el abrigo del pasadizo, la temperatura cae a cero. Con el primer escalofrío Anna se cruza de brazos, siente el mismo frío que si hubiera salido a la calle. Antes de que la nariz comenzara a gotear le llegan aromas a aceite, gasolina, goma y grasa que la desorientan.

Taffi se coloca al lado de la muchacha. Muy cerca de ellos, y gracias a la burbuja de luz danzarina que mana del candelabro, puede distinguir una gran lona blanca. Taffi se gira, al lado de la puerta observa un interruptor. La luz discotequera de unos fluorescentes lanza flases por la sala, para cuando se ha estabilizado, ya saben dónde están.

La mirada de Anna deambula por la sala. En la pared de su derecha cuelgan destornilladores, llaves, pinzas, martillos…, todo tipo de herramientas mecánicas y bajo ellas se encuentra un banco metálico que, por los restos de pintura que conserva, en algún momento fue azul; en la pared de su izquierda una gran estantería hace las funciones de almacén, está repleta de gavetas con tornillos, con tuercas, con arandelas, con remaches, entre otra infinidad de utillajes; en la pared de detrás, en la que se encuentra la puerta por la que han entrado, se acumulan bidones de grasa, aceite y gasolina; y, al lado, una pila de neumáticos sin estrenar. Enfrente una gran puerta de metal y, en el centro, tapado por la lona, la silueta de un coche. No hay estanterías de madera, no hay libros, no hay magia. Cuando acaba por creerse lo que sus ojos le dicen estar contemplando, dirige la mirada al suelo donde puede ver, bajo los zapatos y su reflejo, el alma caída.

—Desisto. Hemos seguido una pista falsa. Es imposible encontrar la

biblioteca. Este juego me ha cansado. Si quería dejarme los libros de la biblioteca, que me hubiera dicho dónde estaba y me hubiera dado la llave, como hace cualquier persona normal.

—Anna, estás desilusionada, pero no abandones. Si te comportas así, renunciando al primer revés, vas a dejar muchas cosas en lo que te queda por vivir sin alcanzar nada. Y, créeme, no sabes cuánto te vas a arrepentir después.

—Puedo dedicar todo lo que me queda por vivir a encontrar la biblioteca y solo recibir reveses. Entonces sí que me arrepentiré. Me retiro.

—No hay nada que no requiera esfuerzo y dedicación.

—Pues sigue tú, solo. Si la primera pista que nos encontramos nos ha llevado a la cochera de un vecino. ¿Cuántas más pistas falsas habrá?

—Hemos encontrado un túnel que Vaccaro, hasta hoy, era el único que sabía de su existencia. No creo que sea una pista equivocada. Solo que el camino es más largo de lo que imaginábamos y eso tiene una connotación, la recompensa que te espera al final es más valiosa de lo que crees.

Anna mira a un lado evitando los ojos potentes de Taffi.

—Anna —continúa hablando Taffi a la vez que se acerca a la muchacha—. Entiendo que tienes ansia por descubrir la biblioteca, pero tendrás que armarte de paciencia. No abandones a la primera. Si deseas encontrar esa biblioteca y ese enigmático libro hay que intentarlo. —Con un movimiento sutil de la mano Anna se quita una lágrima a punto de salirse del lagrimal, sin embargo, Taffi consigue verla—. La decisión es tuya: seguimos o volvemos por ese pasadizo. —Anna se limita a escuchar—. No conozco trucos de magia ni palabras para convencer. Es más, creo que nunca he convencido a nadie de nada... Solo puedo decirte que tanto si decides continuar como si decides volver estaré a tu lado. No tengo interés en encontrar esa biblioteca, por mí como si sigue acumulando polvo, y sí muchas preocupaciones de las que ocuparme. La tormenta de fuera es chirimiri comparada con la que hay en mi vida, pero incluso en esos momentos de zozobra hay algo que no me hace perder el norte, un motivo por el que no se tira la toalla, el absoluto deseo de llegar hasta el final.

Ante el silencio de Anna, Taffi se da la vuelta y camina hacia la puerta del pasadizo.

—Pues para no tener palabras ni trucos para convencer no se te da

nada mal. —La voz aterciopelada de Anna bloquea a Taffi—. Salvo Dionisio, nadie me ha dicho que estará a mi lado. Espero que esta parrafada que me has soltado haya sido honesta y no una exposición de buenas palabras superficiales bien revestidas pero ausentes de fondo. Sigamos. Me pongo en tus manos.

—No, Anna. No quiero que te pongas en mis manos. Quiero que lo hagamos juntos. Formamos un equipo. ¿De acuerdo?

Anna asiente con movimientos rápidos y cortos de cabeza acompañados de una sonrisa pueril.

Con un tirón seco, Taffi destapa la tela con forma de coche descubriendo un Mercedes-Benz clase G 500, un todoterreno moderno, lujoso, sin un rallón, que parece recién salido del concesionario, tan reluciente que los neones que cuelgan del techo trazan líneas blancas sobre el chasis negro y en cada uno de los radios de las pulidas llantas de aluminio se ve reflejado el cuerpo deformado y tocándose de Taffi y Anna. Taffi abre el coche, de un vistazo observa que la llave está apoyada en el salpicadero; se va a la parte trasera y abre el maletero dejando al descubierto una maleta de viaje con ruedas, de color discreto y de tamaño familiar que no duda en abrir. Está llena de trajes de Armani.

—Echa un vistazo en la guantera —dice Taffi.

—Nada extraordinario. Una linterna, la documentación del coche y los papeles del seguro.

—¿Y?

—Y nada más.

—¿Seguro?

—Seguro, he mirado por todas partes y no hay dobles fondos… Vale, vale, lo he pillado… Consultaré la documentación… No hay que suponer... —Al consultar los papeles no puede cerrar la boca—. ¡Está a nombre de mi padre!

—Correcto. Fíjate, esta cochera está más limpia que un quirófano. Este garaje no es de un vecino, era propiedad de tu padre y era un empleado quien trabajaba en él. He caído en la cuenta al abrir el maletero. Este coche y este garaje también son tuyos.

—Pues yo creía que solo le gustaban los Rolls.

Taffi se sienta en el puesto de conducción y pulsa el botón del contacto. El cuadro de instrumentos se llena de lucecitas de colorines.

—Estos coches modernos son sorprendentes. Tiene ordenador de a bordo… —Taffi corta la conversación y mira a Anna.

—…Y nos puede dar información sobre dónde iba mi padre.

Taffi sonríe.

—Aprendes rápido. Mira, kilómetros recorridos en el último viaje: setenta y dos, ¿qué puede haber a esa distancia?

—Preguntémosle al navegador del coche —dice Anna. Se sienta en el asiento del copiloto y se pone a toquetear los mandos—. Ahí lo tienes. En las búsquedas habituales. Mi padre iba al aeropuerto Adolfo Suárez.

Anna se queda inmóvil, agarrada por un pensamiento que ha llegado fugaz para no irse, por lo menos no antes de que la molestara.

—Para. No quiero continuar —dice Anna. Taffi la contempla desde la incomprensión—. Este es el escenario de alguien que tiene una amante. Con respecto a mi padre solo he tenido seguridad en una cosa, la devoción y fidelidad que tenía hacia mamá, aunque se fuera demasiado pronto. No quiero que la única certeza que tengo sea una mentira.

—Su amante se llama Mercedes —Anna enarca las cejas—, tiene una piel suave, es fácil de manejar y tiene cuatro ruedas, sin contar la de repuesto.

—Muy gracioso.

—No creo que fuera infiel. Para verse a escondidas con una mujer no necesitaba un túnel. Con haber dicho que se iba de viaje por trabajo le hubiera bastado para que Dionisio y tú le creyerais. Opino que el taller de magia y la biblioteca se encuentran en otra ciudad lejana a la que iba en avión. El cuarto en el que se encerraba es una tapadera. Como el telón del escenario que se corre para ocultar lo que ocurre detrás. Una forma de hacer creer que se quedaba trabajando en casa, mientras que, en realidad, estaba fuera.

—Cuando mi padre vivía deseaba conocerlo más, saber qué se le pasaba por la cabeza y que compartiera conmigo parte de su tiempo; con su muerte mi deseo no ha desaparecido, se ha multiplicado, pero ahora, buceando en su intimidad, me da miedo que me pueda encontrar.

—Ese miedo existe desde que el hombre es hombre, es el miedo a lo desconocido y, como todos los miedos, es absurdo y cabrón.

Anna mira al infinito, perdiéndose en la lejanía y suspira.

—Confiaré en ti. Otra vez. —Anna baja del coche y comienza a registrar todas las cajoneras y estanterías.

—¿Qué buscas?

—Algo que indique dónde podía ir: un billete de avión, un tique de aparcamiento…

—Entonces busca donde acaban todos los papeles, en la papelera.

Anna vuelca la papelera encima del banco de trabajo, convirtiéndolo en un mosaico de trocitos de papel entre cajetillas de tabaco arrugado que Anna, como si estuviera haciendo un puzle, va cogiendo uno a uno, los observa y los va apartando hasta juntar unos cuantos de ellos.

—¡Lo tengo! —exclama Anna.

—Pues venga. A qué esperas. Busca en el móvil los próximos vuelos a Roma.

Anna mira a Taffi con cara de interrogante.

—Pero si no te he dicho el destino, ahora me dirás que en tu repertorio de mago está la lectura de la mente.

—¡Ojalá!, me hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza y decepciones en mi vida. Pero es el destino que aparece escrito en la etiqueta del equipaje que hay en el maletero.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Porque te he visto muy concentrada y no quería molestarte. Ha sido bonito verte tan ilusionada.

Anna niega con la cabeza y se pone a toquetear la pantalla del móvil.

—Hay un vuelo mañana a las siete de la mañana. Quedan butacas libres. Las reservo.

—Pues en marcha.

Al abrirse la puerta automática del garaje, la ventisca azota el coche y a Taffi los pensamientos con la misma inclemencia. Localizar la biblioteca se está volviendo más complicado y extraño de lo que Taffi imaginaba. Aunque no había dicho nada, también le había sorprendido que el túnel acabara en un garaje, al igual que le extrañaba la relativa facilidad con la que fluían los indicios. El maestro era astuto, si hubiera querido proteger la biblioteca no habría dejado el historial de viaje en el navegador, la etiqueta en el equipaje y el billete de vuelo roto en la papelera. Había que ser muy torpe para no dar con alguna de las tres pistas. ¿Podría tratarse de una pista falsa?, ¿un farol?, ¿un engaño? Taffi no sabía qué esperar de esta búsqueda. Vaccaro, incluso después de muerto y como en sus trucos de magia, seguía jugando al despiste.

Anna, aunque cubierta de blanco, reconoce la calle por la que circulan, era aledaña a la de su casa. Siempre había pensado, y así lo parecía, que la cochera pertenecía a algún vecino. Jamás hubiera imaginado que tras esa sencilla puerta metálica se podría acceder a la

mansión por un túnel, ni que su padre tenía un todoterreno, ni que cada vez que parecía encerrarse en el despacho para recapacitar y preparar sus trucos, lo que estaba haciendo era marcharse lejos. Una estratagema como la de un chiquillo que se escapa de casa sin que los padres lo sepan.

Al todoterreno no parece afectarle el estado de la calzada, aunque la nieve se cuela entre el neumático y el asfalto, el vehículo está dotado con neumáticos especiales para el invierno, imparables ante cualquier condición. A sus mandos, Taffi experimenta esa sensación incómoda y extraña, la que se presenta al cambiar de coche, y siente con pena que el viejo Ford Escort está muy lejos de los últimos modelos, más cómodos y seguros. Él, al igual que el coche, ya se empezaba a quedar anticuado, y, con él, su espectáculo. La gloria no dura siempre, ni siquiera en los libros de historia, pero él ni siquiera ha sido capaz de saborearla.

Anna llama a Dionisio, ha pasado un buen rato desde que lo dejaron junto a Virginia al otro lado del túnel, y le explica, con todo tipo de detalles, cómo han descubierto el coche y qué se proponen hacer.

—Nos vamos a Roma. Cogemos el primer vuelo de la mañana.

Dionisio, perplejo, empieza a comprender que, si el maestro tuviera una lista de personas de las que fiarse, su nombre no aparecería en ella, y apostaría la vida que, en el caso que esa lista existiese, estaría en blanco.

—De acuerdo, muchacha, nosotros nos quedaremos aquí hasta que pase el peligro, no nos moveremos hasta que remita el temporal y se deje ver la Policía. —Cuelga el teléfono ante la mirada curiosa de Virginia demandando información—. No han encontrado la biblioteca. Van camino del aeropuerto. Cogerán un avión a Roma. Parece ser que el señor iba allí con mucha frecuencia, pero no saben por dónde seguir.

La cara de Virginia muestra alivio al escuchar las palabras del anciano.

—¡Uf!, estaba mogollón de preocupada. Vaya movida, ya creía que se los había tragado ese agujero, o que se habían encontrado al flipado.

—Anna nos irá diciendo por dónde están, solo tenemos que preocuparnos si no lo hace. Acomódate, es mejor que te relajes. Prepararé algo de comer. La ansiedad me da hambre.

—Te ayudo. Voy al baño a lavarme las manos.

La figura oscura espera sentada en el penúltimo escalón de la escalera rodeado de la oscuridad de la sala. El sonido que acompaña al humo del cigarro al salir por la boca desaparece bajo el pitido de un nuevo mensaje en el móvil que emerge desde el bolsillo de su abrigo indicando que Anna y Taffi van al aeropuerto. La sombra se pone en pie y estruja la colilla contra la pared.

13

A eso de las cuatro de la madrugada, en el aparcamiento de la terminal cuatro solo se mueve el viento, corriendo a sus anchas de un lado a otro, y el todoterreno, trepando por las rampas. El aeropuerto hiberna, tan solo permanece activo, y como impulso vital, el personal de limpieza, el de seguridad y los técnicos de mantenimiento.

Las baldosas reflejan con tonos azules las pantallas con más índice de audiencia de los aeropuertos, las que anuncian el horario, estado y puerta de los vuelos. De frente a una de ellas, Anna y Taffi, desparramados en un banco, esperan bebiendo, pero no saboreando, sendos cafés escupidos por una ruidosa máquina expendedora, que aun rebosantes de grandes dosis de azúcar no consiguen disimular el sabor agrio.

Anna sorbe del vaso de cartón con la mirada puesta en la nada.

—¿En qué piensas? —dice Taffi.

—No te vas a sorprender, en mi padre. Hace años, siendo adolescente, quería ser como él, dedicarme a la magia, al ilusionismo, al espectáculo. Le pedí que me dejara acompañarlo, quería aprender lo que él sabía. La respuesta fue un no tajante y sin posibilidad de réplica. Tenía planes claros para mí: estudio, estudio y estudio.

—Bueno, nos sucede a todos, a los magos y a los no magos. Quien nos mira solo ve la parte más bonita de nuestro oficio, el espectáculo y los aplausos, y no repara en la parte fea, las horas de trabajo y las desilusiones que hay detrás. Da igual la profesión que elijas, todas tienen algo de aburrido y en todas encuentras problemas y dificultades, no hay excepción. Solo una vez que te enfrentas a un oficio puedes hacer balance de las cosas positivas y negativas, de lo que cuesta y de su recompensa, y concluimos que las personas que más apreciamos no deben seguir nuestros pasos.

—Tú has elegido ser mago, ¿no?

—Sí, ilusionista.

—¿Y volverías a hacerlo?

—Sí. Pero no te aconsejo que te dediques al mundo del espectáculo, y menos a la magia. La creatividad está mal pagada y

solo trae penurias y problemas. Vaccaro ha hecho bien haciendo que estudies.

Ella lo mira extrañada.

—Lo que dices no tiene ni pies ni cabeza. Quizá los polvitos blancos que han caído en tu café no eran azúcar. Odio que te comportes como si fueras mi padre. Ya tendrás oportunidad de hacerlo con tu hijo… —La mano se le precipita a la boca al recordar las todavía frescas palabras de Virginia: «No se lo digas a Taffi». Se ha puesto en evidencia y no sabe dónde meterse. Taffi capta el gesto y suaviza la metedura de pata de la joven.

—No te preocupes, ya me ha dicho Dionisio que te lo había contado. Virginia es incapaz de tener la boca cerrada… Continúa.

—Yo lo tengo claro, si un día tuviera un hijo me gustaría que me dijera que quiere seguirme y que quiere aprender lo que me apasiona. ¿Por qué iba a negárselo?, llevamos la misma sangre, no es de extrañar que tuviéramos las mismas capacidades. Y, en vez de mandarlo a un internado, le tendría conmigo hasta que él quisiera estar.

La conversación estaba tomando una senda que Taffi advirtió como conflictiva, así que decidió cambiar de camino.

—¿Qué estudias?

—Historia Antigua. —Anna da un trago largo al café. Ahora es ella la que no quiere hablar eludiendo la pregunta con otra—. ¿Mi padre te enseñó trucos?

—Muy pocos, los más sencillos. Vaccaro protegía sus conocimientos. Me explicaba lo mínimo, lo suficiente para que ejecutara mi parte de la función tal y como él quería. Él nunca tuvo maestro, fue autodidacta y era listo; tenía un cerebro que si lo estudiara un neurólogo lo colocaría a la altura del cerebro de Albert Einstein, Mozart o Miguel Ángel; poseía un don, una mente envidiable, prodigiosa y creativa de la que fluían las ideas como fluye el vapor de una olla exprés en plena ebullición. Eso unido al tesón, la paciencia y las ganas de ser independiente lo llevaron a convertirse en lo que fue, un mago inigualable.

Taffi ha captado que se está ganando la confianza de la muchacha, es el momento de hablar de él y de su pasado, pero le hiere sacar a la luz recuerdos dolorosos que le han acompañado en momentos de soledad, de vacío y de silencios de reflexión. Mira a la muchacha, esa cara angelical y esa mirada tierna le da el impulso que necesita para trascender más allá de su propio ser el momento en que la relación

con Vaccaro cambió.

—Una vez me pilló husmeando entre sus cosas. No veas cómo se puso.

—Cuéntame —dice Anna apoyando la mano en la barbilla.

—Vaccaro era el señor perfecto; ensayaba los espectáculos una vez, y otra, y otra…, nunca quedaba satisfecho del resultado. Cualquier otro, entre los que me incluyo, después de haber realizado unos cuantos cambios, nos conformamos y nos decimos a nosotros mismos: «No cambies nada más, así está bien, es como lo quiero», pero él no. Incluso modificaba el espectáculo después de acabar una función, ninguna era igual que la anterior. Era fascinante, entre una y otra las iba desarrollando, corrigiendo y mejorando, y el resultado era maravilloso. Para él ningún truco era inmejorable y podía plantear variantes y variantes donde los demás no somos capaces de ver más allá. El cerebro se puede usar de muchas formas, a Vaccaro le sobraba ingenio y creatividad, pero le faltaba memoria, algo normal, o con tantas ideas apelotonadas en la cabeza podría estallarle. Usaba cuadernos en los que no paraba de escribir y escribir. Una tarde mientras Vaccaro ponía a punto el juego de luces…

—¿También se ocupaba de la iluminación? —interrumpe Anna.

—Claro. Los hombres que han nacido para el espectáculo controlan todo lo que pueda afectar a la función: la música, las luces, las tonalidades, las pausas; y, si me apuras, hasta la temperatura y el olor del local… La cuestión es que, estando Vaccaro entretenido, vi uno de los cuadernos reposando sobre una de las butacas de la primera fila del teatro. Era mi oportunidad y no la podía dejar escapar, me moría de curiosidad por ver ese cuaderno. Lo cogí y me fui a la zona de bastidores. Me escondí detrás de un gran baúl, el del truco en el que me metía y Vaccaro me hacía desaparecer, y abrí el cuaderno. Anna, ¡era sorprendente!, en ese cuaderno explicaba los trucos con todo tipo de detalles, anotaciones y bocetos. También los diseños con cotas y despiece de todos los aparatos y útiles que usaba en las funciones, las variantes que había estudiado y analizado. Y lo más increíble , trucos inéditos que todavía no habían llegado a ver la luz. Era un genio. No sé cuánto tiempo pude hojear ese libro, solo sé que dejé de hacerlo al notar presión en el cuello y sentir cómo me elevaba del suelo. No era un truco de levitación, era Vaccaro que me levantaba con la fuerza de un oso furioso. Solté el libro. El maestro lo cogió al vuelo y me dejó caer. Nunca he podido olvidar su cara cuando lo miré, acechándome con pupilas fijas y ojos incandescentes y me dijo: «Estás robándome

las ideas. Qué te has creído, *piccoletto* . Me traicionas a mí, a quien te ha rescatado del orfanato, a quien te ha dado una oportunidad. Estos libros serán tuyos cuando me muera, si no puedes esperar, márchate».

—Te pegó.

—No, y, con sinceridad, hubiera preferido haber recibido una paliza que me hubiera dejado postrado unos días en la cama y que se olvidara del asunto. Desde ese día, no hubo momento que pasáramos juntos que no me recordara que me metí donde no debía y que le había decepcionado. Me hizo sentir tan culpable que todavía me arrepiento de haberlo cogido.

Ella afirma con un leve movimiento de cabeza.

—Lo conozco, así era mi padre. ¿Y nunca más volviste a intentarlo?

—No. Me marché.

Después de unas cuentas idas y venidas de las máquinas fregadoras a lo largo y ancho del edificio, el aeropuerto comienza a despertar de la aletargada inactividad, los viajeros más madrugadores y los más ansiosos empiezan a discurrir, las tiendas y los bares levantan las rejas, y el personal de tripulación desfila luciendo los conjuntos de las compañías aéreas cual cotizados modelos paseando por la pasarela Cibeles.

Un hombre alto y enjuto ocupa un banco unos metros por detrás de Anna y Taffi, extiende un ejemplar del Marca y lo ojea con desgana y pereza, la única forma con que pueden ver unos ojos ojerosos y faltos de reposo. Como si se hubiera sentado sobre unas chinchetas, el hombre no deja de cruzar y descruzar las piernas de un lado a otro. Unas gotas de sudor se le forman en la frente, justo donde empieza a nacer el pelo, algunas le resbalan hasta las cejas. Un acto reflejo e incontrolable le hace levantarse y mirar alrededor hasta que capta el cartelito con las figuritas que indican los aseos. Se apresura a llegar al más cercano. Antes de entrar en una de las cabinas lo detiene la presencia de un hombre de abrigo marrón que se enjabona las manos en un lavabo. El hombre de abrigo marrón alza la cabeza y observa sobre el gran espejo de la pared al hombre alto y enjuto a través de su único ojo con mirada acerada y polifémica. Con la calma pausada, áspera, indiscutible e irritante de quien se encuentra ante un subordinado, termina de lavarse las manos, se pone un parche sobre el ojo inútil y se coloca unos guantes de cuero.

—Traigo un recado de Máximo —dice el Tuerto con voz inerte.

—¿No podía haber usado el teléfono?

—A veces, los recados es mejor darlos en persona. Sobre todo, cuando se quiere recalcar la importancia que tienen… Máximo no quiere que olvides la honorable misión que te ha encomendado. Hazte con el libro y deja de asustar a jovencitas en medio de la noche.

—La jovencita se ha puesto en contacto con el antiguo ayudante del mago. Debía evitar ese encuentro o la misión se complicaría.

—Lo que nos preocupa es que esa chica, sintiéndose perseguida, hable con la Policía, si le hicieran caso no habrá forma de recuperar el libro. Debes actuar con suma cautela, nuestra hermandad ha sobrevivido gracias a siglos en las sombras, donde Máximo quiere que permanezcamos.

—Solo pienso en la misión. Este es el camino para llegar hasta el libro. No hay otro, Vaccaro lo dejó bien protegido y la chica necesita de ese mago, Taffi, para descubrir la biblioteca.

—No me tomes por idiota, sé, como tú, quién es ese hombre y lo que representaba para Vaccaro y también para ti. Tus objetivos personales están dominando a los de la hermandad. Las órdenes de Máximo son indiscutibles, solo está por debajo de nuestro ser supremo, no es necesario que te lo explique. Tendrás que encontrar otra forma de apoderarte del libro. Recuerda el día de iniciación como soldado, tú elegiste serlo voluntariamente. Hiciste unos votos.

Al hombre alto y enjuto no le cuesta revivir aquel amanecer del solsticio de invierno en que todos los hermanos llamados a ser soldados de los Herederos de Mitra, tras una noche en vela encerrados individualmente en reducidas celdas excavadas en la roca a la luz desmayada de un solitario cirio, se reúnen ante el altar desde donde los observa su dios, Mitra, representado degollando el toro, la imagen más conocida de la deidad. Los soldados, despojados de sus ropas, se arrodillan pronunciando frases en latín mientras el ser superior en la Tierra, Máximo, oculto tras una máscara de seda morada sacrifica un toro con el cuchillo ancestral y recoge la sangre en un cuenco. Los soldados cierran los ojos para recibir, uno a uno, la unción de la sangre en el pecho directamente de las manos de Máximo transmitiéndoles la fuerza sagrada que los acompañará y guiará, mientras repiten los votos de obediencia a Máximo y de sacrificio hacia sus hermanos. Tras un corto silencio de reflexión, reciben de manos de las hermanas más jóvenes una túnica blanca y el cuchillo ritual con mango de marfil y su vaina también de marfil de cuerno de toro. Una vaina que ahora siente en el bolsillo de su abrigo.

El Tuerto se acerca y, con mano rápida y potente, le propina un

puñetazo en la boca del estómago.

—Y este es mi recado. Por haberme evitado en medio de la lluvia.

Con el duro impacto, el hombre alto y enjuto se dobla, pero enseguida se recompone, se pone derecho dejando escapar una cara tensa y rabiosa con ojos ardientes de furia.

El Tuerto, impertérrito, ni se inmuta, se limita a mantener la mirada por unos instantes.

—Soldado, recuerda uno de nuestros principios —dice rompiendo la inmutabilidad—. «Apoyad a los que nos apoyen, sentenciad a los que nos sentencien». —Se da la vuelta y desaparece por la puerta asesinado por la espalda con la mirada del hombre alto y enjuto.

Protegido por el pestillo de la puerta del baño, los músculos de la cara del hombre alto y enjuto, el soldado, se relajan al sentir que los pulmones se hinchan con el humo del cigarrillo negro que acaba de encender con un Zippo. El Tuerto, el hombre de confianza de Máximo, ha sido claro en las órdenes. Lo que el soldado no tiene tan claro es si las seguirá.

En el monitor de salidas, el número de vuelo a Roma parpadea indicando la puerta de embarque y la hora de partida. Anna se levanta del asiento.

—Vamos, hay que moverse, ¿a qué esperas? —dice Anna dándose la vuelta y abriendo los brazos.

Taffi advierte en ese gesto la imagen de Vaccaro. «Cuánto tenía de él y qué poco se le parecía», piensa. Se pone en pie, pero sin llegar a dar un paso se queda bloqueado y tenso. Un leve aroma a tabaco negro lo frena. Ese aroma que acompañaba a Vaccaro, capaz de llegar a cualquier sitio antes que él y de permanecer cuando ya se había ido. Se gira y examina el espacio que le circunda, un espacio casi vacío. «Habrá sido producto de la imaginación al recordarlo», piensa relajándose.

14

—¡¡¡Primera clase!!! —dice Taffi cuando Anna se deja caer en una de las butacas de las primeras filas del avión.

—¿Tienes algún problema?

—No, no. Claro.

Cuando el avión empieza a rodar, Taffi pega la frente a la ventanilla y no la despega mientras el aparato coge altura. En mitad del ascenso unas turbulencias sacuden el avión, y lo hacen con más ganas cuando el aparato penetra en un lecho de nubes blancas que oculta la ciudad a la luna. Superada la barrera vaporosa, las sacudidas desaparecen, el avión reduce la potencia y se estabiliza. En una distante cortina de nubes, Taffi contempla las descargas eléctricas iluminando fugazmente el cielo encendiéndole los recuerdos de las noches de tormenta en su lejana niñez, en las que se levantaba de la cama en medio de la negrura para admirar cómo los relámpagos trazaban árboles de luz en el firmamento y sentir sus truenos perezosos, un espectáculo de luz y sonido que le hipnotizaba, como a los lunáticos y a los lobos la luna llena; recuerda como se le ponía la piel de gallina las noches en que el cielo parecía haber entrado en guerra con la tierra y cómo la tormenta se acercaba y los relámpagos se hacían más luminosos y proyectaban imágenes en movimiento a la vez que los truenos retumbaban sobre los cristales de la ventana y sobre su cuerpo; y recuerda como cuando el estruendo cesaba oía el llanto reprimido de su compañero de habitación, un muchachito asustadizo al que le horrorizaba hasta las pequeñas cucarachas que campaban a sus anchas en el cuarto; y cómo se metía en la cama del compañero y este se aferraba a él, y cómo lo tranquilizaba hasta que se quedaba dormido. Los recuerdos se evaporan con la voz de una azafata.

—¿El caballero desea algo? Una manta, una copa, un refresco, algún periódico.

—Oh, no gracias, guapa —dice Taffi girándose.

—¿De verdad no quiere nada? —dice la azafata y le deleita con una sonrisa de dientes brillantes envuelta en labios carnosos que

captura la mirada de Taffi antes de que se ocupara en escanear la cara blanca que rodea esa boca, la de una joven de pelo rubio recogido en una coleta y con ojos esmeralda. La joven, bañada en Coco de Chanel, tiene esencia de frescor y dulzura—. También tenemos una excelente carta de vinos —insiste reclinándose sobre Taffi.

—No, de verdad. No me apetece nada.

—Estoy aquí para servirle, si me necesita pulse el botón encima del asiento y acudiré para lo que quiera. —La azafata le guiña un ojo y se aleja.

—Acudiré para lo que quiera… —repite Anna con retintín—. Solo le ha faltado decir que no lleva bragas para que lo tengas más fácil.

—Venga, Anna, solo quería caer simpática. En eso consiste el trabajo de una azafata, en servir y ser amable.

—Sí y justo ha pasado un mosquito que le ha picado en el párpado obligándola a guiñar el ojo.

—Puede ser que tenga un tic.

—Y ella quiere tu tac, no te fastidia —dice con voz de mosqueo.

—Olvídate de la azafata.

—Sí. Ya te acuerdas tú de ella por los dos.

—Tenemos cosas más interesantes de qué preocuparnos, como pensar dónde dirigirnos —dice cortante—. Sabemos que Vaccaro…

—Oye, perdona que te interrumpa, pero es que llevo toda la noche preguntándomelo. ¿Por qué siempre llamas a mi padre por su apellido?

—¿Y eso a qué viene ahora? Además, no es verdad.

—Sí lo es.

—No.

—Crees que refiriéndote a él por el apellido estás despreciándolo.

—Qué tonterías dices.

—Crees que no me he dado cuenta.

Taffi viaja en un barco sin gobierno y directo a un arrecife. En estos momentos es cuando echa de menos que el mentalismo sea tan solo un truco de magia o que no pudiera dormir a Anna con hipnosis y fin del problema, pero no, tiene que enfrentarse a ello. Ve peligrar la confianza de Anna y con ella las posibilidades de conseguir los cuadernos de Vaccaro, solo le queda el viejo truco de la sinceridad, con la que los apáticos creen que les da carta blanca para soltar críticas dañinas.

—Ya fui sincero contigo en el teatro, tu padre no me agrada, ni vivo ni muerto.

—Bien, has dicho *tu padre* . Estás mejorando. ¿Cómo le llamabas cuando estuviste con él?

—Yo… no me acuerdo.

—Y yo no me lo creo.

Taffi suspira. La muchacha quiere guerra y Taffi no quiere entrar en batalla, pero por lo que la conoce sabe que es mejor ceder a sus caprichos.

—Le llamaba maestro… Quieres cortar ya… o seguimos discutiendo toda la noche. —La cara de Taffi está roja y caliente como la lava de un volcán en erupción. Anna no puede aguantar la risa al apreciar ese rostro incandescente y lo hace cada vez con más fuerza.

—Claro que no, *piccoletto* —dice Anna, saltándosele las lágrimas. Taffi se pone aún más colorado. La risa de Anna es contagiosa y acaban los dos riendo. «Prueba superada», piensa Taffi aliviado.

Tras recuperar la respiración, Taffi continúa:

—Sigamos con lo que nos ha traído aquí. Vaccaro, quiero decir, el maestro venía a Roma, pero no sabemos el lugar exacto.

—Yo estoy como al principio de la noche, perdida.

—Tendremos que volver a tirar de los hilos de los recuerdos y de intentar ponernos en el lugar del maestro. Intentémoslo con las cosas nuevas que hemos aprendido. ¿Qué hemos descubierto sobre él?

—Que coleccionaba relojes. Que viajaba a Roma en secreto. Que me regaló un talismán…

Taffi hace chascar los dedos y la apunta con el índice.

—Y…

—¿Y qué…?

—Maldita sea. Cómo no habré caído antes. ¿De verdad no te parece curioso?

—¿Qué?, ¿que mi padre me haya hecho un regalo?

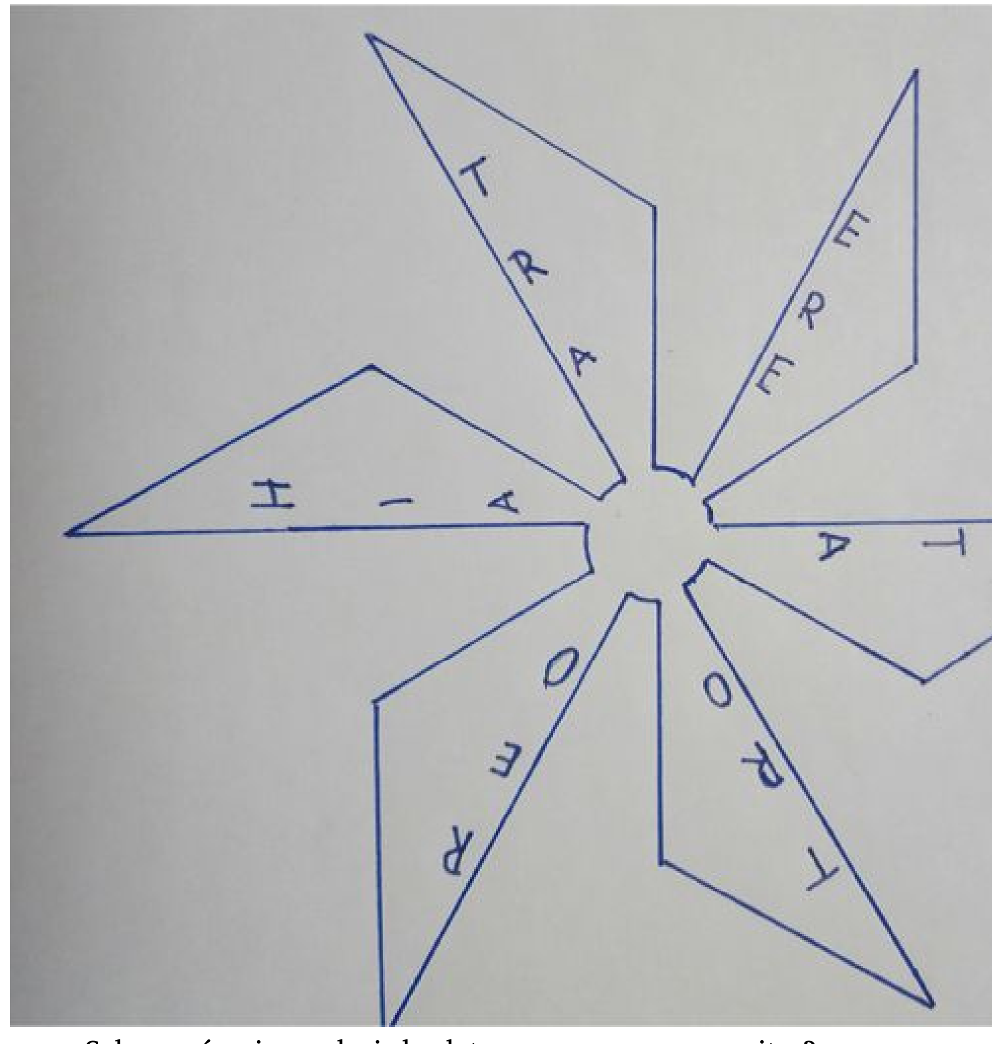
—Que hayas usado la palabra «talismán» y no amuleto. El maestro, uno de esos días raros en que hablaba algo más, me explicó la diferencia entre un amuleto y un talismán. Es una diferencia muy sutil: el amuleto es un objeto con propiedades mágicas inherentes en su naturaleza, mientras que el talismán recibe las propiedades mágicas por quien lo creó a través de una consagración.

—Bueno, fue mi padre quien me lo dio diciendo que era un talismán.

—Entonces, más a nuestro favor. Quizá el talismán nos lleve a la biblioteca.

Anna se remanga mostrando el brazalete de oro, lo desabrocha y lo

pone en la mano de Taffi que gira el cuerpo para que la luz incida en la joya y le permita estudiarla con detalle. El elemento principal es una estrella de seis puntas, también de oro, de unos cuatro centímetros de diámetro.



—¿Sabes qué quieren decir las letras que aparecen escritas?

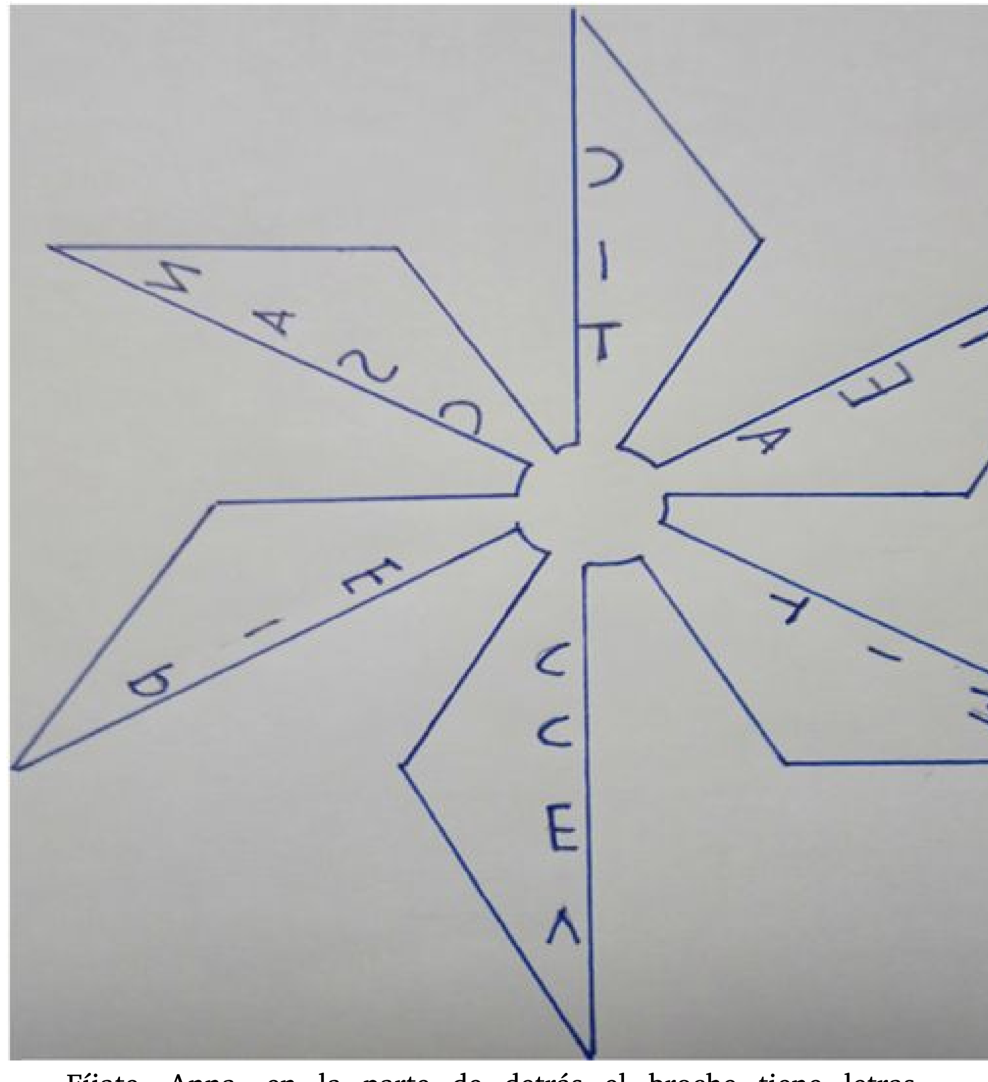
—No. Son letras sin sentido.

—No lo tienen para ti, ni para mí, ni para quien lo mire, pero sí lo pueden tener para quien lo ha diseñado.

—Lo diseñó mi padre, seguro.

—Quizá el broche sea otra pista.

Anna lo tira fuera.



—Fíjate, Anna, en la parte de detrás el broche tiene letras reconocibles y otras que parecen obra de un disléxico.

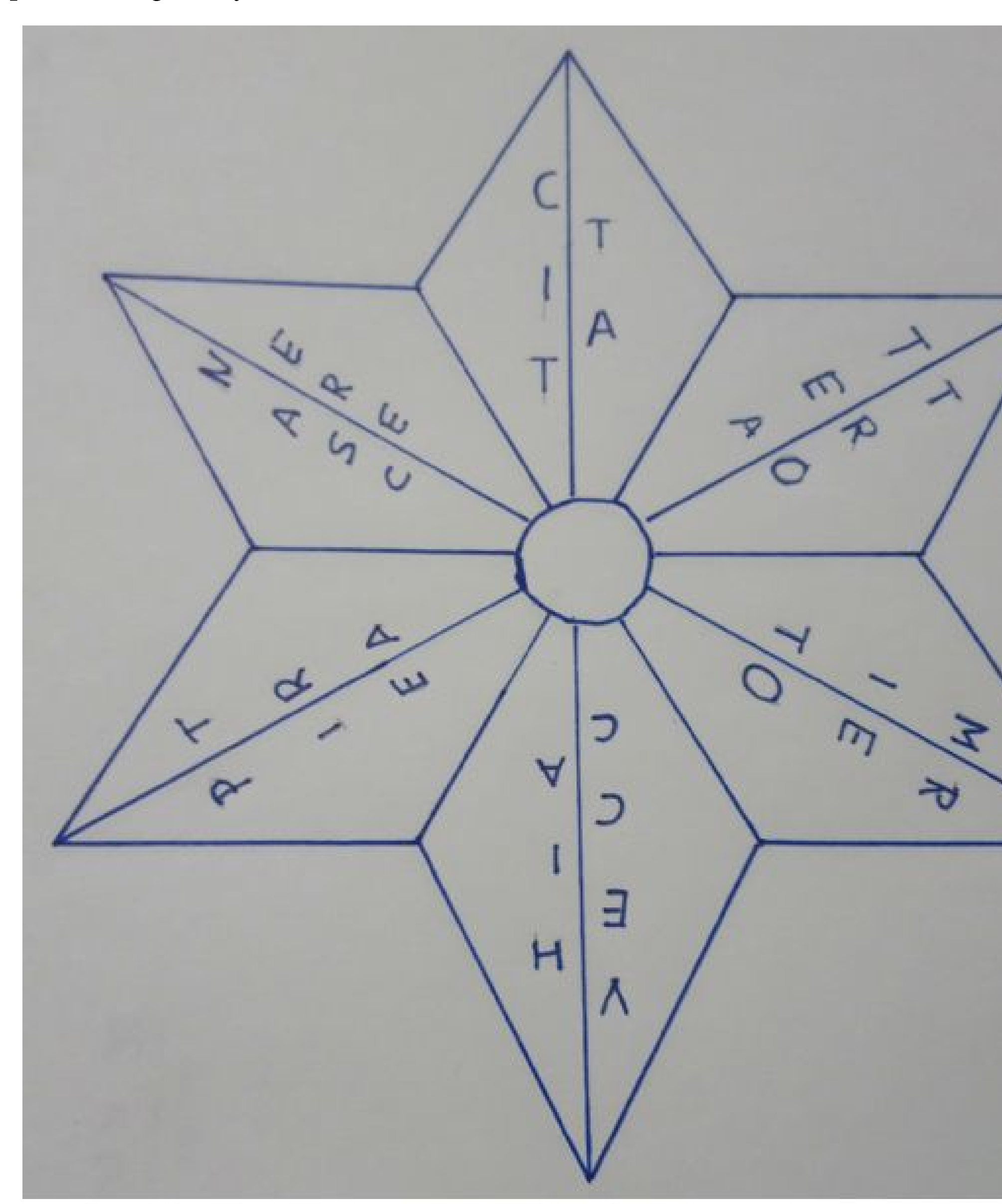
—Sí, como si estuvieran dadas la vuelta.

—Es fantástico, Anna. —Muestra la sonrisa de medio lado—. El maestro no ha dejado de mostrar un broche que esconde algún mensaje en su revés. Sin embargo, como nadie conoce la naturaleza mágica solo han visto un elemento decorativo o una seña de identidad, como podía serlo el bigote, el bastón y el sombrero de Charly Chaplin. Taffi pide papel y algo para escribir a una azafata que, compinchada con la rubia de ojos verdes, le delega el servicio a la compañera. La joven con ojos esmeralda y dientes brillantes trae una libreta y un boli con el logo de Iberia y se aleja entre sonrisitas cómplices. Taffi, sin mirar, se los pasa a Anna.

—¡Estará desesperada! En la libreta ha escrito su número de teléfono y su nombre, se llama Amalia.

—No te descentres, no es mi tipo. No soy un asaltacunas.

Taffi da la vuelta al broche y lo encaja en el brazalete. Va cambiando las posiciones hasta dar con una serie de letras que forman palabras legibles y con sentido.



—Escribe: *«cittá, teatro, pietra, mitreo, vecchia, nascere».*

—Italiano, la lengua materna de mis padres. La traducción es fácil:

ciudad, teatro, piedra, mitreo, vieja, nacer.

—¿Te dicen algo?

—En un principio, no, pero déjame pensar. Entiendo que estas palabras se tienen que referir a un lugar concreto. Un lugar en el que conviven: una ciudad, un teatro, una piedra, un mitreo, algo viejo y algo que nace.

—Correcto, Anna. Por cierto, ¿qué es un mitreo?

—Es un templo construido en honor al dios Mitra.

La breve explicación no aclara a Taffi de qué se trata.

—¿Y quién es ese Mitra?

—Mitra era un dios muy popular en la Antigüedad, sobre todo en Persia y en India. Era un dios solar. Su veneración llegó al mundo romano desde Oriente. Roma, como hizo con otras divinidades foráneas, lo adoptó en su panteón. Durante los tiempos del Imperio, Mitra tuvo muchos devotos, la gran mayoría militares, ya que se cree que fueron los mismos legionarios destinados a Oriente los responsables de su expansión. Incluso hubo emperadores protectores del mitraísmo. El culto a Mitra, materializado en rituales como el sacrificio del toro, bautismos con su sangre y banquetes ceremoniales, tenían lugar en el mitreo, solían ser cuevas naturales o adaptadas, o edificios que imitaban una cueva, tenían una zona para el sacrificio y otra para comer tumbados, como lo hacían los romanos. El mitraísmo, aunque siguió existiendo como tal, y ciertos cultos solares se sincretizaron en una nueva religión conocida como el *sol invictus* que fue religión oficial del Imperio romano con el emperador Aureliano en el siglo III. Desde el emperador Teodosio, que la declaró ilegal en el 391, fue prohibida y sobrevivió hasta el siglo V en algunas regiones de los Alpes.

—Entonces el mitraísmo era una religión.

—Sí. Se desarrolló como una religión mistérica y su organización se basaba en sociedades secretas, masculinas y de carácter iniciático y esotérico.

—¿¡Dónde has aprendido todo esto!?

—En la universidad. Nunca pensé que memorizar los libros de historia me servirían para algo más que para aprobar un examen. —Sonríe y mira a Taffi con gesto de complacencia.

—Aunque soy duro de entendederas, me queda más o menos claro lo que era un mitreo, y, aun sabiendo lo que es, no me dice nada, ni de ningún lugar de Italia ni de ninguna parte del mundo. Espero que a ti sí.

Anna se rasca la ceja.

—¡Creo que lo tengo! No vamos a tener que ir mucho más lejos. La ciudad es Roma y el lugar es la basílica de San Clemente. Tiene sentido. Todas las palabras están relacionadas: *cittá* porque Roma es la ciudad más conocida del antiguo Imperio, algunos hasta la llaman «la ciudad eterna»; *teatro* porque en ella está el teatro de Marcelo; *pietra* porque es el centro neurálgico de la cristiandad, donde Simón, el apóstol, al que se conoce como Pedro, derivado de Pietra, murió martirizado; *mitreo* por el templo que existe bajo la basílica de San Clemente; *vecchia* por las ruinas de la ciudad; y *nascere* , porque allí surgió el Imperio romano, el más importante del Viejo Mundo.

—Nadie podría haberlo hecho más rápido y mejor. —Taffi apoya el brazo en el hombro de Anna—. Vayamos a San Clemente.

El dong seguido del ruido de fondo que se produce al encender la megafonía interrumpe los elogios, que habían dado alas a Anna para elevarse a los altares, e, inmediatamente, le sigue una voz que dice tratarse del comandante del avión.

—Como máximo responsable de este vuelo y en consecuencia de su integridad es mi deber recordarles que está prohibido fumar. Es un delito grave que pone en peligro la seguridad de este avión. Si alguien conoce la identidad del sujeto que ha fumado comuníqueselo a la tripulación. Muchas gracias.

Anna para a la primera azafata que pasa para preguntar qué ha ocurrido.

—Alguien ha fumado en los baños —responde con amabilidad.

Taffi y Anna se miran el uno al otro.

—¿El fantasma? —dice Anna y traga saliva.

—No puede serlo. Estoy seguro —dice Taffi observando la nada—. Voy un momento al baño. Ha sido oír hablar de él para tener ganas de visitarlo.

A Taffi la lógica le lleva a creer que el supuesto fantasma no ha tenido forma de enterarse de la salida que conecta la mansión con el garaje, menos forma de perseguirlos y todavía menos forma de coger el mismo vuelo, sin embargo, decide fisgonear por el aparato, no sería la primera ocasión que la realidad se salta las reglas de la lógica. Desliza la cortina gris que separa las dos clases. Las cabezas de los pasajeros sobresalen por encima de los respaldos, acompañando el vaivén de los movimientos del avión. Solo unas pocas butacas quedan libres, si el falso fantasma está allí no se le puede escapar. Camina despacio entre las filas apreciando los pasajeros a un lado y a otro

buscando alguien sospechoso, un varón alto y enjuto, vestido de Armani y rodeado de olor a tabaco negro. Centra la atención en un hombre que se reclina hacia delante cuando Taffi se acerca, en esa postura el hombre oculta el rostro, un gesto que no parece fortuito. Taffi se para cerca y toquetea todos los bolsillos, como si buscara algo y se gira para dar la vuelta. Entonces choca de bruces con una mujer que camina delante de un niño con cara de agobio y las manos en la bragueta. La mujer mira a Taffi y tensa los párpados. Taffi, condicionado por esa mirada impenetrable, se aparta para dejar pasar, aprovechando la retirada para propinar un premeditado codazo al hombre reclinado que se hecha hacia atrás y le devuelve el golpe con mala gana.

—¡Oiga! ¡Tenga cuidado por dónde va!

—Lo siento… En los aviones me pongo muy nervioso —dice Taffi inspeccionando al hombre que parece rondar los setenta.

Taffi sigue al niño con la vejiga a punto de estallarle y su madre, y se queda guardando el turno para entrar en alguno de los dos baños. En la espera, una mano con dedos largos le palpa el hombro con la delicadeza de una pluma al caer.

—¿Necesita algo? —dice la azafata rubia con iris de esmeralda y dientes brillantes.

—No…, Amalia —dice perdiéndose en los ojos de pantera de la joven—. Me mareo en los aviones y paseando se me pasa.

—¿Tienes acrofobia…?

—Algo así…

—Ven conmigo, conozco un remedio infalible. —Agarra la mano de Taffi y lo arrastra al fondo del avión, al lugar reservado a la tripulación. La joven sirve un vaso de agua fresca y se lo ofrece. Taffi lo traga sin poder quitarle ojo a la rubia y se deja llevar.

—No me has dicho tu nombre.

—Taffi.

—Un nombre raro.

—Es mi apellido, pero todos me llaman así.

—Y qué haces en la vida, Taffi.

Taffi coge una cucharilla metálica del carrito y comienza a frotar entre los dedos índice y pulgar por la parte del mango más próxima a la cabeza, hasta que la cuchara se parte.

—Bravo. Cómo lo has hecho.

—Con las manos. Es un secreto de profesión.

—Bueno, pues ahora te toca prestar atención a mi truco, también

lo hago con las manos.

Amalia comienza a masajearle los hombros, con manos de experta en asuntos sensoriales a través del tacto.

—Taffi, ¿te sientes mejor?

—Sin duda, tu truco es más atrayente que el mío, pero debo irme… Mi sobrina me espera.

—¿¡Tan rápido!? Puedes relajarte aquí, conmigo, es mi momentito de descanso. No me dejes solita. —La joven desata el lazo de la coleta dejando caer una larga melena sobre los hombros y prepara sendos vasos con sendos hielos que moja con ginebra de una de las botellas de Tanqueray del cáterin.

—Eres muy atractiva; y joven. Te puedo asegurar que si me hubieras encontrado con diez años menos serías tú quien estaría suplicando que te dejara marchar. —Sorbe el culín de Tanqueray de un trago.

—¿Y no quieres recordar esos tiempos? Me intriga saber hasta dónde puedes llegar... —La mujer se abre un botón de la camisa, y luego otro, y otro, dejando a Taffi contemplar la refinada piel blanca y el bulto que los pechos reproducen dentro de un pequeño sujetador tan apretado que parecen querer escaparse hacia la libertad. Amalia agarra a Taffi por la cabeza y le da un beso de tornillo introduciéndole la lengua hasta la garganta. Taffi desliza una mano por el seno de la mujer dejando medio pezón rosado asomado por encima del sujetador y con la otra mano le agarra con fuerza la nalga pegando el cuerpo de la mujer al suyo. El deseo en forma de calor se extiende por el cuerpo de Taffi. Ese calor instintivo, loco e irresponsable que dice no pares, sigue, hasta el final. Sin embargo, es la joven la que se retira.

—Si quieres saber cómo continúa esto, llámame. En Roma estoy muy sola y el tiempo es eterno.

—Eres una diablesa con cara de ángel.

—Soy lo que tú quieras que sea.

Taffi le estampa un beso largo y, sin que la rubia se entere, coge la botella y vuelve al asiento sin haberse dado cuenta que, mientras jugaba a los médicos con la azafata, de una de las puertas de los baños había salido un hombre alto y enjuto, vestido con pantalón vaquero y camisa blanca envuelto en un repugnante olor a ceniza camuflado con litros de perfume.

Anna duerme. Han sido unas horas intensas y Taffi presiente que las siguientes no van a ser distintas. Se acomoda en la butaca, el paseo por el avión le ha tranquilizado, ni rastro del loco que se disfraza de

Vaccaro, espera que sea la huella amenazante que les ha dejado en la mente un ser tan peligroso, pero la esperanza no le tranquiliza. Quita el tapón de la botella y bebe a morro hasta acabarla antes de que pudiera calmarle el ansia de alcohol. Se recuesta de medio lado y cierra los ojos buscando un sueño reponedor. Los berridos de un bebé, irreducibles a pesar del esfuerzo de los brazos mecedores que lo sostienen, le arrebatan el sueño y no solo por el potente agudo de soprano que se le clava en los tímpanos, sino porque son capaces de atravesarle los oídos y recrearle en el cerebro la voz de Virginia durante el anuncio de su futura paternidad, desencadenando turbulencias de arrepentimiento por lo ocurrido en la cola del avión con la joven azafata que hacen tambalear su ego enorme.

15

El golpe del avión al tocar el suelo libera a Anna de un mal sueño en el que está envuelta en una agobiante sensación de naturaleza extraña y de movimiento sin dirección en el que cae en un agujero oscuro siendo atrapada por una multitud de sombras que habitan en el fondo, unos seres con contornos difusos, hasta que se metamorfosean adquiriendo el aspecto del cuerpo de su padre, pero sin rostro y con garras de lechuza en lugar de manos. La muchacha abre los párpados y, absorbida por la angustiosa desorientación de no saber dónde se encuentra, gira la cabeza de un lado a otro hasta encontrar, con vista borrosa, la figura de Taffi clavada en la ventanilla contemplando cómo fuera todo corre a toda velocidad y en sentido contrario al movimiento del avión.

—Me he quedado dormida.

—Es lo mejor que podías hacer. Yo no he podido pegar ojo. Me tendré que bañar en café si no quiero caer redondo.

Anna enciende el móvil a pesar de que el avión sigue en movimiento, no puede dejar pasar un segundo más sin saber cómo se encuentran Dionisio y Virginia; contarles dónde van y hacerles saber que ella ha sido quien ha descifrado las pistas encontrando el lugar al que se tienen que dirigir, San Clemente.

—Hija, no te preocupes por nosotros —dice el anciano con voz tranquilizadora—. Hemos salido del despacho. La Policía se presentó en cuanto el temporal remitió, hará un par de horas. Han inspeccionado la casa y el jardín palmo a palmo, dicen que el acosador estuvo aquí, que entró en casa, parece ser que, como Papa Noel, por la chimenea, y que llegó hasta la puerta del despacho, pero ya no está, ha debido huir al ver que no podía hacernos nada. Virginia se quedará conmigo hasta que volváis. La pobre está muy nerviosa y es mejor para los dos. Nos hacemos compañía.

Taffi, con los párpados agarrados con pinzas, va a los mandos de un BMW X5, un todocamino que Anna se empeñó en alquilar y que luego se negó a conducir argumentando que no le gusta, es lo que

tiene pertenecer a una familia con mayordomo, servidumbre y chófer. El coche, muy bonito y atrayente, no se adapta a las necesidades de Roma; una ciudad con tráfico saturado, pocos aparcamientos, algunas calles estrechas como pasadizos y otras sin salida. Taffi queda impactado por la cantidad de caballos bien alimentados encerrados en el capó y cómo se envalentonan en las salidas al igual que nerviosas furias salvajes. Baja la ventanilla, el aire se cuela abofeteándole la cara, haciéndole el favor de mantenerlo despierto. Un aire apetecible y agradable, al contraste con el frío y la nieve de la sierra de Guadarrama que han dejado atrás hace unas horas, un aire que se convierte en humeante y sucio cuando una furgoneta Volkswagen T1, de esas que aparecen en las películas de *hippies* , con más años que Taffi, les adelanta quemando gasóleo.

La basílica de San Clemente, cuyo nombre completo es basílica de San Clemente de Letrán, se encuentra muy cerca del Coliseo. Taffi se deja llevar por el navegador del coche. Con voz femenina, nasal y mediante sílabas cortantes, el dispositivo los dirige entre pinos, encinas y cipreses, por la ancha vía Cristoforo Colombo, que discurre entre parques y zonas verdes para luego tomar el Viale delle Terme di Caracalla. A la izquierda dejan las ruinas homónimas, una de las ruinas más conocidas por haber sido los baños públicos más lujosos de Roma durante el glorioso Imperio romano y ahora, quizá, por tratarse del conjunto arqueológico más extenso de la ciudad. Al llegar de frente al área de Circo Máximo, o más bien la explanada donde se ubicaba, la amable señorita del navegador le hace continuar por la empedrada vía de San Gregorio, igual de arbolada que las anteriores, casi cortando las ruinas del Palatino para acabar en el Arco de Constatino y el Coliseo. La carretera rodea el anfiteatro con sus ochenta puertas con forma de arco, y continúan por la vía Celio Vibenna para acabar en la vía de San Giovanni in Laterano, donde, por fortuna, encuentran un aparcamiento muy cercano a la basílica de San Clemente, en la misma calle donde se encuentra la entrada al edificio.

Taffi, italiano de nacimiento, pero español adoptado, queda impregnado de la belleza y variedad de la ciudad museo.

—Nunca imaginé que Roma fuera así de bella.

—Sí, es única y eso la hace ser especial. ¿No eras italiano? —dice Anna.

—Sí, del norte, de una ciudad en la provincia de Varesse, Gallarate, la ciudad más fea de Italia y, si me pones, de toda Europa.

Luego pasé la niñez en el orfanato, y cuando el maestro me adoptó fuimos a España. Es la primera vez que vuelvo a Italia desde entonces. Salvo mi madre y mi infancia, aquí no he perdido nada.

—La mayoría de los edificios patrimonio de la humanidad se encuentran en tu país y muchos de ellos forman el conjunto histórico de esta ciudad. —Anna distingue en la expresión de Taffi la de un niño que acaba de descubrir un mundo nuevo. Ese cuarentón todavía se sorprendía al descubrir lugares nuevos. «Quizá una vida poco viajera o solo dedicada al trabajo», piensa Anna, muy lejos de la austera realidad que acompaña la vida de Taffi.

—¿Tú habías estado antes? —dice Taffi.

—Sí, una vez, de viaje de estudios. Y me fascina igual que entonces, esta conjunción de ruinas, edificios que son obras de arte, restaurantes, museos, bares, fuentes. Es una ciudad sin orden, en la que se entremezcla el pasado, el presente y el futuro, y conviven como buenamente pueden. Una mezcla insoluble, como el agua y el aceite, pero con un resultado espectacular. Esta ciudad es la cuna de la cultura europea, de nuestra historia, de nuestras leyes, de nuestra arquitectura, no ha habido ciudad más influyente en Europa que esta.

—Una vez oí que la importancia que ha tenido un municipio en el pasado se puede medir por el número de iglesias que hay en él.

—Pues aquí también hay un montón —dice Anna—. Si te pone el tema eclesiástico te puedes aburrir.

—Por el momento, solo me pone la basílica de San Clemente.

—¿Qué tendremos que encontrar?

—La biblioteca seguro que no —dice Taffi—. Supongo que algún indicio que nos marque la dirección que nos lleve hasta ella. Se me ocurre un objeto con alguna inscripción, un papel oculto con indicaciones… Sea lo que sea va a ser difícil de encontrar.

—O no. Los mitreos se asemejan a cuevas y en ella no hay objetos que no sean imágenes en piedras labradas imposibles de transportar.

—Ahora lo comprobaremos. Vamos.

Unos cuantos metros detrás, de la ventanilla medio cerrada de un coche emanan bocanadas de humo. Entre el vapor gris y azulado unos ojos hinchados observan como Taffi y Anna cruzan la calle y se adentran en la basílica. La puerta del coche se abre y un cigarrillo apurado hasta la boquilla cae sobre la acera. El hombre que lo ha consumido sale pisando la colilla, no sin antes meter el paquete aplastado de cigarrillos y el Zippo en uno de los bolsillos del abrigo y esconder en el otro el cuchillo curvo con vaina de marfil de cuerno de

toro que siempre lleva consigo.

Taffi y Anna acceden al patio exterior de la basílica por un hermoso atrio medieval con porticado rectangular, uno de los mejores conservados de Roma. En el centro geométrico se alza una fuente pequeña y modesta en la que unos gorriones espantan la sed hasta que, al verse sorprendidos por las dos figuras, emprenden el vuelo para posarse al borde del tejado y esperar desde allí a que los intrusos se vayan. Atravesar el umbral de la estrecha puerta de la basílica es como entrar en un túnel del tiempo que transporta a quien lo sobrepasa a varias épocas pasadas. En el interior, la luz que entra por los ventanales se convierte en divina al tocar las piedras sagradas de mármol y granito que forman el edificio y rebota por los rincones.

Taffi y Anna se unen a un grupo de turistas que pretenden prestar atención a las explicaciones de un guía, un hombre que, con la voz más plana que la de un cura en la homilía cuando sin darse cuenta suelta un monólogo interiorizado y sin improvisación, satura de información a la audiencia y se empeña en derrochar saliva dando detalles del edificio como, por ejemplo: que parte de la iglesia, en especial el pavimento y la *schola cantorum* conservan aún un aspecto medieval; o que la basílica cuenta con añadidos barrocos de extrema y recatada belleza que recubren las paredes y techos, dando como resultado una curiosa mezcla de artes de épocas muy distintas; o que tiene tres niveles el edificio, dos por debajo de sus zapatos, y en el que se encuentran lo más destacable es el mosaico del ábside debido a la belleza y calidad técnica en la construcción.

Siguiendo con los ojos los disparos del dedo apuntador del guía, Anna se empapa de todas las explicaciones. Solo ella lo hace, a Taffi le resbala lo que el guía vomita y vaga por el recinto con las manos agarradas por la espalda estudiando las salas y los accesos del edificio hasta que su vista se topa con las escaleras que descienden al siguiente nivel. Vuelve al lado de Anna.

—Seguro que es muy interesante lo que dice —susurra Taffi—, pero debemos centrarnos en lo que hemos venido a hacer. ¿El mitreo está abajo?

—En el último nivel.

—Separémonos del grupo y descendamos. No sabemos lo que tenemos que buscar ni el tiempo que necesitamos. Es mejor que no haya mirones.

Taffi arrastra del brazo a Anna en el momento en que el guía se da la vuelta para señalar las figuras que acompañan a la de un

pantocrátor. Se esconden detrás de una gran columna de la nave lateral. La escalera está a pocos metros y en otro descuido del guía se deslizan hasta ella sin ser vistos. Anna lo sigue con cara de pocos amigos, no ve necesaria esa rapidez por lanzarse al mitreo perdiéndose la oportunidad de aprender algo más sobre la basílica. Para Taffi la prisa está justificada, es el efecto provocado por el desconcertante personaje que fumó en el avión. «Cuesta creerlo», piensa, sin embargo, nadie mejor que él y los de su profesión saben que no verlo no significa que no esté. Si el fumador del avión es el fantasma, lo único que puede salvarlos es la ventaja, no pueden perder el tiempo entre sermones de arte. Taffi no había transmitido a Anna la preocupación que le rondaba el pensamiento, ni lo iba a hacer, no quería asustarla, además, decírselo no facilitaría la situación, al contrario, metería más presión a la joven.

La basílica del nivel inferior, fría, húmeda y oscura, se presenta más austera que la superior, ocho siglos de separación en su construcción dan para mucho. Además, los pilares construidos para soportar el peso de la planta superior rompen el aspecto original de la construcción más arcaica. En algunos muros Anna distingue, sin detenerse en detalles, los frescos medievales que relatan la vida de san Clemente, quien fuera el papa Clemente I, el tercero en la lista papal, el cuarto si se cuenta al apóstol san Pedro. El paso fulgurante por la planta los lleva a una escalera de piedra desgastada, la que desciende a la planta más profunda.

El tiempo no ha pasado en el mitreo. La caverna es un frigorífico: estrecho, helado y húmedo; un recinto inmerso en la profunda roca del que ni siquiera los espíritus podrían escapar. En el altar central, en forma de columna, los recibe la imagen de un joven Mitra degollando al toro bajo un techo estelado y cósmico. En el mismo altar, Cautes y Cautópates, símbolos del alba y del ocaso del sol, sostienen sendas antorchas. Encima del altar, en el techo, se abre una cavidad por la que penetra luz verdeazulada, la única iluminación no artificial, tan escasa que parece no querer entrar. Taffi, con la piel de gallina y la cara desencajada contempla el recinto, fijándose con especial atención en los triclinios de piedra a los lados del altar y el nicho con una estatua de Mitra en el fondo de la gruta.

—Es un lugar para adorar al mismísimo Belcebú.

—Todo lo contrario —dice Anna—, el mitraísmo tiene pocas pero algunas similitudes con la religión cristiana, como la celebración del natalicio del sol el veinticinco de diciembre, la santificación del

domingo como el día del sol… ¿Y ahora qué?

—Busquemos alguna inscripción en las paredes, o el suelo…, o algún objeto tras las columnas o en los recovecos de las rocas.

Cada uno por su lado, van escrutando todos los rincones, si con la vista no pueden lo hacen con los dedos, palpando las frías piedras, buscando la revelación de algún secreto. Después de acabar con el altar, siguen con el nicho y después con la estatua. Luego continúan por los triclinios, techos, paredes sin tampoco encontrar nada. A la desesperada se ponen a cuatro patas y palpan el gélido suelo con las manos.

De repente, Taffi se alza, se coloca el dedo índice delante de la boca y con la otra mano pide a Anna que se quede quieta. Entonces perciben con claridad el sonido de unos pasos acompañados de multitud de reverberaciones. Taffi se aproxima a la cavidad del techo, imposible usarla como vía de escape, no hay salida, están enjaulados. Rápido y con sigilo se desliza hasta la entrada y pega la espalda contra la pared, dejando el acceso del mitreo a su izquierda. Anna hace lo mismo al lado de él. Los pasos provienen del nivel inmediatamente superior y son irregulares, parecen correr y pararse.

—¿Es el fantasma? —pregunta Anna.

Taffi afirma con un único y leve movimiento de cabeza. Anna, enrabietada, le propina un golpetazo en el hombro.

—¿No me habías dicho que no nos seguía? —dice la muchacha.

—No es momento para explicaciones…

Los pasos se sienten más cerca a la vez que más sigilosos, la sombra se acerca al mitreo.

Taffi alza la mano y cierra el puño. Una sombra se detiene al otro lado del umbral de la caverna.

La tensión en las situaciones extremas hace que la adrenalina sea capaz de distribuirse en un visto y no visto. Taffi se encuentra en una de ellas, nota como los sentidos se vuelven más sensibles y reactivos, como la sangre de las venas se acelera y como los músculos se tensan para entrar en acción. Reconoce los síntomas de un estado de alerta y sabe cómo contenerlos para usarlos de manera propicia.

La sombra da un paso sigiloso, luego otro, y otro… La silueta de aquel hombre se materializa de perfil y con traje oscuro. Taffi reconoce la divisa del guarda de seguridad y baja el puño agradeciendo haber retenido el impulso de arrear un mamporro y haber esperado hasta poder descubrir quién era. Aunque no fuera el falso Vaccaro tenían problemas con esa aparición, y si llega a írsele la

mano ahora tendrían muchos más. El hombre, al entrever la figura de Taffi cerca, muy cerca de él, salta hacia atrás y echa la mano a la cintura colocándola sobre la pistolera.

—¿Qué hacen aquí? Las visitas al mitreo deben hacerse con guía.

—Perdón, perdón y mil veces perdón. He sido yo la culpable —responde Anna sin demora—. Creía que las escaleras conducían al baño.

El guarda, sin moverse del sitio, inspecciona de un vistazo la cueva, lo justo para percatarse de que no falta nada y que no ha habido ningún acto vandálico ni grafitero. Entonces relaja la postura y deja de tocar el arma.

—¿De dónde han sacado esa idea? —dice el guarda—. Aquí no hay baños… Extranjeros, ¿no?

—Españoles —dice Anna—. Entonces, si nos disculpa, nos vamos. Mi marido y yo estamos esperando un bebé y ya sabe lo que se dice del pipí y de las embarazadas.

El guarda contempla a la pareja tan atípica con cara dubitativa.

—Haga caso —dice Taffi al guarda en voz baja—. La última vez se lo hizo encima, y no vea la vergüenza que pasó la pobre.

Taffi pone un brazo en jarras. Anna se agarra a él y abandonan el lugar seguidos por el guarda.

—¿Marido?, ¿embarazada? —susurra Taffi.

—No se me ocurría otra cosa —dice ella sonriendo—. Ha resultado, ¿no?, eso es lo que importa. Hacemos buena pareja, ¿no crees?

El guarda les sigue hasta la puerta y al advertir que salen de la basílica se despreocupa del asunto.

En el atrio, cerca de la fuente, Anna se para y se da la vuelta. El guarda ha desaparecido. Taffi se detiene junto a ella.

—¿Has encontrado algo? —dice Anna.

—Además de polvo y un envoltorio de chicle, nada, allí no hay pistas.

Detrás de una columna lateral, una de las más próximas a la salida de la calle, escucha, sin ser visto, la figura del soldado.

—Tiene que haberlas —dice la muchacha—, los indicios nos han traído hasta aquí.

—No te engañes, Anna. Allí no hay muebles, ni útiles, ni agujeros donde ocultar pistas. La única forma de comunicarse es escribiendo en la pared y ya has comprobado lo difícil que es acceder a la caverna sin que te caiga el cuerpo de seguridad encima y más aún dejar un rastro

sin que nadie lo elimine. No es el lugar. Nos hemos equivocado.

—¡Eso es imposible! Esperemos. Entraremos otra vez cuando el guarda se vaya.

—Es una pérdida de tiempo —dice Taffi—. Yo me voy al coche.

—Te digo que hay que volver a intentarlo —dice Anna desesperada —. ¡Fuiste tú quien me dijiste que no hay que tirar la toalla!

—Sí, y sigo diciéndolo. Errar y pararse a pensar no quiere decir que la vayamos a tirar.

—Recuerda que estás aquí para ayudarme —espeta Anna.

—Y eso es lo que estoy haciendo. ¡Aunque no me guste!

Taffi se da la vuelta y sale a la calle dejando a Anna sola y sin palabras, ha sido directo y sincero, y esa sinceridad ha dejado trastocada a Anna que observa con la boca abierta cómo Taffi se aleja.

El soldado se relame de gozo detrás de la columna al ver pasar a Taffi, saca el cuchillo del bolsillo, y lo desenvaina con la delicadeza de la mano de un cirujano y lo aprieta con la fuerza del brazo de un matarife. Anna se aproxima a la salida. Una ráfaga de viento barre el atrio y arrastra un olor a tabaco. Un olor que alcanza la nariz de Anna y le despierta el recuerdo de su padre. A Anna le saltan las señales de amenaza inminente. El estado de alarma que acaba de declararse en su cabeza le corta la respiración y la deja paralizada, a excepción del corazón que se pone a mil. «Pasa, rápido», le dice la mente, «sal de aquí»; «no, quédate quieta», le dice un instante después; «no, refúgiate en la iglesia», rectifica luego, «allí estarás segura». El soldado escucha el silencio de la parálisis momentánea de su víctima, se pregunta qué puede provocarlo y se pega aún más contra la columna, buscando que ni una parte del cuerpo se quede a la vista de la muchacha. El silencio desaparece entre los murmullos de un grupo de turistas que sale de la basílica. Anna aprovecha la compañía para salir a la calle envuelta entre el gentío. La sombra se muerde los dientes, envaina el cuchillo y lo guarda en el bolsillo.

Anna acelera el paso dando rápidas zancadas cortas y entra en el coche sin atreverse a volver la vista. Taffi la espera con el motor en marcha.

—Siento haber contestado así. Te pido disculpas —dice Taffi nada más tomar asiento Anna.

—No soy rencorosa —dice mientras saca una píldora verde del bote y la engulle de un trago seco—, pero déjame que te dé un consejo. Si pensaras las cosas antes de decirlas, no tendrías que pedir disculpas. Es un truco que usa la gente educada.

Taffi agacha la cabeza.

—Esas píldoras verdes no te hacen nada de bien.

—Ya lo sé —dice la muchacha—. Las dejaré cuando me vea capaz y sienta que ya no las necesito.

—Cuidado con lo que dices. La mala vida es más atrayente que la saludable.

—Lo dices por experiencia, ¿no?

El soldado observa como el coche le pasa delante y desaparece por la esquina contigua. Suelta un puñetazo a la pared, luego una patada y se aleja de allí encendiendo un cigarrillo de tabaco negro.

16

—¿Y ahora qué? —dice Anna con voz alicaída.

—Descansaremos y nos recuperaremos. Dejemos que las ideas fluyan y la corriente nos arrastre a la biblioteca.

—¿Y si no fluyen?

—Entonces cogeremos una barca y remaremos a favor de la corriente —dice Taffi—. Pero eso no ocurrirá. No debes preocuparte. Estamos bloqueados, es verdad, pero esto solo nos retrasará en alcanzar el objetivo. El maestro se las habrá ingeniado para encauzarnos hacia la solución, no dudes de ello, quiere que llegues a la biblioteca, lo que no quiere es que otros lo hagan. Seguro que se lo has oído a tu padre: «Un mago es un gran cuentista…». —Se calla esperando que Anna continúe la frase, pero en su lugar recibe una subida de hombros de la muchacha—. ¿No sabes cómo sigue?

—No. Pero yo también sé otra, a ver si sabes cómo acaba: «Se coge antes a un mentiroso…». —Le clava una mirada de juez insobornable.

—¿Te refieres a por qué no te he dicho que quien fumó en el avión podía ser el fantasma?

—Ahora te harás pasar por tonto y todo.

—Anna, por Dios, claro que no, ¿qué hubiera ganado preocupándote?

—¡Qué manía os ha entrado a todos de protegerme como si fuera un bebé! Soy una mujer, y quiero que así me veas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No volveré a ocultarte nada relacionado con ese loco.

Anna suspira.

—Reservaré un hotel —dice toqueteando el móvil, luego introduce la dirección en el navegador del coche, la del hotel de cinco estrellas más cercano que mostraba Internet.

Nada más entrar en la habitación embadurnada con aroma a madera de sándalo, Anna descorre unas cortinas de seda blanca y con motivos florales que esconden un balcón con vistas al Coliseo dejando que la escasa luz de un día nublado entre sin impedimentos en el

cuarto. La habitación, más espaciosa que la casa de Taffi, es lujosa y extravagante, con frescos en las paredes que representan ángeles, querubines y serafines tocando instrumentos de viento entre desnudas mujeres con caderas y cuerpos anchos y hermosos. La mesa, las sillas, la mesilla, todos los muebles en el pasado formaron parte de nogales y cerezos y fueron fabricados por mañosos y originales ebanistas. Taffi contempla el reflejo de su rostro, ojeroso y pálido como un cadáver, en un espejo con marco blanco y elaboradas tallas de madera realizadas a mano que cuelga de una de las paredes entre dos columnas de mármol rosado que sostienen, respectivamente, un busto de Julio César y otro de Augusto. Al ver tal figura de adefesio se dirige al baño a lavarse la cara, descubriendo que no es menos lujoso que la habitación; está construido con mármoles travertinos persas y una gran bañera, del mismo material, que Anna no espera un segundo en probar.

Taffi, sin corbata y con la camisa abierta, se tumba en la cama con los ojos cerrados, queriendo que la oscuridad le propicie la tranquilidad necesaria para recibir el sueño, pero la mente caprichosa y egoísta no quiere, no deja de susurrarle las palabras que el broche y el brazalete habían formado al unirse y que se repetían una y otra vez como el estribillo pegadizo de las canciones de verano: *cittá,* teatro*, pietra,* mitreo*, vecchia, nascere.* El razonamiento de Anna es correcto, las palabras guardaban una relación, pero el lugar es equivocado.

—Toc, toc, toc. Servicio de habitaciones. —Escucha Taffi al otro lado de la puerta.

Al ver a Taffi aparecer tras la puerta, la joven que ha entonado la habitual llamada del personal de los hoteles, una chica de muy buen ver, lanza una sonrisa fluorada que ya nunca desaparecerá. Es una de las dependientas de la refinada *boutique* de firma italiana del vestíbulo del hotel cuyo escaparate atrajo a Anna como al metal un imán. La joven hace un sutil gesto de reverencia sin quitar las manos, de dedos largos y uñas perfectas, del perchero con ruedas repleto de prendas de la talla de Anna que empuja dentro de la habitación.

Taffi golpea con los nudillos la puerta del baño. Anna no contesta. Taffi vuelve a llamar algo más fuerte y Anna sigue sin contestar. Taffi la llama por su nombre, dos veces y alzando la voz, y no hay respuesta. Taffi abre la puerta. El cuerpo desnudo y terso de Anna saliendo de la bañera dejando un rastro de agua en el suelo le deja hipnotizado. Anna muestra sus intimidades sin vergüenza ni disimulo, y recibe, con asombrosa y exaltante tranquilidad, la mirada de Taffi

que recorre su cuerpo sin dejar escapar un detalle. Taffi siente el cúmulo de tensión que precede a la excitación, una reacción que intenta reprimir por la presencia de la dependienta.

—Anna —pronuncia tras tragar saliva.

—Sí, aquí estoy —responde con voz sumisa.

—El servicio de habitaciones está aquí, han traído la ropa que has pedido —dice obligando a que la vista se dirija a los ojos brillantes de la muchacha.

—Ah. Vale. Ahora mismo salgo.

Taffi cierra la puerta y, al girarse, repara en que la dependienta ha distribuido sobre la cama lencería roja y blanca con encajes, el mago da un profundo resoplido, saca la corbata y la chaqueta del armario y sale de la habitación colocándose las prendas sin dejar de caminar, en busca de una copa que le ahogue el calentón, o quizá una botella…, un fuego no se sofoca con un vaso de agua.

Poca clientela, piensa Taffi al entrar en el bar del hotel ambientado con música *lounge* que versiona éxitos de los años ochenta; luces con tonalidades azules, verdes y violetas, y aroma a *cappuccino y limoncello* . De un vistazo examina a los presentes: un matrimonio de cincuentones con dos hijos adolescentes sentados en una de las mesas en torno al silencio de quienes no tienen nada que decirse; una mujer en la barra con un móvil, más grande que su moflete, pegado a la oreja; un hombre sentado en un sillón, con la cara oculta tras el *Corriere della Sera* ; y el camarero, un joven de piel morena, con pelo engominado y brillante y sonrisa seductora, con presencia impecable de chico de pasarela, desbordando ganas de llenar la copa, y lo que haga falta llenar para satisfacer con encantos fingidos a mujeres adineradas que no quieran pasar sed y, por supuesto, dispongan de dinero rápido y en billetes, a ser posible naranjas, aunque no hace asco a los de otros colores.

Taffi pasa al lado del solitario lector de periódico, el único que merece ser olfateado para borrarlo de la lista de posible fantasma. El hombre exhala una fragancia exquisita, de esas que venden en recipientes pequeños y cuyo precio en la etiqueta acaba en noventa y nueve detrás de una coma, pero llevan otras tres cifras delante. Ese hombre no fuma, y si lo hace es tabaco con olor a perfume, no cigarrillos baratos de tabaco negro. Taffi se sienta en un taburete al lado de la barra, en un lugar estratégico desde el que puede observar el vestíbulo y los aseos. Pide un Beefeater con hielos que el camarero sirve sin gracia, pues esta solo la tiene reservada para la clientela

femenina, y sin urgencias, no vaya a ser que se despeine. Con las prisas, Taffi duda haber cogido la cartera, al palpar los bolsillos buscándola nota el libro que había cogido en el despacho del maestro. Lo saca y comienza a leerlo. El prólogo indica que el libro trata de los números mágicos de Tesla, y explica como el científico, ingeniero e inventor estaba obsesionado con los números tres, seis y nueve, dedicando parte de su vida a su estudio y llegando a una serie de conclusiones mágicas.

El móvil de Anna suena y la joven empleada, muy atenta y servicial, se lo acerca mientras Anna contempla reflejado en un gran espejo incorporado al carrito cómo le queda el tanga blanco y el sujetador. Anna responde, al otro lado se encuentra Dionisio.

—…¿Te puedes creer que nos habíamos equivocado con las pistas?… Estamos muy cansados, vamos a reponernos en un hotel cerca del Coliseo. No recuerdo su nombre. —La empleada se señala el nombre del hotel escrito en la placa identificativa que luce en la solapa y Anna se lo canta al anciano. Cuando ha acabado de ponerle al día, Anna devuelve el teléfono a la dependienta que lo deja donde lo ha cogido.

—Ese conjunto le sienta muy bien. Y a su marido le gusta. He visto como se quedaba observándolo antes de que saliera. La debe querer mucho para comprarle toda esta ropa.

—No es mi marido.

—Perdóneme, señorita, es que me parecía muy joven para ser su padre.

—Es mi novio.

—Pues no le deje escapar, además de sexi parece un hombre muy interesante. —Suelta una sonrisita pillina.

—Lo es, ya te digo que lo es…

Taffi pide otro vaso, el primero le ha sabido a poco. El libro le ha hechizado con sus curiosas explicaciones, y cautivo de sus hojas no permite que vea más allá, ni siquiera a la mujer de la barra que se ha conseguido desenganchar del móvil y lo contempla como si no existiera nadie ni nada más en esa sala. El autor del libro atribuía a Nikola Tesla la siguiente frase: «Si supieras la magnificencia de los números tres, seis y nueve, tendrías una llave del universo». Esa frase era el eje de rotación sobre el que giraba el libro y explicaba razonamientos del inventor serbocroata, unas conclusiones que, en ocasiones, eran difíciles de discernir entre leyes de la naturaleza o

simples curiosidades matemáticas como por ejemplo que: si a un número entre el cero y el nueve se le suma nueve y después se suman las cifras resultantes siempre da el número inicial, por lo que, concluye, que el nueve es un número que genera un nuevo ciclo; o que, desde el punto de vista del tiempo, es un número mágico porque, si se suman las cifras del resultado del número de minutos que tiene un día —un día tiene 1440 minutos—, el resultado es nueve, además si se suman el número de segundos que tiene un día —un día tiene 86400 segundos— de nuevo la cifra resultante también suman nueve; y lo mismo sucede con los minutos que tiene un año —un año tiene 525600 minutos—; o que si se cuenta la serie de Fibonacci —1, 1, 2, (3), 5, 8, 13, (21), 34, 55, 89, (144), 233, 377, 610, (987), 1597, 2584, 4181, (6765),… — de tres en tres y se suman los dígitos del cuarto número, aparece la siguiente secuencia 339669 que se repite hasta el infinito.

Vaccaro, el maestro, había subrayado con lápiz algunos párrafos del libro y escrito notas a los lados sobre esta última afirmación. Taffi da un trago a la ginebra y dice en voz baja: «Tres, tres, nueve, seis, seis, nueve». ¿Qué podría significar esa secuencia de números al difunto maestro?

La mujer sentada al otro extremo de la barra no deja de observar a Taffi a través de ojos con curiosa sorpresa, coge el vaso medio lleno de un líquido rojo, se levanta, mete tripa, alza los senos y reduce el espacio que le separa del mago dejándolo a tan solo un palmo.

—Taffi, Taffi, Taffi este es el lugar más inesperado en el que puedo imaginar encontrarte.

Taffi despega los ojos del libro.

—¡Raquel!

17

El soldado, el hombre alto y enjuto vestido de Armani bajo un abrigo negro, apura un cigarrillo mientras contempla una extraña embarcación amarrada a la orilla del Tíber, la nave tiene toda la cubierta ocupada con mesas y sillas, y hasta hay lo que parece una pequeña cabaña. Se pregunta qué narices es ese engendro, hasta que repara que más que un barco es un restaurante flotante, luego con la mirada recorre el río de aguas verdeazuladas con reflejos grises de los pétreos muros marginales hasta que choca con pequeños remolinos que se forman bajo las arcadas del puente Sant' Angelo, sube por los pilares y ve la multitud que deambula sin prestar atención a las estatuas imponentes de los ángeles que lo guardan. Al otro lado, el mausoleo de Adriano, rebautizado como Castillo Sant' Angelo, se alza sosteniendo una gran bandera roja, verde y blanca que ondea batida por un viento suave. El hombre tira el cigarrillo al suelo entre las raíces de uno de los árboles con hoja seca que hacen guardia a los flancos del *lungotevere* formando un callejón de ramas, se abrocha el abrigo, se mete las manos en los bolsillos y se vuelve hacia el coche, aparcado tan solo unos metros más allá. No puede alejarse de él, los planes se han torcido. Ha tenido a la chica a tan solo unos palmos de distancia y si no se hubiera interpuesto ese grupo de turistas ahora la situación sería distinta, tendría a Taffi agarrado por los huevos. Estaba como hace unas horas en la puerta del despacho de Vaccaro, esperando la llamada del informador para dar el próximo paso. Siente un cosquilleo en la mano cuando el móvil comienza a vibrar dentro del bolsillo del abrigo y tuerce la boca al comprobar que es un mensaje con la dirección del hotel en el que Taffi y Anna se hospedan.

—*C iao* . —Le interrumpe el paso una muchacha con pelo negro y brillante que carga una mochila a la espalda y masca chicle sin dar descanso a su mandíbula perfecta—. ¿Me podrías dar un cigarro?

—No tengo —dice con voz rancia y evitando mirarla.

—¡Venga ya, tío! Si te he visto fumar desde lejos. Di que no me lo quieres dar y punto.

El hombre alto y enjuto vestido de Armani bajo un abrigo negro

deja aflorar una sonrisa efímera y la mira con detenimiento. La muchacha tiene la tez pálida y el rostro de un ángel envuelto en un pelo largo y negro, y, aunque lleva los labios pintados de rojo pasión, no puede ocultar su corta juventud.

—No tengo tabaco rubio. Mis cigarros son muy fuertes y tú demasiado cría para fumarlos.

—Me gustan las cosas fuertes y no soy una niñata, ya tengo diecinueve, puedo hacer lo que me dé la gana. —Hace un pequeño globo con el chicle que explota con los dientes para seguir maltratándolo.

—Ah, perdone, señora. —El hombre extrae un cigarrillo de la cajetilla arrugada que saca del bolsillo del abrigo, lo pone en la boca de la chica y, con un movimiento rápido de mano, abre el Zippo y se lo enciende. Luego se enciende otro para él. La chica permanece callada, mientras volutas de humo recorren su cara, hasta que el hombre comienza a caminar.

—¿Me pasas algo de pasta? Estoy sin blanca —dice la chica a sus espaldas.

Al hombre se le escapa una carcajada.

—¿Me ves pinta de hermana de la caridad?, ¿o quizá cara de pertenecer a una ONG?

—El Armani te delata, estás forrado y creo que me has interpretado mal. No quiero que me lo des gratis.

—¿Qué me propones?

—Bueno… Ya me entiendes… Pasamos un rato divertido, juntos. Te dejo que juegues conmigo. Seguro que hace mucho que no has probado carne dura y fresca.

Los ojos del hombre vestido de Armani, impregnados de lujuria, se abren por voluntad propia al oír las palabras de la chica.

—Ven a mi coche.

—Antes de nada, dame la pasta. Uno de cincuenta —dice la chica desde el asiento del copiloto mientras se quita la mochila y la deja a los pies.

—Antes de nada, te voy a presentar a un amigo. —Pulsa el botón que cierra los seguros del coche.

—Ah, te van los tríos. Nunca he estado en movidas de esas, pero en los vídeos de Internet molan esos rollos. Entonces son ciento cincuenta. —Extiende el brazo.

—Te los daré cuando mi amigo quede satisfecho, es muy exigente. —El hombre saca el cuchillo y lo desenvaina. La muchacha se echa

contra el cristal de la ventanilla y pone los ojos como platos—. Venga, ahora no puedes negarte. Nos has puesto cachondos y queremos probar esa carne dura y fresca. Míralo. Tenéis cosas en común, su acero también es duro y fresco. Y, como el sexo, puede provocar jadeos y acelerar el corazón. Y si entra dentro de ti una vez y otra y otra, me producirá tanto placer que sentiré un orgasmo.

La chica lanza un grito ahogado por la mano férrea del hombre que se ha abalanzado sobre ella para cerrarle la boca. El hombre envaina el cuchillo.

—Cálmate, muchacha. No voy a hacerte daño. Solo quiero darte una lección. Esto es lo que te puede pasar si te ofreces a desconocidos. Hay mucho loco suelto por ahí. Ahora habla, y no mientas. ¿Por qué necesitas dinero?

La muchacha balbucea:

—No aguanto a mis padres, siempre están imponiéndome reglas y no me dejan en paz. No puedo hacer lo que quiero. Me he escapado de casa, estoy harta.

—Te daré dinero con la promesa de que volverás a casa, respetarás a tus padres y sus decisiones, y nunca harás el amor con nadie con quien no quieras. ¿Eres capaz de prometerlo? —La chica asiente. El hombre extiende el brazo detrás de la oreja de la chica, hace aparecer una moneda de dos euros y abre el seguro del coche.

La muchacha coge la moneda y desciende del coche tan rápido que olvida la mochila dentro. El hombre baja la ventanilla.

—Eh. La moneda que te he dado es falsa. Guárdala de recuerdo y cada vez que la mires acuérdate de la promesa. Toma, se te olvida algo. —El hombre lanza la mochila por la ventana, arranca el coche y se va de allí.

La chica recoge la mochila, abre la cremallera y ve un gran fajo de billetes en su interior.

18

—¿Tanto he cambiado que no me reconoces?, ¿o quizá sí lo has hecho, pero has preferido ignorarme? Desde el rato que llevo observándote no has levantado la cabeza.

—Estaba tan entretenido con este libro que no me he fijado. Déjame que te mire. —Taffi la observa con descaro juicioso y solemne—. Estás igual de flaca y tu pelo era menos rubio. El vestido rojo hasta los tobillos con esa apertura hasta el muslo te queda espectacular y conjunta muy bien con el color de pintalabios. Estás mejor que la última vez que te vi. Y eso que ya ha pasado mucho tiempo.

—El problema que tenéis los caballeros, o los que os creéis serlo, es que las damas no sabemos si nos llamáis guapas por educación o porque realmente lo pensáis. Tú no estás nada mal. Solo tienes la tripa más curva, pero sigues aparentando ser un hombre interesante, misterioso y caprichoso.

—Sí, disimulo bien la tripa y también el despertar interés. —Taffi sonríe y llama la atención del joven tras la barra—. ¡Camarero!, ponme otro Beefeater y a la señora ponle otro de ese mejunje color sangre que toma.

—¿Ginebra? Desde cuándo la bebes. Siempre te vi fiel al wiski y al ron, tus inseparables botellas. Tus labios han tocado más su boca que la mía, espero que no de la misma forma.

—Raquel, no exageres. Cualquiera que te oiga diría que soy un borracho.

—¿Y según tú qué eras? El bar de la esquina de casa era tu domicilio habitual y cuando no estabas borracho de alcohol lo estabas de trabajo. El resultado final era el mismo. Una mente ebria que te llevaba a actos impredecibles e incontrolables.

—Vamos, Raquel, antes de que comenzáramos ya sabías cuánto bebía y cuál era mi profesión. Yo no te engañé. Sabías que tenías que compartirme con un sueño.

—Lo sabía y no era celosa. Pero es que nunca maduraste, no fuiste capaz de despertar de ese sueño. Dime, ¿te ha llevado lejos?

Taffi se queda callado.

—No hace falta que me lo digas —dice Raquel—. Me lo imagino. Te has volcado en tu sueño con tal magnitud que has desperdiciado tu tiempo y malgastado tus ahorros. Y ahora te encuentras con tu casi medio siglo de vida en la ruina, no sabes qué hacer para salir adelante, y por las noches, cuando la ciudad duerme, te lamentas de haber tenido una vez ese sueño y de haberte dejado guiar por quienes te dijeron «adelante, eres bueno, no abandones, seguro que lo conseguirás».

—Tus palabras atufan a rencor madurado en barrica por años de silencio y avinagrado por el odio, ese que dicen que es fácil de llegar desde el amor. Sé clara. Esas son las razones por las que me abandonaste. Espero que tras salir por la puerta de mi casa hayas encontrado aquello que buscabas.

Raquel le cuenta que trabajó de camarera en Kapital, viviendo de noche y durmiendo de día, como una vampiresa. Fue en la discoteca, entre luces de neón, música *dance* , vasos de tubo con cubitos de hielo flotando en alcohol, nubes de humo de cigarros y otras cosas, y piropos de pijos prepotentes acompañados de saliva a la oreja donde clavó los colmillos en la yugular de quien luego fue su marido, un joven empresario con gran olfato para los negocios, con grandes pelotas para lanzarse en nuevos proyectos, y con un estresado y delicado corazón que se paró de repente y siendo demasiado joven. Ahora, viuda, sin hijos, con cuentas en Suiza y tarjetas de crédito sin límite se dedicaba a viajar y a vivir la vida en un eterno año sabático.

—Me alegro de que te haya ido tan bien —dice Taffi—. Encontraste lo que querías, dinero, felicidad, amor. Ese hombre podía darte cuanto deseabas, entre ellas, su herencia…

—Entre otras cosas todo lo que ves a tu alrededor. Soy la propietaria de este hotel y de muchos más repartidos por el mundo. Pero no hay hombre perfecto. No me dio todo —dice dando un trago y mirando sin pestañear a Taffi—. Nunca me dio un hijo y ahora me encuentro sola, forrada pero sola. ¿Y tú?, seguirás solo. Supongo.

—No. Tengo pareja. Es mi ayudante. Ella me entiende, compartimos el mismo sueño, vivir del espectáculo de la magia. Y ahora, en unos meses, compartiremos también un hijo. —Da un sorbo a la ginebra y espera que Raquel hable, pero nunca llega a hacerlo. Taffi continúa—: Creo que es la única forma de que una mujer quiera estar a mi lado, que viva mi profesión y comparta de cierta forma mi sueño.

—O que no tenga problemas de tiempo ni dinero para estar

contigo. —Envía una señal en forma de mirada hipnótica que intentan clavarse en las pupilas de Taffi, que el mago consigue esquivar con un giro de cabeza—. ¿Nunca has pensado en buscarme?

—Sí. Muchas veces, pero no sabía por dónde empezar, te fuiste tan rápido que no dejaste ni un número de teléfono. Y tú, ¿nunca pensaste en volver a casa?

—Cada vez que me pongo cachonda. ¿Recuerdas dónde lo hicimos la primera vez…? —dice cazando al fin la mirada de Taffi y entreabriendo la boca para chupar un hielo de la copa—. Voy al baño. —Raquel se aleja con paso lento hacia el cuarto de señoras seguida de la mirada de Taffi.

Taffi se gira y abre el libro con la intención de leerlo, que se queda en eso, en una intención. Suspira, lo cierra, lo mete en el bolsillo de la chaqueta y se levanta. Raquel lo espera con los labios libres de carmín y la boca hambrienta. Taffi se abalanza sobre ella y la aprisiona contra el mármol de los lavabos. Se precipita a sobarle los pechos por encima del vestido con el ansia desenfrenada y le devora los labios. Raquel consigue liberarse de la presión del cuerpo de Taffi y sin dejar de besarse se introducen en uno de los baños. Taffi le levanta el vestido hasta la cintura y rompe de un tirón las medias, y cuela la mano entre su ropa interior en busca de un resquicio para hacerle el amor mientras silencia los gemidos de la mujer poniendo la mano sobre la boca al llegar al clímax.

Taffi sale el primero del baño y vuelve al sitio, sin darse cuenta de que parte de la camisa se ha salido de los pantalones y asoma por debajo de la chaqueta. Desde la barra, el camarero lo mira y le sonríe con cara de entendido en el oficio de bombero de cuartos de baños. Raquel se deja aparecer un buen rato después, igual de arreglada que al entrar, pero sin poder evitar los comentarios de las corrosivas lenguas de los presentes, y se coloca al lado de Taffi.

—¿Por qué? —pregunta Taffi.

—Porque nos apetecía y nada más.

—Nunca me quisiste.

—No te engañes —dice Raquel—. Te quise y te querré siempre. Las flechas de Cupido no siempre dejan heridas, pero si marcan. Tomé la decisión de irme porque te conozco y, aunque nadie ocupara tú lugar, no volvería contigo. Piénsalo, Taffi, ahora tienes una mujer que te acepta y que comparte tu vida, tu sueño y tu profesión, y dentro de poco serás padre. Lo nuestro no era más que sexo confundido con amor. Esa era la única parte que funcionaba, el sexo, y es la única que

quiero que mantengamos.

Taffi se bebe de un trago todo lo que queda de ginebra, mientras la mente se esfuerza por absorber las palabras de Raquel.

—Ha sido un placer encontrarte y ver que estás bien. —Se levanta y deja caer un billete en la barra.

—Taffi —dice agarrándole el brazo—. Apunta mi número de teléfono. Podemos repetir este encuentro más veces…

—No lo quiero.

—Venga, Taffi, si nunca has sabido lo que es la fidelidad. No me digas que ahora vas a tener principios —dice y bebe un trago del líquido rojo que le mancha el contorno de los labios de color carmín.

—Nunca se es tarde para empezar —dice clavándole una mirada afilada que le llega hasta el corazón.

19

El soldado da unas vueltas alrededor del hotel hasta que queda libre un aparcamiento desde el que puede vigilar la entrada sin salir del coche. A pie y enfundado en el abrigo recorre la acera que circunda al edificio escrutando los muros, ventanales, puertas de acceso, y las posibles vías de entrada y salida de los servicios. Al volver al punto de partida, concluye que el edificio está bien protegido ante chorizos, así que también lo está para ratoncitos escapistas.

Aplasta un cigarro a medio acabar en un cenicero de pie dorado, al lado de la puerta de entrada del hotel, junto a una gran jardinera de la que roba una rosa roja que oculta dentro del abrigo. La puerta giratoria se pone en marcha al detectar la presencia del hombre y se para cuando la abandona dentro del hotel. Al hombre le cuesta sonreír mientras camina despacio hacia la recepción, a la vez que con la mirada y la mente analiza deprisa la situación: detrás del mostrador lo espera una joven, con nariz respingona, ojos algo achinados, envuelta en perfume de violetas, y con gesto sonriente y disponible, una muchacha que el hombre cataloga en un vistazo de cursi y repipi, y, detrás de ella, colgado de la pared, el mueble de madera repleto de cajoncitos con los números de habitaciones en el que se dejan las tarjetas magnéticas que hacen las funciones de llaves.

—Buenos días, joven.

—Buenos días, caballero. ¿En qué puedo ayudarle?

—Espero que pueda —dice el hombre intentando dibujar una sonrisa que cuesta salir—. Me he enterado por mi jefe que un compañero de trabajo ha venido a Roma a pasar unos días. Figúrese, qué coincidencia, resulta que nos cogemos unos días de vacaciones y vamos a parar a la misma ciudad. Me gustaría darle una sorpresa, ¿puedo saber en qué habitación se hospeda? Se apellida Taffi.

—Lo siento, caballero —dice y cambia el gesto sonriente y disponible a modo sonriente con disculpa amable—. No puedo dar esa información. La confidencialidad de los clientes es uno de nuestros principios. Espero que me entienda.

—Claro, claro… ¿Y no podría hacer algo para que cambie de

opinión?

—No acepto chantajes, si es eso a lo que se refiere. Y eso no solo es otro principio del hotel.

El hombre estira el brazo, se recoge la manga y con una sacudida sutil de la mano hace aparecer la rosa roja. La chica no puede cerrar la boca, perpleja ante la aparición, y expectante del próximo movimiento del sujeto.

—Entiendo, señorita, pero supongo que podrá darle esto. Él sabe qué significa y no estará infringiendo ninguna norma del hotel, ni tampoco suya.

—De acuerdo, caballero —dice volviendo al modo sonrisa y disponible al que añade modo ojos iluminados y sorprendidos.

—Muy amable. —Hace una reverencia, deja la flor sobre el mostrador, se da la vuelta y se aleja hacia la puerta internándose en la rueda con radios de cristal, pero, en lugar de salir a la calle, da un giro de ciento ochenta grados y vuelve a entrar.

—Señorita —dice mientras se acerca al mostrador—. Mire, lo he pensado mejor, no le dé nada. Es una tontería. Lo llamaré por teléfono y quedaré con él —dice memorizando el 347, el número de la habitación que aparece bajo el cajoncito en que la joven ha dejado la rosa.

—Como quiera. —La chica coge la flor y se la ofrece al hombre vestido de Armani.

—Se la regalo. Por las molestias. —Le coloca la rosa en la solapa—. Le queda muy bien.

20

El Tuerto entra a pie en una propiedad en la urbanización de Los Negrales en Collado Villalba que, salvo por los muros altos que la rodean, no tiene nada particular si se compara con el resto de las viviendas que se encuentran en el barrio. Con aire marcial y movimientos leves de cabeza saluda a los empleados que se encuentra a su paso, a nadie se le hubiera ocurrido que debajo de sus ropas ocultan un cuchillo curvo con mango de marfil protegido en una vaina de cuerno de toro con curiosas filigranas.

La casa es simplona por fuera, está construida con ladrillo común, es rectangular y de planta única. Es imposible sospechar que dentro, bajo unos metros de tierra, como las bodegas de Aranda de Duero o las catacumbas romanas discurren pasillos de piedra, con accesos a celdas y estancias, entre humedades, moho, velas y frescos mitraicos. Allí, en el subsuelo, es donde las noches de ceremonia los Herederos de Mitra llevan a cabo rituales que finalizan con la muerte de la noche y el renacimiento del sol, el momento en que se muestra sobre el horizonte con el destello verde del alba. Allí, en la sala reservada a los sacrificios, él, el Tuerto, y sus compañeros, ahora subordinados, habían recibido la consagración como soldados de las manos de Máximo.

El Tuerto entra en la casa, muy espaciosa y nada espartana una vez que se está dentro. El mayordomo le pide el abrigo, sin embargo, no se lo quita, prefiere llevarlo puesto, aunque el ambiente es tropical y achicharrante. Acompañado del mayordomo, recorre el largo pasillo revestido, como el resto de las habitaciones, tanto el suelo como las paredes, por mármoles de una blancura excepcional, casi virginal, hasta llegar a un portón de doble hoja dorada, en el que han repujado una cabeza de toro que acaba en dos grandes cuernos que sirven de tiradores. El mayordomo tira con fuerza de la cornamenta y las puertas se abren.

El Tuerto, con gotas de sudor en la frente, inca la rodilla en el suelo y agacha la cabeza nada más pasar el umbral del portón que permanece abierto hasta que unas jovenzuelas, vestidas con un

crisantemo blanco enganchado a la melena, salen a toda velocidad, momento en que el mayordomo la cierra.

—Señor.

—Álzate —dice Máximo colocándose delante de él—. Imagino que sabrás por qué te he mandado venir. Quiero saber cómo va la misión. El recuperar ese libro es la mayor prioridad.

—Estamos tras el rastro de la hija de Vaccaro y de su viejo ayudante que nos lleva a Roma —dice el Tuerto contemplando a ese hombre sexagenario con pelo blanco, piel morena, y ojos celestes y profundos como la voz, vestido con una túnica violeta—, nuestro soldado le sigue muy de cerca.

—Eso es lo que me preocupa —dice dándose la vuelta para coger, de una fuente repleta de frutas, una brillante manzana roja a la que le suelta un mordisco—. ¿El soldado ha entendido el mensaje?

—Me he encontrado con él en el aeropuerto, lo ha recibido y lo ha entendido, pero…

—… Pero eso no quiere decir que acate las órdenes, ¿verdad?, ni aunque vengan de ti.

—Me temo que no —dice el Tuerto—. Las ansias de venganza no le dejan pensar.

—Pero no sería tan insistente si no fuera por ellas, le dan fortaleza y vigor, como la sangre se la da al toro —dice frotándose la barbilla mientras mira un gran fresco de Mitra degollando el toro encima de su gran cama—, y, si se sale del camino, como Mitra, se la arrebataremos. Será un sacrificio por el bien de la comunidad una vez cumpla la misión. Si ves que tienes que intervenir, hazlo. Tienes mi confianza.

—Como ordenes, Máximo.

—Puedes marcharte y, al salir, manda traer a Palmieri, le vamos a necesitar, y ordena a las chicas que entren —dice dándose la vuelta y dejando caer la bata tras de sí.

21

Anna luce un vestido amplio, de seda color tiza, que le llega hasta las rodillas, con un corte y pliegues a estilo romano imperial, y un escote no muy pronunciado; y calza unas sandalias doradas con cuerdas enrolladas por el tobillo que dejan ver las uñas pintadas de blanco. La joven está sobre la cama y con la espalda apoyada en la cabecera, ve en la televisión un programa italiano, *Uomini e donne* , en el que una pareja cuenta los problemas conyugales que les ha generado la rutina y el futuro nacimiento de un hijo no deseado que le hace recordar a Virginia y a Taffi. El programa es uno de esos formatos en que unos actores se hacen pasar por pareja real, un falso *reality* tan de moda y seguido en los tiempos actuales y que Anna no llega a encontrarle el gusto.

Con el ruido de la tarjeta, que sirve de llave, al pasar por el detector, la joven apaga el televisor. Taffi, que se encuentra de cuerpo presente, pero con la mente dispersa en una explosiva combinación entre el baño del bar, la conversación con Raquel y las ganas de oír la voz de Virginia, saluda sin dedicarle ojo ni a la muchacha ni al vestido.

—¿Dónde has estado? Hace ya un buen rato que han traído la comida. A ningún italiano le gusta la pasta fría y menos la recalentada.

—Lo siento. He bajado a tomar algo y el tiempo se ha pasado sin darme cuenta.

—¿Por qué no me has esperado? Podíamos haber salido juntos o haber comido en el restaurante del hotel.

—Me he ido porque te ibas a probar ropa.

—¿Y?

—Y no quería incomodarte.

—¿Incomodarme o incomodarte?

—Sinceramente, el ir de compras me aburre. No soporto la indecisión de las mujeres a la hora de elegir ropa.

—Pues en la película *Pretty Woman* a Richard Gere le gusta observar cómo se la prueba Julia Roberts.

—Eso solo pasa en las películas.

—Por lo menos mira el vestido que me he comprado. ¿Te gusta? —Se levanta y da dos vueltas sobre sí misma sujetándolo con las manos por la parte más baja.

—Sí. Tiene un estilo muy clásico. Está bien —dice sin mostrar ningún tipo de asombro más allá de palabras cumplidoras. Luego se sienta en la mesa.

—También me he comprado la lencería, la que estaba encima de la cama…

Taffi no responde. A Anna le basta el silencio para entender lo que ella cree sin tener que insistir. Se sienta en la mesa, enfrente de Taffi.

—Me debes una explicación —dice Anna disparando con la boca y con la mirada.

Taffi detiene el tiro escudándose tras una cara de pocas luces.

—No. Lo del matrimonio en el mitreo es una ficción, así que no tengo que dar explicaciones de qué he hecho en el bar.

—¡Qué mosquito te ha picado! Me refiero a una explicación sobre el fantasma, no a esas andanzas solitarias como caballero errante. ¿Por qué crees que nos ha seguido?

—No podría asegurar por qué, incluso dudo que sea capaz de seguirnos tan de cerca. Mi sospecha radica en lo que sucedió en el avión, me refiero al tipo que fumó en el lavabo. En cuanto huelo a tabaco la imagen de tu padre se me aparece en la mente, y ahora con ese olor también el tipo que se hace pasar por él. —Taffi suelta una carcajada solitaria—. Ya es obsesión. Al entrar en el bar, lo primero que he hecho es fijarme en un hombre de media edad y acercarme a él para olisquearlo. Me siento como un perro que usa el hocico para seguir un rastro.

—A mí me pasó al salir de la basílica. Fue un momento, un instante en que sentí un tufillo a cigarro. El miedo me dejó petrificada y sin saber qué hacer. ¡Qué tonta! Luego me di cuenta de que provenía de un grupo de turistas, entre alguno de ellos habría un fumador.

—Estamos viviendo momentos muy intensos en muy poco tiempo —dice Taffi— y no niego que sea sugestión. La mente es una gran desconocida. Sin embargo, es mejor que no bajemos la guardia. —Saborea la *insalata caprese* , uno de los platos que Anna había elegido —. Esto está buenísimo.

—Pues espera a probar la pasta —dice ella cazando unos cuantos *penne* con el tenedor.

—No sé si este rato en soledad has tenido tiempo de pensar de

nuevo en las palabras del enigma.

—Sí, he pensado en ellas, entre otras cosas... —dice fijándose en la reacción de Taffi—. No consigo establecer ningún otro nexo. Solo se me ocurre introducirlas en el buscador de Internet y ver qué sale. —Anna coge el móvil y teclea las seis palabras. De inmediato la pantalla muestra infinidad de resultados—. No sabría ni por dónde empezar. —Suspira—. A veces la información de las redes es tanta y tan contradictoria…

—Prueba palabra por palabra. ¿Cuál de entre todas es la menos común?

—Mitreo. —Teclea la palabra y da a buscar—. Aparecen: Mitreo de San Clemente, Mitreo de Mérida, la Domus del Mitreo…

—Pon otra palabra, esta vez una que solo se escriba en italiano.

—Pietra… Aquí aparecen más resultados y ahora, por fin, en italiano. Anda, una *guida illustrata d'Italia,* la selecciono, así reduciremos la búsqueda solo a Italia, esto acortará el número de posibilidades. —Clica encima y aparece el nombre de tres lugares—. Sutri, Taggia y Taormina. Son tres las posibilidades. —Anna sigue centrada en la pequeña pantalla—. Taggia es una localidad del norte de Italia, en Liguria, pero no parece tener nada que ver con un mitreo y un teatro. Taormina es una ciudad costera de Sicilia, muy cerca de Messina, la ciudad que da también nombre al estrecho que separa la bota del balón deshinchándose, tiene un teatro magnífico con vistas al Etna y al mar. —Taffi escucha sin dejar de saborear la *insalata* —. Sutri, la ciudad está en la región del Lazio, entre sus ruinas cuenta con un anfiteatro y un mitreo.

—Investiga más sobre esa última, me gusta y debe estar muy cerca, si el destino final de Vaccaro era Sicilia no habría cogido un vuelo hasta Roma —dice Taffi señalándola con el tenedor cargado de queso.

—Sutri es una población de unos siete mil habitantes. Está a cincuenta kilómetros al norte de Roma. En un valle cercano a la localidad actual, los romanos construyeron un anfiteatro. Más que construir lo excavaron en la roca volcánica que abunda en la zona. Anterior a los romanos, los etruscos, con el mismo método, situaron en la misma roca una necrópolis. Entre los restos arqueológicos se encuentra un templo mitraico, también excavado, que luego se transformó en iglesia.

—Lo tenemos, es Sutri. El sitio revelado en la inscripción del broche y del brazalete está en Sutri —dice mostrando la sonrisa de medio lado.

—Pero hay un detalle que se nos escapa, la palabra *nascere,* ¿qué pinta?

—No lo sé. Solo se me ocurre preguntar a Dionisio.

—Hola, Anna. Me has leído la mente, tenía el teléfono en la mano y estaba a punto de llamarte. Virginia está muy preocupada por vosotros, no para de preguntarme si tengo noticias vuestras.

—Tranquilízala. Estamos bien, seguimos reponiendo fuerzas en el hotel. Te llamo para hacerte una pregunta. Sutri, ¿qué te sugiere esta palabra y qué le podía sugerir a mi padre?

—Es una ciudad cerca de Roma. El señor estaba fascinado con ese lugar, siempre se refería a él con aire melancólico y decía que sería un buen lugar para retirarse. En realidad, lo estaban el señor y la señora.

—¿Mi madre?, pero si ella era de L'Aquilla, qué se le había perdido en esa pequeña localidad de Viterbo.

—Sí, es cierto, pero no tiene nada que ver con la ciudad natal de la señora. El señor y la señora llevaban mucho tiempo buscando un hijo que parecía no querer llegar. Tu madre era joven y los médicos no vieron ninguna imposibilidad física que impidiera el embarazo. Los doctores concluyeron que el responsable era el estrés y el trabajo, de eso el señor iba sobrado también en aquellas épocas. Así que, por una vez, y creo que fue la única en su vida, paró, se tomó unas auténticas vacaciones, no de esas que ocupaba el tiempo en preparar nuevos trucos y que tanto conoces, no, fueron unas vacaciones de relax y en pareja, por lugares poco concurridos y lejos del ajetreo de las ciudades, con el único objetivo de encontrar paz y tranquilidad. Se decantaron por una ruta en coche por el centro de Italia recorriendo carreteras estrechas y poco transitadas entre vegetación silvestre y campos semiabandonados. Los médicos acertaron, en ese viaje la señora se quedó embarazada y después de nueve meses naciste. El señor decía que fue la noche que pasaron en Sutri la que se quedó en estado. La señora, con una visión más religiosa, como ella era, atribuía el embarazo a la *Madonna del Parto* , una iglesia de Sutri que visitaron y en la que rezó a la Virgen pidiendo un milagro.

—Muchas gracias, Dionisio. Te dejo… Espera…, espera…, no cuelgues…, dice Taffi que quiere hablar con Virginia, pásale el teléfono.

Taffi se lleva el teléfono al oído y se encierra con llave en el cuarto de baño. Anna se limpia con la servilleta los labios, que han adquirido una forma convexa, y la tira al suelo, se levanta y coloca la oreja en la puerta de madera, sin embargo, la solidez de la puerta y de los muros

hacen de barrera acústica y es incapaz de oír nada, así que suelta un «maldita sea» y se vuelve a la mesa.

—Taffi, toda esta movida me trae mogollón de mal rollo. Ese pavo *to' flipao* corriendo hacia Anna en la puerta del teatro y colándose en la casa. Estoy mazo de preocupada.

—No tienes que estarlo, esto acabará en algún momento y creo que pronto. Oye, hay una explicación de por qué he venido, no tuve oportunidad de dártela porque no encontré un momento de intimidad. ¿Puedes hablar sin que te oiga Dionisio?

—Dispara —dice tras abandonar la sala de invitados.

—He venido con Anna porque, a cambio de descubrir la biblioteca, Dionisio ha prometido que me recompensará con los libros de los trucos del maestro. Cuando los tenga y los estudie podremos hacer un espectáculo de la categoría de los que hacía Vaccaro. Sabes lo que eso supone, nos haremos famosos y ricos. Todo esto lo estoy haciendo pensando en nosotros y en nuestro hijo. Sé que corro un riesgo, pero merece la pena.

Virginia estalla a llorar.

—No sé qué rollo te has fumado, pero me gusta. Es la primera vez que te oigo decir «nuestro hijo».

—En la lejanía me he dado cuenta de cuánto vales y de lo mucho que me quieres.

—Sabes que te quiero un mazo.

—Cuidaos mucho. Un beso.

—Un beso.

Taffi sale del baño con la cara y la conciencia limpias, deja el móvil en la mesa, al lado de Anna, que lo coge casi antes de que rozara el mantel y con la velocidad de un pianista tocando una pieza con tempo *prestissimo* mueve los dedos en la pantalla buscando información de la *chiesa della Madonna del Parto* .

—No te lo puedes creer…, la *chiesa della Madonna del Parto* originalmente fue el mitreo de Sutri.

—Ahora sí, todas las palabras tienen sentido. —Taffi se levanta—. Prepárate. Nos vamos a Sutri.

—¿Ahora mismo?, ¡por lo menos déjame que acabe la pasta y que me cambie!

22

La noche se acerca despacio, como un barco atracando. La carretera que lleva a Sutri es la SR2, una vía de doble carril también llamada vía Cassia, nombre heredado de la antigua calzada romana que, como la SR2, también unía Roma y Florencia, aunque el trazado primitivo era algo distinto al actual. A las espaldas dejan el sol y Roma, enfrente les espera la oscuridad y el misterio encerrado en el mitreo de Sutri.

A pocos kilómetros de Sutri la carretera se estrecha quedando un único carril por sentido separado por una difusa y, a veces, desaparecida línea central. Taffi aminora y pone las largas haciendo resaltar los baches del terreno, las malas hierbas que crecen al borde de la calzada y los restos de una rata aplastada y con las tripas fuera que es devorada por gatos que saltan a la cuneta al verse sorprendidos. A mano izquierda, muy cerca de la carretera, entre vegetación extensa y silvestre, observan el irregular muro de tolva semejante a un gran queso gruyer, perforado por cuevas y agujeros sin formas definidas, pero queriendo ser cuadradas y rectangulares. Incisiones en la roca excavadas por los antiguos pobladores de la zona.

—Lo que ves son restos de tumbas etruscas —dice Anna—. Los etruscos habitaron esta región de Italia antes que los romanos. En una época posterior, algunas de estas cuevas artificiales fueron reutilizadas como cuadras para el ganado. —El muro de piedra natural, a la vez que singular por la acción del hombre, se extiende por muchos metros a lo largo de la carretera, hasta donde la vista de Taffi ni los faros del coche pueden alcanzar. Sobrepasan el cartel que indica la entrada a la población. Taffi reduce aún más la velocidad, casi a ritmo de pedal de bicicleta. Enseguida encuentran un cartel marrón que indica que la entrada del anfiteatro está a la izquierda. —Aparca por aquí, el mitreo se encuentra un poco más adelante.

Taffi gira y toma un camino corto que da acceso a un reducido espacio destinado al aparcamiento, detiene el coche bajo un inmenso y viejísimo sauce llorón, que con las hojas les acaricia la cara al descender del automóvil. Una cancela con signos fuertes de corrosión

y de unos tres metros de altura protege el acceso a la arena del anfiteatro; la espectacular y desgastada arquitectura excavada en la roca gris. Anna se acerca a la verja e ilumina el interior con una de las linternitas que ha comprado a un vendedor ambulante que pasaba por la calle a la salida del hotel, uno de esos que venden cosas llamativas, pero que la mayoría de las veces son aparatos inútiles o, incluso, estropeados. La linterna no tiene potencia para adentrarse en el negro vacío.

—No es momento de entretenerse con piedras muertas. Ya tendrás tiempo de pasearte entre las rocas cuando sea de día.

—¡Qué poco te gusta el arte y la historia!

—Nada. Tampoco me gusta la oscuridad, por lo que se puede esconder en ella.

Recorren un camino de tierra, que la humedad de la noche ha transformado en una deslizante pista de barro. Anna tiene que agarrarse un par de veces al brazo de Taffi para no acabar con el culo en el suelo. El camino embarrado bordea la isla de piedra volcánica siempre repleto de grutas a las que no alcanza la luz de las farolas que discurren a lo largo del camino. Desde el interior de una cavidad, una sombra alta y enjuta vestida de Armani y con ojos acechantes ve pasar a Anna y Taffi.

La puerta de la chiesa della *Madonna del Parto* parece todo menos la puerta de un lugar de culto. Está hecha de tablones recubiertos de pintura marrón y es demasiado estrecha como para tratarse de la entrada principal a un recinto con afluencia de gente. A Taffi le recuerda la puerta de su trastero, un espacio lleno de material obsoleto, y la mayoría ya inservible, de viejas actuaciones, pero vacío de recuerdos personales. Solo una austera y simple cruz metálica, hecha de dos hierros entrecruzados, incrustada en una roca cercana, señala que allí hay un lugar sagrado y no es la entrada a una bodega o a la casa de veraneo de Drácula. Sobre el marco de la puerta, detalle de una época anterior a la cristiandad del lugar, aún se entrevé la imagen de un triángulo cincelado en la roca, intentando imitar a los tímpanos de los templos clásicos.

Seis escalones de piedra cubiertos por seis alfombrillas de verdín separan a Taffi y Anna de la puerta. Taffi saca del bolsillo las horquillas de Anna y con sutileza y precisión actúa sobre la cerradura y abre la puerta sin dificultad.

—Sigo opinando que el truco de abrir la puerta con un «abracadabra» es más imponente y romántico —dice Anna.

Taffi sonríe.

—Esta forma es más efectiva. Requiere mucha menos preparación.

Tras el umbral de piedra una cueva que se hunde en la negrura los aguarda. La gruta está dividida en dos cavidades bien delimitadas que se comunican por una perforación en forma de puerta. La primera, por la que se accede del exterior y que es en la que se encuentran, es estrecha, unos cuatro metros de ancho y de largo, lo que podría ser el tamaño de un vestíbulo mísero. Anna proyecta el minúsculo haz de luz de la linternita a la izquierda, apuntando a unos frescos policromados y muy deteriorados con aspecto y rostro típicos de la Baja Edad Media. Son imágenes de la Virgen y el Niño, y a ambos lados dos figuras que Anna no es capaz de reconocer. En otra imagen un arquero que parece apuntar con su arma a la figura de un toro. Anna intuye alegorías cristianas al sacrificio del toro, como los adoradores de Mitra, o, incluso, la derrota del toro, protagonista del culto mitraico. Una derrota metafórica de la supremacía de la cristiandad sobre el mitraísmo y la santificación del lugar de culto. El último fresco representa a san Cristóbal con el Niño Jesús al hombro y bajo este el agujero, casi butrón, que da acceso a la segunda sala. Taffi recorre con su linternita el gris pétreo del resto de paredes y comprueba que no hay más accesos ni salidas.

La segunda sala, la iglesia propiamente dicha, si en algo se le puede asimilar a iglesia salvo por un permanente hedor a cera quemada que desprenden unos cirios a punto de consumirse entremezclado con olor a musgo y humedad, conserva las características constructivas del mitreo: nave central separada de las laterales por columnas de tamaño indefinido e irregular y rectas tiradas sin plomada, escuadra ni cartabón. Una auténtica obra de minería arcaica a base de herramientas de picapedrero. La nave central desemboca en un altar y en el final de la cueva el fresco de la Virgen con el niño recién nacido, la *Madonna del Parto* , postrada en un humilde lecho al lado del Niño Jesús envuelto entre harapos. Por las paredes y naves laterales, las linternas de Taffi y Anna hacen aflorar fragmentos de frescos tan poco conservados que parecen mimetizarse en la roca.

—Este es el sitio —dice Taffi—, busquemos por las columnas.

Una a una, y cada uno por su lado, las fueron recorriendo.

—Hay anotaciones de todo tipo —dice Anna—, «Mario X Giulia…», «Chiara X Mauro», dentro de un corazón… «Giovanni estuvo aquí 22-09-15». Si tenemos que verlas todas, tendremos que

volver varias noches.

—No va a ser necesario. Ve a la tercera columna —dice Taffi recordando el libro de Tesla.

—¿Y cuál se supone que es? —dice mirando alrededor.

—Si yo fuera tu padre empezaría a contar en sentido horario, como se mueven los relojes. Busca algo particular, algo que se salga de la normalidad, algo que sea distinto a las típicas notas de amoríos eternos y alusiones al momento en que se visitó el lugar.

—Aquí hay una estrella con un tres en números romanos, III, y la palabra *ciudad* .

—Déjame ver. —Taffi se acerca y pasa el dedo por encima—. Todavía se notan las incisiones. No parece que sea una inscripción muy antigua. Tenemos otra pista. —Taffi vuelve a mostrar una sonrisa de medio lado y se apresuran a la sexta columna. El mismo patrón, un VI dentro de una estrella y la palabra *que.* Y la novena, un IX dentro de la estrella y la palabra *muere.* Taffi deja asomar la sonrisa de medio lado—. «Ciudad que muere». Otro enigma. Que ahora no es momento de resolver. Salgamos de aquí. Las grutas oscuras son los lugares favoritos de las alimañas.

Anna se detiene en el umbral de la puerta de madera, acostumbrada a la oscuridad cavernosa, las luces de las lámparas del camino brillan como soles cegándola por instantes. Taffi se para detrás y percibe un extraño aire rancio y enrarecido. Un ambiente que evoca recuerdos al maestro. Sin tiempo de pensar en más, deja caer la linterna al suelo, empuja a Anna y lanza las llaves del coche al exterior. La joven, con la cara descompuesta, da un traspiés y rueda por las escaleras hasta que el barro la detiene. Taffi siente que un trolebús le golpea en la espalda a la altura de los riñones. Lanza un berrido por el que se le escapa el dolor. Se gira y con el brazo evita un segundo golpe que le iba a la boca del estómago, y con ambas manos un tercero más dañino directo a la cabeza.

Anna se revuelve y ve como Taffi se defiende de una sombra. Bajo la cara embadurnada, el rostro de la chica se vuelve pálido. Con la respiración entrecortada, a gatas y de espaldas, se aleja de la puerta. Las manos notan la presencia de las llaves. Las recoge y sale corriendo.

La linternita solo es capaz de crear una penumbra dentro del vestíbulo pétreo. Taffi es incapaz de apreciar el rostro del atacante, solo distingue una silueta ensombrecida y la barra de hierro con la que ha intentado partirle el cráneo.

La sombra del soldado se coloca delante de la puerta, lanza el metal dentro de la iglesia y saca el cuchillo del bolsillo. La desenvaina delante de Taffi, que retrocede. Con movimientos rápidos y sutiles de navajero barriobajero intenta herir a un Taffi sin escapatoria, encerrado en el cubículo con su enemigo tapando la única salida. La sombra se mueve de un lado a otro y deja escapar carcajadas. Haciendo fintas con el brazo que sujeta el arma juguetea con Taffi.

—Vamos, cabrón —dice Taffi—. A qué estás esperando.

La silueta se ríe aún más.

—¿Dime qué quieres? —La figura oscura es hermética ante los comentarios de Taffi.

Mientras, con el corazón palpitando, Anna, dentro del coche, busca el bote de píldoras en el bolso, y lo abre con tal desesperación que algunas se le caen sobre el asiento, recoge una y la traga, cierra los ojos, nota como el pecho sube y baja como una montaña rusa en un parque de atracciones, luego los abre y arranca el coche. Se incorpora a toda velocidad en la carretera de asfalto, dirección al mitreo. Unos pocos metros después gira y entra por un puente estrecho de madera que sortea el badén que separa el camino peatonal del asfaltado. El barro salta en todas las direcciones y el coche se desliza de un lado a otro. Anna mantiene la mirada fija en el camino marrón a la vez que da volantazos intentando enderezar el coche.

La sombra da un paso al frente. Taffi retrocede hasta que ya no puede hacerlo más, su espalda choca con la fría piedra. La sombra da otro paso más y suelta una cuchillada. Por instinto, Taffi mueve el brazo izquierdo interponiéndolo entre el filo y su costado, y con el brazo derecho lanza un puñetazo que se estrella con la nariz de la figura oscura. La sombra no se queja, aunque el golpe le deja aturdido y pierde la visión, e, inmediatamente, recibe una patada en los genitales. La sombra del soldado se tambalea, aunque permanece erguida y en riguroso silencio.

Taffi lo bordea, salta los escalones y corre, pero se detiene al ver los faros de un coche que se le viene encima. Un escalofrío le trepa por la espalda y el corazón se le para dejándolo inmóvil ante las luces. Se tapa la cara con el brazo esperando el golpe. Anna clava el freno. El coche derrapa. El parachoques se queda a tan solo unos centímetros de las rodillas de Taffi. Anna vuelve a respirar cuando Taffi sube al coche. Gira el volante e incrusta el pie hasta el fondo del acelerador. Las ruedas patinan en el barro, el coche está completamente revolucionado, pero va despacio, lo que la poca adherencia lo deja

avanzar. Anna, con movimientos bruscos, intenta controlar el serpenteo del coche, al lado, Taffi gira la cabeza para contemplar sin poder hacer nada cómo la sombra sale de la iglesia y corre hacia ellos, persiguiéndolos en la distancia. La sombra no parece desfallecer. Taffi no quita ojo a su perseguidor deseando que ese hombre se acerque más para ponerle rostro, pero la figura se detiene cuando el coche se adentra en la carretera asfaltada y se pierde en la lejanía. El soldado lanza un escupitajo de sangre, levanta el cuchillo y contempla el filo manchado de rojo, lo chupa con la lengua hasta dejarlo limpio y luego lo envaina.

—Maldito cabrón. ¿¡Estás bien!? —pregunta Anna saltándosele las lágrimas.

—Salvo por mis riñones y por un tajo en el brazo, estoy bien.

—¡Estás herido! ¡Rápido! Busquemos un hospital.

—No te pongas nerviosa. Es un corte. —Se quita la chaqueta y se remanga la camisa. Un pequeño hilo carmesí le resbala por el brazo hasta alcanzar el dedo pulgar y caer al suelo. Se tapona el tajo con la mano—. No me explico cómo puede seguirnos el rastro tan de cerca. Es casi como si nos estuviera esperando, como si supiera que íbamos a venir antes incluso de que lo hubiéramos decidido.

—No lo sé y ya ni me importa. Llama a la Policía. Nos ha intentado matar.

—Eso es lo único que no vamos a hacer. Anna, estamos muy cerca de la biblioteca. Nadie nos va a ayudar y menos aún la Policía. Lo primero que nos iban a preguntar es qué hacíamos en mitad de la noche dentro de una iglesia. ¿Qué decimos?, ¿que estábamos buscando un baño porque estás embarazada?

—Pues en San Clemente funcionó… Volvamos al hotel.

—Ni en broma. Seguro que también sabe dónde nos hospedamos. Cualquier sitio es más seguro que el hotel.

—Pero tengo que curarte la herida.

—Hazme caso, no es más que un cortecito.

23

—Guapita, también tienes que pagar lo que llevas en el bolsillo —dice el cajero de la gasolinera, un hombre rudo, con pelo grasiento, la cara sin afeitar y mirada de puerco, que mastica chicle cada vez que deja de hablar como si fuera un movimiento automático, tras acabar de pasar unas *piadine* , bolsas de patatas fritas, refrescos, botellas de agua, una botella de vino y un botiquín de primeros auxilios por caja.

—No le entiendo —dice Anna.

—Lo que te has metido en el bolsillo trasero del pantalón.

La chica se queda paralizada.

—Qué quieres, ¿que te meta mano? No me corto un pelo —dice masticando la goma con la boca abierta.

—No es lo que parece —dice Anna con la cara como un tomate maduro. Y saca una caja de preservativos—, es que me da vergüenza.

—¿Vienes de Marte? —dice con un tono sabiondo que deja a Anna encogida—. Seguro que sí. Estás manchada de barro, tienes la cara roja y te avergüenzas de comprar una caja de condones. ¿Sabes la cantidad de estos que vendo cada noche a gente como tú y más joven? Echar un polvete no es un delito —dice alzando las cejas y mostrando unos ojos saltones—. Te lo vas a pasar bien esta noche, ¡eh!

Anna sale de la gasolinera con dos bolsas de plástico a punto de estallar, la caja de preservativos en el bolsillo y la seguridad de que los ojos del cajero apuntan a su trasero. Taffi espera agazapado dentro del coche, la herida ha dejado de sangrar, pero con la pinta de eccehomo escapado de la pasión es mejor permanecer invisible.

Anna detiene el coche en la primera área de descanso que encuentra. Está desértico, no hay ni un alma, solo el esqueleto de un coche grafitado con letras e iniciales coloridas, que el dueño del brazo que las ha dibujado y alguno del gremio es capaz de entender. Los restos del vehículo reposan sobre un charco aún fresco de grasa, aceite, gasolina y trocitos de cristal.

Taffi extiende el brazo desnudo y Anna limpia la herida. El contacto del alcohol con el tajo genera espumilla blanca que resbala

junto con la sangre coagulada hasta caer en la tapicería.

—He comprado una botella de vino, por si te duele.

—Lo que me duele es no haberle arreado más fuerte a ese animal, tanto como para arrancarle la nariz o partirle los huevos. Trae ese vino.

—¿Pudiste verle la cara?

Taffi niega con la cabeza y luego da un trago largo a la botella.

Anna cubre la herida con un apósito y enrolla una venda alrededor, lo hace con muchas ganas, pero con poco arte.

Son las siete de la mañana, sentado en el asiento del conductor, Taffi se repone tras arrebatar al cansancio unos míseros minutos de sueño. No recuerda que dormir en su Ford fuera tan incómodo como en este coche, o quizá no lo es, y es el número de años cumplidos por lo que el cuerpo se lamenta, sintiéndose como un faquir después de acostarse en una cama de clavos. Da el último trago de vino que le pasa por la garganta sin saborear y la deja limpia de contenido sobre el asiento del copiloto, lleno de los restos y de los envoltorios de comida basura. Gira la cabeza hasta ver los asientos posteriores, sobre los que duerme Anna tumbada de lado y las piernas recogidas para que el abrigo colocado encima le cubra la mayor parte del cuerpo. Está frita. Taffi contempla la cara dulce y relajada que tienen los que duermen un sueño placentero, de esos que él ya ni recuerda lo que son.

La mente de Taffi vuela y aterriza en Madrid, sobre el palco del teatro. Había faltado a la última función de su fracasado espectáculo; y él ya no era tan inocente para creerse eso de que los hombres inteligentes deben fracasar unas cuantas veces para llegar a encontrar el éxito, algunos no lo encuentran nunca. Ya no levantaría cabeza y si lo hacía sería para chupar de cualquier cosa que lleve alcohol y que su recipiente sea mayor de cien mililitros. Su vida estaba destrozada, él la había maltratado y vendido a cambio de una obra con escenas pésimas que le había costado todos sus ahorros y su tiempo, por no decir su vida. Unos días antes no se habría imaginado que, en vez de estar enfrentándose al frustrante vacío del teatro, se encontraría a miles de kilómetros de distancia, persiguiendo señales y enigmas marcados en muros y amuletos con la hija de quien había considerado su mentor y también su carcelero; la imagen de quien quería imitar como profesional, pero a quien no quería parecerse en lo personal; la figura que lo rescató del orfanato y la de quien creyó que le trataría como un padre, pero que nunca actuó como tal; un hombre con pasión

en escena, pero con frialdad en la cotidianidad; un fallecido que seguía vivo entre los muertos haciendo trucos desde la tumba. Incluso desde el más allá era capaz de atraer la atención, capaz de conducir a Anna y a él en un viaje misterioso, capaz de despertar el instinto asesino de la sombra que los persigue. Ese hombre alto y enjuto vestido de Armani que desconcierta a Taffi, no solo por la agilidad para encontrarlos, sino por la fuerza e inhumano aguante del dolor. Solo un mudo podría permanecer en silencio cuando le arreó el puñetazo en la nariz y el patadón en medio de los huevos, ni un quejido salió de la boca de ese falso Vaccaro. Alguien más quería llegar a la biblioteca del mago, alguien con recursos para poder seguirlos o, incluso, para pagar a alguien que lo hiciera. La búsqueda de la biblioteca se volvía cada vez más peligrosa y lo que les espera en ella debía tener un valor incalculable, por lo menos lo tendría ese libro misterioso que parece haberse volatilizado.

Fuera hace frío y la escarcha se acumula sobre el coche. Taffi gira la llave de contacto y pulsa el botón del aire acondicionado, en unos segundos el vaho de los cristales comienza a retirarse dejando entrar la claridad del día que nace entre estáticas brumas desperdigadas. Respira fuerte, hinchando sus pulmones, como queriendo llevarse todo el aire que hay en el habitáculo. A falta de alcohol en el que mojar las penas, la mejor manera de ahogarlas es ocupar el cerebro con la razón que los ha llevado hasta allí, el enigma que el maestro ha dejado a su hija. Cada paso que dan, cada bifurcación del camino, cada descubrimiento es un reto. Un desafío que el maestro ha ideado sin dejar cabo suelto. Taffi duda, ¿están resolviendo los enigmas porque son más inteligentes que el maestro o ellos están siendo unas marionetas movidas por los hilos del ingenio del maestro? Vaccaro podía haber ideado este juego, como el director de los juegos de rol y ellos solo ser los personajes que actúan en el tablero que el maestro había creado; incluso hasta la sombra que los persigue podía ser un jugador. Taffi sonríe y se mira la herida, «la idea es absurda», piensa, «el hombre que les persigue no lleva un cuchillo de goma».

Anna estira los brazos y bosteza.

—¿Qué hora es?

—Algo más de las siete de la mañana.

La muchacha se reincorpora y se palpa el cuello, parecía que le hubieran clavado cientos de cristalitos en él. Sale del coche, se pone en cuclillas, se levanta, luego se aleja caminando con las manos apoyadas en los riñones. A través del parabrisas, Taffi observa cómo

Anna se despereza. A pesar de tener miedo y de bañarse en lágrimas e hincharse a píldoras verdes, como quien come Lacasitos, cada vez que se topa con un problema, esa jovencita había sido tan valiente como para ir a buscarlo cuando la sombra se le echó encima en el mitreo. Los peligros no la paralizaban ni se amedrentaba, sino que le daban energía para entrar en acción, es una luchadora que todavía no había descubierto que lo fuera.

Anna vuelve al coche mostrando una sonrisa que luce más intensa que el sol que asoma por el horizonte haciendo desaparecer la bruma a cada paso. A pesar de las dificultades y de los momentos tensos, Anna no perdía la forma amable y alegre de ver la vida y, lo mejor de todo, era capaz de contagiarla a quien la tuviera cerca, incluso a Taffi, que, poco a poco, Anna iba haciéndolo enfermar.

—¿Por dónde seguimos? —dice la muchacha nada más sentarse en el asiento del copiloto que Taffi se ha preocupado en liberar de los desperdicios.

—¿Ya no te interesas por la herida? —dice burlón.

—Seguro que está bien. Te la he curado yo.

—Claro, claro… La siguiente pista es fácil, «ciudad que muere», qué será: un cementerio, un complejo hospitalario, un escenario de *western* , un manicomio… Llama a Dionisio.

—¿No quieres que busque en Internet?

—No hace falta. Siempre hemos acabado llamándolo. Seguro que nos dice más que Internet.

Virginia corre al lado de Dionisio al escuchar la melodía del móvil en la sala de invitados.

—Hola, Dionisio. Siento despertarte tan pronto.

—No te preocupes. Ya estamos despiertos. Ese loco nos ha robado el sueño y eso a pesar de que ya no merodea por aquí. ¿Cómo estáis?

—Yo mejor que Taffi… —Anna cuenta lo ocurrido en el cubículo del mitreo y se pone una medalla en el pecho cuando llega el momento de explicar lo experta que es poniendo apósitos y limpiando heridas.

—¡Dios mío, Anna! Escucho estas palabras sin llegar a creer lo que os está sucediendo. Esto se está poniendo peligroso, abandonad, por favor.

—No. Estamos muy cerca. No podemos abandonar.

—Pásame a *piccoletto* , esto no puede continuar, corréis un grave peligro. Te suplico que me pases el teléfono.

—Dionisio, siempre te he hecho caso y te aprecio un montón, lo

sabes. Pero ya no soy una cría. No te voy a pasar a Taffi. Tenemos que encontrar la biblioteca.

—La situación se está volviendo peligrosa. Te ordeno que me pases a *piccoletto* .

—Dionisio —dice con voz seca—. Guárdame respeto. Trabajas para mí. Seguiremos porque yo lo digo.

El silencio no solo llega por parte de Dionisio y de Anna, también por parte de Virginia y Taffi que escuchan la conversación. En ese oscuro silencio, Anna se da cuenta de que es la primera vez que lleva la contraria a Dionisio y que le impone su superioridad, y los ojos se le sonrojan. Dionisio comprueba que el papel que hasta ahora ha desempeñado con Anna acaba de cambiar, ya no se siente tutor de la chica, ya no puede darle órdenes, ya solo puede aconsejarla.

—Tiene razón, señorita. Tiene razón —dice Dionisio, llenando el vacío de palabras—. Si no te puedo pedir que lo dejes, solo te aconsejo que tengas cuidado.

—No quería ser tan grosera contigo…

—No se preocupe, señorita. Es difícil tratar como adulto a quien has cuidado desde que es un niño. Solo tengo que acostumbrarme. Dime, ¿para qué me has llamado?

—«Ciudad que muere». ¿Te dice algo?

—Claro que sí. En italiano *la cittá che muore* , es un pueblo que se llama Civita di Bagnoregio.

—¿Y qué tenía de especial para mi padre?

—Era un lugar mágico, del que sentía especial atracción. Lo que no sé decirte es por qué.

—Algún dato más. ¿Algún nombre? ¿Alguna dirección?

—Nada. Siento no poder ayudar.

—Es suficiente, vamos allí, a ver qué podemos encontrar. —Anna cuelga.

—Me alegra un montón que estén bien —dice Virginia poniéndose una mano sobre el pecho—. He flipado cuando ha dicho que el maníaco los ha seguido.

—Sí. Yo también me he quedado preocupado. ¿Cómo puede seguirles el rastro tan de cerca?, casi anticipándose a ellos, como si pudiera leerles el pensamiento.

—Ese pavo debe conocer a mucha gente y seguro que está achinado. Un tío así es peligroso.

—Sí —dice el viejo acariciándose la barbilla con la mente ida—. Voy a la cocina a preparar un café. ¿Te apetece uno?

—Sí.

El viejo sale de la sala dejando la puerta entreabierta. Se queda inmóvil al otro lado desde donde siente como Virginia revuelve en el bolso y camina hacia la sala contigua. Dionisio reconoce el sonido del tranco de la puerta del baño. Se acerca a ella y apoya la oreja. «Civita di Bagnoregio», oye decir. «Ese es el nombre de la ciudad, van ahora hacia allí…, no saben qué tienen que encontrar… Taffi está herido en el brazo». El anciano se lleva la mano a la boca y da dos pasos hacia atrás, sin darse cuenta de que detrás hay una alfombra, con la que tropieza y acaba en el suelo. Virginia se calla y gira la cabeza hacia la puerta. Corta la llamada, abre la puerta y mira a un lado, a otro y luego al suelo, fijándose en una arruga en la alfombra.

En la cocina, de espaldas a la puerta, el anciano intenta marcar el número de Anna. Las manos, temblorosas, no dejan que los dedos acierten con las teclas. Por la espalda recibe un golpe sonoro en la cabeza. El anciano cae de rodillas, el móvil se le escurre de las manos. Un segundo golpe lo deja tumbado boca abajo. Sobre las baldosas surge un pequeño lago carmesí.

24

La voz que emerge del navegador quita el protagonismo al continuo rumor de fondo de la calefacción del coche arrojando aliento de dragón. Taffi, callado, centra la atención a la carretera y Anna consulta en la pantalla del móvil información sobre Civita di Bagnoregio. En realidad, *La ciudad que muere* es un sobrenombre, el nombre de la población es Civita y forma parte de Bagnoregio, un municipio de la provincia de Viterbo en la región del Lazio. *La ciudad que muere,* en continuo y vertiginoso equilibrio, se eleva sobre una solitaria montaña que emerge en un valle de base arcillosa sometida a la imparable erosión del agua, que, poco a poco, escarba el pie de la montaña. *La cittá che muore* , así la apodó el escritor italiano Bonaventura Tecchi, define sin ambigüedad de interpretación su irremediable destino, desaparecer. Ya los etruscos, primeros pobladores de estos lugares, fueron conscientes de la caducidad de la zona y sus habitantes posteriores, los romanos, la abandonaron. El resurgimiento aconteció en el medievo, con la creación de un burgo. En la actualidad, en Civita, solo vive una decena de personas dedicadas al turismo de la ciudad o viviendo de él. El acceso a la ciudad no es sencillo. Solo hay dos rutas: a través de un gran túnel excavado en la base, hoy en peligro por derrumbamientos, o cruzando un estrecho puente, de unos trescientos metros de largo que inicia en el pie de la montaña, se eleva con pendiente pronunciada por encima de la ladera y finaliza en la cima. Por su situación estratégica, *la cittá che muore* , era un lugar idóneo en aquellas épocas en que la defensa de las poblaciones requería de grandes murallas, ya fueran construidas o naturales. A ojos actuales, es un lugar nada atrayente para vivir, pero un reclamo para turistas y para productoras cinematográficas que usan las calles y los edificios como escenarios de películas.

En terreno montañoso, y mirando desde las alturas, la niebla baja puede dar lugar a vistas sorprendentes, como la que observan Anna y Taffi al descender desde Bagnoregio por la carretera que los lleva al puente de acceso, Civita se presenta como una isla solitaria emergiendo de un mar con olas vaporosas y prácticamente inmóviles.

Una aparición de historieta de cuento de hadas o de película de terror. La carretera sigue descendiendo y el coche se sumerge en la espesa niebla hasta llegar al pie de la montaña. El camino acaba en un pequeño aparcamiento, parcialmente ocupado por algunos coches, del que tan solo a unos metros comienza el estrecho y largo puente de Civita.

Anna y Taffi ascienden con paso de procesión de Semana Santa, cabeza gacha en penitencia, las manos en los bolsillos y la nariz más fría que un cubito de hielo por el puente que, por su pronunciado desnivel y su considerable longitud, pone a prueba la resistencia y capacidad pulmonar de quienes lo recorren. Cuando la niebla les queda por debajo de los pies, Anna y Taffi se paran a tomar aliento.

—No sé qué se le había perdido a mi padre en un lugar tan aislado.

—Pronto lo descubriremos. Ánimo. Solo queda la mitad del camino.

Donde acaba el puente, tras el arco de piedra que marca la entrada de la ciudad, conocido como el arco de la puerta de Santa María, la única puerta de las cinco que permanece en pie, se oculta una figura alta y enjuta apretada dentro de un traje Armani y un abrigo que sonríe al contemplar la llegada de los visitantes.

La ascensión se hace más complicada para Taffi y Anna, y cada paso que dan cuesta más que el anterior. El elevarse en altura los deja expuestos a las corrientes de aire que crecen en fuerza y frialdad. La llegada a la cima, donde la muralla para los cachetes que el viento les arrea, es un alivio.

Las explicaciones y fotografías de Internet habían sido capaces de transmitir a Anna lo bucólico y mágico que podía ser estar allí, pero visto en persona las sensaciones se multiplican. El placer de encontrarse en ese lugar con calles angostas y empedradas, entre edificios hechos con sillares de toba porosa y rosácea, por las que no circula ningún medio a motor, no tiene descripción. El burgo es anacrónico, parece no haber pasado del siglo XVI, como si los relojes, al igual que los del despacho de su padre, se hubieran parado en el Renacimiento. Anna siente la cercanía de su padre, ¿cuántas veces habría cruzado ese empinado puente?, ¿cuántas veces habría pasado bajo el arco apuntado de la puerta de Santa María? Anna quiere ver en cada rincón y recoveco la imagen de su padre esperándola, quiere oír en cada soplo de aire su voz hablándole.

—Fíjate, Anna, no hay papeleras, ni farolas. Solo la fecha grabada en las alcantarillas o las pocas antenas de televisión sobre los tejados

nos llevan a nuestros días.

—Sí, es como si el tiempo no hubiera querido subir por ese puente. Es un lugar asombroso. ¿Qué buscamos?

—No sé. Gracias a Dios la ciudadela no es grande. Habrá que estar atentos.

Recorren la ciudad, empapándose de todos los escudos de armas sobre las puertas y las ventanas de los edificios, escrutando sillar por sillar las paredes y piedra por piedra el pavimento. Nada. Por no haber no hay ni un alma, salvo una anciana sentada en una silla de mimbre al final de una de las calles que acaba en la nada.

Un escalofrío atraviesa a Anna, desde la comida en el hotel el día anterior no ha probado nada caliente, el frío parece habérsele adueñado de los huesos. Entre caminata y caminata pasan por delante de un bar. Anna suplica entrar para espantar el frío con algo caliente.

El pequeño establecimiento se encuentra en tinieblas y la barra del bar no llega a los tres metros de largo. El local solo tiene tres mesas de madera, hechas con tablones rozados y arañados. En lugar de sillas hay taburetes con tres patas y ninguna de ellas recta. Los azulejos, rojos, están partidos y descascarillados. De una estufa surge un hálito de calor con aroma a madera, al que Anna y Taffi se acercan con las manos abiertas.

—Buenos días —dice con un tosco italiano con acento rumano una mujer gruesa y propensa al vello facial que, con un trapo mojado en amoniaco, limpia con celo paranoico la única ventana del bar—. ¿No han leído el cartel? No está abierto.

—Al ver que la puerta se abría hemos pensado que sí lo estaba. Ya nos vamos —dice la joven.

—No se marchen —dice al observar la cara pálida y la nariz colorada de Anna—, les prepararé algo caliente, no vaya a ser que esa naricita tan mona se le caiga a trozos —dice mientras se seca las manos sobre un delantal con algún que otro siete—. ¿Qué desean?

—Un par de cafés estaría bien. Es muy amable —dice Anna y toman asiento en una de las mesas.

—¿Y qué se les ha perdido por aquí? —dice la mujer, después de deleitarlos con una sinfonía de vapor cantada por una vieja cafetera—. En invierno solo quienes tienen una reserva en alguno de los restaurantes sube por esa rampa, y no siempre lo hacen de buen gusto.

—Buscamos al señor Vaccaro —se anticipa a responder Taffi, temeroso de que Anna se invente algún tipo de relación sentimental entre ellos—. Un hombre alto, delgado, bien vestido, ya algo mayor.

¿Lo conoce?

—No, seguro que no, somos muy pocos vecinos.

—Puede ser que no viva aquí, pero que venga con frecuencia.

—No —dice mirando a la nada—. Vivo en este pueblo desde hace un año, y eso es mucho para un lugar en el que no pasa el tiempo. —«Maldita la hora en que creí que este sería un negocio rentable», dice para sus adentros—. Si ese hombre viene con frecuencia seguro que la señora Angela lo conoce.

—¿Dónde podemos encontrarla?

—Es la última casa de la calle, nada más salir a mano izquierda. Es raro que no la hayan visto. Es una mujer algo mayor, tiene esa enfermedad…, no sé cómo se llama, que está todo el rato temblando y está algo tocada del ala. Deja ver su casa y el patio a cambio de unas monedas, la voluntad. También dice vender antigüedades, pero les aconsejo que no las compren, solo son cacharros viejos y oxidados.

—¡Que disfruten la Nochebuena! —dice la camarera mientras Anna y Taffi se colocan los abrigos.

—Lo mismo le deseamos —dice Anna mostrando una sonrisa de sorpresa. Con tanta excitación y ajetreo no se había dado cuenta de que era veinticuatro de diciembre.

En la sierra madrileña, en la mansión de Vaccaro, Virginia arrastra una alfombra sobre la que yace el cuerpo del mayordomo, tira de ella caminando de espaldas y resopla con cada centímetro que avanza. Desiste. Con el brazo se aparta el sudor de la frente. Se descalza y se quita las medias con las que ata los pies y las manos del anciano. De la cocina coge un cuchillo jamonero y reposa sentada en el suelo cerca del mayordomo. Hasta ahora todo había funcionado, seguían muy de cerca a Anna y Taffi, incluso iban por delante usando de cebo a Dionisio, siendo cómplice sin saberlo. Sin embargo, ese maldito anciano había arruinado el plan. Tenía que idear una nueva estrategia para que Taffi y Anna siguieran filtrando información y esta vez sin contar con Dionisio. Tras recuperar el aliento, se levanta y vuelve a tirar de la alfombra.

25

Angela resulta ser la solitaria anciana que habían visto sentada en la despoblada calle. La casa que custodia es una de las pocas que no tiene escudos de armas en la fachada, la única que tiene falta de una mano de pintura que disimule los regueros del agua de lluvia en las paredes, y la única en la que crecen las malas hierbas, ahora amarillentas y tiesas, en las grietas mal tapadas que quedan entre el pie de la pared y el asfalto. Un abrigo negro cubre las ropas de la anciana, que por lo que se puede llegar a percibir también son de tonalidades oscuras y grises; una vestimenta muy común de las mujeres de antaño que parecen estar guardando un eterno luto, hasta que alguien, seguro que con menos o incluso nulo rigor, lo guarde por ellas. En la cercanía, pudieron descubrir que esa mujer no es tan anciana como parece, salvo en la forma de vestir, en los movimientos torpes y en el continuo tembleque.

Sin levantarse, la mujer agarra el brazo de Taffi y con dedos huesudos y temblorosos señala la entrada al terreno colindante a la casa, haciendo gestos para que lo visiten. Taffi, con un movimiento de cabeza, confirma que entiende. Anna pide a Taffi que se rasque los bolsillos. Taffi escarba en los del pantalón hasta que da con un par de monedas que deja caer en un cesto de mimbre estratégicamente colocado en el primer escalón de la puerta de entrada al patio repiqueteando al chocar con las pocas monedas de cobre que contenía.

Al superar la puerta de metal roído por el óxido, observan la parcela, mitad jardín, mitad huerta en estado de barbecho, limita a un lado con la casa y al otro con una barandilla de piedra, desde la que más allá solo se encuentra el cortante abismo de la montaña. Anna y Taffi siguen la senda que recorre la pared de la vivienda. Sobre el muro de grueso e irregular gotelé, salpicado con muy mala gana y poca puntería, penden bocas de vasijas colgadas de puntas con cuerda sisal, utensilios viejos y cazuelas que la corrosión está exfoliando y perforando. Taffi se detiene delante de una coraza de metal y un escudo cubiertos por el polvo rojizo de la oxidación preguntándose en qué época pudieron tener utilidad y dudando de la autenticidad. En el

muro contiguo, apilados de cualquier forma sobre ladrillos en los que se agarra el musgo, observan los restos de piedras con figuritas esculpidas que, debido a la forma, podían tratarse de bases de columnas y, a un lado, una rueda de carro tan agujereada por la carcoma que está a punto de hacerse añicos. Continúan sin salirse del sendero hasta alcanzar una puerta desencajada que roza el suelo cuando Taffi la abre dando acceso a una habitación diminuta, más caverna que habitación, con muros sin líneas rectas que sostienen vírgenes y crucifijos, a los que no hay ninguno que no le falte un miembro o esté pegado con rebosante cola, y candiles inútiles pues les faltan las mechas. Al fondo, en soledad, un mueble torcido encierra en sus cristales una colección de libros arrugados y descoloridos. Taffi se asoma a la vitrina y toca con la mirada los lomos: *El cerebro de Da Vinci* , *Las iluminaciones de Edison* … A la colección solo le falta un volumen para estar completa. Como a Edison, la bombilla ilumina a Taffi. Del bolsillo saca el libro de Tesla. La sonrisa de medio lado aparece en la cara de Taffi.

—La mujer de la puerta no solo sabe quién es Vaccaro.

Anna analiza el libro de Tesla y lo compara con los volúmenes. No tiene dudas.

—¿Qué hacemos?, ¿nos colamos en la casa sin que nos vea, o esperamos a la oscuridad de la noche?

—Hagamos algo más fácil. Hablemos con ella.

—¿Y cómo? Es muda. Ha sido incapaz de pronunciar una palabra.

—Si lo fuera, ya lo habría dicho la camarera. No hubiera tenido reparo en añadir un detalle tan peculiar a la lista de adjetivos subjetivos que le ha dedicado.

En la calle, unos pasos de zapato caro hacen que Angela se gire y levante la vista. En el otro extremo, lejos de la mujer, aparece una silueta alta y enjuta que se detiene al verla. Los ojos de la mujer, lacrimosos y apagados, se llenan de luz, y la boca se le curva formando una media luna cóncava. La mujer llama a la figura por su nombre, Vaccaro. El hombre se coloca un pitillo en la boca y lo enciende. La mujer vuelve a llamarlo, más alto. El hombre no se inmuta. La mujer, con muchas dificultades, se alza. Entonces, la silueta se da la vuelta y desaparece dejando un rastro de humo que se desvanece en el aire. La mujer se sienta, se santigua y deja caer el rostro y la mirada hacia el suelo con la mente perdida en la imaginación.

—¿Todo lo que hay es suyo? —pregunta Taffi, rescatando a la

mujer del mundo imaginario y trayéndola al real.

—Sí, si están interesados en alguna antigüedad en particular casi todo está en venta.

La respuesta es el silencio y un billete de cincuenta euros que la mujer coge de la mano de Anna, antes de que el viento se lo arrebatara.

—Por este precio casi puede llevarse cualquier objeto. Jovencita, ¿qué te ha llamado la atención?

—Solo quiero que me deje hacerle una pregunta.

—Claro, hija.

—¿Conoce usted al señor Vaccaro?

—No.

Taffi saca otro billete del mismo calibre que el anterior.

—No es cuestión de dinero, no lo conozco —dice con aspecto serio e inmutable.

Taffi interviene.

—Puede ser que lo conozca con otro nombre. Es a quien le gustaba la colección de libros de inventores —dice mostrando el libro de Tesla.

El semblante de la mujer cambia.

—Ah, lo tenía él. Ese es su favorito.

—¿Y quién lo pregunta?

—Anna, su hija.

La mujer se queda mirando a Anna con ojos detectivescos, hasta que la mirada de Anna se cruza con la de la mujer inmovilizando las pupilas de Angela cuyo único refugio es tocarse la nariz y frotarse los ojos.

—Pasad. —La mujer se interna con paso penoso e irregular en la casa seguida de Taffi y Anna. Caminan por un pasillo estrecho y un techo de madera ennegrecida del que cuelgan embutidos frescos, esparciendo un ligero olor a carnicería.

—¡Marisa! —grita—. ¡Tenemos visita!

Una mujer mucho más enérgica y vestida con colores más vivos que Angela baja entre crujidos por los tablones sin pintura y unidos por puntas que forman los escalones de la escalera.

—Marisa, esta muchacha es la hija del mago y este señor…

—… su marido —se abalanza a decir Anna. Taffi reacciona con un gesto de asombro hacia Anna que las anfitrionas no pueden percibir, pensando, «se ha emperrado en casarme con ella».

—Prepárales la habitación del mago y la cena que tanto le gustaba.

—Pero, Angela, hoy es Nochebuena. Seguro que los señores tienen

compromisos y una familia que los espera.

—Si los tienen, los acaban de cancelar. Son mis invitados.

Marisa sube las escaleras, negando con la cabeza, aunque sin rechistar verbalmente. Angela les indica que la sigan a la sala de estar, entra delante y se apresura en alcanzar una cómoda de donde retira una fotografía enmarcada, que se encuentra al lado de una radio vieja, y la esconde en uno de los cajones. Taffi golpea con el codo el de Anna atrayendo la atención de la joven sobre los movimientos de la mujer. Luego, ya sin prisas, Angela se sienta en una mecedora al lado de la chimenea, donde un tronco casi en ascuas calienta sin mostrar llama, y se arropa con una pesada manta de cuadros. Taffi y Anna se acomodan en un tresillo, enfrente de la mujer, y se quedan mirándola, esperando como el tronco de la chimenea, en ascuas.

—El mago ha muerto, ¿verdad? —Taffi asiente con un único y sutil movimiento de cabeza—. Qué curioso es el cerebro o qué caprichosas las almas. Hace tan solo un instante me ha parecido verlo arropado en el abrigo negro que siempre llevaba y fumando.

Anna y Taffi no abren la boca; la mujer se muestra colaborativa y, con las aparentes dificultades para expresarse, no quieren interrumpir y mucho menos incordiar. La señora continúa:

—Claro que conocía a Vaccaro, el mago, el gran Vaccaro. Venía a Civita con frecuencia atraído por la tranquilidad y el aislamiento que no podía recibir allá por donde se moviera. Aquí la gente es noble, todo el mundo sabe quién es el vecino, pero nadie se inmiscuye en la vida de los demás, salvo la chica nueva del bar, qué mujer tan indeseable… y también respetaban la intimidad del mago, algo difícil para quien vive del espectáculo. Dormía aquí, en esta casa. Le encantaba el patio, y, cuando no estaba embabiado con las vistas, leía y releía los libros de esa colección. Los primeros años no salía de casa, buscaba soledad, la necesitaba para el reposo físico y mental, sobre todo mental, el mago tenía la mente alborotada, un hándicap de la gente imaginativa y creativa y que pocos entienden. Son personas que nunca descansan, que tienen el cerebro en continuo estado de alerta y, como esa radio antes de que dejara de funcionar —dice señalando el aparato encima de la cómoda—, recibiendo señales para transformarlas en voces y melodía con que complacer al público. Luego venía cada vez menos, solo cuando lo necesitaba. Estaba muy ocupado en el trabajo, una carrera estratosférica y meteórica que lo había catapultado a la fama, pero que le había robado el tiempo para recomponer las ideas y yo diría que también la vida. En una de las

visitas, hace ya mucho de aquello, el rostro de Vaccaro delataba preocupación, al preguntarle qué le ocurría me dijo que era conocedor de un secreto por el que había gente dispuesta a cualquier cosa. Ni siquiera la protección y el silencio de estos muros, tan viejos que ya no oyen y tan deteriorados que no tienen ganas de hablar, le dieron confianza para desvelarme ese secreto. Lo vi tan preocupado, que le propuse que no volviera, que abandonara la vida pública y se quedara aquí para siempre. No podía. «Tu trabajo y tu ego son más grandes que tu persona», le dije y él me respondió que el mundo es grande para un hombre pequeño, pero es pequeño para un hombre grande. A partir de entonces, las visitas fueron esporádicas. La última fue hace tan solo un mes. Estaba delgado y enfermo. Me dijo que ya no volvería. Venía a despedirse y a traerme algo que solo debería dar a su hija, si algún día aparecía por aquí. Pero no te lo daré —dice la mujer sonriendo mientras negaba con el dedo índice. Anna arruga el entrecejo—. No te lo daré ahora. Lo haré esta noche, como regalo de Nochebuena. ¿A que tenéis motivos para quedaros?

26

En la sierra de Madrid, el sol se deja ver a ratos, y, al hacerlo, refleja su luz en el gran espejo blanco en que se ha convertido el paisaje alcanzando con el brillo al Tuerto que camina con paso firme por la propiedad de Vaccaro. No recuerda bien el lugar, ha pasado mucho tiempo desde las pocas veces que estuvo allí y cuando lo hizo tampoco se fijó en él, pues en todas las ocasiones fue como acompañante, o más bien guardaespaldas encubierto, de Máximo. El lugar en que Virginia ha insistido en encontrarse no es difícil de localizar, la caseta del jardinero, y allí es donde se dirige el hombre.

El hombre entra en los muros de madera y cierra la puerta a sus espaldas, dentro espera Virginia, arropada por un abrigo Versace de lana virgen con cinturón, con doble botonadura, de color beis, que ha cogido del armario de Anna.

—¿Por qué aquí y no en la casa? —dice el Tuerto, escaneando con el ojo todos los rincones.

—Por la protección de la hermandad —dice Virginia manteniendo la distancia física—. El anciano está dentro, ahora duerme, pero despertará en cualquier momento. Aquí podemos hablar sin tapujos.

—Máximo está preocupado por la recuperación del libro —dice el Tuerto fijando el ojo en la joven.

—Dile que no tiene que estarlo. He tenido que alterar los planes iniciales. El viejo me ha descubierto informando a Cosimo, pero la misión marcha. El libro será nuestro. Cosimo no les quita ojo. Cuando hayan descubierto dónde se encuentra la biblioteca, Cosimo caerá sobre ellos.

—Esa es la preocupación de Máximo, el soldado Cosimo. —Virginia arquea las cejas—. Máximo cree que sus ganas de venganza le ciegan y pone en peligro no solo la misión, también nuestro anonimato y la protección de la hermandad.

—¿Y tú qué crees? ¿Tan mal soldado es Cosimo? ¿Ya no opinas que es el mejor?

—No importa lo que yo crea. Máximo no se equivoca.

—Cosimo es fiel a los Herederos de Mitra y a mí, no hará nada sin

que le dé mi aprobación.

—No podemos arriesgarnos. Quiero que me informes de todos los pasos que dé el soldado —dice el Tuerto acercándose a la joven a distancia milimétrica—. ¿Lo harás?

—Lo haré. Soy una heredera de Mitra —dice adquiriendo su cuerpo una posición firme.

—¿También lo serás después de obtener el libro? —dice el Tuerto ladeando la cabeza y mostrando una sonrisa maliciosa—. Sé lo que has pedido a Máximo a cambio de tu servicio en la misión. No es nada habitual, por eso no va a permitir que falles.

Virginia da un paso atrás.

—No lo haré —responde.

27

A primera hora de la tarde, la niebla empalagosa ha terminado de evaporarse y los rayos oblicuos del sol se cuelan entre las grietas de nubes blancas y grisáceas, que caminan en procesión y con paso ligero por el firmamento, deteniéndose en el jardín de la casa de Angela en el que se encuentran Taffi y Anna.

Taffi, de pie y apoyando los brazos en la barandilla, contempla el abrupto abismo de arcilla, en el que se agarran escasas plantas y abundantes arbustos y hierbas, después aleja la vista reparando en cómo se alternan las sombras y los claros sobre el terreno distante y luego la clava en el horizonte aserrado, donde los riscos despuntan arañando el cielo surcado por pájaros solitarios que, con alas abiertas, se dejan mecer por el viento.

Anna, acomodada en una silla plegable de madera, se calienta al sol, desde donde examina a Taffi con atención perenne, pidiendo en silencio que le devuelva la mirada o le dirija la palabra. Ese hombre del que solo conocía su nombre y, desde hace unas horas, poco más se ha convertido en un acompañante fiel, un ángel protector y un excelente guía. Analiza las manos de Taffi, unas manos bonitas y delicadas con las que es capaz de hacer trucos de magia, abrir cerraduras con horquillas de pelo y dar puñetazos. Luego se fija en el rostro, en la barba oscura y emergente tras horas sin afeitar, en las patas de gallo que comienzan a aflorarle delatando experiencia, y en los ojos marrones y cansados, unos ojos con mirada a veces perdida, pero siempre analítica. Un hombre que sabe qué quiere y qué debe hacer para conseguirlo. Un hombre que le recuerda a su padre o más bien a cómo le gustaría que fuera su padre si hubiera llegado a comportarse como tal.

—¿Podemos esperar tanto? —dice Anna—. ¿No sería mejor decirle que tenemos prisa y que nos dé ya lo que sea?

—Respetemos la voluntad de la señora —contesta sin mirarla—. Estamos muy cerca. Además, esa mujer es la guardiana de un secreto con forma de fotografía ahora oculta en el cajón de la cómoda del salón. Hay que seguirle la corriente. —Taffi persigue con ojos

morbosos un águila que vuela en círculos, el ave recoge las alas y se lanza en picado hacia una presa que Taffi no puede llegar a ver—. Desde aquí la vista es preciosa, naturaleza en estado puro, y la tranquilidad que se respira es indescriptible. Tu padre tenía buen gusto. Este es un lugar que enamora.

Anna se alza y se pone al lado de Taffi, el viento ondea el cabello negro de la muchacha, en completo contraste con el pantalón y la chaqueta blanca que viste.

—Que enamora y en el que se puede enamorar.

Anna gira la cabeza hacia Taffi, pero él no se mueve.

—Aprovechemos para recapitular.

Anna se da la vuelta y apoya la espalda sobre la barandilla sin dejar de mirar a Taffi.

—Tenemos el broche que, juntándolo con el brazalete, nos ha dado las pistas para llegar hasta aquí. Tenemos algo que mi padre dejó a Angela para mí…, supongo que será la llave. Una vez que la tengamos, solo hay que encontrar la puerta de la biblioteca, deberá estar en uno de los edificios de Civita.

—Ahí está la cuestión. La mujer ha dicho que el maestro no venía con mucha frecuencia, solo para relajarse, cuando quería evadirse, pero no para trabajar.

—¿Quieres decir que Angela miente?

—No, quiero decir que dudo que la biblioteca y el taller se encuentren en este burgo.

—¿El viaje continúa? Esto parece uno de esos juegos en los que te dejan una pista que va a parar a otra y luego a otra hasta que se da con el premio.

—Sí, pero con el aliciente de que alguien nos persigue y tiene ganas de clavarnos un cuchillo muy grande.

—Tú no le temes, ¿verdad?

—Claro que sí, pero no voy a amedrentarme por ello.

Anna se queda pensativa.

—Creía que un crío que fue capaz de huir y vivir en la calle se convertiría en un adulto sin miedos.

—Quien diga que no tiene miedo a nada, es que también lo tiene a decir la verdad.

—Pues yo tengo muchos y me frenan.

—Y a mí me frenaban, me han parado en infinidad de ocasiones. El miedo es una prisión de la que cuesta escapar, pero cuando te das cuenta de que solo es una emoción que produce angustia y eres capaz

de controlarla, entonces encuentras la libertad y un mundo nuevo se abre ante los ojos.

—Me recuerdas al señor Iglesias, mi psicólogo, siempre diciendo que tengo que salir de mi zona de confort y explorar. Que me estoy perdiendo un motón de oportunidades y experiencias por culpa de mis miedos.

—Pues si ya conoces la teoría es un gran paso, te queda aplicarla, y para eso solo hay que poner voluntad. Lo que tengas ganas de hacer, hazlo, que nada te detenga.

—Para ti es fácil decirlo, para mí es difícil hacerlo.

—Hacerlo es solo cuestión de tiempo. La vejez tiene algunas cosas buenas, más bien pocas, una de ellas es no dejarte llevar por los miedos.

—Tú no eres viejo —dice Anna sonriendo.

—Ya no soy tan joven como me gustaría.

—A muchos hombres les gustaría llegar a tu edad tan bien como estás tú.

—Esos hombres pueden envidiar mi apariencia, pero no pueden envidiar mi vida.

—Eso todavía te hace ser más interesante.

—Interesante o no, para ti solo soy alguien que quiere ayudarte y tú eres una jovencita. Recuérdalo.

—Sí, papá —dice poniendo voz de niña y afirmando con la cabeza —. Algún consejo más.

Taffi se da la vuelta y se aleja sin mirarla.

—Me acercaré a Angela, a ver si puedo sonsacarle algo más de Vaccaro.

Anna lo observa con expresión sonriente y victoriosa. «Te haré caso, haré lo que quiero hacer», piensa, y se toca el bolsillo de detrás del pantalón comprobando que no ha perdido su contenido.

Taffi entra en la sala de estar. Allí no hay nadie, pero no llama a Angela, la fotografía tiene más cosas que decir que la mujer. Se acerca a la cómoda, abre el cajón despacio…, la foto no está allí. Taffi percibe una respiración, se gira, pero solo advierte una sombra que se aleja al otro lado del vano de la puerta.

—Angela, acabo de ver al marido de Anna fisgoneando en el cajón de la cómoda. Sospechan algo, ¿cuándo vas a decírselo? —dice Marisa nada más entrar en la cocina, la sala en la que Angela pasa la mayor parte de las horas cuando no está sentada en la silla de la calle. Una sala en la que no hay rincones ni muebles desaprovechados; los que no

están ocupados de columnas de platos, vasos, tazas y jarras, todos ellos sin orden ni material establecido, pues los hay de metal, de vidrio y de plástico, lo están de botellas de aceite y vinagre mezclados junto a cantidades incontables de paquetes de pasta, harina y café. Bajo un fregadero de acero inoxidable, más abollado que la armadura del Quijote tras el encuentro con los molinos, hay un cubo con restos solo de comida, pues todo lo que sea susceptible de arder acaba en la chimenea, y, a su lado, botellas de lejía y detergente. La mayor parte del espacio se lo lleva una gran mesa redonda y un banco de madera de un metro de largo y sin respaldo, pues cubre las funciones la pared, en el que Angela está sentada.

—Las cosas difíciles de oír también lo son de decir. Lo haré cuando encuentre el momento adecuado —dice contemplando el baile sin ritmo de las llamas en la gran chimenea que antaño se usaba para cocinar.

—Hermana, siempre me ha sorprendido la paciencia, y aún más la fidelidad, que has demostrado hacia ese hombre que te ha tratado peor que a una perra.

Apoyado en la pared de la calle contigua, el soldado apura un cigarrillo que, como su paciencia, está a punto de consumirse. Se palpa la nariz, irritada, como lo está él, todavía le duele, y luego el mango del cuchillo de marfil dentro del bolsillo, tiene ganas de encontrarse de nuevo con Taffi para seguir justo en el momento que lo dejó la noche anterior. Sabe dónde está, y ni él ni la joven pueden darle esquinazo, a no ser que tengan un paracaídas. Las ansias lo empujan a precipitarse sobre la casa de la mujer y acabar de una vez por todas, pero Virginia le ha indicado que espere. Cierra el puño y lo aprieta con fuerza, el sentido común y las palabras de Virginia pueden más que las ansias de reventar a Taffi, por ahora tiene que conformarse en imaginar cómo va a acabar con él, le hará pasarlo muy mal cuando le ponga la mano encima.

28

Esa noche las nubes corrían por el cielo ocultando a ratos Civita entre las sombras, en la cocina de la señora Angela, en torno a la mesa redonda, ahora cubierta por un mantel color mandarina que solo sale del cajón en las ocasiones especiales, que son muy pocas, y cerca del abrazo cálido y placentero de la chimenea, Anna y Taffi, hambrientos de comida y de conocimientos, esperan la cena que Marisa ha preparado y, sobre todo, el postre, el presente que Vaccaro ha dejado a Anna.

Taffi es atípico en Nochebuena, como huérfano en edad demasiado prematura es una festividad que le deja desanimado y apático, como si no reaccionara ante los estímulos, las ilusiones y la felicidad que acompañan al momento. Había pasado más Nochebuenas en soledad que acompañado. En su más tierna infancia, las que estuvo con su mamá, fueron las mejores, las que nunca se le borraron ni borrarán de la memoria, recordaba cómo juntos decoraban la casa con guirnaldas y espumillones, desposeyendo la casa de los oscuros grises de los suelos y los colores pálidos del papel de las paredes, adquiriendo luz y tonalidades vivas; también recuerda el árbol de Navidad llenando el diminuto salón, bajo el que Papa Noel dejaba algunos regalos entre los que nunca faltaban un libro y unos calcetines; y las cenas austeras en las que el plato estrella eran las croquetas elaboradas con los restos de pollo de la comida de unos días antes, acompañados de los villancicos de un casete que se repetía todos los años, y, sobre todo, recordaba los achuchones y besos de mamá. Las Nochebuenas en el orfanato nunca llegaron a ser lo mismo que en casa con mamá, las monjas intentaban que los chiquillos disfrutaran y vivieran esa noche entre magia, religión y esperanza; y, a pesar de que las hermanas ponían voluntad, él nunca llegó a integrarse, esas fechas en el cerebro de Taffi solo había espacio para la imagen de una mujer joven y alegre, la de su mamá, y el pensamiento no escapaba del tormento y de la rabia hacia ese maldito conductor que se la arrebató y ni siquiera se paró a socorrerla. La última Navidad había pasado la Nochebuena con Virginia, pero como si fuera una noche igual a las demás; la joven

sabía que no era una fecha que Taffi quisiera celebrar y lo entendía. Ahora, con casi medio siglo de vida y un largo pasado detrás, para Taffi, la Nochebuena, era un momento para recapitular y avergonzarse de la vida que le había tocado vivir y de las decisiones y los caminos que había y no había tomado. Si pudiera elegir, Taffi no estaría sentado en esa mesa.

Anna tampoco está para tirar cohetes, es la primera Nochebuena que pasa sin su padre y, sobre todo, es la primera vez que la pasa lejos de Dionisio, quien ha sido padre y madre en la ausencia de los dos.

Angela y el misterio de la biblioteca de Vaccaro han conseguido que una noche de cama prematura en compañía de penas, fantasmas, lamentos y nostalgia se convierta en una noche de fiesta, banquete y vino a los que Taffi y Anna, con reparo interior, se unieron por respeto a las dos mujeres.

El humo de la chimenea no es lo único que perturba el olfato de Taffi, es extraño que esa mujer les haya ofrecido quedarse en una fecha tan significativa y personal. La relación que pudo mantener con el mago debió ser muy especial y eso lo hacía todavía más extraño; Vaccaro solo era simpático en los escenarios, no podía imaginar como esa mujer solo tenía buenas palabras para el difunto mago.

Las anfitrionas han preparado un suculento y extenso festín que no deja un espacio libre en la mesa: entremeses de burrata, *formaggio* y *prosciuito* ; ensalada; sopa de pescado, típico en las mesas italianas en esas fechas; pez frito, otro clásico; y, como había dispuesto Angela, la comida favorita del mago, pasta carbonara, un plato que se salía de toda tradición navideña, pero que tenía una presencia especial por ser el que tanto gustaba a Vaccaro. El vino no puede faltar y, entre las risas de las comensales, una amena conversación y bocados insaciables de apetitosos platos, el néctar de las uvas entra con alegría, sin impedimentos y sin conseguir saciar la sed.

Aunque quedan algunos platos medio vacíos y otros casi llenos, ya nadie mueve el bigote. Parece innato en el ser humano multiplicar las raciones por tres cada vez que se presenta una celebración o, como leyó una vez Anna en algún lugar, los países que celebran las fiestas con grandes banquetes son aquellos que han pasado mucha hambre.

Angela es una mujer de palabra, la cena no ha acabado, pero si el apetito, es el momento de que Anna reciba el regalo. La mujer le pide que coja ella misma el obsequio que su padre ha dejado oculto sobre el viejo armario. Anna, ayudada de una silla y de puntillas, alcanza el paquete envuelto en papel de periódico y atado con una cuerda.

Taffi libera un poco de espacio sobre la mesa para que Anna deje el paquete. La chica se arma con un cuchillo, corta el nudo y rasga de un tirón el papel dejando ver una caja de zapatos. «¡Mi padre me ha hecho venir hasta aquí para darme unos zapatos!», piensa Anna. Abre la caja, dentro no hay zapatos, sino un pequeño baúl de caoba con las letras A.V. grabadas dentro de una estrella de madera de castaño.

—La última vez que tu padre estuvo aquí —dice Angela—, no descansó ni de día ni de noche hasta acabarlo y escribir las iniciales de tu nombre. Luego durmió un día entero y, antes de que marchara, me aseguró que vendrías a por él en persona, y que desconfiara si alguien venía a recogerlo en tu nombre.

—Muchas gracias. —Se abalanza a besarla—. Gracias por haber sido cómplice de mi padre. Es un baúl muy bonito y me hace mucha ilusión.

La mujer acepta el beso.

—¡Pero, muchacha, a qué esperas, ábrelo! Tengo ganas de saber qué contiene.

Anna suspira, gira la tapa del baúl con los ojos cerrados. Al abrirlo, se lleva una gran sorpresa.

—¡Está vacío! —dice Anna.

Taffi, desorientado, se acerca, coge el baúl con delicadeza, acariciándolo lo gira, a la vez que recuerda cómo en ocasiones Vaccaro, con maestría artesanal, fabricaba extraños artilugios y mecanismos de madera y de metal que luego usaba en los espectáculos, y se lo devuelve a Anna.

—Mira bien —afirma con rotundidad—. El maestro era mago. A lo mejor es una caja sorpresa.

Anna enarca las cejas sobre los grandes ojos y analiza la pieza de madera sin encontrar sentido a las palabras de Taffi.

—¿Todavía no conoces el truco del doble fondo?

Anna inspecciona el baúl con pupilas de escáner, luego mira a Taffi, sonríe y presiona la estrella que contiene las iniciales. Clic, el fondo del baúl se abre. Anna mete la mano y extrae un papelito enrollado y atado con un pequeño lazo, destapando una pequeña placa dorada que reza:

«Habitas en lo que buscas.

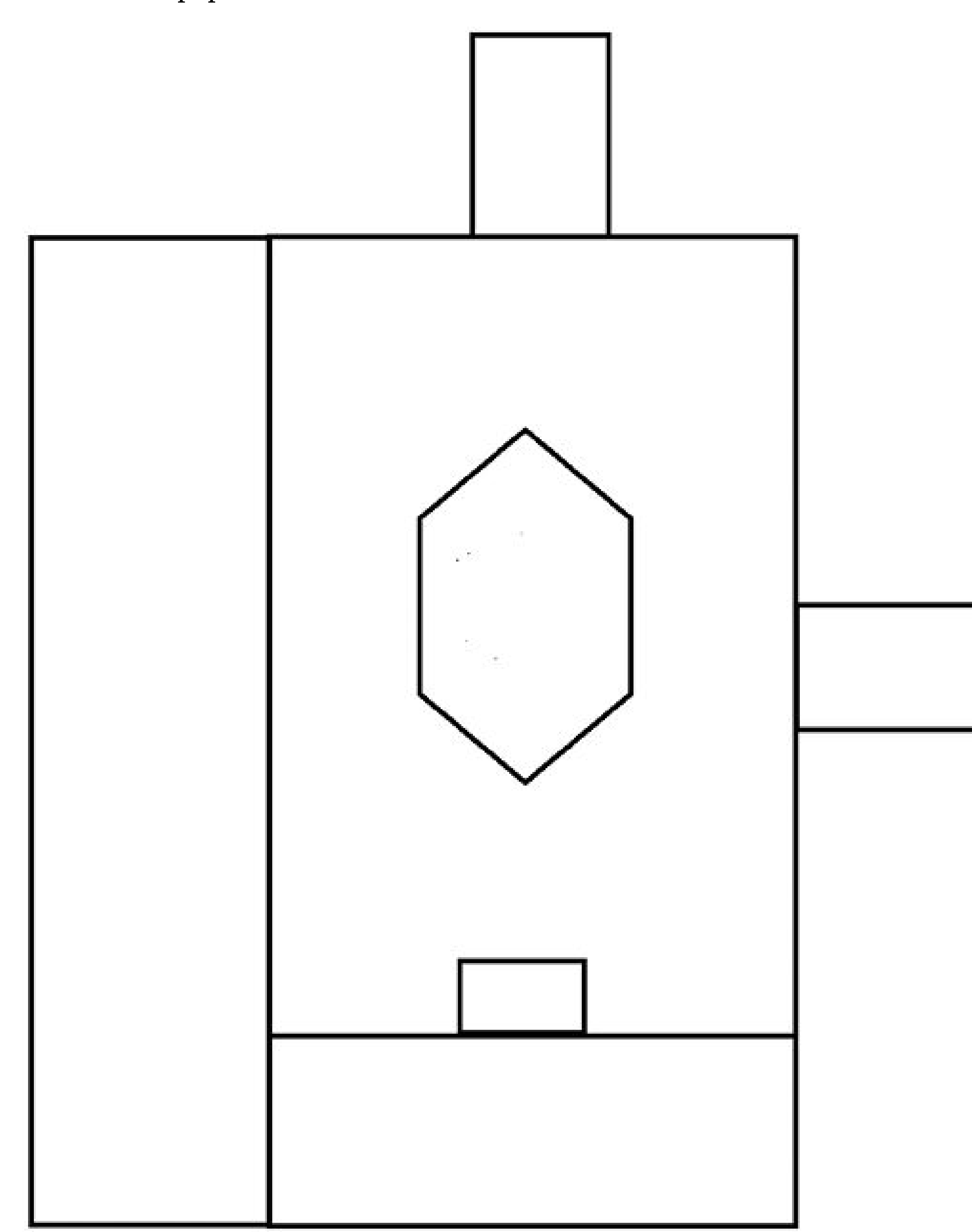
Las ideas y los sentimientos pueden abrir cualquier puerta.

Te quiero».

Las lágrimas bloquean a Anna impidiendo que ninguna palabra le salga por la boca, pasa el rollo a Taffi y se aleja de la mesa donde la

oscuridad es testigo de un llanto mal disimulado.

Con delicadeza de cirujano, Taffi desata el cordón del misterio y desenrolla el papel.



29

—¿Qué son esas rayas? —dice Marisa.

—El croquis de la planta de una casa —dice Taffi—. Y creo que sé de cuál se trata.

—Es la mía —dice Anna, con la voz a medio fondo—, la planta subterránea de mi casa. La biblioteca está allí. Este viaje no tiene ningún sentido. Hemos tenido que venir aquí para volver al punto de partida. Ha sido un juego estúpido, una pérdida de tiempo.

—No. El maestro debía tener algún motivo para que vinieras aquí. ¿No te parece ya un descubrimiento saber dónde venía a liberarse? Es más, creo que todavía quedan cosas por descubrir que nos van a impresionar —dice Taffi encañonando con la mirada a los ojos de Angela que, ante tal provocación, se levanta de la mesa.

—Sea Nochebuena o sea el día que sea, ya es tarde para una enferma —dice justificándose mientras observa la hora sobre un viejo reloj de plástico con el logo de Cinzano, que cuelga torcido de la pared—, que paséis buena noche. Vamos, Marisa, recogeremos mañana.

Taffi vierte el vino rosado de una de las botellas en su vaso llenándolo hasta el borde. Anna coloca el suyo al lado del de Taffi.

—Te acompaño.

—Necesitas un trago —dice Taffi sirviéndola—. Te entiendo. No son momentos de celebraciones para los que estas fechas nos recuerdan a los que hemos perdido.

—No lo necesito. Solo quiero hacerte compañía.

—Cuando la soledad se lleva por dentro, no se puede acompañar.

—Lo intentaré. —Sonríe.

Cuando la botella queda limpia, le sigue otra de espumante, luego otra de vino blanco… Tras unos largos sorbos de Taffi y otros más cortitos de Anna van fusilando todas las botellas hasta que no queda ni un mililitro de uva fermentada sobre la mesa.

Taffi, sentado e inmóvil, observa el rojo intenso del tronco en combustión, un color que parece ejercer una atracción magnética e

incomprensible sobre él. Anna, casi escurrida de la silla y cruzada de brazos, mira el esbozo de plano abierto encima de la mesa. Las pequeñas detonaciones que producen las ascuas se ocultan tras una explosión de risa súbita de Anna.

—¡Ja, ja, ja! Pensar que estaba allí, en casa. Y nosotros de aquí para allá, visitando viejos y sucios mitreos a cuatro patas, como dos idiotas, siguiendo pistas inútiles.

—Si te sirve de consuelo, el fantasma de Vaccaro también cayó en la trampa. No quites mérito a este viaje, no vendas la piel del oso antes de haberlo cazado. Todavía no sabemos cómo se abre la puerta de la biblioteca y espero que no nos vayamos de aquí sin desvelar el secreto de Angela.

La habitación en la que dormía Vaccaro, reservada esa noche para Anna y Taffi, es una de las dos estancias en que ha sido dividido el desván, y, como tal, mantiene la austeridad mísera de la casa. Los muros están encalados, con brocha gorda y mala mano, en un gris pálido como la muerte hasta media altura, pues desde allí surge el caballete del tejado de madera retorcida y ruda del que cuelga de un cable una solitaria bombilla con filamento grueso que hoy en día los más modernos llaman estilo *vintage* ; el suelo, de madera, se lamenta con cada paso que dan amenazando con partirse en cada movimiento, y entre las rendijas de sus tablones penetran todo tipo de olores provenientes del baño de la planta inferior que se mezclan con el de madera envejecida, ácaros y alcanfor; al lado de la puerta hay una cama matrimonial con cabecero y pie, ambos de metal y faltos de pintura, y un somier de muelles ruidosos bajo un colchón de lana, cubierto de una sábana de franela blanca con aroma a jabón de Marsella; al fondo hay un sillón desgastado; en la pared, enfrente de la cama, un armario cojo, pues tan solo tenía tres patas, la que falta ha sido reemplazada por un taco de leña salvado de la chimenea, al que no se le puede cerrar la puerta porque está desencajada; y al lado de este un escritorio embarnizado y una silla con las patas tan finas que da miedo sentarse. A través de los cristales de un diminuto ventanal con marco de madera agujereada por las termitas se cuela el frío y, cuando las nubes la dejan, la tímida luz de la luna.

Sobre el colchón de lana y las sábanas de franela, las anfitrionas han dejado dos pesadas mantas enrolladas.

—Dormiré en el sillón —dice Taffi y coge una de ellas, luego, con poco cuidado, la extiende sobre el sillón, se sienta en él y baja la vista para descalzarse. Al levantarla ve el cuerpo de Anna solo cubierto por

la ropa interior: una braga que le ahoga las caderas, duras y ausentes de arrugas y pliegues; y el sujetador, ambas prendas de colores blancos e inmaculados como la piel tersa que acarician. Cuando Taffi puede liberarse del encantamiento de esa piel, aprecia la cara dulce de la joven y las miradas acaban chocándose con tal fuerza que hace rebotar la de Taffi hacia los cordones de los zapatos. Anna agacha la cabeza sintiéndose pequeña y rechazada, se mete en la cama y se envuelve en el abrazo caliente de las sábanas.

El viento trepa por la montaña de Civita y se escurre entre los laberintos de sus calles alcanzando la persiana enrollada que oscila golpeteando el cristal del ventanuco. Ese sonido, casi imperceptible, martillea la cabeza de Anna que no para de girar y girar, centrifugando alcohol en cada vuelta.

—Taffi —dice en voz baja—. Taffi —alza el tono.

—¿Qué?

—Estás despierto.

—Sí.

—No puedo dormir y tengo mucho calor.

—Es el vino. Se te pasará.

Pausa.

—Taffi.

—¡Qué!

—¿No te sientes mal por estar lejos de Virginia en Nochebuena?

—No. Para mí la Nochebuena es un día más del calendario.

—¿Y para Virginia?

—Para ella no. Pero me conoce y me respeta. No celebramos la Nochebuena.

—¿La has llamado?

—No.

—¿Y no tienes ganas de llamarla?

—Eso a ti no te importa.

Anna se reclina y mira la sombra de Taffi.

—No es justo. Tú conoces mucho sobre mí, pero yo poco sobre ti.

—No quiero amargarte la noche con mis historias.

—No me importa.

Taffi suspira.

—Está bien. La vida no está siendo amable conmigo, no discurre como me gustaría, sé que eso no le sucede a casi nadie, pero no soy de los que se rinden, por lo menos hasta ahora. El mundo de la magia, por el que tanto he luchado, no me da para vivir. El espectáculo que

he creado, y en el que he invertido todos los ahorros y tiempo, no ha dado resultados. Mi relación con Virginia está sobre la cuerda floja, se ve con otro, y cuando estoy a punto de dejarla me da la noticia de que está embarazada. Para más mosqueo me encuentro con una ex, la ex si consideramos que fue una relación duradera y no una aventura más, y me hace ver que, de entre todas las mujeres que he conocido, Virginia es la única especial, y ahora que estoy convencido de querer estar con ella, tengo miedo a que sea demasiado tarde. ¿Te parece bastante, como para conocerme?

—Vas bien. Háblame de Virginia.

Taffi vuelve a suspirar.

—Háblame de ella y ya no te molesto más.

—La conocí hace unos meses. Tras muchos años en el mundo de la magia e ideando el espectáculo, había llegado el momento de intentarlo, necesitaba un ayudante, una chica joven, lo tenía claro, así que puse un anuncio en un periódico. O el anuncio no era muy motivador, o el sueldo que ofrecía era muy bajo, tampoco me podía permitir pagar más, así que solo se presentaron tres candidatas, Virginia era una de ellas. Cité a las tres el mismo día y a la misma hora, tras entrevistarlas elegí a una, que resultó no ser Virginia. Virginia era la más guapa, la más alegre, parecía tener dotes, pero el instinto me decía que era una mujer fatal y decidí rechazarla. Fui llamándolas una a una y en privado para comunicarles el veredicto. La primera fue Virginia. Al decirle que no era la elegida no se lo tomó mal, aceptó la derrota y se marchó. El día después, la seleccionada no se presentó. Me llamó por teléfono y me dijo que se lo había pensado mejor, que no quería ese trabajo. La otra candidata ni siquiera cogió el teléfono, solo me quedaba Virginia. Se puso contentísima cuando le dije que la esperaba en el teatro y en cuestión de una hora estábamos ensayando. Ya desde el principio demostró ser una gran profesional, dejándome claro que con la primera impresión me había equivocado, sabía estar, sabía moverse, era precisa, era intachable y era exhaustiva, parecía haber nacido para ocupar ese puesto, era capaz de enamorar al público y también a mí. En unas semanas ya la metí en casa, sin darme cuenta se adaptó a mí y a mi trabajo, estaba sorprendido, eso sí era magia, parecía que nos hubieran hecho en la misma colada. —Taffi hace una pausa—. ¿Estás dormida?

—No, continúa. Es una historia preciosa.

—Más que eso, era una relación ideal, hasta que hace un mes todo cambió. Virginia recibió una llamada, fue la primera vez que la vi

encerrarse en el baño para responder, pero no fue la última. A veces me quedaba con la mano en el pomo de la puerta del baño, con ganas de abrirla o, incluso, tirarla abajo, pero decidí hacer algo más concluyente. Un día, tras una llamada, con la excusa de ir a la farmacia a por un medicamento, se fue y la seguí. No tuve que irme muy lejos, dos calles más allá fueron suficientes, no pisó la farmacia, se montó en un coche conducido por un hombre al que no pude ver la cara.

—Vamos, que te pone los cuernos.

—Eso creo.

—¿Y nunca has pensado en pagarle con la misma moneda?

Taffi no responde o tendría que mentir, la fidelidad no era una de sus pocas virtudes, y la muchacha estaba siendo demasiado indiscreta. Pero eso a Anna no le importa.

—Quizá no has tenido oportunidad —dice la muchacha.

Anna se destapa y se acerca al sillón contoneando las duras caderas, bajo el haz plateado de la luna que penetra por el ventanal abriendo la oscuridad, y se coloca delante del sillón. Taffi se reincorpora fijando la atención en las tentadoras curvas y detalles de la angelical piel de Anna, que la escasa luz le deja escrutar con mirada paciente y serena. Anna se arrodilla sobre el sillón, y vigila los ojos de Taffi al acecho de sus pupilas, hasta que es capaz de captarlas y seguirles los movimientos hasta atraparlas obligándolas a estar quietas e impacientes. Con un movimiento suave se quita un tirante del sujetador, luego otro, y después se lo desabrocha dejándolo caer sobre la manta, descubriendo el tesoro que oculta, unos pechos pequeños con pezones rosados. Apoya las manos en el sillón quedando a cuatro patas, cual felina al acecho, y se acerca a Taffi, que contiene la respiración. La chica le coge la mano y le acaricia en silencio la palma generando en Taffi un deseo de tocarla y de besarla. Anna se aproxima más, acercando la boca semiabierta a la boca de Taffi que puede observar el vapor que emana con aliento angelical. Los labios se tocan. El contacto, jugoso y húmedo, y la respiración caliente despiertan los deseos de Taffi que acepta saciar el hambre de esa boca hambrienta con un profundo y largo beso. Pero ya no acepta más.

—Vuelve a la cama —dice negándole los ojos, evitando mostrar la parte de él que deseaba perderse en la intimidad de la joven.

Anna le acaricia la cara.

—Qué sucede. No te gusto —dice a media voz.

—No digas tonterías. Ni un ciego se podría resistir a tu belleza.

Pero lo que deseamos es mejor que no ocurra.

—Yo quiero que ocurra.

—Es preferible no hacer, a tener que arrepentirse.

—No soy tonta. No hay nada de qué arrepentirse. Tengo preservativos.

—Anna, esto no puede suceder. —Se cruza de brazos.

—No es lo mismo lo que decías esta tarde. Me aconsejabas que el miedo no me frenara a la hora de tomar decisiones y decías que tú eso lo tenías superado.

—No malinterpretes las palabras. Vete a la cama.

Los labios de Anna comienzan a temblar. La joven se levanta y vuelve a la cama antes de que Taffi pueda advertir que un chorro de lágrimas de decepción le resbalan por las mejillas.

30

No es un día cualquiera y la hora nada habitual, las tantas de la madrugada, para que una figura oscura, alta y enjuta, ceñida en un abrigo, descienda en penumbras por la escarchada rampa de Civita di Bagnoregio atizado por un viento gélido y cortante. El soldado ha permanecido en guardia, preparado para entrar en acción, hasta que la última luz de la casa de Angela se extinguió sin que Anna y Taffi salieran de ella. Fin de la iluminaria. Está exhausto, tiene las manos congeladas, tanto que casi no puede girar la rueda del Zippo para encender el cigarrillo que le tiembla entre los labios; siente cientos de diminutos alfileres incrustados en los dedos de los pies, el estómago ruge, la nariz le duele al respirar, y más cuando circula el humo del tabaco; los ojos, clavados entre profundas ojeras, le escuecen. Cualquier otro, sabiendo que la única salida del recinto de Civita era por el puente que ahora desciende, no hubiera tardado en resguardarse y esperar, pero él no. No puede dejar de estar alerta, lleva mucho tiempo esperando el momento de poder entrar en la biblioteca y arrebatar ese libro que Vaccaro nunca quiso vender a su líder, Máximo, lleva mucho más tiempo esperando que Vaccaro estirara la pata, el cabrón que le hizo la vida imposible, y aún lleva mucho más tiempo esperando para vengarse de Taffi, la cafeína que le mantiene despierto.

«Soy afortunado», piensa, «todo lo que espero en esta vida me lleva a Taffi. Siempre él, como había sido en el orfanato y después. Ese maldito ha venido a este mundo para hacerme infeliz; y, ahora, seré yo quien le haga irse de él. El no haber acabado con él en Sutri es una providencia, hubiera sido una victoria rápida, y no me hubiera podido regocijar», ríe en voz alta, llenando el vacío de la noche de sonoras carcajadas que retumban en las paredes de la montaña esparciéndose por el valle y haciendo levantar el vuelo a unos tristes gorriones resguardados en los recovecos de los arcos de la puerta de Santa María. «Saborearé el gusto de una muerte lenta de Taffi», piensa, y se imagina clavándole el curvo cuchillo ritual hasta el fondo de las entrañas y retorciéndolo a un lado y luego al otro, viéndole el rostro,

disfrutando de la cara de dolor y de pánico al sentir la llegada de la muerte, notando como la respiración se le acaba y asegurándose que supiera que las manos que le llevaban al infierno son las suyas.

31

Es tarde para levantarse, ha pasado el mediodía cuando Anna se despierta con legañas en los ojos y la sensación en la boca de haber chupado un estropajo. Se lleva la mano a la frente buscando apaciguar las palpitaciones que le recorren la cabeza, tan insistentes que siente en cada pulso que está a punto de estallarle. Se reincorpora mirando hacia el sillón, donde estaba Taffi solo queda la manta recogida. En la mente de la muchacha, según se va aclarando con la lucidez que trae el nuevo día, comienzan a formarse imágenes de lo que sucedió y lo que no sucedió en esa habitación tan solo unas pocas horas antes.

Desnuda, delante de la bañera, con los pies tocando el suelo de gres azul y con la sensación de estar pisando el polo norte, espera a que el agua que cae de los grifos se rescalde, no soporta el agua fría, sin embargo, en lugar de calentarse, cada segundo que pasa parece helarse más. Con el agua rozando el punto de congelación y sin más remedio, se mete bajo la alcachofa sintiéndose como los náufragos del Titanic antes de que pasaran a mejor vida, se seca a toda velocidad y, maldiciendo con palabras vaporosas, se viste tiritando. Por mucha tranquilidad, mucha naturaleza y mucha privacidad que tuviera el lugar, no entiende cómo su padre, siempre rodeado de lujo y confort, podía pasar más de un día en esa casa incómoda y austera.

En la cocina, Taffi, delante de los fogones y de espaldas a la puerta, presta atención al silbido de la cafetera y espera el inicio del gorgoteo para apagar el fuego sin que el café se pase. Anna entra y se coloca delante de la chimenea a la distancia justa donde la lumbre, viva e intensa, hace que la sangre vuelva a circularle por las venas sin que llegue a quemarle el rostro. Mira a Taffi cerciorándose de que sabe que está acompañado, cuando ve como el mago gira levemente la cabeza, aspira fuerte para coger el valor que le falta para expresarse y se lanza.

—Quería hablar de esta noche…

—No hace falta —dice Taffi sin ni siquiera darse la vuelta—. Yo ya la he olvidado. Son las consecuencias de beber alcohol en exceso. No quiero hacerte pasar por un mal trago. Ya sé que me vas a decir:

alcohol, sexo, juventud, pasar un buen rato y nada más.

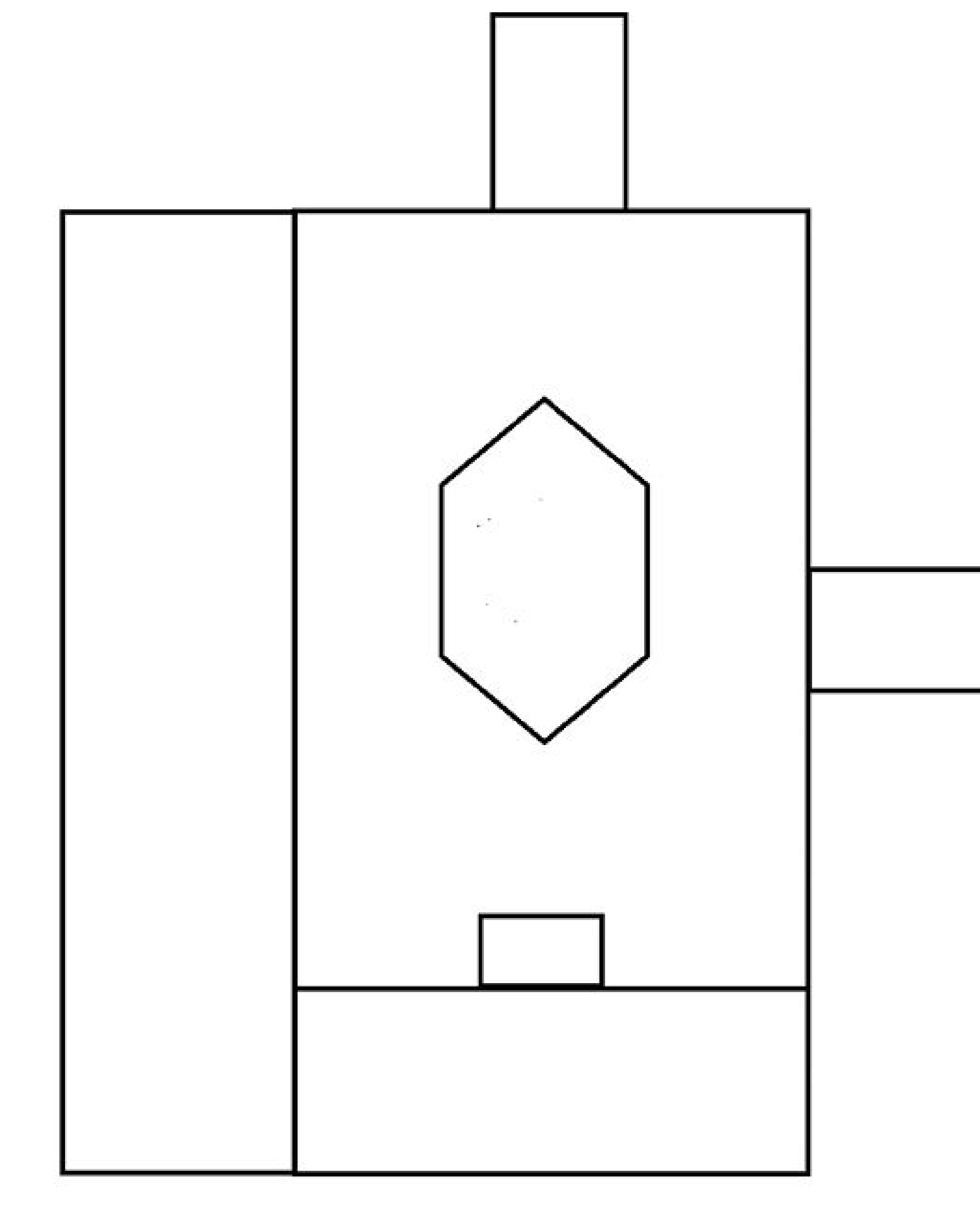
Anna le sonríe, con el comentario Taffi ha bloqueado las palabras de Anna después de las disculpas, palabras de locura y de amor que ya no tenían recorrido, porque chocarían con el muro que Taffi acababa de levantar.

—Menos mal que me has entendido sin que hable —responde llorando por dentro.

—Me costó controlar la situación, y no lo digo para que te sientas bien, te vi tan decidida y atrevida… ¿Un café? —dice girándose.

—Tú también eres muy atrevido —dice Anna. Taffi enarca las cejas—, preparar un café en Italia es un riesgo evidente de sufrir una dura crítica acompañada de un largo discurso sobre la diferencia entre el café bueno, el malo y cómo se debe preparar.

—Soy italiano, bueno, mitad italiano, mitad español. Conozco el café italiano y la cultura, rituales y manías de los italianos entorno a él. A qué no sabes cómo distinguir a un napolitano de un romano en un bar bebiendo café. —Anna niega—. Los dos pedirán a la vez un vaso de agua y los distinguirás por el orden a la hora de beberlos: el romano empezará con el café y después tomará el vaso de agua, mientras que el napolitano hará lo contrario. —Sirve dos tazas y se sientan en la mesa, cerca del fuego—. Continuemos con la búsqueda. —Taffi saca del bolsillo de la chaqueta el plano y lo sujeta con las tazas vacías de café, quedando desplegado en la mesa.



—Está claro —dice Anna—, el hexágono es la mesa del despacho, el rectángulo de la izquierda son las escaleras que conectan con la planta superior, el rectángulo inferior el baño y el más pequeño es la chimenea, el rectángulo que sale hacia la derecha representa el pasadizo que nos llevó hasta el garaje y el superior debe ser el que lleva a la biblioteca.

—Correcto. Es un croquis muy sencillo, sin puertas, solo la

representación de la gran mesa hexagonal y la chimenea nos sitúan en el despacho del mago. La biblioteca y el taller deben ocupar el mismo lugar o salas contiguas. El maestro no abandonaba la casa para trabajar en los nuevos proyectos. Solo usaba el coche para poder salir de la mansión sin ser visto, como, por ejemplo, cuando se retiraba en esta casa.

—Parecemos ciegos, la hemos tenido delante de los ojos y no la hemos visto. ¿Por qué nos habremos complicado pensando que no estaba allí siendo la opción más lógica?

—Porque es lo que quería hacer creer tu padre. En eso consiste la magia, en crear una ilusión y ocultar la realidad a los espectadores aun teniéndola delante de los ojos y siendo tan evidente. Ya solo nos queda encontrar la puerta de la biblioteca y la llave, y eso pasa por descubrir el significado de la placa del baúl: «Las ideas y los sentimientos pueden abrir cualquier puerta».

—Nos encontramos ante otro enigma, pero este ya no es tan fácil como buscar en Internet.

—Sin embargo, lo es. —Escuchan una voz que proviene de la puerta.

Si fuera julio, en la boca de Anna y Taffi las moscas podrían entrar, darse una vuelta alrededor de la campanilla y salir a su placer. Angela entra envuelta en una bata negra con pelusas y en un magnético halo de expectación que atrae la curiosidad de Taffi y Anna. La mujer, con el pulso temblando, se sirve una tacita de café y se sienta en la mesa.

—¡Uhm!, este café no está mal, para haberlo hecho un medio italiano. Por supuesto que los hay mejores, pero no está nada mal. —Anna tose ocultando la risa—. El enigma es sencillo —continúa Angela—: «Las ideas y los sentimientos pueden abrir cualquier puerta», las ideas se encuentran en el cerebro, y en el cerebro de Vaccaro había una que era obsesiva y que ahora llevas en el bolsillo de la chaqueta, Tesla, su inventor favorito. Las ideas tienen que ver con los números de ese libro. No sé cuántas veces le he escuchado decir que esos números son pura magia. En cuanto a los sentimientos es todavía más fácil: se dice que habitan en nuestros corazones. Se refiere a algo que llevaba en el corazón…

El timbre del móvil de Anna irrumpe en la sala apartando las palabras de la mujer que hace gesto de complacencia para que la joven responda.

—¡Dionisio!, ¡¡¡feliz Navidad!!!

—Soy Virginia —dice la joven con voz tan ahogada que es capaz

de asesinar el entusiasmo de Anna.

—Hola, Virginia. ¿Qué pasa?

—Nos han secuestrado. Nos matarán si no les dais aquello que están buscando. Dicen que sabéis de qué se trata.

Los labios de Anna son el epicentro de un terremoto de angustia que los hace temblar, mientras las lágrimas le afloran por el contorno de los ojos. Taffi reacciona ante la cara desencajada de la joven, se acerca y pega la oreja al móvil.

—Haremos lo que pidan —contesta Anna.

—Os dirán un lugar y una hora. —Después ya solo se escucha un silencio inquietante con mensaje de misterio y preocupación.

—Y ahora, ¿qué? —Clava la mirada en Taffi, reclamando una respuesta.

—Iremos y cederemos ante sus exigencias. No nos queda más remedio. No hay tiempo que perder, espérame aquí. —Se lanza hacia las escaleras.

—Hija, no es el momento más adecuado, pero debo decirte algo antes de que te vayas. Desde que me diagnosticaron el párkinson, los inviernos son cada vez más fríos y no sé si llegaré al siguiente, noto como esta enfermedad me está arrebatando la vida y no quiero que me entierren con el secreto que juré guardar. —La mujer lanza un suspiro largo, expulsando aire de desconcierto que alcanza a Anna—. Cuando conocí a tu padre, más bien fue él quien me conoció a mí, venía acompañado de su esposa. Estaban de vacaciones por el centro de Italia, entre sus planes estaba visitar Civita, y, como todo el que se deja caer por este burgo, observaron las vistas desde mi jardín. Mientras se recreaban con el paisaje, su mujer se sintió indispuesta, se quejaba de dolores de cabeza y mareos. Tu padre me pidió ayuda y se la ofrecí, dejó a su mujer acostada, bajo mi cuidado, y se fue corriendo en busca de un médico. Tardó bastante en volver, ya has comprobado lo difícil que es el acceso, pero gracias a Dios no era nada grave, tan solo una insolación que no necesitaba de atención urgente, subir la rampa al mediodía en pleno mes de agosto no es aconsejable. Pensé que le vendría bien unos días de reposo y tranquilidad. No podía dejar que se fueran en esas condiciones, les ofrecí hospitalidad los días que necesitaran. Fueron unos días fantásticos, en Civita no hay mucha compañía, y Vaccaro y yo hicimos buenas migas, él era un hombre apuesto y muy interesante, y yo una chica de pueblo sin posibilidad de abrirme al mundo. Tu padre tenía belleza, como la tienes tú, y, a la vez, carisma y decisión, unas cualidades que lo hacían muy atractivo y

convincente, sobre todo convincente.

—No continúes. No quiero oírlo. No. No debería haber hecho caso a Taffi, lo sabía. —Retrocede hasta que la pared le bloquea el paso.

—No es lo que piensas —dice Angela con voz temblorosa y enternecida.

—No. No pude conocer a mi madre, pero Dionisio me ha dicho que siempre fueron fieles.

—Y así fue. Nunca fuimos amantes, fui… su vientre de alquiler, con el consentimiento de su esposa. Tu padre era una persona con recursos y nunca se rendía ante nada, tampoco ante el deseo de su esposa de tener un hijo.

—No. Mi madre está muerta. Es mentira. No te creo.

Angela saca del bolsillo de la bata la foto que había ocultado desde que Anna y Taffi entraron por la puerta de la casa, y se la ofrece a la joven, que la coge con dedos dudosos. En ella, con ropas y peinados de finales del siglo XX, aparece una mujer que, por sus facciones, podría ser una joven Angela sujetando entre los brazos un bebé, al lado de Vaccaro y de su madre, o de la que ella creía que era su madre.

—¡Esto no quiere decir nada! —grita y tira la foto al suelo, partiendo el cristal del marco en no tantos pedazos como en los que se rompe el corazón de Angela.

—Quizá la foto no, pero sí lo que se esconde detrás, el contrato que firmé con tu padre.

Los ojos de Anna, sin tocar el papel que ha surgido de detrás del marco, se mueven a un lado y a otro buscando un punto en el que poder agarrarse y desde el que poder entender por qué esa mujer quiere trastocar las bases de su realidad. Está desorientada, perdida entre ideas y recuerdos de su padre y de su madre en un puzle en el que la pieza de Angela no puede encajar.

—Anna, hija, hablemos. Tengo tantas cosas que decirte —dice con voz herida y se acerca con los brazos abiertos en busca del abrazo de la hija. Pero Anna retira la mirada y sale de la cocina, donde la espera Taffi con los abrigos en la mano y la ignorancia de lo que ha sucedido. Anna recoge el abrigo y abandona la casa sin despedirse y al trote, la sigue Taffi que tiene que correr para alcanzarla.

—¿Qué ha ocurrido?

—Dice que es mi madre, que la foto y un documento lo confirman.

Taffi agarra a Anna del brazo y la frena.

—Vuelve con Angela. Iré solo.

—No. Dionisio ha sido mi auténtico padre y también mi madre. Solo me preocupa él.

—Entonces vuelve, dile que no estabas preparada para recibir esta noticia y que la llamarás cuando lo estés. Te esperaré.

—No.

—¿Quieres que la conciencia te ahogue hasta asfixiarte?

—Quiero que tú me la dejes tranquila —dice abriendo el bolso en busca de una píldora verde.

—Tu padre te ha traído hasta aquí para que supieras la verdad —dice mientras observa cómo Anna se traga la droga verde—. Todo el tinglado que tenía montado con el coche era solo para reunirse con esta mujer y contarle que estabas bien. Quería que conocieras a Angela, ese era el objetivo de este viaje y no la biblioteca. Hazlo, vuelve.

Anna se cruza de brazos, alza la vista al cielo queriendo encontrar la figura de su padre para preguntarle por qué, se muerde los labios para no dejar escapar ningún taco; luego mira a Taffi que la observa imbatible hasta que la joven cae rendida ante su petición.

—Gracias. —Y corre de vuelta a la casa.

32

Taffi y Anna, con la rabadilla reposando en el capó del coche y la vista alzada, observan *la cittá che muore* , la ciudad que trajo a Anna el rechazo de Taffi, un nuevo pasado, y un futuro inesperado y confuso; una ciudad que la joven no podrá olvidar y que está segura de que volverá a visitar, en ese burgo quedan muchas incógnitas y preguntas que Angela se ha comprometido a contestar en su próximo y cercano encuentro.

—El mausoleo de Rómulo. 18:00 horas —lee Anna en la pantalla del móvil.

—¿Lo conoces?

—Es la primera vez que oigo hablar de él.

Dentro del coche, Anna teclea el nombre del desconocido lugar en el navegador. Se ponen en marcha.

—Se encuentra sobre la *antica via Appia* y tenemos el tiempo justo para llegar.

—Dime lo que puedas del lugar y del edificio —pide Taffi.

—Esas ruinas no son de las más conocidas y están alejadas de Roma, es un lugar inhóspito —dice Anna consultando el móvil mientras Taffi solo despega los ojos de la carretera para observar cómo los minutos parecen acelerarse en el reloj del salpicadero.

—Un edificio solitario y una hora en la que ya es de noche. Esto no pinta bien. —Traga saliva.

Con los últimos rayos del sol de Navidad toman la adoquinada *antica via Appia* que discurre entre descuidada vegetación, ruinas y terrenos de granjas cercadas por paredes desconchadas y muros de yeso desintegrado tan rotos que parecen haber salido del escenario de una película futurista y catastrófica, de esas en que solo quedan restos de la humanidad porque el mundo ha sido destrozado por una bomba atómica, extraterrestres invasores, robots o zombis quedando todo en estado de semiabandono. La zona no es, precisamente, de las más elegantes de Roma y se encuentra muy lejos de las normales, por el día, la vía está transitada por algunos locos turistas, fanáticos que quieren conocer algo más que los clásicos monumentos de la ciudad

del Tíber y no se conforman con los habituales; por la noche, la naturaleza que la circunda y las ruinosas construcciones sirven de lupanar y refugio de putas que, en cueros, con pieles rasuradas y decoradas con tatuajes, se lanzan al paso de los coches apareciendo de entre la maleza a los bordes de la calzada haciendo gestos obscenos o mostrando abiertamente la mercancía con la que ofrecen los mal pagados servicios que acaban en manos de las mafias.

Taffi detiene el coche en la cuneta, unos metros más allá de donde el navegador señala el punto de llegada, rozando la hora indicada, la noche ha caído y ya las sombras se camuflan entre la oscuridad. Anna y Taffi bordean la alambrada que limita el recinto contenedor de la tumba, un mausoleo de planta circular, aledaño a un edificio. La alambrada acaba en una pared de piedra en estado ruinoso, desde donde enfilan un camino arcilloso que los lleva al túmulo, ubicado justo en el centro del recinto. La brisa les alcanza trayendo un lejano aullido solitario. Taffi entra delante, decidido y sin dejar de analizar cada uno de los rincones de la cripta, se fija en los muros exteriores y en los ventanales oblicuos, y en cómo la luna se asoma por una de ellas tocando la penumbra de un gran pilar central rodeado de nichos vacíos. El aire se muestra enrarecido, mezcla de hongos y olor a tierra húmeda. Taffi percibe la peligrosidad del silencio y la quietud. Anna agarra a Taffi por el brazo y se detiene al distinguir una pequeña incandescencia roja moverse entre las tinieblas, cuando los ojos comienzan a reconocer los contornos en la oscuridad, se da cuenta de que es la punta de un cigarrillo que saborea la figura de un hombre alto y enjuto reclinado de espaldas a la pared en uno de los nichos.

—Creo que vamos a poner cara al fantasma, si se deja —se adelanta a decir Taffi desafiante.

La figura se reincorpora y avanza unos pasos hasta que la luz de la luna le roza la cara complaciendo el deseo de Taffi.

—Yo conozco a ese hombre —dice Anna en voz baja, pero Taffi con un gesto indica que se calle, no quiere perder la concentración, ese hombre es peligroso, con movimientos concisos y sin dejar de perderlo de vista analiza el resto de la estancia.

—No te inquietes, Taffi. No hay nadie más. Solo estamos nosotros tres —dice el hombre con una voz ronca y rota.

—¿Conoces mi nombre?

—Y tú el mío.

—No caigo —dice Taffi.

—Haz memoria —dice el hombre adentrándose más en la luz

plateada que ahora adquiere un color más grisáceo y azulado debido al humo que el hombre exhala por la boca elevándose hacia el ventanal. Se abre el botón del cuello de la camisa, da una chupada gigantesca al cigarrillo y deja caer la colilla al suelo.

Taffi no consigue identificar a ese individuo, aunque sí reconoce el abrigo que llevaba la persona que había golpeado en el mitreo. Niega con la cabeza.

—La edad no solo te ha dejado impotente, sino que también te ha producido alzhéimer. ¡Ja, ja, ja!

—Entre otras cosas, pero no importa, estás deseoso de decirme quién eres.

—Te daré una pista. Eras el mimado de la superiora y te gusta ver los relámpagos de las tormentas y escuchar sus truenos.

Taffi examina a ese hombre vestido de Armani y, entonces, cree reconocerlo.

—Me recuerdas a Cosimo, mi último compañero de celda, pero no puedes ser él, éramos buenos amigos.

—Te sorprende que sea Cosimo.

—Ya has suplantado a Vaccaro, no intentes hacer lo mismo con mi querido hermano de celda.

—Gracias por estas palabras de cariño, tú también fuiste querido, hasta que dejaste de cumplir tu promesa. Un día me dices que no me abandonarás y al día siguiente te vas con el mago. Yo no te importaba nada.

—Claro que me importabas y por supuesto que no te abandoné, en el orfanato siempre estuve cuando necesitaste a alguien y me ponía de tu lado cada vez que se metían contigo.

—Ni siquiera hizo falta que tu sombra pasara el umbral de la puerta del orfanato para que los hijos de puta de los compañeros se ensañaran conmigo, ¿dónde estabas entonces?

—Pero no puedes culparme. Hice lo que cualquiera de nosotros estaba esperando, ser acogido por alguien y ser libre. No podía hacer nada.

—Si, podías. Podías haber rechazado ir con el mago o pedirle que nos llevara a los dos.

—Vamos, sabes que eso era imposible.

—¿Por qué?, si ni siquiera lo intentaste. Todas las noches, todas, rezaba al cristo de la pared pidiéndole tu vuelta, deseaba que te sucediera como a Valeria, la niña que era adoptada y devuelta, pero ni siquiera él me escuchaba. Te necesitaba a mi lado, pero nunca

volviste. Luego me di cuenta, a ti no te iban a devolver, gustabas a todos, no como Valeria que era muy mona con esa melena rubia rizada y esa sonrisita de conejito juguetón, pero era inaguantable. Ella fue una de las que más me pegaba, su rabia con el mundo era un hervidero de agresividad con los pequeños del orfanato y de sexo gratis con los mayores. No te parecen suficientes razones para odiarte. —Cosimo saca el cuchillo del bolsillo y lo desenvaina. Muestra el filo y se acerca a ellos sujetando el arma a media altura. Taffi se coloca delante de Anna, aunque Anna no puede evitar el asomar la cabeza—. Y ese odio ha ido creciendo y reproduciéndose dentro de mí, como un virus desbocado que no deja célula libre y necesita de medicinas para frenarse. La mía es la venganza, es el único remedio con el que encontraré tranquilidad. Una venganza que el destino me ha puesto en bandeja. Primero, cuando el mago me eligió para sustituirte tras tu sonada desaparición, y, después, cuando Máximo y los Herederos de Mitra me salvaron de las garras de tu falso Dios y me ofrecieron esta honorable misión.

—Ya sé de qué te conozco, fuiste ayudante de mi padre.

—Sí, niñita estúpida y mimada —dice apuñalando con la mirada a Anna—. Te he visto crecer y he visto cómo el mago te colmaba de caprichos para comprar tu amor porque no era capaz de dedicarte tiempo. Sabes cuántas veces habló de ti mientras estábamos de gira… Ninguna. —Anna, herida, se oculta tras la espalda de Taffi, protegiéndose los ojos de más agresiones—. Sí, eso es cuánto te quería, nada. Acaso te sorprende. Él no quería a nadie, solo a sí mismo. Ni a mí, que fui capaz de tragar a ese gruñón y extraño mago, soportando día y noche a aquel ser diabólico, ni a ti, *piccoletto* . ¿Sabes que por un tiempo yo también fui su *piccoletto* ? Sí, Taffi, lo fui hasta el día en que se emperró en ensayar el mismo truco más veces de las que el mago creía normales. Ese día amanecí con un tremendo catarro, me tuve que tomar una pastilla para poder soportar la fiebre, no estaba en plenas facultades y le pedí que descansáramos, «no, hay que trabajar», dijo el bastardo. Y lo intenté, me esforcé en continuar, pero no pudo ser, y me dijo: «*Piccoleto* lo hubiera conseguido».

—¡A qué esperas! Quieres colmar tu venganza, hazlo. ¡Ahora!

—Este no es el momento y ya tendremos oportunidad de resolver nuestras diferencias. Tienes suerte de que yo no pueda matar a mi hermano, como hizo Rómulo con Remo, por lo menos todavía no. ¡Dejad en el suelo la llave, donde la pueda ver!

La sombra alta y enjuta, llamada Cosimo, el soldado de los

Herederos de Mitra, da tres pasos hacia atrás quedando a medio camino entre la luz y las tinieblas. Taffi saca del bolsillo de la chaqueta el broche y el brazalete, se adelanta, los deposita en el suelo, bajo el haz de luz, y retrocede de espaldas y despacio.

—Muy bien. Me gusta que colaboréis. ¿Dónde se encuentra la entrada de la biblioteca?

—En el despacho de Vaccaro. En el muro de la izquierda según se entra.

—Estupendo. ¿Te acuerdas cuando jugábamos al pajarito inglés en el patio del orfanato? —dice Cosimo—. Vais a contar hasta cien antes de que mováis un dedo. Disfrutad de este monumento.

—Claro que recuerdo ese juego. Hasta en eso eras un perdedor.

—Vaya, ya han desaparecido las buenas palabras, qué pronto, hermano. En efecto, un perdedor, pero ahora es a ti a quien le toca perder, me quedo con el broche, el brazalete, la biblioteca y tu chica.

—No se te ocurra ponerle la mano encima, ni a ella ni a Dionisio. Hemos cumplido. Liberadlos.

—Ja, ja, ja. Se te acabó tocar a Virginia, ella es de los nuestros. Es mi chica, siempre lo ha sido, nunca fue la tuya.

Cosimo se aleja dejándose engullir por la oscuridad entre carcajadas.

—¿Por qué quieres llegar a la biblioteca? —grita Taffi desde el tormento.

—Para encontrar el libro sagrado —se percibe desde la oscura lejanía.

—¿Sagrado para quién?

La única respuesta que recibe es un silencio desesperante.

—No paras de sorprender, Taffi, pensaba que ibas a hacer algo más que charlar con tu viejo amigo y dejar que se esfumara —dice Anna.

—Seguiremos las instrucciones, cuenta hasta cien y cállate.

—Que me calle, te vas a quedar parado mientras Dionisio está en peligro.

—Maldita sea —dice Taffi—, nos vamos a quedar quietos el tiempo que nos ha pedido, luego iremos a rescatar a Dionisio y Virginia.

—Qué tonterías dices, ¿no le has oído?, Virginia está con ellos.

—No es cierto, Cosimo se ha inventado la historia del libro sagrado para herirme. Solo quiere venganza y el libro para venderlo. Vaccaro le debió hablar de su existencia y de su valor. Debió descubrir dónde trabajaba y ofrecerle a Virginia dinero para ayudarle.

—No seas incrédulo —dice Anna—, tú lo dijiste, se ve con otro. Es

Cosimo a quien veía. Y él y ella son de los malos.

—¡No tienes ningún derecho a romper lo único que me queda en esta vida!

—¿Acaso tú lo has tenido para echar sapos por la boca cada vez que hablas de mi padre?

—Tu padre era una mala persona, todo lo contrario que Virginia.

—Tus ojos veían a mi padre como una mala persona.

—Y los tuyos ven a Virginia a través de los celos.

En la oscuridad del túmulo, Taffi no puede descubrir que una lágrima solitaria se deja caer desde uno de los ojos de Anna, pero sí es capaz de distinguir como la joven se echa la mano a la mejilla para quitársela.

—Escucha —dice Taffi—, peleándonos no arreglamos nada. Sabemos dónde se dirige Cosimo, si Virginia está de nuestro lado lo descubriremos, ahora pensemos en Dionisio, él seguro que está en peligro. Creo que merece la pena intentar llegar antes que Cosimo, no todo está perdido. Vamos —dice ofreciéndole la mano.

—Entonces no me des la mano como a una señorita, corre.

Anna sale como una exhalación del túmulo, seguida de Taffi, y entran a la vez en el coche. Taffi mete primera y acelera al máximo, el coche se pone en movimiento perseguido por un repiqueteo sobre los adoquines. Taffi no puede mantener la dirección del coche, el volante vibra. Baja del coche. Una de las ruedas está rajada.

—El cabrón de Cosimo —dice quitándose la chaqueta y dejándola caer en el asiento. Abre el maletero, saca el gato y la rueda de repuesto.

—¿Por qué no ha pinchado todas? —dice Anna mientras Taffi gira la manivela del gato.

—Busca ganar tiempo, asegurarse de que llega primero y jugar con ventaja. Sabe que iremos. Quiere conseguir el libro y llevar a cabo la venganza.

—Eso será si lo dejas —dice Anna.

—Sí, si lo dejo. —Muestra la sonrisa de medio lado.

33

Dionisio abre los ojos a cámara lenta, luego con más fuerza y sacude la cabeza, tiene la vista borrosa y la sensación de estar en un tiovivo; cree perder el equilibrio, intenta estirar los brazos para no caer de bruces, pero no puede, está maniatado al respaldo de la silla en la que está sentado. Lo último que recuerda es estar en la cocina, un golpetazo en la cabeza y después otro más fuerte, luego solo hay oscuridad. Abre la boca y saca la empalagosa lengua.

—Por mí quédate sobando. Total, no te puedes mover y no me aportas nada —dice Virginia.

—Mi… cabeza.

—No temas, ya no sangra. Te di mogollón de fuerte, pero no vas a morir por esa mierda de herida, sino por tus queridos *piccoletto* y Anna si no quieren colaborar o si flipan y hacen alguna chorrada.

La voz de Virginia rebota de un lado a otro dentro de la cabeza del anciano, sintiendo que un ente maligno la estuviera usando de tambor.

—Agua.

Anna se acerca al viejo y, sujetando un vaso, le da de beber.

—Quieto *parao* . —Retira el vaso sin colmar la saciedad de Dionisio que echa el cuerpo hacia delante buscando más agua.

La vista comienza a centrarse, lo suficiente como para reconocer que se encuentra en el despacho del mago. El lugar que había sido prisión y salvación unas horas antes. Sobre la mesa hexagonal es capaz de observar su teléfono móvil al lado del cuchillo jamonero y de una jeringuilla junto a un pequeño frasco que contiene un líquido incoloro y trasparente del que sus ojos no quieren despegarse preguntándose qué contendrá.

El sonido del móvil aleja con prisas a Virginia en busca de intimidad y de noticias que la satisfagan.

—Tienes mazo de suerte —dice Virginia acercándose a Dionisio—. En unas horas nos abrimos.

Uno a uno y a toda velocidad, como dopada, Virginia arranca los libros de las estanterías de la pared a la izquierda de la entrada

dejándolos caer al suelo.

—¿Qué esperas encontrar?

—La entrada de la biblioteca —dice sin parar.

—Si buscas libros valiosos —dice el anciano—, aquí mismo, en esta sala, podrás encontrar muchos. Llévate cuantos quieras para tu coleccionista y olvídate de nosotros.

—Me ves cara de idiota —dice centrándose en Dionisio—. Sabes que no buscamos un libro cualquiera. Y estoy segura de que puedes tener información valiosa al respecto.

Lo único que se escucha en la sala es el chas de un tronco de encina que el fuego ha partido en dos. El viejo agacha la cabeza. Virginia se acerca y, tirándole de las canas, se la levanta para poder verle los ojos, le mira fijamente, creyendo que de esa forma le va a arrancar una confesión, pero Dionisio no responde.

—Si no hablas por voluntad, lo harás por la fuerza. —Presiona la herida en la cabeza del viejo. Dionisio grita de dolor.

—¡¡¡Sí!!!, sé qué estás buscando. Yo también lo busqué.

—Dime más.

34

—No hay tiempo. No vamos a llegar al aeropuerto —increpa Taffi en medio de un inmenso atasco. El *grande raccordo anulare* , la circunvalación de Roma se ha convertido en regueros de filas de coches estacionados. Algunos conductores apeados de los coches ocupan el asfalto intentando ver qué ha sucedido. Dos ambulancias con los rotativos encendidos y las sirenas cantando se mueven sobre el asfalto nadando entre los coches—. Maldita sea. Ahora sí que está todo acabado. Perderemos el vuelo. —Golpea el volante con rabia. Taffi se reclina sobre el asiento y mira al techo—. Nos han ganado. Tienen la llave, saben dónde está la puerta y Dionisio es su prisionero. Fin del espectáculo.

—No te rindas. Recuerdas lo que me dijiste en la cochera, «no abandones a la primera», y tus palabras me alentaron a continuar.

—Si no cogemos el vuelo esta noche, cuando lleguemos ya habrán encontrado la entrada de la biblioteca y usarán el broche y el brazalete para abrirla. Solo podemos rezar para que Dionisio no sufra ningún daño. Solo eso.

Anna se quita el cinturón, se gira y descubre una nueva cara de Taffi, la de abatido, está destrozado por las circunstancias, un infortunado accidente de tráfico se les ha tenido que cruzar en el camino.

—Hay una cosa que no te he dicho. No fue Dionisio quien hizo que hoy estuviéramos aquí. Mi padre se aseguró de que nos conociéramos. Por un lado, insistió a Dionisio y por otro a mí. En uno de los momentos más íntimos que compartí con mi padre los últimos días me habló de ti. Me dijo que fuera a buscarte, que necesitaría tu ayuda.

—¿Qué más te dijo?

—Tantas cosas que sentí celos, veía que mi padre me desplazaba para centrarse en ti y no paraba de tener palabras gentiles y de admiración. Creo que en algún momento llegó a quererte como a un hijo, y que se sentía orgulloso de que te hubieras convertido en mago. Lo que pasó entre vosotros, ¿no tenía solución?

—No —dice tajante.

—¿Nunca te quedaste con ganas de volver?

—Siempre, pero no podía dar ese paso. Después de la escena de los cuadernos y de su continuo cabreo, el mago estaría irritado y, conociéndole, no me iba a perdonar.

—Al contrario, era él quien no se perdonaba no haber salido en tu busca. —Anna ríe—. Nunca resolvisteis vuestras diferencias porque ninguno quería rebajarse a pedir perdón. La distancia no la marca el lugar sino el orgullo. —Taffi agacha la cabeza—. Mi padre te quería y mucho… como yo…

Anna se acerca a Taffi quedando cautivo en las pupilas de esa muchacha, la hija de su maestro, a quien empieza a deber algo más que un trabajo para hacerse con los cuadernos de Vaccaro.

—Mi padre me dio algo para ti. Me dijo que te lo diera en cuanto te viera, pero he preferido guardarlo, te lo iba a dar después de encontrar la biblioteca.

Anna abre el bolso y saca un anillo de oro con un sello.

—Es el anillo del maestro —dice Taffi—. Lo recuerdo, siempre me llamó la atención que lo llevara en el dedo corazón.

—Sí. Él quería que lo tuvieras tú. —Taffi lo coge entre los dedos y lo observa. Nunca lo había visto tan de cerca, como el resto de las cosas que poseía el mago, era un ver y no tocar—. El sello tiene una letra griega, *phi* . Es el símbolo del número áureo. Ya sabes, el número de oro, el número de Dios, el de la divina proporción de Fidias. Mi padre decía que este anillo era mágico y que en él algún día se condensaría toda su sabiduría. Por eso no se lo quitaba.

Taffi se queda inmóvil, atrapado entre sus pensamientos, dejando a Anna aislada por unos segundos.

—¡Claro! Seré idiota —dice agarrando a Anna por los hombros—. Este anillo forma parte del enigma de la biblioteca. Sigamos. Llama a Virginia y pásamela, ha llegado el momento de descubrir de qué lado está.

35

—No diré nada —desafía Dionisio.

Virginia presiona la brecha con más fuerza. Como si le atravesara una corriente eléctrica, el cuerpo de Dionisio se tensiona y retuerce. Los gritos se hacen insoportables hasta que Virginia deja de apretar. La respiración del anciano se muestra algo aliviada, pero, sin llegar a recuperarse, la joven vuelve a hundir con saña los dedos sobre la herida de la que comienza a manar sangre. Dentro de ella surge un deseo excitante de dañar al anciano explotando un placer indescriptible e incontrolable.

—¡¡¡Basta!!! —Virginia muestra una sonrisa retorcida bajo unos ojos incandescentes que ven placer y diversión en el rostro de dolor del anciano—. ¡¡¡Basta!!! —grita desesperado. Virginia parece volver en sí y retira los dedos ensangrentados—. Vinieron dos tipos con abrigos marrones salidos del infierno, aunque presumían venir del cielo. Ellos fueron quienes me hablaron de la existencia de ese libro y de los Herederos de Mitra.

—Uno de ellos se hacía llamar Máximo y el otro llevaba un parche, ¿verdad?

El anciano afirma moviendo la cabeza.

—Si les daba el libro o cualquier información para encontrarlo, me darían una gran suma de dinero.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No sabía dónde lo ocultaba y el señor nunca me habló del libro. También tenía secretos para mí.

—¿Cuánto te ofrecieron?

—Una cifra con tantos ceros que me hubiera solucionado la vida. Tú, sin embargo, les sales más barato. Sigues a Máximo, formas parte de esa secta, ¿verdad?

—Sí, pero te equivocas. Este trabajo tendrá una recompensa. Soy seguidora y ambiciosa…, más ambiciosa que seguidora. Las redes que el maestro y el Tuerto idearon para atrapar a Vaccaro se fueron tejiendo poco a poco. Sin saberlo, Vaccaro estaba rodeado por los nuestros. Su ayudante, Cosimo, fue reclutado por los Herederos de

Mitra, es un soldado de la hermandad y con la información que nos transmitió tuvimos la certeza de que Vaccaro volvería a *piccoletto* . Mucho antes de que lo encontrarais, Taffi estaba comiendo de mi mano; hice bien el papel de chica facilona y poligonera, ayudante y amante fiel del mago desolado y perdido, mientras que, a la vez, me gané en la cama la alianza de Cosimo. Jugué bien las cartas, manejaba a placer al soldado puesto por Máximo y al soldado puesto por Vaccaro, Taffi. Tengo en mis manos al bueno y al malo, al yin y al yang, y uno de los dos será quien recupere el libro para mí. Me volví imprescindible, Máximo lo sabía, a cambio del libro le exigí la libertad, la salida de la comunidad y una cantidad sobrante de dinero para vivir. Aceptó sin dudarlo. Cuando les entregue el libro me iré al extranjero, a llevar una vida cómoda después de unos largos años aguantando las estupideces de Taffi y las guarrerías de Cosimo en la cama. He hecho un buen cambio por un libro viejo.

—¿Un libro viejo? Así llamas al tercer volumen de la obra de Karl Preisendanz.

—Veo que no solo conoces el título, también la historia de ese libro.

—Un hombre que lo ha visto me instruyó. Se cree que ese libro viejo recopila los papiros mágicos griegos hallados entre las dunas del desierto de la antigua Heliópolis, el centro mágico de Egipto, donde dicen que el mismísimo Platón fue informado de la existencia de la Atlántida, y que fue destruido durante el bombardeo de Leipzig en la Segunda Guerra mundial.

—No hace falta que andes con acertijos, te refieres a Giuseppe Palmieri, pero te falta información. Para los no fieles ese libro contiene hechizos, conjuros, recetas, fórmulas, los conocimientos mágicos de la Antigüedad; para los fieles ese libro es mucho más, es el sincretismo de las religiones griegas, egipcias, judías, babilónicas y cristianas, en definitiva, los orígenes de los Herederos de Mitra, la única religión que es capaz de reagrupar todas las religiones occidentales y parte de las orientales existentes. Mi señor tiene un poderoso deseo de poseerlo, tanto como para matar por él. —Sintiéndose la dueña de la vida de Dionisio, acerca la cabeza a la del viejo, percibiendo como la boca del anciano empieza a vibrar, deseosa de decir algo que prefiere ocultar.

—Han pasado décadas desde que ese libro se convirtió en leyenda, y leyenda seguirá siendo —dice el anciano—. El señor se ha encargado de esconderlo.

—Te diré cómo continúa la historia después del bombardeo, eso que llamas leyenda: tras la destrucción de la ciudad las SS entraron en Leipzig con una única misión, encontrar el libro. La pasión que Himmler prohijaba por el esoterismo y por los conocimientos mágicos de los antiguos griegos le llevaron a adorar ese libro como un documento que contenía la magia ancestral, la base de las religiones de los pueblos. Ese libro debía estar en su poder. Tras la derrota de los nazis el libro desapareció. Hasta que unos cuantos años después, un trabajador del castillo de Wewelsburg, aquel que Himmler eligió como lugar de culto de las SS, durante unos trabajos en los sótanos lo encontró dentro de un baúl junto con otros libros enigmáticos. Aquel baúl salió a subasta y aquí es donde aparece Palmieri, el gran coleccionista de libros y amigo estrecho de Vaccaro, el único amigo de tu señor, pues ambos compartían la afición por coleccionar libros. Giuseppe lo adquirió y trajo el libro a esta casa, necesitaba de los conocimientos de Vaccaro, como mago y como bibliófilo, para poder dar un precio a ese libro. Pero el mago, en vez de dar un precio, pidió que se lo cambiara por dos tomos de la biblioteca, los que él quisiera. Giuseppe aceptó, lo cambió por un ejemplar raro e ilustrado del Quijote y otro de la Biblia de Gutenberg.

—¿Cómo puedes conocer ese detalle?

—Giuseppe se lo confesó a Máximo usando métodos persuasivos e insistentes. Identificado el propietario, visitaron a Vaccaro, qué hombre tan testarudo, los echó de esta casa sin ni siquiera escuchar una oferta. Luego, por lo que me has dicho, llegó tu turno. La persona más cercana al mago. Esa historia ya la conoces. Y después el mío. Giuseppe sigue vivo porque es el único capaz de reconocer el libro, pero tú no eres necesario, no juegas ningún papel en esta historia... A no ser que tú también seas capaz de reconocerlo, ¿lo eres?

El anciano permanece en silencio.

—Si ocultas algo ya no importa. Los esfuerzos de Vaccaro por ocultar el libro y la biblioteca no han podido con el empeño de mi líder y la astucia de mi soldado. En unas horas, Cosimo estará aquí con la llave que abre la puerta de la biblioteca y el libro caerá bajo el poder de Máximo.

Virginia coge la jeringuilla y la llena con el líquido del frasco delante de los ojos del anciano.

—¡Qué vas a hacer!

—Darte una espera más tranquila. No me sirves despierto.

La joven se acerca al anciano, el viejo empieza a retorcerse.

—No te resistas, solo conseguirás hacerte más daño.

El viejo cede, es inevitable. La joven siente una profunda excitación al clavar la aguja en el cuello del anciano y aprieta el émbolo hasta vaciar el contenido dentro del cuerpo de Dionisio. Virginia se aleja de espaldas disfrutando de la visión del viejo en una lucha perdida ante los efectos del tranquilizante hasta que el cuerpo del mayordomo se comba como el de una marioneta a la que han cortado las cuerdas. Una llamada al teléfono del anciano reclama la atención de Virginia.

—¡¡¡Anna!!! —dice entre sollozos plañideros.

—Soy Taffi. No hace falta que disimules. Cosimo nos lo ha contado.

—Estúpido Cosimo, no puede estar callado. No me hagas perder el tiempo. Qué quieres.

—El brazalete y el broche no abren la biblioteca, sino un anillo que tengo en mi poder. Esta vez no os daré la llave con tanta facilidad. Haremos un cambio, Dionisio por la llave.

—Espero que no me engañes. Todavía no he encontrado la puerta. Empiezo a dudar si nos has dicho la verdad, o es que quizá ni tú la conoces.

—La puerta tiene que estar ahí, justo donde le hemos dicho a Cosimo, pero, aunque la encuentres, no te servirá de nada, necesitas la llave. Piénsalo. —Taffi cuelga el teléfono.

Virginia, como si estuviera poseída, vuelve a la carga con los libros, los saca del sitio y los deja caer. Vacía por completo la estantería de la pared sin que nada suceda, lanza un taco, vuelve a coger el teléfono y devuelve la llamada.

—Me has convencido, querido. Te espero. No tardes, tienes hasta las tres.

Virginia se queda pensativa, es la segunda vez que tiene que improvisar sobre el plan original, son demasiadas veces, demasiadas improvisaciones y cuantas más, la probabilidad de que algo salga mal aumenta exponencialmente. Si deja que Taffi y Anna se aproximen, quiere que Cosimo esté con ella para protegerla. Debe actuar rápido. Llama a Cosimo.

—Cariño, ¿dónde estás?

—En la fila de la puerta de embarque, a punto de subir en el avión. Llevo el broche y el brazalete. En tan solo unas horas podremos abrir la puerta de la biblioteca y hacernos con el libro.

—Taffi dice que el brazalete y el broche no abren la puerta. La

llave es el anillo de Vaccaro —dice Virginia.

—¿Lo crees?

—No sé. Es muy inteligente. Puede que sea un farol, una estratagema para ganar tiempo o para no perderse el momento de abrir la puerta, por eso te llamo. ¿Puedes llegar antes que él?

—Sí. Seguro que han estado un rato entretenidos. Tendremos tiempo de ver si es verdad lo que dice.

36

Los amasijos de hierros en que se han convertido los vehículos involucrados en el siniestro han sido apartados al arcén y los restos más pequeños retirados de la calzada, las ambulancias han evacuado a los ocupantes de los coches, llevándose consigo la discoteca de luces azules con el canto de sirena. Unos policías ayudados de linternas toman medidas y distancias en el asfalto, mientras que otros con indicadores luminosos, envidia de los fanáticos de *Star Wars* , gesticulan con efusividad y estrés para que los coches discurran por un carril abierto. Una vez superado el cuello de botella ocasionado por el accidente, el tráfico fluye de nuevo. A vista de pájaro, los faros de los coches sobre el *grande raccordo anulare* parecen hormigas desfilando en procesión, una vista que Cosimo disfruta desde la ventanilla del avión que lo lleva a Madrid. Cientos de metros por debajo de sus pies, Anna contempla como el tiempo del navegador suma minutos a la hora estimada de llegada al aeropuerto Leonardo da Vinci y se aproxima a la de salida del último vuelo, el que Anna ha reservado los billetes.

—Por fin nos movemos. —Suspira aliviada—. ¿Llegaremos?

—No. —Taffi hurga en el bolsillo de la chaqueta hasta que encuentra el papel que la azafata había desvirgado con un chorro de tinta formando su nombre y teléfono—. Marca este número y pásame el móvil.

—Perdona que me cabree. Estamos jodidos y lo único que se te ocurre es llamar a la azafata calentona.

—Espero que la azafata calentona nos solucione el problema. Marca ese número y después, oigas lo que oigas, estate calladita.

—¡Taffi! —Se oye la voz femenina de Amalia que emana jovialidad —, ¡creía que te habías olvidado de mí!, yo no puedo olvidarme de ti.

—Hola, guapa, yo tampoco puedo olvidarte, ni esforzándome, y estoy deseoso de tener un rato libre para dedicártelo con cuerpo y alma. —Se oye una risita estúpida, que Taffi interpreta como sumisión —. Me da vergüenza llamarte, necesito que me hagas un favor.

—Creía que me llamabas para una cita.

—Esa es la segunda parte de la llamada.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Mi sobrina y yo estamos en un gran atasco. —Anna se queda con la boca abierta al escuchar la palabra «sobrina»—. Tenemos reservados billetes para el último vuelo de hoy, un accidente nos está retrasando y no podemos perderlo. He pensado que tú, con tu magia y tu poder de convicción, puedes hacer que nos esperen.

—¿Me estás pidiendo que haga que un vuelo salga con retraso por esperarte? Lo que pides no es algo habitual…

—Tampoco lo será mi forma de recompensarte, voy a… —Anna abre los ojos de par en par esperando escuchar el final de la frase colgada que nunca llega.

—No me lo digas, me gustan las sorpresas. Veré lo que puedo hacer. Déjame que haga unas llamadas, pero daos prisa. No creo que pueda hacer que os esperen por mucho tiempo. —Cuelga.

—Tampoco será habitual mi forma de recompensarte —dice Anna con voz grave y mofándose—. ¿Qué vas a hacer?

—Ya se me ocurrirá algo. Tenía que convencerla —dice Taffi pisando el acelerador.

—No hay nada más patético que un hombre diciendo chorradas para llevarse a una mujer a la cama.

—Sí lo hay. Cuando el hombre que las dice está borracho.

Con el vehículo en marcha y las llaves colgando, Taffi y Anna descienden del coche mal estacionado en la puerta de salidas internacionales del aeropuerto y corren hacia el interior alcanzados por un grito culpabilizador y un posterior «*vaffanculo*» de un taxista que les recrimina que ese sitio está reservado para el servicio público. Corren más rápido al ver el número de su vuelo con destino a Madrid en la pantalla de salidas con la indicación *on board* . Se dirigen al *check-in* . Las manillas del reloj siguen avanzando.

De la megafonía retumba una voz femenina y muy gangosa alcanzando todos los rincones del aeropuerto.

—Taffi, Taffi, último aviso para el señor Taffi. Señor Taffi, acuda de inmediato a la puerta de embarque.

—La puerta de embarque está en la otra punta —dice Anna—. Vamos a perder el avión.

Taffi y Anna corren, esquivan carritos, saltan maletas y bordean a la gente que los sigue con vista envenenada al pasarles rozando. En el mostrador de facturación, bajo un cartel luminoso que muestra un grandísimo *CLOSE,* una joven con gafas grandes como aros olímpicos

teclea sin parar y sin despegar la vista del ordenador. Con la lengua fuera y la respiración entrecortada, Anna y Taffi dejan los carnés encima del mostrador.

—Ah, usted es Taffi —dice la joven devolviéndoles la documentación—. Esperen un momento. Llamaré a un compañero, les acercará al avión. Buen viaje. —La mujer hace un gesto a Taffi para que se acerque—. Señor, le acompaño en el sentimiento.

—Gracias. —Alza una de las cejas.

Anna y Taffi siguen al joven compañero que camina con paso ligero, dejando una estela de colonia barata, y sin parar de dar y recibir indicaciones a través de un *walkie* . Se internan por una puerta, reservada a los trabajadores del aeropuerto, que acaba a pie de pista donde aguarda un coche del servicio del aeropuerto y los lleva hasta una escalera que conecta con el *finger* que da acceso a su vuelo. En la puerta del aparato les espera una azafata que cierra la compuerta en cuanto suben a bordo y se adelanta a indicarles que ocupen las últimas butacas de la primera clase.

—Por favor, acomódense. Si necesitan algo, háganmelo saber.

Cuando Taffi pasa al lado de la azafata, esta le susurra al oído con voz de condolencia y la mano puesta sobre el corazón:

—Siento lo de su madre, espero que puedan llegar al entierro.

—Muchas gracias, señorita. Aunque era muy mayor y estaba enferma, estas cosas siempre afectan.

—¿Enferma?, ¿creía que había sido un accidente de tráfico?

—Sí, claro…, la ha atropellado… un autobús urbano, una muerte horrenda…, pero ya estaba muy mayor…, y enferma. A eso me refiero. Descanse en paz.

—Increíble. No sé cómo lo ha conseguido —dice Anna acomodándose en la butaca mientras el avión comienza a ponerse en movimiento.

—Con una gran mentira…, creen que mi madre, tu abuela, acaba de morir —responde en voz baja.

Taffi y su brazo se estiran para pulsar el interruptor de la bombilla bajo la zona de equipaje. Saca el anillo y lo inspecciona. La intensa luz rebota en la joya emitiendo un destello con forma de medialuna que ciega a Taffi.

—Has sido muy listo inventándote lo de que el anillo es la llave.

—No es mentira. El anillo es la llave. Estoy seguro. Nos lo dijo Angela, «los sentimientos están en el corazón», y el mago llevaba el anillo en el dedo corazón. Tu padre dejó dos caminos para que

llegáramos a la misma conclusión: por un lado, te dijo que me dieras el anillo, y si no caímos en que era la llave teníamos el mensaje que te dejó escrito en la caja y que leerías delante de tu madre, ella misma nos aclararía el significado resolviendo el enigma.

—Cada día alucino más. ¿Cómo pudo haber preparado esta cantidad de señales y pruebas para que las siguiéramos sin salirnos del camino y llegáramos justo donde él quería?

—Son rutas cruzadas y varias las pistas que llevan a otras. Como cuando descubrimos el coche, en él había varios indicios que nos traían a Roma. Aunque el maestro era con la biblioteca y su contenido como un joven recién enamorado, celoso y protector, no quería que se perdiera en la oscuridad, solo quiso salvaguardarla y asegurarse de que antes o después la encontraras y decidieras qué hacer con ese libro tan misterioso y deseado.

—Corrige lo que has dicho…, que la encontráramos, los dos. ¿Cuánto tiempo estuviste con mi padre?

—Nueve meses.

—Es poco tiempo.

—El suficiente para que dejara una huella en mí. El maestro tenía una vida muy intensa, era difícil seguirle el ritmo. No perdía un segundo del día, ni dejaba que yo lo perdiera. Si nos pagaran por lo eficientes que somos, tu padre sería millonario.

—Bueno, hubo un momento que no estuvimos mal de dinero. —Anna apoya la cabeza en el hombro de Taffi dejando caer la larga melena negra sobre el pecho del mago.

El comentario de Anna desconcierta a Taffi. No tiene más remedio que pedir más explicaciones, a las que Anna contesta sin tapujos.

—Pensaba que Dionisio te lo habría dicho. El contable de mi padre no era de fiar y parece que no se esforzó en invertir el dinero que ganó con la magia y generar beneficios, sino todo lo contrario, el dinero se esfumó. Él justifica que mi padre se gastó los ahorros en sus caprichos, las colecciones, mientras que Dionisio opina que se lo ha quedado. El resultado da igual, no tengo dinero para pagar el impuesto de sucesiones y perderé la herencia si no conseguimos dar con la biblioteca.

Taffi entiende por qué Dionisio se interpuso entre ella y Palmieri, para salvar la herencia de la joven con la venta de ese libro. El viejo solo estaba comportándose como un padre que protege a su estirpe.

—No me lo había dicho. Creía que querías descubrir la biblioteca para conocer más sobre tu padre y sentirte más cerca de él.

—Sí. También. Y lo hemos hecho, ¿no?

La mente de Taffi divaga entre recuerdos que, moldeados con los sucesos acontecidos y un conocimiento del maestro más cercano y desconocido, le presentan una nueva perspectiva de la realidad muy distinta a la que ha tenido hasta unos días antes.

—Sí. La mansión de tu padre, el reencuentro con Dionisio y este tiempo que hemos compartido juntos me han hecho ver una parte de Vaccaro que no conocía. Tenía una personalidad fuerte y difícil de entender, pero tan solo era un ser humano indefenso que se protegía en un caparazón duro. Era un huérfano, un hombre tan falto de cariño que la forma que tuvo de sobrevivir fue rechazándolo cuando pudo tenerlo. Tu padre y yo no somos tan distintos. Ojalá le hubiera descubierto en el teatro una de esas veces que venía a verme…

Anna no responde, duerme. Taffi se pregunta qué parte de las palabras se había perdido la joven; con cuidado, con el brazo que le queda libre, busca en el bolsillo de la chaqueta el libro de Tesla y repasa las explicaciones sobre los números.

—Desea algo de beber, señor —le interrumpe la lectura una azafata.

—Sí, tráigame un wiski doble.

—Claro, señor. ¿Lo quiere con hielos?

—No. Y tráigame mejor dos.

—¿Para su mujer?

—Sí, para mi esposa. —Anna, con la cara tapada por el pelo, sonríe sin que Taffi se dé cuenta.

—Como no, señor.

37

En el aparcamiento del aeropuerto hay más plazas vacías que coches, lo habitual para la noche de Navidad en la que solo un loco con un broche y un brazalete con los que cree poder abrir la puerta de una biblioteca escondida o alguien acompañado de su sobrina o esposa, en función de los presentes, a quien se le acaba de morir la madre, pueden pensar en viajar en Navidad. El todoterreno aparece y desaparece bajo la luz de un fluorescente en el límite de vida que no para de encenderse y de apagarse. El viento sopla horizontal y racheado, recordándoles que ya no están en Italia, sino en la meseta central de la península ibérica, en unos días en que el temporal y la nieve han ocupado gran parte de los telediarios, noticiarios y periódicos del país, uno de esos días en que los políticos respiran tranquilos porque no se hablan de ellos en las noticias. Las puertas del todoterreno producen un ruido bajo y suave al cerrarse, el que hacen los coches de gama alta, aislándolos del frío y del sonoro soplido de la naturaleza.

A la altura de la M40 una lluvia meona empapa el paisaje y no desaparece en muchos Kilómetros, cuando lo hace es para transformarse en copos de nieve ligeros y oscilantes, nada que ver con la tormenta furiosa que encontraron unos días antes, cuando Taffi rescató a Anna de las garras del fantasma, un fantasma que ahora tenía rostro, y era chupado y vampírico; un nombre, Cosimo; y una historia, llena de sufrimiento y dolor, de la que Taffi y Anna conocían solo una pequeña parte.

Anna toquetea los mandos del aire acondicionado para aumentar la temperatura del habitáculo. Taffi conduce y cavila sobre el anillo, los números de Tesla, Virginia y Cosimo. Con tacos firmes y grandes, los neumáticos del todoterreno aplastan la nieve y descuartizan el hielo que se ha formado donde la quitanieves no ha llegado. Incluso con un coche tan preparado, Taffi no puede evitar perder la adherencia por momentos, así se lo muestra el coche con sonidos quejicosos y luces amarillas y rojas en el salpicadero. Taffi sujeta el volante con fuerza e inclina el cuerpo hacia delante ganando visión con la que poder

distinguir la presencia de roderas y hielo para no acabar varado en la cuneta, en medio del océano blanco.

La oscuridad que envuelve la puerta del garaje desaparece al meter la marcha atrás. El coche vuelve al lugar del que salió, desde donde Anna y Taffi iniciaron un viaje al que faltaba poco por acabar, y no parecía que fuera a hacerlo como hubieran querido, para eso estaban allí los aguafiestas, Cosimo y Virginia. Anna pulsa el botón del mando a distancia de la puerta. Las gotas que chorrean desde el coche bañan el suelo del garaje.

—Anna, coge las llaves —dice con voz apacible y serena—, solo con que presientas que las cosas se tuercen o se complican, vuelve aquí por el pasadizo y ponte a salvo.

—No las voy a coger. No me metas miedo.

—Anna, este truco no lo tengo ensayado. Tenemos la llave, pero no sabemos cómo abrir la puerta, ni tampoco cómo va a reaccionar Cosimo.

—Como es el dicho: «Un mago siempre tiene un as en la manga…».

Taffi sonríe, es una sonrisa decaída, y se remanga la camisa mostrando los brazos.

—Esta vez no.

La naturaleza no quiere estar de su lado y nada más pisar la calle, como si no hubiera pasado un par de días, el viento quiere ser el protagonista y zarandea los árboles desprendiendo copos de las ramas lanzándolos contra los rostros de Anna y de Taffi, unos rostros abatidos también por el cansancio y la incertidumbre. Anna no puede evitar dar un abrazo a Taffi y este el devolverlo, mientras observan como el coche desaparece detrás de la puerta mecánica del garaje según se va cerrando.

—Dejemos que se lleven lo que quieran. Ese libro, o haya lo que haya en la biblioteca, no es más valioso que nuestras vidas.

—Mi vida ya no vale nada y presiento que el poco sentido que tenía acabe de perderse cuando vea a Virginia.

—No digas tonterías.

—Y aunque valiera algo. Hay una cosa que nunca he aprendido y que soy demasiado mayor para cambiar. No sé perder. Cosimo lo sabe. Cuando tenga el libro nos matará si no quiere que se lo arrebate. Haz lo que te digo, huye y llévate a Dionisio en cuanto veas la oportunidad, esta vez es una orden.

—No puedo creer que el colofón de este espectáculo sea tu sacrificio para que Dionisio y yo salvemos nuestras vidas.

—Sería un gran colofón.

—Ahora sí que me estás preocupando.

—Yo no soy quien ha ideado este espectáculo, solo he sido una marioneta del maestro y ahora un pelele que va directo al matadero pensando en luchar por recuperar una relación. Por última vez, si no vas a hacer lo que te digo es mejor que te quedes aquí. Ya me las ingeniaré para que liberen a Dionisio.

Taffi se da media vuelta y comienza a caminar en contra del fuerte viento con la cabeza gacha. Anna lo mira, lo conoce o cree conocerlo, sabe que esas palabras son una estrategia para que ella, en el momento adecuado, huya con Dionisio, tiene la certeza de que ese hombre llegará hasta el final y luchará. Hecha a correr, hasta alcanzarlo.

—Creías que iba a dejar a Dionisio en sus manos. ¿Y a ti?

Taffi alza la cabeza y muestra la sonrisa de medio lado.

La verja de la mansión de Vaccaro está abierta de par en par. Las estatuas del jardín que no han sido engullidas por la nieve, los reciben con ojos fríos y una mirada perdida que a Anna nunca le habían parecido tan tristes. Las luces de las farolas del camino están encendidas, cuando Anna y Taffi las alcanzan no caminan solos, lo hacen junto con las siluetas deformadas de las sombras que proyectan sus cuerpos, figuras animadas e inquietas que se van acortando y alargando, según se acercan o se alejan de los focos de luz. Unos pasos más allá se les une una tercera sombra que aparece de entre los árboles a un par de metros de sus espaldas. Anna y Taffi, ante la sombría aparición, se detienen y se dan la vuelta.

—¡Aún me alegro más de verte que antes! —grita Cosimo dejando escapar por la boca el humo de un cigarro que se volatiliza en cuanto toca el aire. Con la mano que no sujeta el cigarro sostiene una linterna con la que apunta a la cara de Anna, cegándola.

—No creas que estoy aquí porque me apetecía verte.

Cosimo le lanza una mirada altiva, da una chupada al cigarro y lanza la colilla hacia los pantalones de Taffi haciendo diana. Taffi tiene una reacción descontrolada, cierra el puño y da un paso firme hacia Cosimo que, inmediatamente, agarra con fuerza el mango del cuchillo de marfil.

—Pórtate bien, no me des una disculpa para introducirla en tu estómago —dice mostrando el filo.

—No lo harás. Aunque seas una bestia con menos cerebro que una hormiga sabes que no puedes matarme hasta encontrar la biblioteca.

—Solo necesito el anillo. Nada más. No tendría reparos en matarte y quitártelo si no me lo prohibieran. Mi cuchillo tendrá que esperar.

Entonces Taffi se acerca hasta Cosimo pegando la cara a la de él.

—No te preocupes por él, esta noche tu cuchillo se bañará en sangre. ¡En la tuya!

Los ojos de Cosimo se incendian, el corazón le bombea sangre con fuerza, una voz interior le dice: «Mátalo, que le den por culo al libro», pero se muerde los dientes. Taffi no se menea, sigue escudriñando las llamas en las pupilas de su antiguo compañero de celda. Cosimo se separa y escupe a los pies de Taffi.

—Se acabó la cháchara, dame el anillo.

Cuando el camino de farolas acaba también lo hace la luz, desde que Cosimo cortó los cables, la casa de Vaccaro, salvo por el día, no ha salido de las tinieblas. En la puerta, al lado del Audi de Cosimo, el viejo Escort se ha convertido en un bulto blanco, sepultado bajo centímetros de nieve en el que se puede vislumbrar el rastro de pisadas de un gato.

38

Los perfiles indefinidos en la negrura de la mansión se tornan sólidos en penumbra ante la linterna de Cosimo, que, detrás de Anna y de Taffi, desciende por los peldaños hacia la planta baja.

El fuego de la chimenea genera sombras vivas e inquietas que se proyectan por todos los rincones del despacho. Dionisio, con la cabeza ladeada y los ojos en otra dimensión, no parece percatarse de la llegada de la joven y de *piccoletto* . Virginia, sentada al otro extremo de la sala, se pone de pie al verlos entrar y extiende el brazo para armarse con el cuchillo jamonero que reposa en la mesa al lado del amuleto y del broche.

—Hola, Taffi. Con sinceridad, es la primera vez que me alegro de verte.

—¿Qué has hecho al anciano? —pregunta Taffi, con absoluta indiferencia hacia la provocación de Virginia.

—El viejo carcamal está drogado. Su vida no corre peligro, si no nos dan un motivo para ello.

—Qué pena no haberme cruzado antes con Cosimo y haber sabido de tu traición —dice fijando los ojos en Virginia—, nos hubiéramos ahorrado muchas tonterías.

—Me enorgullece que nunca sospecharas. Por algo fui elegida para esta misión.

Cosimo se acerca a Virginia, le da un beso en la boca y le pone el anillo en la mano.

—¿No te sorprenden nuestras muestras de cariño? —dice Virginia.

—Hoy ya he pasado el cupo de sobresaltos. Sabía que te veías con alguien y Cosimo me lo ratificó, me dijo que eras su chica, pero me cuesta creerlo.

—¿¡Su chica!? Qué romántico me ha salido. Él es mi marido, nos casamos poco después de instalarme en tu casa.

—Ja, ja, ja. —Ríe Cosimo—. Disimula, disimula, haz como que no te importa, pero te escuece por dentro como si te hubieras bebido una botella de lejía. Ya ves, la que creías tu chica es mi esposa. Un flechazo en mi primer encuentro en comunidad con los Herederos de

Mitra, las únicas razones por las que merece la pena vivir y luchar: mi linda flor —dice dándole un beso en la mejilla que ella recompensa agarrándole la mano—, y el conocimiento verdadero, único y universal. Debéis sentiros afortunados, si no hubiera sido por ellos, por el aliento del líder, la misión tan honorable que me encomendó y mi querida esposa, el viejo bastardo de Vaccaro habría ido antes al infierno y tú corriendo detrás —dice señalándolo con el cuchillo.

—No solo somos pareja —añade Virginia—, formamos un equipo muy compenetrado. Tenemos una misión encargada por nuestro líder supremo, Máximo, conseguir el libro que Vaccaro nunca quiso vender.

—Conozco la historia del libro —dice Taffi—. Ese ejemplar suscita mucha admiración. Lo que me pregunto es qué narices pinto en esta historia.

—Junto con Anna, eras la única persona a la que el mago habría confiado su gran secreto, el lugar donde se encuentra la biblioteca —dice Cosimo—. Vaccaro, en los últimos meses, me preguntaba por ti, si sabía algo de ti y dónde podría encontrarte. El día después del anuncio público de su retirada momentánea me dijo que no volviera. No me hizo partícipe de su enfermedad, pero no podía ocultarla, sus efectos ya habían empezado a hacerse notar, así que nos pusimos en marcha y mantuvimos una vigilancia continua de la mansión, fue entonces cuando supimos de sus visitas al teatro, no era difícil deducir que quería ponerse en contacto contigo para, de alguna forma, hacerte conocedor del secreto de la biblioteca y de la existencia del libro. Creo que fue lo único que compartíamos el mago y yo, nuestra obsesión eras tú.

—No es difícil que algo te obsesione —dice Taffi—. Hasta tienes manía a quienes te hemos defendido en el orfanato. Ahora veo que la primera impresión que me llevé sobre ti la primera noche que compartimos celda y que no pude pegar ojo escuchando tus llantos de nenaza era la buena, eres un mierda.

Cosimo da un paso adelante y alza el brazo. Virginia le sujeta por la muñeca.

—No te dejes llevar, cariño —dice Virginia—, no dejes que te provoque. Solo quiere que pierdas los nervios y cometas un error.

—Y si Virginia se acostaba conmigo siendo tu esposa, aquí y en cualquier lugar del mundo tiene un nombre, cornudo. Virginia, le has dicho que lo hacíamos todas las noches, algunas veces más de una vez. —La boca de Cosimo se tensa—. Ya veo, no te lo dijo, quizá le estaba dando algo que tú no tienes.

El pecho de Cosimo comienza a inflarse y desinflarse y agacha la cabeza, como un miura a punto de lanzarse al capote.

—Tampoco te ha dicho lo bien que usa la boca —continúa irritando Taffi.

Virginia pone el brazo delante de Cosimo como una barrera que impide que pase y se lanza a contestar.

—Eso solo formaba parte del elaborado plan que trazamos para ganarme tu confianza y no despegarme de ti. También lo era el presentarme como ayudante para el ridículo espectáculo que ideaste.

—Pero yo no te elegí. Las otras chicas se negaron a trabajar.

—No me costó deshacerme del resto de candidatas; una amenaza fue suficiente para que se retiraran; y menos me costó que te fijaras en mí, las mujeres te pierden, no sé si más que el alcohol; y todavía menos me costó fingir que me gustaba cuando hacíamos el amor y cuando me tocabas, pero me das asco, eres repugnante, tú y tu espectáculo del que estás tan orgulloso, ni un niño principiante hubiera hecho trucos tan conocidos y copiados. —Taffi levanta la barbilla, no va a dejarse intimidar—. No sorprendías a nadie, producías insomnio. Menos mal que ponías la música alta para despertarlos. Sí, esta es la verdad, eres un fracasado y has compartido los últimos meses con alguien que solo estaba contigo por el interés en encontrar un viejo libro, y que te animaba y te apoyaba porque no le interesaba lo más mínimo tu trabajo ni tú. ¿Cómo te sientes, Taffi? El mundo se desmorona a tus pies.

—Te equivocas, no se puede desmoronar un mundo imaginario, un mundo inventado por ti y algunos más del que yo solo era un monigote. Todo lo contrario, me has dado libertad. Creía que lo nuestro no funcionaba por mí, por mis problemas, por mi preocupación por el trabajo, y hasta hace unas horas deseaba volver para arreglar nuestra relación y decirte cuánto te quiero. Mi amor por ti sí era real. Ahora, me dais lástima y os deseo el infierno.

—Seguro que iremos al infierno. No te quepa la menor duda, pero antes nos espera una vida llena de lujo y de comodidad, una vida a la que nunca aspirarás. Basta de cháchara. Máximo está en camino. Encuentra esa puerta y ábrela.

—Primero libera a Anna y a Dionisio. Entonces te enseñaré dónde está la puerta y la abriré para ti.

—Y si me niego. Ya tengo el anillo. Puedo mataros a todos y dedicar el tiempo que necesite a encontrar la puerta. Nadie os va a echar en falta.

—Aunque la encontraras nunca llegarías al libro. La puerta se abre con el anillo y resolviendo un acertijo que solo yo puedo descifrar.

—No hay trato. Quedaréis libres cuando tengamos el libro y estemos lejos.

Taffi se queda ido unos instantes, los justos para capturar entre las ideas una útil en una situación tan desfavorable.

—Entonces solo te pido una prueba de que Dionisio está bien. Que se ponga de pie.

—Con poco te conformas. Refréscalo tú mismo y desátalo, es raro que no se le hayan pasado ya los efectos de la droga, será más debilucho de lo que parece.

Taffi señala el cubo con la leña solicitando con un gesto permiso a los raptores de poder cogerlo, vacía el contenido y lo rellena con agua del grifo, luego deja caer un chorro por la cabeza de Dionisio.

—¿Estás bien? ¿Puedes caminar? —dice Anna agachándose para examinar de cerca los ojos del anciano.

Dionisio lanza al aire una sonrisa idiotizada, acerca la boca a la oreja de Anna.

—Y correr si hiciera falta —responde por lo bajini con voz sobria y clara, guiñando un ojo. Ayudado de Anna, el anciano se reincorpora, fingiendo estar bajo los efectos de la droga, apoyando el cuerpo pesado sobre la chica que lo lleva como puede al centro de la sala.

—Tu turno, Taffi.

—Anna, recuerda lo que decía tu padre sobre los magos.

—Solo sé la primera parte…

—«Un mago es un gran cuentista y es capaz de ver en la oscuridad». Así acababa la frase. Tú también eres una maga.

—Déjate de cursilerías e idioteces y… ¡que comience el espectáculo! —dice Virginia con voz de animante de feria a la vez que extiende los brazos y hace una reverencia.

Taffi deja el cubo cargado de agua enfrente de la chimenea, y sin moverse del sitio saca el plano del bolsillo y comienza a mover la vista alrededor buscando la situación de la cámara oculta que alberga la biblioteca y el taller del mago. Una vez ha cogido las referencias, señala a la pared con las estanterías vaciadas.

—Es esa. No hay duda. La de la izquierda.

Taffi se acerca a la pared y empieza a examinarla. Acaricia todas las maderas que componen las estanterías. Una de ellas está repleta de signos zodiacales, símbolos astronómicos y letras del alfabeto griego y cirílico, colocados sin ningún orden conocido. Hasta que la mirada se

detiene en uno con la contraimagen del símbolo *phi* . Taffi se da la vuelta.

—Lo tengo. Virginia, dame el anillo.

Con pinta de matarife chiflada, Virginia se acerca sin soltar el cuchillo jamonero sujetándolo a la altura de la nuez de Taffi que nota la punta afilada en el cuello cuando traga saliva.

—No puedo creer que lo nuestro fuera una farsa —dice Taffi, con la intimidad de Virginia en la cercanía.

La joven mira fijamente a los ojos rendidos de Taffi, baja el cuchillo, le coge la mano y le abre la palma, dejando el anillo sobre ella y se retira besando con la mirada las pupilas del mago.

Taffi apoya el anillo por el sello en el relieve de la madera entrando a la perfección, libera tensión a través de un largo suspiro, y lo gira.

39

De detrás de la estantería emerge un chirrido de engranajes y metales que rozan entre sí, el que producen los cerrojos al liberarse. Cuando el sonido cesa y la expectación se dispara, no sucede nada. Taffi empuja el armario hacia el interior, este no se mueve. Tira de lado, como si fuera una puerta corredera, entonces se desplaza ligeramente. Empuja con las dos manos y el armario se desliza sin dificultad introduciéndose por la pared lateral, dejando ver una pared blanca y en el centro de ella una puerta de acero, como las de las grandes cajas fuertes de los bancos, que en lugar de cerradura tiene una pequeña pantalla táctil que permanece apagada hasta que el armario hace tope al ras de la pared contigua, momento en que se ilumina. La pantalla está dividida en dos zonas bien diferenciadas: un teclado de números y, sobre ella, la imagen de un reloj que corre cuenta atrás soltando un pitido estridente cada segundo que avanza: 99, 98, 97, 96…

—¿Qué tontería es esta?, ¿un cajero automático oculto tras la estantería? —dice Virginia acercándose a la pantalla.

—No lo sé, pero estoy seguro de que hay que introducir la contraseña correcta antes de que el reloj marque cero —dice Taffi.

—¿Qué puede suceder?

—Tampoco lo sé.

—Ese pitido me está poniendo nerviosa. Vamos, introduce la contraseña. ¿No decías que había un acertijo que solo tú puedes resolver?

—Un segundo. Necesito pensar. —Taffi camina de un lado a otro con plena libertad, sin que Cosimo se interponga, trayendo de vuelta a la memoria las pistas finales. «El pensamiento, es el momento del pensamiento y de los números de Tesla», se dice.

—Virginia. Prueba con el tres, seis y nueve.

Virginia marca los números. El reloj sigue avanzando. A Virginia se le descompone la cara.

Taffi saca el libro de Tesla del bolsillo y se acerca a la chimenea. Pasa las hojas casi sin verlas. 21, 20, 19… el reloj no se para, tampoco

lo hace el pulso de Virginia que cada vez está más acelerado. Taffi se detiene en una página dedicada al número áureo, representado por la *phi* griega, y su relación con la serie de Fibonacci y observa una secuencia de números marcada por el mago en un círculo de lápiz.

—Anna —dice Taffi—, recuerda: «Un mago es un gran cuentista y es capaz de ver en la oscuridad». Nosotros somos magos. Yo soy un mago y tú también lo eres.

Anna fija la mirada en la puerta de entrada y Taffi en la puerta del pasadizo que conduce hasta el coche.

—¡Virginia, 339669! —grita y suelta una patada al cubo de agua que vuelca, y con él todo el contenido sobre la chimenea, dejando la habitación a oscuras, salvo una aureola de luz verde que desprende la pantalla. 6, 5, 4…

Virginia, con mano temblorosa y sudor frío, marca los dígitos: 339669…

40

El reloj se detiene, se hace el silencio y la oscuridad plena. Una gota de sudor frío se desliza desde la frente de Virginia. Cosimo enciende el Zippo, la llama azul y amarilla con olor a gasolina permite a Virginia localizar la linterna, se abalanza a cogerla. Cosimo se gira alumbrando alrededor, entre las tinieblas y las sombras solo puede notar la silueta de Virginia y la de la puerta del pasadizo que lleva a la cochera que está abierta. Cosimo se asoma al túnel, del que provienen el eco de unas pisadas torpes que es capaz de reconocer, las de los zapatos de Taffi.

—Mátalos. Del libro me encargo yo.

—Ya sabes las ganas que tengo —dice seco y contundente. Y se lanza hacia el interior.

Virginia empuja la puerta de acero, que no ofrece resistencia y se mueve vociferando gritos en forma de agudo chirrido. La cavidad exhala un aliento de calor demoníaco, como si en él habitara un diablo. El túnel que se abre tras la puerta, una cavidad de piedra gris en todo su contorno y áspera en apariencia, es estrecho y desciende por unos escalones que parecen dirigirse a las profundidades del infierno. Virginia se adentra en la arcada, como si lo hiciera en las cloacas del *París de los Miserables* , o así se lo imagina. Tras cada paso, la joven tiene que armarse de valor para dar otro más y no echar a correr en dirección contraria. Está cerca, muy cerca del libro, y el miedo no puede ser un obstáculo para alcanzarlo. Unos escalones más allá, el espacio se estrecha aún más, pues de ambas paredes laterales cuelgan estatuas vestidas con amplias túnicas negras bajo capas, también negras, con grandes capuchas que les tapan el rostro, tienen los brazos levantados y extendidos al frente y parecen querer acariciar a Virginia con las sombras de sus largos dedos enfundados en guantes de cuero. Una de las estatuas se ha caído ocupando un peldaño, Virginia tiene que saltar por encima de ella, en ese momento, la linterna alumbra el interior de la capucha, los ojos se le ponen como platos y tiene que taparse la boca para no gritar, lo que contempla en el interior es una calavera. El corazón de Virginia parece recuperar el

ritmo normal al pisar el último escalón, más allá se abre paso a una gran sala diáfana, repleta de objetos y utensilios. Pasea los ojos por los útiles e instrumentos artesanos a los que, a la mayoría, puede poner nombre tras el periodo de ayudante de Taffi, se trata de: camillas, mesas de levitación, cajas de apariciones y desapariciones, baúles dobles, baúles de metamorfosis, cajas mágicas, cajas atravesadas por espadas, una guillotina, bastones, sierras, espadas, esposas, cadenas, cubos, cuerdas, aros chinos, camisas de fuerza, decenas de espejos alineados y un sinfín de otros objetos que no puede identificar, algunos de los cuales parecen haber salido de las mazmorras de la Inquisición. Sigue avanzando y choca con un laberinto de estanterías, entre las que se ve obligada a deambular si quiere ver dónde acaba, plagadas de objetos esotéricos y mágicos de tribus africanas, americanas y orientales como pipas de chamanes, muñecos vudús, amuletos, ouijas, figuras con extrañas formas, cabezas reducidas por jibaros, máscaras rituales, botes con coloridos afrodisíacos y venenos, colgantes con pentagramas, figuras de brujas, pequeñas estatuillas egipcias y aztecas, incensarios con formas de reptiles… Las últimas estanterías están ocupadas con infinidad de frascos de formol con fetos malformados, cerebros, extrañas criaturas sin cuerpo definido, ojos, una mano con uñas negras y largas como garras…

A Virginia el estómago parece querer salírsele por la boca, y lo hubiera hecho si no fuera porque aprieta los dientes y decide continuar el camino por el laberinto sin fijarse en más detalles. Después de superar todas las estanterías se da de bruces con una puerta de madera bajo un arco de media punta, una puerta con jeroglíficos tallados que el desconocimiento de su significado protege a Virginia del horror que suscitan y de los males que augura para quien la supere. Allí, en el lugar más profundo, se debe encontrar la biblioteca.

41

Cosimo se lanza por el túnel con paso seguro y constante, movido por la fuerza inagotable de la venganza. Lleva la cabeza gacha, para no dejarla estampada en el techo, y los brazos por delante, con uno de ellos sujeta el Zippo y con el otro el gran cuchillo curvo con el que desgarrará las entrañas de Taffi. «El mejor uso que puede dar a su arma», piensa.

—No tienes escapatoria. He soñado infinitas veces con este momento, el de verte desangrar como un cerdo en el matadero. Quiero notar cómo se te apaga el aliento, y el calor de tu cuerpo se desvanece cuando tu alma abandone tu cadáver camino del infierno, donde verás al querido Vaccaro.

—De todo lo que está ocurriendo, no es la existencia de ese libro, ni de los que llamas Herederos de Mitra, lo que me sorprende, es ese odio hacia mí. Siempre te he tratado bien, siempre te defendí en el orfanato, siempre estuve a tu lado.

—Mientes. Te fuiste. Me cambiaste por el mago. Ni siquiera volviste tras huir. Me abandonaste.

—No quería volver, tú hubieras hecho lo mismo. Todos deseábamos salir del orfanato y respirar libertad. No sabes cuántas veces me he acordado de ti y he deseado que estuvieras bien.

—Pues ya ves. Lo estoy. Mucho mejor que tú. Tengo a Virginia y unos hermanos que me aprecian. Soy alguien, mientras que tú no eres nadie.

—No te engañes, eres un maniquí, como lo soy yo. Solo quieren el libro, por eso te fueron a buscar, por tu cercanía con Vaccaro. No les importas y Virginia desaparecerá de tu vida tras obtener la recompensa. Ella no quiere a nadie.

—A quien no quiere es a ti y te jode.

—Me jode no haberme dado cuenta a tiempo de la farsa, no su falta de amor. Ella solo se quiere a sí misma. Tu líder, tú, yo, somos puras herramientas para conseguir dinero y bienestar.

—Esta charlatanería no me detendrá.

La voz de Taffi desaparece en la oscuridad.

—¿Y ahora no respondes? Estás escondido. Tienes miedo. Lo noto. Ya empiezo a oler a mierda. Estoy cerca, muy cerca. Voy a acabar contigo.

Cosimo se para, con el próximo paso se adentrará en el cubículo a medio camino entre la casa de Vaccaro y el garaje. La llama del Zippo le da ojos, pero delata su posición y Taffi tiene la ventaja de las sombras. Entra con cautela, girando la mano del Zippo de un lado a otro. El espacio está vacío. Recorre el cubículo quebrando la hojarasca en cada paso, lo hace inspeccionando los rincones. Observa la perforación del techo en forma de chimenea y se acerca a ella. Antes de que pueda mirar en su interior, del conducto de respiración Taffi se deja caer delante de Cosimo y le asesta un golpe en el brazo en que sujeta el mechero. El Zippo cae al suelo, muy cerca de la hojarasca, y la luz queda atenuada quedando la estancia en escasa penumbra. Cosimo agarra más fuerte el cuchillo.

—Este pasillo será el último camino que tomes antes del que te llevará al infierno —dice Cosimo.

—Sin duda es una buena tumba, pero aún no tiene nombre. ¿Has pensado en tu epitafio?

42

Virginia alza la aldabilla dorada y empuja la puerta de madera. Al abrirse, un aire seco y enviciado de celulosa y lignina se escapa abofeteándole la cara a su paso. La biblioteca es un prisma octogonal y de dimensiones monstruosas. Virginia no es capaz de imaginar el trabajo titánico requerido para triturar la roca y sacar fuera la grava necesaria para producir una sala de tal tamaño. El miedo de hace unos instantes se ha quedado en la puerta, el objetivo final la espera. Queda impactada mientras recorre con los ojos las vastas estanterías de madera oscura que llegan hasta la gran cúpula, esférica y artesonada, una obra maestra y anónima de estilo mudéjar, con figuras de estrellas de seis puntas policromadas. Serpientes de peldaños dorados en voladizo con pasamanos con formas de faunos con caras deformadas y risas demoníacas recorren las paredes cruzándose y descruzándose. Virginia tantea con la vista y la linterna los lomos de volúmenes ancestrales, tratados de alquimia, rollos en latín, griego, hebreo, arameo, papiros egipcios. Tablas antiquísimas con escrituras extrañas y desconocidas, mapas de regiones que no existen y cartas náuticas nunca vistas, calendarios, tratados astronómicos, fragmentos de textos, libros con escritura y dibujos mayas y aztecas. «Cuánta parte de la vida y de su dinero habrá dedicado el mago a conseguir una colección tan vasta», piensa.

Avanza por la cámara recreándose con desbordada excitación del espectáculo arquitectónico y los libros que forman un envolvente y gran mosaico colorido. En uno de los movimientos de la linterna, el haz rebota con un objeto contundente en el centro geométrico de la sala generando un reflejo cegador. La joven se acerca, es una vitrina colocada sobre un pedestal de piedra en el que están esculpidas las figuras de Mitra desangrando un toro y sus dos compañeros inseparables, Cautes y Cautópates. A cada lado, custodiando la vitrina, dos tenebrosos esqueletos, perfectamente ensamblados, similares a los de la entrada, dos almas gemelas vestidas con túnicas y capas negras, que cubren los mecanismos que les dan carácter de autómatas, portando en la mano izquierda un candelabro y apoyando la derecha

en sendas espadas. Virginia sonríe, dentro de la vitrina se encuentra un libro, grueso y de tamaño mayor que un folio, abierto por el centro, la página que muestra está amarillenta y con los bordes carbonizados, el pasaporte a una vida llena de riqueza.

Acerca la linterna a la vitrina y pega la cabeza, no es capaz de entender ninguno de los símbolos grafiados, pero no importa. Agarra uno de los candelabros y tira de él con fuerza, hasta que consigue que la figura huesuda lo suelte, y golpea con fuerza la vitrina. Un solo golpe basta para que estalle en cientos de pedazos. Ya nada se interpone entre ella y el libro. Al cerrarlo, nota el tacto rugoso del lomo y las tapas de cuero arrugado, momento en que una ráfaga de viento helado le golpea la cara, y, como un remolino, una atmósfera de pánico, que comienza en el suelo y asciende por la sala, la envuelve, como si a los espíritus de los esqueletos custodies se les hubiera escapado un aliento frío, un aire que es capaz de congelarle la sangre y erizarle el pelo. Cuando Virginia coge el libro y su peso deja de hacer presión sobre el pedestal, los engranajes de los esqueletos giran dando movimiento a las extremidades huesudas y a las calaveras, pareciendo cobrar vida mientras emiten ruidos chirriantes y agónicos.

43

Taffi persigue con mirada atónita el cuchillo que Cosimo hace saltar de una mano a otra. Juega con el arma, le excita comprobar como Taffi lo sigue con la mirada, como un cachorrito que observa la mano de la pelota en su amo para ser lanzada. Así se siente él, el amo de la situación, el dueño de Taffi, el propietario de su vida. Con la mano derecha suelta cuchilladas. Como puede, Taffi salta hacia atrás esquivando los arcos que traza el cuchillo cortando el aire. La estrepitosa risa que lanza Cosimo al ver a Taffi en dificultades reverbera en el recinto. Cosimo da un paso adelante, y suelta una estocada a la altura del pecho de Taffi, que esquiva girándose a un lado. Cosimo se carcajea aún más; «si quisiera clavarle el cuchillo, ya lo habría hecho», piensa. Quiere alargar el momento, recrearse con la cara de terror de Taffi y deleitarse mirándole con superioridad dentro de los ojos llenos de pánico.

—Vamos, esfuérzate. Eres malo también con el cuchillo. No aciertas ni una.

—Tienes prisa por morir. Deberías verte la cara, es divertida, gesticulera. El miedo se apodera de ti, sabes que es tu fin y dentro de poco verás cómo se aproxima la muerte.

—Venga, no pongas excusas, eres un mierda hasta para matarme. No tienes valor. Nunca lo has tenido. —Cosimo entrecierra el cejo, la brillante sonrisa desaparece y la cara se le transforma mostrándose enrabietada y tensa—. Hasta las monjas se reían de ti. Sabes cómo te llamábamos en el orfanato, *zurullo* , sí, y las monjas te llamaban *zurullito* .

Ahora es la risa de Taffi la que retumba y entra como un dardo envenenado por los oídos de Cosimo intoxicándolo de ira, a la vez que una vena del cuello comienza a hacer relieve sobre la piel. Aprieta los dientes y, emitiendo un gruñido, lanza cuchilladas en el aire, rápidas, descontroladas, de un lado a otro, buscando pinchar carne y con cada una de ellas avanza un paso más. Taffi las esquiva y busca con el puño derecho la nariz de Cosimo, pero solo acierta de refilón y en la boca, provocándole un corte leve y un pequeño parón en el ataque. Cosimo

vuelve a la carga, aun con más fuerza e imprecisión. Se acerca al cuerpo de Taffi que aprovecha el momento para estamparle un derechazo a Cosimo en la boca del estómago a la vez que la lama le alcanza a la altura del hombro abriéndole un corte en la chaqueta y en la piel, casi imperceptibles. Taffi no se para, y con la misma derecha le propina otro más fuerte y certero. Cosimo da un paso atrás y Taffi sigue golpeando con la izquierda. Cosimo intenta clavarle el cuchillo en el rostro, pero, de un salto, este la esquiva y le agarra la mano en la que sostiene el cuchillo, y con la mano derecha lo golpea de nuevo en el estómago. Cosimo quiere liberarse, retrocede acercándose tanto al Zippo que lo golpea con el pie lo justo para que la llama toque la hojarasca y empiece a arder prendiendo el bajo del pantalón. En un suspiro la llama se extiende como una liana de fuego enroscándose por la pierna de Cosimo. Ni aun con la pierna ardiendo ceja en su empeño de matar a Taffi, y con los brazos agarrados por los de Taffi comienza a alzar el que sujeta el cuchillo hacia la cara del mago que ve como el reluciente filo se le aproxima al ojo. Cosimo enseña los dientes amarillos, la estocada final se aproxima. Taffi aguanta, emplea las pocas fuerzas que le quedan en mantener esa posición dejando inmóvil a su atacante, mientras la serpiente de fuego sigue devorando la pierna de Cosimo. Las quemaduras crecen, van chamuscándole la piel, y debilitan a Cosimo, momento que aprovecha Taffi para empujarlo con todas las fuerzas haciéndolo caer boca abajo contra el suelo y sobre el cuchillo. Cosimo hace aspavientos intentando liberarse del abrazo de las llamas. Taffi se quita la chaqueta y golpea el cuerpo de Cosimo, hasta que el fuego se desvanece. Cosimo se queda quieto y permanece inmóvil, sobre la gélida piedra. Taffi voltea el pesado cuerpo poniéndolo boca arriba, al hacerlo ve el cuchillo clavado en el costado de Cosimo, que exhala e inhala aire con respiración rápida y profunda. Por primera vez, Taffi ve en los ojos de Cosimo, los de aquel niño que lloraba ante los truenos y relámpagos según se acercaba la tormenta por el horizonte.

—No te saques el cuchillo ni te muevas, es mejor que no pierdas sangre, iré a buscar ayuda.

Entre tembleques, Cosimo agarra a Taffi por la pechera y se reincorpora lo justo para hablarle a la cara con voz apagada.

—Por qué haces esto. Por qué ayudas a quien intenta matarte.

—Porque, aunque fueras el mismísimo diablo, siempre fuiste mi hermano en el orfanato y mi compañero de celda.

—No te equivoques, Taffi. Lo soy, soy el diablo —dice

escapándosele una lágrima. Taffi le mira a los ojos.

—No. Él no tiene sentimientos.

—De verdad me llamaban *zurullo* .

—Ni te llamaban *zurullo* , ni eras un mierda. Y yo te quiero como un hermano. Volveré.

—Estoy seguro de ello.

En la cara de Cosimo se dibuja la sonrisa con la que deleitaba a Taffi cada vez que estaba a su lado, y entre dolores y arrepentimiento recuerda que fue lo que siempre necesitó, sentir cerca a su hermano de orfanato.

Taffi se levanta y desaparece por el túnel dirección al garaje.

Cosimo se muerde el cuello de la camisa y, con las dos manos, se saca el cuchillo de las entrañas y, apoyando el pesado cuerpo contra la pared, se pone de pie.

44

Virginia corre tan rápido como las piernas le dan abasto, corre cegada por el ansia de abandonar ese lugar. A su paso golpea las estanterías y su contenido. Los objetos se precipitan al suelo, entre ellos los botes de formol que estallan e impregnan el ambiente con un olor a huevos podridos y carne descompuesta, una mezcla penetrante y sofocante. Corre poseída por un terror invisible, sintiendo la presencia de los espíritus de los esqueletos protectores del libro en forma de sombras y viento; y notando cómo la persiguen y la tocan y le susurran al oído. Cree que el corazón va a romperle el pecho y salir disparado. Y sigue corriendo. Y al atravesar el taller del mago se sobresalta al verse alcanzada por su propia imagen rebotada entre los espejos que producen cientos de Virginias corriendo con el rostro desencajado. Alza la vista contemplando los escalones que parecen inmensos y esas figuras colgadas de las paredes que, como sus hermanos de la biblioteca, mueven los brazos rítmicamente, es la última barrera para escapar de ese lugar. Se enfila hacia la salida, desbocada y sin freno, sin poder evitar rozar con las figuras que se tambalean o caen sobre ella, entre túnicas, polvo, huesos y telarañas. Virginia gime, llora, grita con cada roce de los cadavéricos compañeros.

Tras alcanzar la salida del pasadizo, se detiene, apoya la espalda en la pared, el pecho se le expande y se contrae con tanta fuerza que le duele y llora, llora hasta que ya no le queda ninguna lágrima más.

Fuera de la mansión, Virginia se abalanza sobre el Audi, abre el coche, enciende el motor, las luces y pone al máximo la calefacción. Con furia rasca la gruesa capa de hielo que se ha acumulado sobre el parabrisas. Cuando está a punto de abrir en el cristal el mínimo agujero como para poder conducir, una mano se apoya sobre el hombro de la joven. Virginia se queda helada. No espera a nadie.

Taffi gira la llave de contacto del todoterreno. El coche ruge como una fiera, demostrando que está dispuesto a comerse lo que se ponga por delante.

Según avanza por la carretera blanca, las ruedas levantan cortinas de nieve cuarteada que se precipitan, como olas congeladas, a los laterales del coche. Ni la oscuridad, ni el deslizante terreno consiguen frenar a Taffi, que conduce como un loco, el tiempo es clave si quiere salvar la vida de su compañero de celda, de su hermano. Al pasar al lado de la puerta de la mansión, percibe de soslayo unos faros, desde donde está no puede reconocer que son los del Audi de Cosimo. Clava el freno. Suerte, alguien está allí, ya no necesita ir a la garita a buscar ayuda. Mete marcha atrás, pasa por debajo del tejadillo de entrada y se dirige hacia la mansión.

45

—Virginia —dice Cosimo con voz ahogada, casi extinta, una voz que sale desde lo más profundo de sus adentros, muy cerca del alma.

La joven se da la vuelta. Cosimo está encorvado, tiene la mano al dorso, y a través de ojos acuosos y cristalinos intenta fijar la vista en la silueta borrosa de Virginia.

—Tengo el libro, vámonos.

Cosimo separa la mano del cuerpo y muestra la palma manchada de sangre. Del costado comienza a manar sangre. Virginia retiene la mirada en la mano escarlata por unos instantes, luego la baja y descubre el estado en que se encuentra Cosimo, con el tajo en el costado y la pierna en carne viva. El sobresfuerzo del soldado por acercarse a Virginia le ha debilitado. Poca sangre le corre por las venas, poca sangre bombea ese corazón casi apagado, toda se ha quedado en el reguero carmesí que serpentea desde la puerta, sobre la blanca nieve y en la gran mancha roja que pisa. Virginia da un paso atrás, Cosimo uno hacia adelante, ella otro atrás. Cosimo la mira, con un forzado y desesperado intento consigue fijar la vista y distingue con nitidez un gesto de repugnancia en la cara de la joven. Cae de rodillas, entre respiraciones cortas y penosas, levanta el brazo y lo mueve queriendo acariciar en el aire a la joven que permanece impertérrita.

Virginia se gira alertada por el sonido del motor y las luces de los faros del todoterreno que se detiene a tan solo unos metros. Taffi salta del coche. La joven se gira de nuevo y distingue dos siluetas asomadas en la puerta de la mansión. Se monta en el coche, sin mirar atrás, sin mirar a Cosimo.

—¡No! —grita Cosimo—. ¡¡¡Apoyad a los que nos apoyen, sentenciad a los que nos sentencien!!! —grita más fuerte cayendo de lado—. ¡Taffi! —grita sin ser oído, grita sin ya sentir frío.

Virginia acelera el coche, esquiva el todoterreno con un volantazo incontrolado llevándose casi por delante a Taffi, y no hubiera sido de otra manera si Taffi no hubiera pegado su cuerpo contra el todoterreno. Superado el obstáculo encara el camino de salida. Taffi

corre hasta Cosimo, cuando llega, su compañero de celda ya no forma parte de los vivos de este mundo. Taffi reconoce la voz de Anna que, desde la puerta, le indica que están bien y que siga a Virginia. Vuelve al coche.

No es difícil distinguir las roderas frescas que ha dejado el Audi. Las huellas de los neumáticos atraviesan la urbanización, salen de ella y toman la carretera en dirección a las montañas, poniéndose cada vez más vertical. El motor del todoterreno está revolucionado. Taffi se pregunta cómo el coche de Virginia ha podido subir por esas cuestas desafiando las placas de hielo. Tras coronar la cima, llega la bajada, aún más peligrosa que la subida. Taffi agarra el volante con fuerza, tanta que le duelen las manos, y fija la vista en la calzada. El descenso es pronunciado y vertiginoso. Tiene que retener el coche con el freno lo justo para que no se embale sin perder la dirección. La carretera culebrea. Son curvas tan cerradas que casi tiene que detener el coche para no salirse. En algunas de ellas siente cómo las ruedas se deslizan por la alfombra de hielo. Los ojos de Taffi se abren como platos al ver como las roderas que sigue se cruzan y se hacen más pronunciadas hasta acabar perdiéndose fuera de la carretera, donde solo hay vacío. Pisa el freno, despacio, pero la inercia y la gravedad son las que dominan el coche. Lo pisa con todas las fuerzas, siente que el pedal hace tope devolviéndole la presión al pie. El coche derrapa y se gira. Contravolante. El coche no responde, va directo al precipicio, siguiendo la misma suerte que la del Audi. El tiempo le parece pasar muy despacio, con la misma lentitud que el coche patina. Poco a poco la inercia se va perdiendo y el todoterreno acaba por detenerse al borde de la carretera. Taffi se quita el sudor de la frente, desciende y mira hacia abajo, apreciando las luces rojas del Audi despeñado. El coche de Virginia ha caído ladera abajo, barriendo la nieve hasta estamparse en un pino muy cerca de la carretera. Taffi vuelve al todoterreno, con sumo cuidado conduce hasta detenerse en la cuneta muy cerca del Audi. Se interna a pie en la frondosidad cubierta con nieve alumbrando con la linterna que ha sacado de la guantera del Mercedes. El habitáculo no se ha deformado ni sufrido ningún daño, la nieve ha ido frenando la caída, la puerta está abierta y no hay manchas de sangre. Con la linterna apunta al suelo, unas pisadas se alejan y se internan en el pinar, corre tras ellas.

—Virginia, a ese hombre no le importas. Solo quiere el libro. Ven conmigo, libérate —dice mientras hunde las piernas en la nieve virgen, al lado de las pisadas que ha dejado Virginia.

—Ahora es cuando seré libre. —Escucha desde no sabe dónde.

—No creo que todo lo que hemos vivido sea una invención.

—Lo es. Solo soy una figura puesta en tu vida con un fin.

—¿Y nuestro hijo?, ¿es otro personaje inventado?

—¿De verdad quieres saberlo? Nunca te importó.

—Quiero hablarte. Estoy dispuesto a olvidar todo esto, marcharnos de aquí y desaparecer. Iremos a otro país, donde nadie nos conozca y empezaremos de nuevo, lejos de la magia y de esta gente.

—¿Te tengo que creer? Desde que nos conocemos, la actriz he sido yo, ¿recuerdas? Y sé reconocer un mal papel. No montes escenita sentimental. —La voz parece más cercana.

—En estos días me ha dado tiempo a recapitular sobre mí, sobre la vida, sobre nosotros. Quiero corregir mis errores. Estoy dispuesto a ello. Quiero tener ese hijo. ¡Te quiero! Tu amor no pudo haber sido solo una farsa. Me habría dado cuenta.

Taffi no recibe respuesta. Las huellas salen de nuevo a la carretera para continuar por la calzada al borde de otro terraplén. Taffi levanta el haz de luz y distingue a Virginia corriendo unos metros delante de él. La joven desaparece tras una curva. Taffi corre lo más rápido que puede.

46

Pocos metros más allá de la curva, Virginia alcanza un par de siluetas con abrigo marrón que esperan de pie, muy cerca de un Range Rover V8. Una de las figuras lleva un parche de cuero. Taffi coge la curva y, ante la sorpresa de verse acompañado, para en seco, cayendo de espaldas sobre el suelo helado y escurriéndosele de las manos la linterna que rueda y da saltitos hasta salirse de la calzada y acabar precipitándose por el terraplén. Los faros del automóvil se encienden cegando a Taffi, sintiéndose indefenso y contemplado. El Tuerto saca un rifle de repetición de debajo del abrigo.

—Lo tengo —dice Virginia mostrando el libro.

—Llegas tarde y te han seguido. —Virginia es capaz de reconocer la voz de Máximo.

La joven se da la vuelta y, con una sonrisa victoriosa y vengativa que Taffi no puede ver por la intensidad de los faros, responde:

—Es Taffi, es él el causante de mi retraso —dice señalándolo con la mano—. Ya no lo necesitamos, he llegado a la biblioteca, he cumplido la misión. ¡¡¡Matadlo!!! —grita Virginia tan alto que la voz retumba por las montañas.

El Tuerto se acerca y encañona a Taffi con el arma. El mago se arrodilla, el pecho le sube y baja a gran velocidad, cierra los ojos y se prepara para el sacrificio. Nota la fría punta del cañón en la sien y oye el clic del seguro. El tirador espera la orden de ejecución.

—No —dice Máximo—. Ha sido un colaborador. Un guerrero que, desde el desconocimiento, ha luchado por nuestra causa. Quién sino él ha hallado la biblioteca. Nuestro dogma es claro: «Apoyad a los que nos apoyen, sentenciad a los que nos sentencien».

—Máximo. Ese hombre ha matado a Cosimo. Un soldado de los Herederos de Mitra. Mi marido —recrimina Virginia.

—¿Tienes algo que decir, Taffi?

—Cosimo intentó matarme, solo me defendí —responde.

—Ya le has oído, mujer. La muerte de Cosimo no la ha causado la misión, sino su propia venganza —se apresura a responder.

El hombre del parche se aleja de espaldas sin dejar de apuntar.

Taffi se reincorpora, hace una sutil reverencia de agradecimiento.

Los hombres y Virginia se montan en el coche, dentro les esperan el chófer y un hombre desconocido para la joven.

—Virginia, te presento a Giuseppe Palmieri —dice Máximo pasándole el libro al hombre—, veamos si has ganado tu recompensa.

Giuseppe observa la portada del libro con ojos ojerosos, lo abre y lo examina brevemente. Después mira a la joven con cara de circunstancia y niega con la cabeza.

Los ojos de Taffi acompañan a la sombra del coche según desciende la colina en la negrura. La oscuridad se vuelve roja intensa con las luces de freno y, cuando está a punto de perderse al otro lado de la curva, el coche se detiene. La puerta se abre y la figura de Virginia corriendo hacia Taffi eclipsa el rojo. Se escucha un disparo y su eco que perdura en las montañas. Virginia cae. Taffi echa a correr hacia la joven. El Tuerto camina lento sin dejar de apuntar con el arma a Taffi. Un disparo cercano de advertencia detiene al mago que, con rabia contenida, se para, no puede hacer otra cosa que contemplar la escena. El tirador se acerca a la joven, Virginia se da la vuelta, mira el cielo y las estrellas iluminadas mientras se acaricia el vientre. El Tuerto saca su cuchillo curvo con empuñadura de marfil, apoya una rodilla en el suelo, al lado de Virginia. La joven grita al ver el cuchillo del soldado. El Tuerto raja el cuello de la joven de lado a lado con un movimiento rápido y cortante, seccionando las dos yugulares de las que manan con fuerza sangre. Solo fue un grito, pero el sonido no para de repetirse una y otra vez en la cabeza de Taffi.

El coche continúa la marcha, al desaparecer, Taffi corre hasta el cuerpo de la joven, aún caliente, pero sin vida.

47

Han pasado dos días de autopsias, búsqueda de pruebas, interrogatorios, declaraciones, reconocimiento de fotos... Tanta dedicación de las autoridades para no llegar a ninguna conclusión que Anna, Dionisio o Taffi no conocieran ya. En el reloj de la torre del palacio de Cibeles, faltan quince minutos para las seis de la tarde. Un mayordomo conduce un flamante Rolls con las calles de Madrid reflejadas sobre la carrocería y se interna en una calle estrecha, una calle que conecta una amplia avenida con el reino de las sombras, una calle que discurre entre penumbras y converge en la oscuridad. El Rolls tuerce al llegar a la esquina de un restaurante japonés y aparca a la puerta de un viejo teatro detrás de un Escort azul. Anna se asoma por la ventanilla, le cuesta reconocer el lugar. El faro de la fachada está apagado y no hay ningún cartel en la vitrina.

—Déjeme acompañarla, señorita.

—Quiero hablarle a solas.

—No haga ninguna tontería. Ya me entiende.

—Me estoy planteando el empezar a tener secretos para ti… Solo quiero darle las gracias.

Taffi deambula entre el material destrozado arrastrando los pies y la vista por el suelo. No hay un centímetro libre en el que no pisar astillas, trozos de plástico, libros, cristales o restos de lo que fueron sus útiles y herramientas. De la venganza de Cosimo no se ha salvado nada y el seguro del teatro no se hace cargo de robos ni de actos vandálicos. Es el fin, en el bolsillo de Taffi solo hay telarañas y los recibos sin pagar de los últimos meses de alquiler; y los bancos ya ni siquiera le abren la puerta. Se detiene, delante de los pies encuentra partida en dos trozos la jarra de doble fondo con la que parecía verter agua dentro de un cono de papel, el primer objeto que fabricó para sus espectáculos infantiles con el que fascinaba a todos los niños cuando giraba el cucurucho sobre sus cabezas y caía confeti. Se acerca a la estantería, ahora en posición vertical sujetada por un único tornillo a la pared y coge del suelo los primeros libros de ilusionismo que adquirió de la desaparecida librería Crisol en Ciudad Jardín, tuvo que

ahorrar varios sueldos descargando cajas de fruta en Mercamadrid, un trabajo honrado tras su paso por el mundo del juego y las timbas en compañía del Graso. Los coloca sobre el escenario, dentro de una papelera metálica, y les prende fuego. Luego se sienta en la primera fila de butacas y contempla cómo la llama va deshaciendo el sueño que le guio por la vida convirtiéndolo en cenizas, arrugadas y grises, y humo negro mientras traga a borbotones vino de una botella de marca blanca.

—La anterior vez que estuve aquí no eran unos libros los que ardían, sino tú.

Taffi no se gira.

—No era yo quien estaba en el escenario, sino una ilusión de mí.

—Y lo que estás quemando ahora también es una ilusión —dice Anna.

—También lo es. Es otro tipo de ilusión, la que habita en los sueños.

Anna camina hasta la primera fila.

—Qué te han dicho de la autopsia.

—Estaba embarazada.

—Lo siento… No sé qué decir.

—Tampoco yo. Ni siquiera sé si era el padre…

—Quería verte antes de coger el avión. Voy a ver a mi madre. No sé cuándo volveré —dice Anna sentándose al lado de Taffi y mirándolo sin que Taffi se inmute, pues tiene la mirada fija en la llama—. Sé en qué estás pensando. Te imaginas subido en el escenario haciendo un truco de magia tras la cortina de luz proyectada por el foco, ejecutando el espectáculo tal y como lo habías planeado sin desviarte un milímetro ni improvisar una sílaba, un espectáculo perfecto, tal y como lo habías ideado. Y te ves, justo desde donde estás sentado ahora, y te sientes patético, crees que ese truco es una mierda, que no impresiona a nadie, que has tardado demasiado en darte cuenta y que vas a dejar la vida de mago.

—¿Tu padre te enseñó a leer la mente? —dice sin dejar de mirar la llama.

—No hace falta ser mago para saber en qué piensa una persona. Basta con conocerla, prestar atención y tener un poco de empatía.

Taffi suspira.

—Hubo una vez que la gente disfrutaba con mi espectáculo y me premiaban con caras de admiración y aplausos. Era un público que me esperaba en pueblos perdidos, en los lugares más recónditos y

olvidados de la geografía española, entre petardos de feria, puestos itinerantes de caramelos y remolques de tractor como templetes; eran grupos reducidos de niños, campesinos y ancianos, pero siendo un público pequeño me hacía sentir el más grande. Quería darles más, sentía que podía dárselo; y a ellos he dedicado mi vida, mis esfuerzos y también mi alma, a esas gentes. Pero esos días quedaron muy lejos y ha llegado el momento de romper la varita. No soy un mago. Lo he intentado y he tardado en darme cuenta de que nunca seré quien quise ser.

—¿Dejas que una joven te dé un consejo? La última vez que lo intenté casi me echas de aquí.

—Solo si viene de ti.

—Desde que quisiste ser mago, ¿cuánto tiempo has dedicado a aprender y observar?

—En los inicios es lo único que hacía.

—Y ahora.

—Muy poco. Empleo el tiempo en los trucos.

—Ahí tienes el error. En la vida nunca se deja de ser novato y en el mundo del espectáculo aún más.

—¿Y a ti quién te ha dicho eso?

—Tu maestro, mi padre. Él nunca dejó de aprender ni de mejorar. Debes volver a observar. Debes volver a sentirte como un novato que se inicia en la magia, tener la mente igual de abierta y esponjosa. Si mi padre te pudiera hablar te diría: «Renuévate». —Taffi levanta la cabeza queriendo observar el cielo—. Estás obsoleto —continúa Anna—, como los sistemas operativos que ya no tienen actualizaciones y se les deja desaparecer. Tus trucos pueden ser sorprendentes, pero están pasados de moda. El mundo cambia y lo hace a un ritmo frenético. ¿No ves la tele? Ahora los magos usan tabletas, pantallas, espectáculos llenos de animación, de extras…

Taffi levanta la barbilla.

—El consejo de tu padre llega demasiado tarde. Estoy arruinado.

—No te preocupes por el dinero. Déjalo de mi cuenta. Con lo que recuperaré con la venta de los objetos del almacén y algunos libros de la biblioteca cubriré las deudas y pagaré el impuesto de sucesiones. Tengo dinero de sobra para darte.

—No lo quiero. Con dinero es fácil llegar a la cima, es como subir en helicóptero hasta el Everest, hacerte una foto y hacer creer al mundo que eres el mejor escalador, mientras que por dentro sabes que eres un farsante mentiroso.

—No por haber fallado quiere decir que no puedas intentarlo otra vez. Supongo que esto sí lo aceptarás.

Anna saca del bolso un paquete envuelto en papel de regalo que deja en las rodillas de Taffi. Este mira el paquete, y después a Anna.

—Vamos, ábrelo. —Taffi desenvuelve el paquete y afloran los cuadernos en los que el mago escribía sus trucos y sus ideas. Reconoce el cuaderno que propició la ira del mago y desencadenó la irremediable huida—. Me he tomado la libertad de ojearlos, el último cuaderno lo escribió el año en que murió. Son trucos inéditos.

—Dionisio, maldito viejo. Dime una cosa, ha sabido guardar el secreto o te ha dicho que se lo exigí a cambio de ayudarte.

—Dionisio te engañó, o como dice él, no te dijo toda la verdad. Mi padre quería que los tuvieras, fue una de las cosas que me dejó bien claras. Dionisio lo sabía. Hubieran acabado en tus manos, aunque no los hubieras pedido. «Un mago es un gran cuentista, siempre oculta la verdad y hace creer lo que no es». —Guiña el ojo.

—¡¡¡Me has estado engañando todo este tiempo!!! —Taffi ríe, con libertad, con alegría, con fuerza—. Maldita seas. Tu padre estará orgulloso de ti. Eres capaz de llevar la ilusión, como hacía tu padre. Me has convencido. Me renovaré y me echaré con mi viejo coche a la carretera y recorreré los pueblos como lo hice hace treinta años.

—Ahora mi padre está orgulloso de nosotros.

Anna se pone en pie y extiende la mano que Taffi coge y se levanta.

—Vamos a la puerta. Dionisio quiere darte las gracias.

—Antes déjame que te dé un abrazo. —Taffi la envuelve con los brazos. Anna cierra los ojos y entreabre los labios. Taffi le da un beso en la frente. Anna los vuelve a abrir y sonríe.

—Hay algo que queda por hacer. —Anna se acerca a la papelera, del bolso saca el bote con píldoras verdes y lo tira al fuego cogiendo intensidad y viveza, y dejando escapar un humo verde.

Taffi se coloca al lado de ella y, con fuerza, lanza la botella medio llena al aire. Los ojos de Anna siguen la trayectoria hasta que se rompe sobre el escenario. Los dos sonríen.

—Hay una cosa que quiero que hagas —dice Taffi acercándose—. El dinero que ibas a darme, dónalo al orfanato, diles que ha sido el ángel bondadoso. Muchos inocentes te lo agradecerán.

—Así lo haré.

—Vamos. No te entretengas. Los aviones no esperan.

—Depende de a quién. Tendré que buscarme un azafato que los

pare para mí.

Los dos ríen.

—Gracias por haberme buscado —dice Taffi y se tiene que secar una lágrima que le desciende por la mejilla.

48

El invierno llegó a su fin. Anna, en oscura soledad, desde la terraza de la mansión, contempla cómo los relámpagos desgarran el horizonte seguidos de descompasados truenos que parecen eternos, cierra los ojos y aspira profundamente el aire con olor a tierra mojada, un olor que a muy pocos disgusta. Es una noche de primeros de abril, la nieve hace ya semanas que desapareció por completo de las cumbres vecinas, es la época de las tormentas repentinas, furiosas y, a veces, cada vez más, maliciosas y destructivas. Un relámpago impacta a unos metros de la casa, el fogonazo cegó a Anna por un instante dibujando extrañas imágenes en su córnea que cambian según va recuperando la visión hasta formar una mancha negra que se le asimila a una figura oscura, enjuta y alta. A la memoria le vienen, instantáneamente, recuerdos de Cosimo intentando suplantar a su padre, el soldado de los Herederos de Mitra, un fantasma muy mortal, que acabó bajo tierra. Desde la altura advierte como las copas de los árboles oscilan y sacuden las ramas empujadas por el aire. Un remolino de viento caliente recoge restos del suelo y granitos de arena levantándolos para llevarlos hasta la terraza. Anna tiene que colocarse el brazo delante de los ojos para protegerse de los golpes. El viento se va igual que ha venido y unas gotas perdidas de lluvia caen sobre Anna haciéndole llegar a la memoria la estrepitosa noche que conoció a Taffi, un hombre extraordinario y noble, con un pasado difícil y estaba segura que, en ocasiones, turbio; y revive también el último día que se vieron, en el viejo teatro, con un Taffi decaído que consiguió ilusionar y de cómo rieron cuando descubrió que conocía el final de la frase de su padre: «Un mago es un gran cuentista, siempre oculta la verdad y hace creer lo que no es», «un mago es un gran cuentista, siempre oculta la verdad y hace creer lo que no es», vuelve a repetirle una voz en el cerebro sin darse cuenta de que la lluvia se ha convertido en una gran tromba de agua. Calada hasta los huesos, Anna corre dentro de la mansión y desciende las escaleras que la llevan al sótano con la cancioncilla resonándole en la mente, «un mago es un gran cuentista…».

Se sienta en el sillón de su padre, el de los momentos de relax o de concentración, en el que su padre falleció. La voz, que ahora claramente identifica como la de su padre, vuelve a repetir: «...siempre oculta la verdad…». Se remanga y observa el brazalete, el amuleto que su padre le regaló, después acaricia el broche que luce en la pechera, las piezas equivocadas que creían abrirían la biblioteca y que les sirvió de coartada para poder salvar la vida de Dionisio y dar con la biblioteca. Anna se pone en pie e introduce la contraseña en la pantalla metálica. Desciende las escaleras, atraviesa el taller semivacío de objetos, pues han acabado en museos o en subastas, y entra en la biblioteca. Se coloca delante del pedestal con la imagen de Mitra sobre la que reposaba el libro que Virginia robó y lo estudia, lo acaricia y piensa: «…y hace creer lo que no es…». Mira alrededor, a la monstruosa colección de ejemplares que la circundan y empieza a subir y bajar a toda velocidad por los peldaños sin despegar los ojos de las estanterías, fijándose en los lomos sin dejar uno sin escudriñar. Hasta que llega a una colección de tres volúmenes sin título en el lomo, solo están enumerados como III, VI y IX. Al intentar sacarlos se da cuenta de que no son libros, sino que es madera recubierta de terciopelo y trabajada de tal forma que asimilan serlo. Palpa el artilugio, presionando los números hasta que se oye un clic. La tapa formada por los tres lomos falsos se abre y aparece la contraimagen que el broche y el brazalete forman juntos, la estrella de seis puntas, los talismanes creados por Vaccaro. Los une y los coloca encima, entran a la perfección y gira el mecanismo. Un nuevo clic y la madera se abre. Dentro hay un libro, es un libro viejo con cubiertas de cuero desgastado, oscuro y letras casi irreconocibles. Anna coge el libro y lo abre, las hojas amarillentas presentan zonas ennegrecidas, como si hubieran estado muy cerca del fuego sin llegar a arder.

El móvil comienza a sonar. Del asombro, Anna pega un bote, hubiera jurado que dentro de esa mazmorra de libros no había red. El teléfono muestra una mísera raya de cobertura que crece según lo acerca al libro y se pierde al alejarlo. El teléfono no para de sonar. Descuelga.

—Anna, tiene un libro que nos interesa, ¿podríamos llegar a un acuerdo?, lo que usted quiera…

FIN

La mayor parte escrito en Las Rozas de Madrid.
Acabado el 25 de julio del 2022.

